This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

HARVARD LAW LIBRARY
3 2044 058 861 402

HARVARD LAW SCHOOL
LIBRARY

Received MAY 8 1936

A mi buen amigo

W. Lucero.

LOS

CONSTITUYENTES CHILENOS

DE 1870

POR

Justo i Domingo Arteaga Alemparte

SANTIAGO

IMPRENTA DE *LA LIBERTAD*

Calle de los Huérfanos, núm. 19 Q,

— 1870 —

7155

CHILE
96
AR

FOR TX
A7864C

MAY 8 1936

5/8/36

INTRODUCCION

El Congreso constituyente de 1870 está destinado a ejercer una influencia profunda en los destinos de nuestro pais.

¿Será benéfica o funesta esa influencia? Tal es la pregunta que, si no se encuentra en todos los labios, se anida en el ánimo de todos los chilenos que siguen la marcha de los negocios públicos con un interes serio i patriótico.

La duda qne les ajita e inquieta, tendria apénas razon de ser en medio de un réjimen político sincera i completamente representativo. La obra de una asamblea cuyos miembros todos reflejasen verdaderamente la voluntad i la confianza de la mayoría de sus conciudadanos, no podria dejar de ser la espresion de las necesidades i aspiraciones nacionales; no podria dejar de ser una obra benéfica.

Desgraciadamente, nuestro vicioso sistema electoral, por un lado, i por el otro, nuestros hábitos i prácticas electorales, mas viciosos i detestables todavía, desvirtuan, falsifican o ahogan los votos de la opinion en un número de elecciones mas o mé-

nos considerable, pero siempre mui considerable i decisivo. Es así como se ve a menudo penetrar en el seno de la representacion nacional a pretendidos mandatarios del pueblo sin verdadero mandato popular, a titulados representantes de la nacion que solo representan el resultado de la violencia, del fraude o del cohecho empleados en adulterar o suprimir la voluntad de los buenos ciudadanos. Es así como un vecino regalon i sedentario de esta capital suele recibir, al despertarse, la grata sorpresa de hallarse convertido en diputado por tal o cual departamento de que, hasta ese feliz instante, no conocia ni siquiera el nombre, i cuyos electores no estaban tampoco mejor informados respecto a las gracias i hechizos del objeto de su predileccion.

Merced a los defectos capitales de la lei i a los desvergonzados abusos de los encargados de aplicarla, nuestras elecciones se parecen singularmente al juego de la gallina ciega. Vendados los ojos, el pais se siente maltratado, punzado, acosado en todas direcciones, i necesita moverse i fatigarse como un energúmeno para lograr asir a tientas uno que otro verdadero representante de sus intereses i deseos.

Bajo semejantes auspicios se han formado siempre nuestros congresos, i el constituyente de 1870 no hace escepcion a la regla jeneral, aunque la opinion del pais haya conseguido introducir en él una minoría mas numerosa que de ordinario.

Por eso, el carácter de la influencia que ese congreso debe ejercer en la suerte de Chile, el resul-

tado de sus debates i deliberaciones serian imposibles de prever con acierto, si solo se tomaran en cuenta las necesidades i aspiraciones de la nacion. Los defectos i cualidades de los hombres entran siempre por mucho en el bueno o mal suceso de las ideas que patrocinan, i en el presente caso, adquieren tanto mayor importancia i eficacia cuanto que no se hallan enfrenados por un mandato popular lejítimamente conferido i lealmente aceptado.

Los constituyentes de 1870, en su mayor parte, no pueden considerarse ligados sériamente por el pacto tácito que existe entre los electores i el elejido, entre la nacion i los depositarios de su voluntad i confianza. Las exijencias de la opinion serán para ellos aguijones ménos poderosos que sus propios afectos e intereses, que las pasiones i conveniencias del partido en que figuren.

De ahí que, si siempre es interesante estudiar a los hombres i los partidos llamados a decidir de la suerte política de un pueblo, este estudio llega a ser sobremanera curioso e instructivo tratándose de los constituyentes chilenos de 1870.

Entre ellos se cuentan casi todas las ilustraciones políticas i literarias del pais i casi todos los corifeos de los antiguos i de los nuevos partidos.

Esos partidos van a encontrarse frente a frente en el terreno parlamentario, van a librarse repetidos combates, i el resultado definitivo de la campaña no solo afectará a la condicion de las instituciones políticas, sino tambien al carácter de los partidos mismos.

Hai una doble reforma encomendada al congre-

so constituyente de 1870: la reforma de la carta fundamental, reforma legal, teórica, abstracta; i la reforma de los móviles i procedimientos de la política, reforma práctica i concreta. La primera valdria bien poco sin la segunda, como que la segunda debe servir de sancion i garantía a la primera. Poco ganaríamos mejorando el espíritu de nuestras leyes, si uo mejorásemos simultáneamente la conducta de nuestros hombres públicos. La libertad política consagrada en las instituciones seria para Chile una adquisicion ilusoria, si no tuviese por complemento la probidad política aceptada como criterio i norma de las acciones en el manejo de la cosa pública.

Tan cierto es ello que nuestras costumbres políticas son mucho peores que nuestras leyes.

Tan cierto es ello que los lazos de union como las causas de antagonismo entre los diferentes partidos se deben ménos a la homojeneidad o diverjencia de ideas i sistemas, que a la conformidad o desacuerdo de motivos i reglas de conducta.

La opinion activa i militante del pais se encuenra en este momento dividida en cinco grupos.

El grupo esencialmente gubernativo, que se titula a sí mismo liberal moderado, i de donde ha sacado el actual jefe de la nacion casi todos sus ministros;

El grupo ultramontano o conservador clerical, que desde la fusion de 1863 ha vivido con el primero en una alianza mas o ménos estrecha i ha esplotado de cuenta i mitad los honores i empleos oficiales;

El grupo de aquellos nacionales o montt-varistas que conservan un cariñoso respeto a ciertas tradiciones i personalidades del gobierno del señor Montt, i que se halagan acaso con la esperanza de una restauracion del antiguo predominio;

El grupo radical o rojo, que recibió el bautismo de la persecucion en los últimos dias de 1858, que al año siguiente triunfó en la quebrada de los Loros bajo la conducta de un jóven i bizarro adalid, i que despues de la recordada fusion de 1863, acabó de romper los débiles vínculos que aun le unian con el partido que hoi campea en el presupuesto, presentándose como una entidad independiente, llena de ardor e inflexibilidad;

Finalmente, el grupo reformista, salido de los Clubs de la Reforma, a que han dado existencia la juventud, por un lado, i por el otro, muchos hombres de los antiguos partidos que comprenden la necesidad de llevar a la rejiones políticas el soplo purificador de la libertad i de la honradez.

Contemplados a la luz de las teorías, esos diversos grupos no presentan aspectos mui diferentes, no se hallan separados entre sí por abismos de doctrina. Todos ellos parecen de acuerdo en la conveniencia i oportunidad de la reforma constitucional. Todos ellos parecen todavía de acuerdo en que la reforma debe hacerse en provecho del principio de libertad. ¿Hasta dónde debe ser beneficiado este principio? Hé ahí el punto en que comienzan los disentimientos, si bien poco precisos i acentuados.

Pero cuando se pasa de la teoría a la práctica, del principio consagrado en la lei al principio en-

carnado en los hombres i sus actos, se ven surjir entre los unos i los otros partidos antagonismos irreconciliables.

Los partidos nuevos i los antiguos se destacan entónces por completo, i observados bajo esta nueva luz, se comprende fácilmente que debe haber entre ellos una enemistad capital, desde que hai entre ellos una capital oposicion de móviles, tendencias i procedimientos.

Los partidos personales tienen por móvil primero de conducta el interes i la ambicion, por blanco predilecto de sus aspiraciones la posesion del poder, por medios favoritos de accion los caminos tortuosos i emboscados, los pequeños resortes de la intriga, las malas artes de que es tan fecunda la improbidad. El deseo febril de ser gobierno o de continuar siéndolo domina sus determinaciones, i nada les cuesta ménos que sacrificar el bien público a su propio bien, una verdad eterna a una satisfaccion efímera. No les faltaria de vez en cuando la voluntad de cooperar a la ventura de su patria; pero si quieren ser autoridad i mando, si quieren serlo a todo trance i bajo cualesquiera condiciones, es sobre todo para tener influencias que ejercitar, honores que recibir, sueldos que distribuir, favores que prodigar. Hai en sus anhelos algo profundamente pueril i algo profundamente sórdido.

Para los partidos de principios, la adquisicion del poder público no es un fin, sino un medio. Divisan en las alturas del gobierno, no la tierra de promision, sino una penosa tarea que desempeñar, la tarea de asegurar a todas las leyes eficacia, a to-

dos los derechos inviolabilidad, a todos los ciudadanos las condiciones necesarias a su desarrollo social. Tienen poca prisa por llegar a esas alturas, i jamas se resolverian a escalarlas firmando capitulaciones que les hicieran deponer sus armas, o arrostrando los despeñaderos i lodazales que suelen desafiar los políticos de intriga i ambicion. Poco preocupados de las pequeñas conveniencias del momento, son escrupulosos en la eleccion de sus instrumentos i de sus caminos, i no circunscriben a la vida de un hombre la suerte de sus convicciones.

En el congreso constituyente de 1870 van a reflejarse, aunque en proporciones desiguales, los cinco grupos o matices que hemos señalado en la opinion militante. Pero esos matices pueden reducirse a dos colores primitivos, esos grupos entran naturalmente en dos divisiones: los partidos personales i los partidos de principios, de que acabamos de hablar.

Hai en nuestro modo de ser político un mal mucho mas grave i antiguo que la constitucion de 1833. Este mal es la vieja política, que ha suprimido de la economía de nuestra existencia nacional la saludable participacion de la opinion pública, i que ha sido alternativamente autoridad i represion, engaño i superchería, terror o improbidad.

El congreso constituyente de 1870 ¿decretará la subsistencia de la vieja política, o le dará el golpe de gracia? Prorogará la dominacion de los partidos personales, o abrirá la era de los partidos de principios, que se empeñan por rejenerar nues-

tra vida pública a influjos de la libertad i la honradez política?

Para responder a esas interrogaciones con bastante conocimiento de causa, para tratar de sorprender el secreto del porvenir, nos ha parecido útil, oportuno e interesante investigar los antecedentes, el carácter, la intelijencia i aptitudes de todos los constituyentes chilenos de 1870 que sean algo mas que vulgo anónimo.

Este libro es el resultado de tal investigacion.

Aunque sus autores se encuentran de tiempo atras envueltos en los ardientes debates de la prensa cotidiana, no temen por eso haber escrito un libro de pasion política, ni siquiera un libro de partido. En la ruda labor del diarista político, en que cada dia es una meditacion afanosa, un combate reñido, un esfuerzo i un dolor; en que la cuna i el sepulcro de sus concepciones apénas están separados por el espacio de un instante fugaz, hemos llegado a adquirir un criterio invariable para juzgar a los hombres i sus acciones, no hemos adquirido animadversiones bastante profundas, ni afectos bastante ciegos para dejar de ver las flaquezas de nuestros amigos o los merecimientos de nuestros adversarios.

I especialmente al concebir i escribir el presente libro, estamos ciertos de haber buscado con ménos ahinco los defectos de nuestros adversarios que los de nuestros compañeros de lucha i de causa.

Si, por lo que a nosotros toca, hemos creido encontrar en el principio de libertad nuestro mejor criterio, no condenamos como miembros inútiles o

peligrosos de la comunidad política a los que se han formado de preferencia el suyo en el principio de autoridad o conservacion. La contradiccion de las opiniones es la mejor válbula de seguridad para las esplosiones de la impaciencia, de la intolerancia, de la innovacion prematura. Las tendencias conservadoras de un pais son a su progreso lo que el centro de gravedad al movimiento.

Si la imparcialidad estriba en decir sin odio ni temor lo que uno cree la verdad segun su propio criterio, este libro es un libro imparcial. Si la imparcialidad estriba en algo mas que eso, este libro es sencillamente un libro verídico i honrado.

Llenos de la importancia e interes de nuestro asunto, hemos comenzado las pájinas que siguen, bajo la cordial invocacion de la verdad i la libertad.

DON DOMINGO SANTA-MARIA

I

Entre las brillantes figuras que ha puesto en escena la oposicion de 1858 i la evolucion de 1861, se encuentra en primera fila la del señor Santa-María. Hai en esa figura seduccion, movimiento, ímpetu, audacia, facilidad de maneras, de palabra, de convicciones. Esto le imprime una franca orijinalidad.

Nuestros políticos, empapados en las preocupaciones tradicionales, son secos, austeros, taciturnos, reservados, graves. Un político hombre de mundo, accesible, buen camarada, es algo que apénas principia a concebirse i que todavía sorprende un poco a los hombres del buen sentido i de la práctica. Admiran la inflexibilidad de Molé, barra de hierro. La flexibilidad de lord Palmerston les escandalizaria. Esto se esplica. Se viene a la política del aula, del gabinete, del tribunal, i no, como en Inglaterra, despues de haber aprendido la vida en ese gran libro de los viajes, de los salones, de los encuentros peligrosos.

II

Son aquellas cualidades, sin embargo, las que han abierto al señor Santa-María las puertas de la fortuna.

La juventud intelijente i entusiasta, la juventud que estudiaba, pensaba, escribia, charlaba, reia en aquellos dias de marasmo que siguieron a la revolucion de 1851, vió en él un hombre que sabia asociarse a sus aspiraciones i a sus placeres, que jamas era entre ellos un turba-fiestas, que era uno de los suyos,—i lo rodeó, lo halagó, lo paseó en triunfo. Esto fué tanto, que el señor Santa-María era escritor, orador, jefe de partido, gran dignatario de la íntelijencia i de la política ántes de haber hecho una sola campaña.

Pero si sabia encantar a la juventud, no ignoraba el arte de fascinar a la gravedad. En todas partes se hallaba en su centro. Miéntras la juventud veia en él un hombre capaz de mover el pasado en provecho de la buena causa; la gravedad, a su turno, aguardaba de él que haria entrar en órden los cerebros locos. De esta manera era el intermediario entre el pasado i el porvenir, unidos en un propósito comun: dar en tierra con el presente, en que el pasado encontraba un enemigo i el porvenir un estorbo.

III

Indudablemente aquella fué la grande época del señor Santa-María.

¿La ha aprovechado en bien de su pais?

Hasta hoi nó. Pero es un político que aun no ha dicho su última palabra.

Si tiene cualidades que conquistan la popularidad, parece carecer enteramente de las cualidades que la conservan. Espíritu inquieto, impaciente, ambicioso, buscador infatigable del buen suceso, es activo sin constancia, audaz sin denuedo, batallador sin prevision, navegante a la ventura. Anda tras un puerto i dirije su nave a donde quiera que sus vijías le gritan: tierra! Ya le encontramos haciendo rumbo a la izquierda i ya a la derecha; pero con mas frecuencia voltejeando en espera de una casualidad que presiente, que llama con toda la vehemencia de su alma i que aun no llega. Si la fortuna es la mitad de la gloria, no es toda la gloria. Una vez que nos echamos al agua, es preciso que ganemos la orilla opuesta o que nos ahoguemos. Conducir es atreverse.

Esto ha hecho del jefe de ayer un jeneral hoi sin ejército.

IV

Pero la actitud indecisa i cambiante del señor Santa-María se esplica bien. Los observadores superficiales creen descubrir ahí una maniobra de intrigante. La verdad es que nace ántes de su temperamento que de su voluntad. Hai en ella mas espontaneidad que estudio.

El señor Santa-María se ha visto al frente de hombres de libertad sin ser liberal, de hombres de reforma sin esperimentar una gran pasion a la reforma. Gracias a los vaivenes de la política, fué

en el campo liberal donde halló sus primeros camaradas, sus primeros cortesanos, sus primeros triunfos, sus primeras esperanzas de grandeza, i se ha quedado en él a falta de cosa mejor. Nacido a la vida pública durante el ministerio Vial, que lo elevó, mui jóven todavía, al mando de una provincia, cayó con él i fué uno de los náufragos de aquel siniestro político mas azotado por las olas.

Aquella debió ser una hora dolorosa para el señor Santa-María. Blanco de sangrientos ataques, se le presentó como un funcionario atolondrado, violento, implacable, que habia derramado el espanto en las poblaciones entregadas a su furor. Parecia hombre perdido. La carga era para abrumar a un veterano. Salió a flote. Estábamos en una época en que la prensa gritaba mucho i la opinion olvidaba mui pronto.

¿Cuál era la responsabilidad del señor Santa-María en las violencias de que se le acusaba? Indudablemente no eran su órden ni su inspiracion; pero habia descuidado contener la brida a las exorbitancias de celo de sus subalternos.

Desapareció de la escena sin por eso arrimar sus armas. Si no fué uno de los oradores de la mayoría de 1849, ni uno de los caudillos de la revolucion de 1851, sirvió activamente a sus camaradas, eso sí que sin tomar nunca una actitud compromitente. Sintiéndose hombre de primera fila, no queria hacerse matar de subalterno. Se colocó en la reserva.

V

Su verdadero papel principia al dia siguiente de la catástrofe de 1851.

La oposicion, vencida en el Congreso, vencida en la urna, vencida en el campo de batalla, veia a sus principales jefes muertos, proscritos o fatigados. Era necesario principiar de nuevo. Si los vencedores son magnánimos, ningun momento mas oportuno para desarmar todas las resistencias i apagar todos los rencores. Pero los vencedores fueron implacables. Obedecian a las tradiciones de la política conservadora que se habia hecho fuerza, omnipotencia, perpetuidad desparramando a sus enemigos a los cuatro vientos.

El trabajo fué lento, difícil, casi subterráneo. Se estaba en presencia de un poder receloso, astuto, vijilante, que sentia vivir bajo sus piés victoriosos los jérmenes de la esplosion. No habia prensa ni tribuna. La prensa de los cortesanos era la única que se dejaba oir. Los miedos i las perezas habian declarado que no se podia hablar, escribir ni elejir. En aquellos momentos se hacian negocios espléndidos. Era rico todo el que se atrevia. El egoismo abultaba el espanto i hacia dormir las cóleras. ¿Qué hace Chile? preguntaban los proscritos desde las playas estranjeras, i los vientos les traian invariablemente esta respuesta: Se enriquece!

De ahí la necesidad de organizar una oposicion espectante, que trabajase bastante para hacer que su descontento cundiera como la mancha de aceite;

pero al mismo tiempo, bastante prudente para no espantar al adversario i de vez en cuando al amigo. Debia sentírsela sin verla, saber que trabajaba sin poder medir los progresos de su obra.

El señor Santa-María supo hacer esta oposicion. Entregado a las severas tareas del foro, se daba tiempo para crear la oposicion del salon, la oposicion universitaria, la oposicion literaria. Entre un escrito i un alegato, volvia a la vida i a la popularidad de los recuerdos la austera fisonomía de don José Miguel Infante, o nos relataba en pájinas firmes, rápidas, valientes la caida del dictador O'Higgins i el primer ensayo constitucional que la siguió.

La oposicion revivia. Si no tenia clubs, tenia salones; si no hablaba en la prensa, murmuraba, censuraba en la intimidad i aun conspiraba en el conciliábulo secreto. El señor Santa-María estaba en todas partes. Era sin duda el primero por la actividad, la intelijencia, el espediente, el golpe de vista político.

VI

Llega la cuestion del sacristan. Estado e Iglesia, gobierno i metropolitano entran en riña. La oportunidad es buena para hacer un brillante paso de armas.

¿Qué hará la oposicion? Apoyar al gobierno habria sido dejarse absorber por él, cuando apénas daba una equívoca libertad en teolojía. Apoyar al metropolitano era engrosar las filas de la resisten-

tencia, trayendo a la lucha los viejos tercios del partido conservador, a quien se habia puesto a la puerta. El señor Santa-María no dudó. Héle ahí al lado del metropolitano i arrastrando con él a todos sus amigos. Los hijos de Voltaire fueron a besar la esposa de su obispo. Los principios nada ganaron, pero la oposicion se reforzó. Aquella maniobra esclusivamente política, si contribuyó a humillar al enemigo, ha pesado mas tarde de una manera deplorable en la marcha de los negocios públicos. Fué entónces cuando se inició la alianza liberal-conservadora de 1858, la revolucion liberal-conservadora de 1859, la coalicion gubernativa de 1861, que pesa hoi todavía sobre el pais como una enseñanza de escarmiento. Puede decirse que el señor Santa-María ha sido una de las víctimas de su invento. Es esa coalicion la que le cierra el paso.

El gobierno, despues de haber sido la terquedad, no supo ser la enerjía. Cedió en el último momento i quedó vencido.

VII

La oposicion, reforzada, acentúa su actitud. Un viento de magnanimidad sopla sobre las cabezas de los altos dignatarios del partido conservador, que piden se abran a los proscritos las puertas de la patria. El Senado, donde tenian su asilo, vota la amnistía a paso de carga. El gobierno pierde la cabeza i abre una campaña implacable contra la amnistía. Pero en vano. El Senado es inflexible. La

Cámara de diputados sufre el contajio. La amnistía estaba en todos los labios i en todos los corazones. Vino, mutilada, insuficiente, deplorable es cierto; pero eso mismo iba a servir a la oposicion. Aceptada la amnistía por el gobierno, la oposicion daba, como partido, una estocada en el agua. Combatida por él i arrancada a viva fuerza, la oposicion tenia un arma mas con que herirlo.

Desde este momento, la lucha se hizo franca, resuelta, incesante. La oposicion fué a la prensa. El señor Santa-María se hizo diarista. Fundó el *Pais*, lo inspiró, lo dirijió, se batió mas de una vez personalmente en sus columnas. Su polémica era urbana, pero cortante. No era un doctrinario sino un batallador.

El gobierno, abandonado por la opinion, hostilizado por el Senado, que le negaba los presupuestos, viendo al desaliento i la desercion debilitar sus filas, vencido en toda la línea, aparentó cambiar de rumbo. Vino a los negocios un ministerio con fuertes acentuaciones liberales. La oposicion creyó un momento en la victoria. Su ilusion duró poco. Los ministros salidos de su hogar tuvieron que abandonar mui pronto la partida. Su palabra no era escuchada. La política gubernativa habia querido descansar, no modificarse.

Así se esplicaba la caida prematura de los ministros liberales. El pais la admitió sin comentarios.

Pero esa caida era lójica. El presidente Montt nunca habia pensado en darse señores, conductores, sino simples colaboradores. Los ministros liberales ni eran bastante dóciles para servir a un

pensamiento estraño a ellos i a su partido, ni eran una enerjía, un poder de intelijencia i de iniciativa capaces de acometer con fortuna la empresa de dominar al dominador. El presidente Montt sabia querer i podia. Ellos ni sabian querer ni podian.

En este movimiento siempre se veia entre los primeros al señor Santa-María.

VIII

Perdida toda esperanza de llegar al poder por el camino de las concesiones gubernativas, era necesario continuar la lucha.

El señor Santa-María se consagró a estrechar fuertemente los lazos de la coalicion. No perdia oportunidad para calmar a los impacientes, volver el ánimo a los tímidos, suavizar las asperezas, vencer las resistencias, disipar las desconfianzas, establecer cierto acuerdo permanente entre la oposicion liberal i la oposicion conservadora.—Nada de teorías! era la voz de órden que se enviaba a los dos campos. Cuando algun teórico recalcitrante rompia la consigna, no se vacilaba en desaprobarlo i aun en renegarlo.—Venzamos al enemigo i despues discutirémos. Siempre habrá tiempo.

La coalicion se mantiene todavía en su órden del dia de 1857.

La oposicion se hizo batalladora, poderosa, irresistible. Podria decirse que en aquella época hasta el aire estaba contaminado con su soplo. Su conjunto era heterojéneo, estravagante, anárquico; pero todo lo salvaba la vehemencia con que perso-

guia la ruina del poder. No pensaba sino en atacar. Entregaba el dia siguiente a los acasos del acontecimiento.

IX

Una campaña electoral se acercaba. Estábamos en1858. La lejislatura de 1855 concluia su mision i era preciso que los coaligados llevaran sus representantes a la nueva Cámara. Obtuvieron su propósito, a pesar de todos los esfuerzos del gobierno para dejarlos a la puerta.

El señor Santa-María, elejido diputado por la Serena, llegaba en fin hasta la tribuna parlamentaria i en buena compañía, pues iba en un peloton escojido. Hizo al gobierno una guerra tenaz, pero moderada. Se conocia que no queria espantar a sus adversarios. Aunque comprendia bien que era necesario asaltar el poder, se guardaba de hacer sospechar su pensamiento. ¿Recordaba que, si los violentos inician las transformaciones, son los moderados los que recojen sus provechos?

Pocos recuerdos se conservan de su primera campaña parlamentaria. Si sostuvo en ella su reputacion de orador, no tuvo de esas grandes horas de brillo, de fuego, de intrepidez, de heroismo elocuente que se graban en todas las memorias. No se prodigó. Fué ántes un estratéjico que un luchador.

Si es hombre de tempestad, parece que huye de las tempestades, i aquella Cámara las presenció deshechas. Los debates eran entónces batallas. Las

palabras se hacian huracan. Se sentia bien que ahí no habia hombres que discutian para convencerse, sino hombres que se irritaban para despedazarse mejor. La mayoría oficial, inflexible ante la razon, ante la presion de las masas, ante las nubes que veia agolparse en todos los horizontes, poseida de todos los vértigos de la temeridad, volvia golpe por golpe, hacia sin vacilar la voluntad de sus jefes, tenia el heroismo de la obediencia pasiva. No habia sino irse a las manos. Mayoría i minoría querian batirse.

X

La esplosion no se hizo esperar. Si el gobierno la deseaba, la oposicion no la temia. Las dificultades interiores principiaban a poner en peligro la existencia de la coalicion. Miéntras los conservadores recelaban de que se les llevase demasiado léjos, los liberales se resistian a sacrificar a ventajas pasajeras resultados considerables. Querian algo mas que una bandera de guerra. Querian una bandera de principios. El señor Santa-María procuraba calmarlos a todos. Sus esfuerzos no fueron estériles, pues neutralizó a los ménos ardientes. La intemperancia gubernativa vino a prestarle una ayuda providencial.

Precisamente cuando el liberalismo avanzado iba a hacer hogar aparte pidiendo la Asamblea Constituyente, fué declarado el estado de sitio del 12 de diciembre de 1858, disuelta violentamente la reunion en que se firmaba el acta

de reforma constitucional, arrastrados a prision sus principales jefes, cerradas las imprentas, suprimidos los diarios, colocada la oposicion en masa a las puertas de la cárcel, de la proscripcion o de la revuelta.

Como era natural, el golpe de pueblo no tardó en responder al golpe de Estado. Copiapó toma las armas, Talca le sigue, todo el sur del pais se cubre de montoneras. El levantamiento organiza en Santiago su directorio. Ahí estaba el oro i de ahí debian irle los recursos. El señor Santa-María era del directorio. ¿Deseaba la revolucion? Nos inclinamos a creer que nó. Pero el dado estaba arrojado en el sangriento tapete i no habia sino jugar la partida.

En aquellas horas el señor Santa-María siempre marchó de acuerdo con los conservadores. No se sentia seducido por una revolucion en que el liberalismo avanzado tuviera la parte del leon. Queria una revolucion en provecho del elemento moderado.

Si el golpe de Estado de diciembre habia estorbado la anarquía pública de las oposiciones, no habia podido contener sus desacuerdos privados, que arrebataron al movimiento revolucionario fuerzas considerables. Muchos que observaban con alegría el torrente de los montoneros que subia, se espantaban del ejército que avanzaba por el norte a marchas forzadas. La reforma por la Constituyente aterraba a ciertas jentes mucho mas que la reforma por la montonera. La victoria de los Loros no solo fué un espanto para el gobierno. La

derrota de Cerro-Grande fué tranquilidad no solo para él.

XI

Vencida la revolucion, en fuga sus caudillos, desalentados sus partidarios, el señor Santa-María aguardó dias mejores viajando por las grandes capitales europeas. Si era un vencido, no habia visto envuelta su fortuna en la derrota. Se impuso un destierro cómodo i provechoso.

Restablecida la paz i calmadas las persecuciones, el señor Santa-María regresó a sus hogares para tomar parte en las maniobras de la eleccion presidencial.

Todo presajiaba ya una transformacion. Si los vencidos estaban fatigados, los vencedores estaban aun mas fatigados que ellos. No veian la resistencia, pero la sentian pesar sobre sus hombros como un sudario de plomo. Era preciso soltar las esclusas. Aun cuando la inundacion estaba vencida, era imposible devolver a las aguas una corriente tranquila sin operar un cambio completo en la marcha política. En junio de 1860, el discurso presidencial nos dió el primer anuncio de ese cambio, del que ya habíamos tenido un síntoma en la entrada al ministerio del señor Varas. Tuvimos su consagracion definitiva en su renuncia de la candidatura presidencial.

La oposicion comprendia que se acercaba la hora de su prosperidad. La casualidad iba a darle lo que la fuerza le habia negado con implacable per-

sistencia. El trabajo del señor Santa-María se contrajo en aquel entónces a mantener compactos a los coaligados. Necesitaban organizar un buen aparato escénico. La empresa era fácil en momentos en que se veia llegar la victoria, a la que cada cual tenia algo que pedir.

Vino 1861. El Presidente Perez, elejido por el poder, es aclamado por la oposicion, que se agolpa en los salones del nuevo jefe del Estado. No se la llama todavía, pero ya se la escucha, se la acaricia, se la hace presentir su próximo advenimiento. Esto descontenta a los amigos del dia ántes. La ola de los recien llegados los absorbe i los eclipsa. Se sienten un poco a la puerta.

La oposicion manifestó en esas horas indecisas, casi crepusculares un tacto que hizo su fortuna. No se impuso, sedujo. No fué la amenaza, fué el encanto.

El nuevo réjimen se inició con un ministerio incoloro. Los coaligados aplaudieron. Los poderosos de la víspera se mantuvieron silenciosos i severos. Ese ministerio, sin apoyo sólido ni en los partidos, ni en la Cámara, ni en la opinion, desapareció bien pronto sin dejar otra señal de su paso que los ardientes debates de su ministro de hacienda con la mayoría parlamentaria. La cuestion de dinero hizo de las suyas. Separó al nuevo réjimen de sus amigos del dia ántes i lo echó resueltamente en brazos de sus amigos del dia siguiente.

XII

Despues de una serie de lentas i fatigosas modificaciones ministeriales, llegó en fin su turno al señor Santa-María. El señor Lastarria acababa de dejar la cartera de hacienda despues de una corta i tempestuosa administracion. Es su herencia la que recoje el señor Santa-María.

Tenemos en el poder a los dos jefes de la coalicion. Estamos en pleno ministerio Tocornal-Santa-María.

Su política se diseña bien pronto. Quieren ganarse la mayoría parlamentaria o mantener por lo ménos cierta cordialidad con ella. La mayoría tuvo sus horas de bondad, pero tuvo tambien sus despertamientos borrascosos. El señor Santa-María se mantenia de ordinario silencioso i no entraba en el fuego sino en momentos mui contados. No queria precipitar nada. Aguardaba su hora: la renovacion de la Cámara. Miéntras tanto dejaba hacer al señor Tocornal.

Hai quienes han pretendido señalar en esa actitud una maniobra de ambicioso. Por nuestra parte, vemos en ella la actitud de un hombre que tiene su idea i no se decide a colaborar ni a romper con la idea ajena.

Aquella fué una época de largos i estériles debates. Hubo pasion, cólera, controversia, lucha para no llegar a nada. Mayoría i ministerio huian las cuestiones de principios. La mayoría temia contra-

decirse, ser el arrepentimiento, miéntras el ministerio temia ir a llevar la division i el espanto a su propio hogar. La coalicion era la comunidad en el odio, no en la creencia. Mayoría i ministerio se resolvieron a encerrarse en la pequeña guerra de interpelaciones, votos de censura i acusaciones, que el segundo sostuvo con una paciencia imperturbable i la primera condujo con un ardor i una intrepidez que se perdieron en el vacío. Aquello fué ruido, humo, nada.

La mayoría pasó, miéntras el ministerio quedó imperturbable i robustecido por los miedos que entre los vencidos de la víspera despertaba la actitud batalladora de los antiguos felices.

Las elecciones de 1864 arrebataron al partido nacional los últimos restos de su poderío. Congreso, ministerio, municipio fueron a manos de los vencidos de 1859. Aquello tuvo la rapidez de un cambio de decoraciones. El señor Santa-María tomó una parte mui activa en la campaña electoral, campaña ardiente, casi desesperada, en la que el ministerio puso en juego todos sus recursos de poder i de popularidad. Si el señor Santa-María salió vencedor, es aun cuestion que saliera liberal. Las intemperancias demagójicas, a las que tanto horror profesa en el dia, hicieron entónces irrupciones en la asamblea, en la urna, en la calle, en la puerta de los hogares de sus adversarios. Tuvimos la intimidacion irresponsable de las turbas. Pero la opinion lo perdonaba todo en aquellos momentos. I despues, el ministerio no abusó de su victoria. Se limitó a allanar el camino al abuso que vino

tras él. Especie de Moises de la coalicion, murió a la vista de la tierra prometida.

XIII

La aventura española en América iniciaba sus bucanerías con la ocupacion de las Chinchas. El pais, sorprendido e indignado, pedia una actitud enérjica, tenia impaciencia de correr en auxilio del Perú. El ministro Tocornal hacia apelacion a la calma i a la esperanza. No se resolvia a ver sino una calaverada deplorable en la agresion alevosa. Todo iba a disiparse como una nube de verano.

El pais no creyó lo mismo. Veia un plan premeditado donde su primer ministro encontraba una calaverada, la jenialidad de un hombre. Parece que el señor Santa-María pensaba como el pais. Su renuncia no se hizo aguardar. El señor Tocornal no tardó en seguirlo.

Se esperaba por momentos su vuelta a los negocios como primer ministro de un nuevo gabinete. Pero el acontecimiento no confirmó la presuncion pública. Tuvimos un ministerio de sorpresa,—el ministerio Covarrúbias. Si el señor Santa-María se sintió contrariado en el fondo de su alma, supo hacer, sin embargo, buen continente. Prestó su apoyo al nuevo gabinete, que tenia sobre sus hombros todo el peso de la cuestion española. Fué de todos los consejos, de todos los debates, de todos los acuerdos. Contribuyó al arreglo Covarrúbias-Tavira, esa ilusion deplorable que, haciéndonos tomar por solucion un retardo, nos adormeció en la

confianza mas estraña. Fuímos espectativa en lugar de ser actividad. No tuvimos ni el valor del silencio ni el valor de la accion. Nos aventuramos hasta ser una amenaza i no nos atrevímos a ser un acto. Entramos en el equívoco, que es lo único que ha caracterizado de una manera precisa i firme la política del gobierno de 1861.

XIV

El ministerio de mayo marcó pronto una modificacion considerable en la actitud gubernativa. El ministerio Tocornal habia sido conciliador, el ministerio Covarrúbias hizo sentir su derrota a los vencidos. Haciendo caer al ministro Güemes sobre un sillon de la Corte Suprema, llamó a su lado al señor Errázuriz, que acababa de ganar sus espuelas de barredor implacable de adversarios en la intendencia de Santiago. Continuó su obra en el ministerio.

Hé ahí de nuevo a la opinion de pié. Adormecida por la cuestion esterior, las provocaciones ministeriales, repentinas, coléricas, importunas, la despertaron irritada. Tribuna i prensa hicieron mas de una tempestad.

El señor Santa-María, desde su puesto de vicepresidente de la Cámara de diputados, empezó entónces a dar esperanzas a todos los partidos. Como era uno de los jefes de la mayoría, el ministerio no se atrevia a romper con él i le halagaba. La oposicion, sintiéndolo poco satisfecho de la política mi-

nisterial, tambien le hacia la corte. Se dejó señalar como el jefe de un gabinete próximo. Ese gabinete no ha llegado todavía.

Ya mas de una espina punzaba el corazon del señor Santa-María. Sus segundos se habian puesto a su altura. El en vida, su imperio se dividia entre sus tenientes. Sin embargo, su situacion era todavía formidable. Dueño de un peloton de la mayoría, sin grandes resistencias en la minoría, teniendo vientos favorables en la opinion, su amistad era indispensable i su enemistad era un peligro. Su actitud como vice-presidente de la Cámara le servia eficazmente para mantener su posicion intermedia. Casi siempre equitativo, cortés, benévolo para los adversarios, sabia cubrir sus parcialidades bajo formas seductoras. Sus saludos, sus sonrisas, sus apretones de mano oportunos le hacian perdonar sus golpes presidenciales. Si se veia en él un adversario, no se sentia en él un enemigo irreconciliable.

Su autoridad fué incontestable en la Cámara de 1864; pero le faltó decision para sacar de ella todo el partido a que se prestaba. Haciendo hostilidad sorda, no tomó jamas una actitud clara i firme: fué un satisfecho descontento. En público, cedia al ministerio i hasta tenia con él docilidades compromitentes. En privado, contribuia a atizar los fuegos del descontento. Para llegar, era preciso ser algo decididamente, puerta abierta o puerta cerrada. Fué puerta entornada.

XV

Entonces principió a diseñarse la fisonomía política que hasta hoi conserva. Esa fisonomía es una vaguedad colorida, acentuada sin firmeza, impetuosa sin resolucion, siempre en busca de los acomodos. Un poeta ha dicho que Pascal se moria de mal de cielo. Podria decirse que el señor Santa-María se arruina de mal de indecision. Creyendo poco en los partidos, poco en los hombres, poco en la opinion, pone demasiada confianza en las maniobras de entre bastidores, miéntras duda de las grandes maniobras de la luz, de la discusion, de la publicidad, de la gran guerra de la vida libre.

Jefe de la mayoría en 1864, solo se servia de su autoridad para hacerse mantener en la vice-presidencia de la Cámara. Por lo demas, entregaba la mayoría a su propio impulso o al impulso de sus rivales, a quienes seguia con cierta docilidad importuna. No queria ir de frente contra nadie.

Bien lo manifiesta la actitud que asumió en los debates de la reforma constitucional. Siempre se colocó del lado de los tímidos, teniendo cuidado de que se advirtiera que no participaba enteramente de sus maneras de ver. En los grandes debates que promovió el artículo 5º, ni fué esclusivismo ni fué libertad. Comprendiendo que la opinion estaba con la libertad, tuvo para ella respetuosos homenajes; pero sabiendo, al mismo tiempo, que el esclusivismo contaba con los elementos conservado-

res de la coalicion, le envió sus saludos mas respetuosos.

Se le atribuye la primera idea de la lei interpretativa del art. 5º No seria raro. Esa idea se anidaba en su discurso. Como era necesario que la libertad relijiosa penetrara en las instituciones i se temia a sus adversarios, nada mas natural en políticos de indecision i de transaccion, que hacerla entrar por la puerta escusada de las concesiones. Se reconoció el derecho bajo las apariencias de una dádiva. El señor Santa-María fué de la partida.

Hé ahí a donde conduce la política sin convicciones.

XVI

En medio de estas discusiones, la guerra vino a golpear a nuestra puerta. Todos los espíritus se volvieron hácia ella.

El señor Santa-María tuvo una parte mui principal en las resoluciones i en los actos de la primera época.

Se le encargó de ir en busca de aliados i de escuadras. Nos trajo la alianza peruana i la escuadra peruana, que fuímos a dejar inmóvil en los apostaderos de Chiloé.

Su mision era difícil. Dos gobiernos se dividían en aquel momento a la nacion peruana. Acreditado cerca de los dos, se le dejaba la libertad de la eleccion. Se decidió por el ejército revolucionario, i el acontecimiento probó que habia elejido bien. La

victoria fué de la revolucion i el Perú hizo suya nuestra causa.

Solo para él tuvo sonrisas la fortuna en esa triste Odisea de nuestra guerra con España. Acojido por el pais como un triunfador, vió enardecerse los celos de sus émulos del gobierno. La guerra entre él i ellos volvia a principiar.

La Cámara de 1867 no le llamó a la presidencia. El jeneral de la víspera pasó a ser capitan de un peloton de partidarios, que tuvo una influencia mui equívoca en la marcha parlamentaria.

Como una compensacion, se le introdujo en el Consejo de Estado.

XVII

Su mision al Perú ha sido su última campaña. Desde entónces solo ha aparecido en la Cámara para desaparecer bien pronto. Llegaba, disparaba i se volvia a su tienda.

Tal le vimos en los debates sobre la guerra. Lanzó a sus adversarios del ministerio un discurso desquite en que el golpe, la alusion, el recuerdo bochornoso se habian calculado con una paciencia cruel. Una vez que tomó su desquite, se alejó de nuevo.

Tuvo mas perseverancia en los debates de la acusacion a la Corte Suprema. Apoyó franco, resuelto, ardiente al tribunal acusado. Supo encontrar en esta ocasion todas las buenas armas de su elocuencia i de su lójica. Fué brillante, convencido, vehemente. Ya no fluctuaba, no hacia diplomacia ni

hacia política, hacia justicia, verdad, elocuencia, i podia entregarse a toda la espontaneidad de su palabra i a todo el fuego de su temperamento.

Hai un orador en el señor Santa-María. Su voz es sonora, firme, ardiente; sus ojos tienen llamas i sus labios chispas. Encuentra caricias que seducen, desdenes que abruman, emociones que se trasmiten. Tiene el ademan, la presencia, que son en la tribuna lo que el colorido en el cuadro. Por eso, Santa-María escuchado vale siempre mas que Santa-María leido. La lava se ha apagado i el arte del escritor no ha podido iluminarla.

Apénas concluida la batalla, entró otra vez en su actitud indefinida.

XVIII

Hoi es una especie de nebulosa de la que todos los dias se aguarda ver salir los rayos de una estrella. La oposicion lo acaricia, el ministerio tambien, i mas de una vez ha seguido sus consejos. Pero ni sus cortesanos fian mucho en el señor Santa-María, ni el señor Santa-María fia mucho en sus cortesanos.

Llevado a los sillones de la majistratura judicial por el ministerio de mayo, ha sido elevado al puesto de rejente de la Corte de Apelaciones por el ministerio de noviembre.

Pero su puesto no está en la judicatura. Es una naturaleza que necesita espacio, aire, luz, accion. Temperamento activo, inquieto, vehemente, la vida de la judicatura pesa sobre él como una bala de forzado. Dadle un partido, dadle una cartera, dadle una tribuna, haced que sea palabra, mando, lu-

cha, i le tendreis en su elemento. En la majistratura es un atleta prisionero que entretiene sus fastidios haciendo política de serrallo.

¿Cuándo llegará para él su dia de redencion? Quién sabe! Ministro perpétuamente en candelero, sus subalternos de otra época van tomándole la delantera.

En estos momentos el poder lejítimo, el poder que engrandece, no es el que se adquiere por una triste intriga de palacio o de partido, sino el que decreta el voto de la opinion. Este poder exije firmeza en la actitud i en el propósito. Es preciso ser algo resueltamente.

—Sed algo! decimos al señor Santa-María. Talento, elocuencia, situacion obligan.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON JOSÉ VICTORINO LASTARRIA

I

Para ciertos hombres, el camino de la vida se estiende por un plano horizontal, por un suelo firme i liso, en que no hai guijarros ni espinas que atormenten los piés, en que no hai atolladeros que detengan la marcha. Allí no brilla un sol implacable que mate de sed i de fiebre al caminante en medio de la plácida sonrisa de un cielo azulado; allí tampoco se desatan tormentas atronadoras que le reduzcan a cenizas en medio del pavor i desolacion de la naturaleza.

Esos viajeros hacen la jornada de este mundo tan fácil i cómodamente como pueden trasladarse, por el tren de la mañana, de Santiago a Valparaiso.

Pero esos felices viajeros son escasos, mui escasos.

Para la mayoría de los hombres, el camino de la vida es una penosa ascension a cuyo término son pocos los que llegan, i ménos aun los que llegan

ilesos. Estos otros viajeros encuentran a su paso tantos obstáculos i peligros como los que arrostran los atrevidos esploradores que pretenden subir a los picos inaccesibles de los Andes.

Natural es que, en esa empresa de ascension i escalamiento, muchos caminantes sucumban a medio camino, i el resto de ellos no llegue a la cima sin haber dejado en las cuestas, desfiladeros i precipicios del tránsito una buena parte de su lozanía, de su salud i de sus fuerzas.

Don José Victorino Lastarria pertenece a esta segunda clase de viajeros. La existencia ha sido para él una montaña escarpada cuya cumbre no ha tocado sino despues de una larga, tenaz i dolorosa lucha contra las asperezas i contrariedades de la senda. ¡Qué estraño que sufriera mas de una caida, que las piernas le flaquearan alguna vez, que la exasperacion i el desaliento le sobrecojieran de tarde en tarde!

Apénas emprendida la marcha, la pobreza intentaba cerrarle el paso. Salíanle, en seguida, al camino el desden, la ojeriza, la desconfianza, la envidia, el odio. Vinieron despues las pérfidas emboscadas de los empleos oficiales. Las persecuciones políticas le acosaron mas tarde, i en pos de ellas, la ambicion i el poder trataron de prenderle en sus redes. Finalmente, en esta misma época que atravesamos, se ha visto de contínuo sitiado por hambre.

Como si tantos enemigos esteriores no fueran bastantes, el combatido viajero ha tenido tambien

que habérselas con los enemigos domésticos que encontraba dentro de sí mismo.

Primeramente, su organizacion moral tiene los defectos de sus cualidades, para valernos de una espresion francesa llena de exactitud. En seguida, esos defectos se han agravado i complicado por las circunstancias peculiares en que se ha desarrollado su existencia. Naturaleza ardiente i apasionada, no siempre lleva en paciencia la contradiccion de sus opiniones; se siente a veces exasperado por la controversia, i entónces asume un dogmatismo contundente con que parece que la autoridad de su palabra quisiera imponer ántes que persuadir. Carácter dotado de todas las altiveces i de todas las delicadezas del amor propio, este sentimiento ha llegado a adquirir en él proporciones exajeradas, estimulado por el rudo e incesante batallar contra los multiplicados adversarios que ha hallado en su camino. Por otro lado, las resistencias, las heridas i reveses de tales combates han agriado su ánimo, inspirándole respecto de los hombres cierto descontento i recelo que no llegan ciertamente hasta la misantropía, pero que ocultan, bajo apariencias desdeñosas, bajo un aspecto poco accesible a los que no le conocen íntimamente, la jovialidad i festiva malignidad de su jenio, la savia verdaderamente juvenil que circula todavía por todas las potencias de su espíritu.

Bajo tales condiciones, el señor Lastarria ha vivido hasta ahora cincuenta i tres años, durante los cuales se ha manifestado observador infatigable, pensador profundo, profesor consumado, juriscon-

sulto distinguido, escritor i orador eminente, hombre de Estado laborioso, digno i puro. Como publicista i como literato, con su palabra i con su pluma, desde la tribuna i desde el gabinete de trabajo, en medio de las penalidades de la proscripcion como en medio de los honores i deberes de altos cargos diplomáticos, ha trabajado con rara constancia por el progreso intelectual i político de nuestro pais.

Si el fin de la existencia humana estriba en el engrandecimiento de nuestro destino inmortal por el cultivo i actividad de la intelijencia, por el ejercicio de una voluntad resueltamente encaminada a nobles objetos; si la vida debe ser un combate incesante en favor de lo verdadero, de lo bueno i de lo bello, el señor Lastarria ha cumplido dignamente el fin de la existencia, ha peleado con gloria la batalla de la vida.

II

Don José Victorino Lastarria nació en Rancagua el año 1817. Su apellido, que él estaba destinado a ilustrar en tanto grado, habia dejado ya honrosas huellas en los anales literarios de la colonia. Uno de sus ascendientes, don Miguel José de Lastarria, se habia hecho notar, en los últimos años del siglo pasado, por el espíritu ilustrado i liberal que desplegó como profesor de lejislacion en las cátedras coloniales, i el Museo Británico ha conservado del mismo un manuscrito que contiene preciosos datos estadísticos sobre Chile.

El padre de don José Victorino fué un comerciante tan respetable como poco venturoso. Repetidamente vió devorado por los incendios el fruto de sus especulaciones mercantiles, i al fin se fatigó de perseguir una fortuna que, como las mariposas, se consumia entre las llamas.

Destituido de una asistencia paterna bastante eficaz, el señor Lastarria tuvo que valerse por sí mismo mucho ántes de ser un hombre. Esta circunstancia debió de contribuir a desarrollar en él esa confianza en las propias fuerzas, ese carácter animoso, ese valor de la adversidad que constituye una de sus dotes mas marcadas.

Comenzados sus estudios en el célebre colejio de Mora, los continuó primero en el Instituto Nacional, i despues al lado de don Andres Bello. Estaba mui léjos de haberlos terminado cuando ya se encontraba convertido en profesor. Miéntras estudiaba para alimentar su intelijencia, enseñaba en los colejios humanidades i derecho público para buscar otro alimento mas material, pero indispensable, para buscar el pan de cada dia.

Sus dobles atenciones de estudiante i maestro le dejaban todavía tiempo para interesarse en los negocios públicos. El mismo nos ha revelado, en un documento que dió a luz en 1849, la primera impresion que recibió al contemplar la política de entónces. Aquella impresion, modificada mas tarde, fué penosa: dábale en rostro el gobierno fuerte i represivo que habian levantado los vencedores de Lircai bajo los auspicios de la Constitucion de 1833 i sobre las ruinas de un partido anonadado.

En el documento aludido, nos ha revelado tambien la ocasion en que publicó su primer artículo de periódico. En uno de los dias de mayo de 1836 leia en *el Araucano* un escrito (atribuido al actual presidente de la República don José Joaquin Perez) contra la institucion del jurado i, a juicio del señor Lastarria, contra la libertad de imprenta. Lastimado vivamente en sus convicciones, se apresuró a escribir i publicar una refutacion de ese escrito.

III

No tardaron en sobrevenir las complicaciones que produjeron la guerra de Chile con la confederacion perú-boliviana. Esta cuestion estimuló nuevamente la pluma política del señor Lastarria i le indujo a establecer un periódico que las *facultades estraordinarias* del ejecutivo no dejaron vivir mucho tiempo.

Despues de la muerte del ministro Portales, la direccion del gabinete pasó a las manos de don Joaquin Tocornal. El señor Lastarria volvió entónces a escribir de tiempo en tiempo en la prensa periódica para censurar varios actos de la política del ministerio. No por eso se consideraba ligado al partido *pipiolo*, que miraba como un partido en disolucion e inadecuado para satisfacer las necesidades de la política nacional. Por otro lado, sus primeros juicios sobre la dominacion pelucona se habian modificado considerablemente. Valiéndonos de sus propias palabras, "ya entónces juzgaba

que la Constitucion de 33 era la mas adecuada a nuestras circunstancias, porque solo ella podia regularizar el poder, fortificarlo i mantener la tranquilidad de la República." Veia i atacaba sus defectos, "pero sin dejar nunca de considerarla como la constitucion mas sabiamente calculada, como el código hispano-americano mas perfecto en política, es decir, en la aplicacion de los principios a los hechos i antecedentes del pais." Al mismo tiempo, juzgaba que "el gobierno se hallaba bastante fuerte i con sobrado prestijio para comenzar a reaccionar en favor de la forma republicana, i le fastidiaba su conducta restrictiva, su empeño por adulterar las formas democráticas." Parecíale injustificable "que el gobierno se empeñase tanto en centralizar el poder, en acumular toda la autoridad en el ejecutivo, en escluir i rechazar a los que no eran sus adeptos, en perseguir a sus enemigos, en arrogarse una perfecta tutela sobre la sociedad, sin cuidar de educarla, ni de prepararla para la vida pública, ni de ejercitarla poco a poco en el uso de sus derechos."

Contemplando tranquilamente la situacion política del pais, el señor Lastarria llamaba con sus votos la aparicion de un partido nuevo, que encarnase el progreso liberal, i miéntras tanto campaba por su respeto, sin disciplina de partidario i sin espíritu de prosélito.

El hombre político que se mantiene en una actitud semejante, no tarda en inspirar desconfianzas a los unos, en causar decepciones a los otros, en descontentar a todo el mundo. Eso fué precisa-

mente lo que aconteció al señor Lastarria. Hízose sospechoso a los partidos militantes, i disgustado de ellos, se apartó del movimiento político para entregarse esclusivamente al estudio i a la enseñanza.

IV

El año 1839 entraba en el foro, i apénas hecho abogado, doblaba la cerviz a la coyunda del matrimonio. A la sazon, tenia una intelijencia rica de conocimientos, pero un bolsillo pobre de escudos. No se arredró por eso, i dando testimonio de la enerjía de voluntad que hai en el fondo de su carácter, pasó el Rubicon del celibato i desafió la pobreza del hombre casado, la peor de todas las pobrezas conocidas. Rodeado hoi de una numerosa e interesante familia, no ha tenido lugar para arrepentirse de aquella denodada resolucion.

El mismo año era llamado a rejentar la cátedra *de lejislacion* (como entónces se llamaba) del Instituto Nacional, que acababa de dejar vacante don Ventura Marin. No obstante su juventud, el señor Lastarria estaba léjos de ser un novel profesor de derecho público. Lo habia profesado de tiempo atras en colejios particulares, i pudo llevar a la cátedra del Instituto los conocimientos i aptitudes de un maestro esperimentado.

Durante doce años rejentó sin interrupcion aquella cátedra con un brillo i competencia que no han eclipsado los que vinieron mas tarde a ocupar su puesto. Durante doce años difundió desde ella sa-

nas i elevadas doctrinas de política constitucional, tomando de preferencia por guias a Arhens i Pinheiro Ferreira, cuyas teorías condensó el año 1844 en un libro didáctico. Fué allí donde primero se revelaron sus bellos talentos oratorios. Fué allí donde adquirió esa cabal intelijencia, esa versacion completa de nuestro derecho público i de nuestro mecanismo político que dan a su palabra, en los debates parlamentarios, una autoridad incontrastable. Allí fué donde acrisoló el temple i perfeccionó el manejo de las armas que debia esgrimir en los combates de la política.

V

Sacudida bruscamente por los emigrados arjentinos, nuestra juventud estudiosa despertaba el año 1840 a la vida de las letras. La aparicion del *Semanario*, el primer periódico literario de Chile, dió testimonio de ese despertar. Uno de sus colaboradores fué el señor Lastarria, que desde entónces ha manifestado un interes i solicitud infatigables por el progreso de las letras chilenas, pagando el tributo de sus producciones a la mayor parte de los periódicos de literatura fundados hasta hoi, alentando a los talentos nacientes, fomentando la creacion i desarrollo de las asociaciones literarias.

Desde la *Sociedad literaria* del año 1842, que le nombró su presidente i a cuya apertura pronunció un discurso que hizo sensacion en aquel tiempo, hasta el *Círculo de Amigos de las letras*, de que tuvo la iniciativa en 1859 i que resuscitó diez años mas

tarde, despues de una muerte aparente tan larga como la de los picaflores, no se ha desmentido jamas su vivo entusiasmo por el cultivo de la bella literatura. Ni las áridas tareas de la política i del foro, tan apropósito para cegar la fuente de la imajinacion i del sentimiento, ni las vicisitudes de una vida empeñada a menudo en las mas prosaicas luchas de la realidad, han conseguido debilitar su aficion a las letras. Antes que para político, nació para literato, como que su carácter tiene todas esas impetuosidades del amor propio que encumbran al literato i suelen hacer caer al político. Sin ser precisamente poeta, el señor Lastarria habria sido clasificado por Horacio entre el irritable gremio de los poetas.

VI

Entretanto, la política, con que habia reñido hacia poco, volvia a llamar a sus puertas tratando de hacer las paces. Acercábanse las elecciones presidenciales de 1841. Un numeroso partido de oposicion proclamaba la candidatura del jeneral Pinto. El señor Lastarria adhirió a ella, i para sostenerla, tomó parte en la creacion i redaccion de un diario titulado *el Miliciano*.

Pero aquella candidatura fué puesta luego fuera de combate por una capitulacion de sus partidarios con los de la candidatura del jeneral Búlnes; capitulacion que selló un enlace de familias.

El señor Lastarria volvió, entónces, nuevamente las espaldas a la política para encerrarse en sus

primeras i predilectas ocupaciones. A sus tareas de profesor i abogado, agregó las de director del colejio tan conocido en nuestros anales escolares con el nombre de colejio de Romo.

VII

Así vivió hasta el año 1843, en que obtenia un asiento en la Cámara de Diputados i era llamado a desempeñar el puesto de oficial mayor del ministerio del interior.

En su primera campaña de diputado, no dejó prever, sino a mui pocos, el gran papel que estaba destinado a representar en nuestros parlamentos. Ni podia ser de otro modo. Los debates del Congreso eran a la sazon completamente pacíficos e inofensivos, salvo rarísimas escepciones; no habia en su seno ningun elemento vivo de oposicion a la política oficial, i los negocios públicos se discutian i resolvian en familia. Por otro lado, el señor Lastarria desempeñaba simultáneamente un empleo oficial, i en tal situacion no habria podido asumir en el parlamento otra actitud que la de un defensor del ministerio. Pero como éste no tenia adversarios, tampoco necesitaba defensores.

En el puesto de subsecretario del ministerio del interior, a que habia sido llamado por el señor Irarrázaval, desplegó esa rara laboriosidad i espedicion para el trabajo que distinguen su intelijencia, i llegó a profesar una profunda adhesion a aquel ministro, en cuyo peluconismo creia descubrir un

espíritu mas liberal, mas franco i conciliador que en los demas políticos de su escuela.

No tardó en surjir un sordo antagonismo en el seno del gabinete, entre el señor Irarrázaval, ministro del interior, i el señor Montt, ministro de justicia. Ese conflicto intestino vino a terminar en la retirada del primer ministro. Diósele con una legacion a Roma un brillante destierro, i el señor Montt entró a ocupar el puesto vacante, pasando a ser jefe inmediato del señor Lastarria.

Años atras, el señor Lastarria, por medio de su condiscípulo don Antonio Varas, habia cultivado relaciones personales con el nuevo ministro del interior, hasta llegar a formarse entre ámbos vínculos de amistad bastante sólidos. Cuando, en los últimos dias de la administracion Prieto, el señor Montt fué nombrado ministro de Estado, creyóle destinado el señor Lastarria a rejenerar la política pelucona, i escribió por la prensa en favor suyo.-

Pero, al retirarse del gobierno el señor Irarrázaval, los sentimientos recíprocos del nuevo ministro i del subsecretario del interior habian cambiado por completo. El señor Lastarria habia cesado de ser amigo del señor Montt i se apresuró a dejar de ser tambien su subalterno. Abandonó el puesto de oficial mayor, despues de haberlo servido solo diez i seis meses.

VIII

Al salir de las oficinas de Estado, su primer pensamiento fué combatir la política del jefe del minis-

terio. Para servir a ese pensamiento, no vaciló en embarcar sus cortos ahorros en la empresa de un diario que a la sazon publicaban don Santiago Urzúa, don Francisco de P. Matta i don Juan N. Espejo, con el título de *el Siglo* La divisa de *el Siglo* fué: *Búlnes sin Montt.* Sintiéndose con poca vocacion a las tareas del diarista, el señor Lastarria confió a otra pluma que la suya la redaccion habitual del diario.

No podia ocultársele que un periódico político necesita forzosamente ser el eco de cierto grupo considerable de opiniones e intereses, o por lo ménos encontrar eco en un grupo semejante. Para satisfacer esa necesidad, cooperó a organizar la oposicion que la proximidad de las elecciones de presidente comenzaba a despertar en Santiago. Estableciose una *Sociedad central de Elecciones*, en que él tomó parte.

Sin embargo, no tardó mucho en sentirse poco a sus anchas, disgustado, desorientado i sin camaradas en aquella asociacion, en que no habia encontrado lo que él perseguia:—elementos nuevos i vigorosos para la formacion de un partido sin vínculos con el pasado. Allí solo encontró las escasas reliquias del antiguo partido *pipiolo*, con su despecho i sus alucinaciones de vencidos, con sus rencores tradicionales, con su encono personal.

Miéntras tanto, *el Siglo* habia cesado de existir, i *el Diario de Santiago* habia aparecido como órgano de la oposicion. Este último diario, redactado por un escritor satírico i burlesco de notable injenio, trabó con la prensa ministerial una polémica de

dicterios e invectivas sangrientas, en que los principios políticos no figuraban para nada i los hombres políticos eran puestos de oro i azul.

Aquella polémica fué un verdadero pujilato, que daba mucho que reir a los desocupados e indiferentes, pero que desautorizaba a la oposicion, le arrebataba sus partidarios, i empujaba a los tímidos a asilarse en el campo ministerial.

En presencia de una situacion semejante, el señor Lastarria renunció una vez mas a seguir jugando la partida de la política. Su retirada proyectó sobre su carácter, como era natural, las sombras de nuevas acusaciones i censuras.

IX

Pero, miéntras su figura política flotaba todavía en un crepúsculo indeciso i equívoco, su crédito literario crecia incesantemente.

El año 1844 publicaba la primera parte de sus *Elementos de Derecho público constitucional*, a que hemos aludido arriba, i que debia completar algunos años mas tarde con sus comentarios a la Constitucion de 1833.

El mismo año, la Universidad de Chile celebraba su primera sesion jeneral, en que el señor Lastarria leia la introduccion de un libro que lleva por título *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista i del sistema colonial de los españoles en Chile*, i que es uno de los mas bellos e interesantes que han salido de su pluma. En esa obra se revelaba brillantemente su doble talento de pensador i

escritor. De entónces acá, han corrido muchos años: el pensador ha tenido tiempo i esperiencia suficientes para rectificar o acrisolar sus juicios; el escritor los ha tenido tambien para despojar su estilo fácil i abundante de cierta grandilocuencia de dudoso gusto; pero ni el escritor ni el pensador ha podido hallar motivos para descontentarse de aquel libro, que no era solo una hermosa promesa, sino una hermosa realidad, i que hoi mismo puede leerse con agrado i provecho por cuantos deseen estudiar los orijenes de nuestra civilizacion.

Tres años despues de la aparicion de las *Investigaciones*, la Facultad de filosofía i humanidades de la Universidad coronaba con el premio anual un nuevo libro del señor Lastarria, titulado *Bosquejo histórico de la constitucion del gobierno de Chile durante el primer período de la revolucion, desde 1810 hasta 1814.*

Este nuevo libro era la continuacion de la obra emprendida en el anterior, la continuacion del estudio de nuestro desarrollo histórico a la luz de una filosofía impregnada de aspiraciones liberales i democráticas. Depurar la sangre española que circulaba por las venas de nuestra nacionalidad, sustituyendo a la supremacía mortífera de la fuerza encarnada en la autoridad omnipotente, la saludable supremacía del derecho encarnado en cada ciudadano; reemplazando el pupilaje gubernativo por la iniciativa individual i social, la absorcion por la espansion: tal era el ideal que el señor Lastarria perseguia en esos libros i que habia comenzado a divisar a traves de sus estudios i meditaciones, si

bien con mucho ménos claridad i precision que lo divisa hoi en dia.

Desde las *Investigaciones* de 1844 i el *Bosquejo histórico* de 1847 hasta su último libro, *La América*, publicado en 1867, hai un progreso evidente en su concepcion de la idea liberal i democrática; pero desde las primeras horas de sus observaciones, el publicista habia encontrado la clave de la rejeneracion política del pais, enfermo de una verdadera hidropesía autoritaria. Se habia hecho todo por robustecer la autoridad de los gobernantes; no se habia hecho nada por consagrar la libertad de los gobernados. El respeto a la autoridad era la suprema razon de Estado, aunque él envolviese el sacrificio de la libertad. Bajo un réjimen semejante, el gobierno se alimentaba a espensas del pueblo, como esas enredaderas que, en nuestros bosques del sur, se abrazan de los robles, los ahogan en las inestricables redes de sus tortuosas i flexibles ramas, les roban la vida vejetal i los convierten en troncos desnudos i secos. El señor Lastarria veia palpitar bajo las vestiduras republicanas el espíritu de la política colonial, i anhelaba por que al gobierno de la fuerza sucediese el gobierno del derecho, al principio de autoridad el principio de libertad, a la absorcion de la actividad social por el gobierno, el desarrollo desembarazado de todos los intereses i aspiraciones lejítimas de la sociedad bajo la proteccion de ese mismo gobierno, circunscrito al papel de dispensador del derecho. Queria, en una palabra, que al gobierno esponja, sucediera el gobierno cauce.

Sin duda que el señor Lastarria se ha desviado mas de una vez de su ideal en las evoluciones de la política militante i en las cuestiones de aplicacion: lo que esplican bastante las exijencias i ofuscamientos de ciertas situaciones políticas. Pero ese ideal se ha conservado vivo en su espíritu, haciéndose mas i mas completo i luminoso con el trascurso de los años.

X

La reeleccion del jeneral Búlnes a la presidencia de la República trajo un cambio de gabinete que llevó nuevamente al señor Lastarria a la esfera de accion de los negocios públicos. Amigo del ministerio de setiembre de 1846, en que la política pelucona presentó una atenuacion semejante a la que se habia ensayado en el gabinete Irarrázaval, le prestó una importante colaboracion extra-oficial, le acompañó hasta su último instante i le cerró piadosamente los ojos.

Al morir, el gabinete de setiembre legaba a la ajitacion política una mayoría parlamentaria destinada orijinariamente a ser el baluarte del gobierno i convertida, por la desaparicion de aquel gabinete, en una falanje de oposicion.

Esa mayoría parlamentaria fué el punto de partida del movimiento de opinion mas poderoso i trascendental que se habia operado durante el predominio del réjimen constitucional de 1833. Bajo su influencia se organizó un partido numeroso que se dió el calificativo de progresista;

las mas graves cuestiones de política i administracion se removieron al empuje de los debates del Congreso i de la prensa; el espíritu público despertó a la accion, i comenzó resueltamente en el seno de nuestros partidos ese lento trabajo de desagregacion i recomposicion que, hoi mismo, no ha terminado todavía.

Por fin, la figura política del señor Lastarria iba a destacarse de entre la turbia i nebulosa atmósfera en que se habia mantenido. Un lugar conspícuo le estaba reservado en el congreso de 1849.

Desde luego, hizo su aparicion en la nueva asamblea presentando varios proyectos de lei, en que, a la verdad, no se reflejaba bastante fielmente su espíritu liberal. Esto se esplica: por un lado, tales proyectos habian sido concebidos i redactados, en su mayor parte, por cuenta i riesgo del ministerio de setiembre, a quien sorprendió la muerte ántes de tener ocasion de presentarlos; por otro lado, el señor Lastarria profesaba a la sazon una doctrina que juzgamos mui discutible i peligrosa, a saber: que los principios tienen que perder algo de su integridad al concretarse en las leyes. Mucho mejor que en los proyectos aludidos, el espíritu liberal del señor Lastarria se reflejó en sus *Bases de la Reforma*, publicadas el mismo año de 1849.

Pero el congreso de aquel año, por los elementos que lo componian, debia ser tan poco acentuado en las cuestiones de principios como ardiente en los debates de política militante. La mayoría

parlamentaria queria ante todo ser poder i luchó encarnizadamente por serlo.

XI

Abierto el palenque de la elocuencia, el señor Lastarria se reveló desde los primeros dias como un orador de raras dotes i de grandes facultades, i llegó a ser bien pronto el *leader* de la mayoría.

Una voz sonora, agradable, i hábilmente modulada; una fisonomía severa sin ser adusta, animada sin ser inquieta; nobleza i mesura en los ademanes, seguridad en el decir, pronunciacion clara, límpida, perfecta, gran facilidad para tomar las entonaciones del desden i del sarcasmo: tales son las cualidades esteriores de su oratoria, que dan realce a su elocucion fácil, abundante i correcta.

En cuanto al mérito intrínseco de su elocuencia, el señor Lastarria no es un ergotista, ni posee un gran poder de dialéctica, en el sentido estricto de la palabra. Aunque abogado, no lleva nunca a los debates parlamentarios las sutilezas i silojismos del alegato forense. Su procedimiento oratorio se basa de ordinario en las doctrinas constitucionales, en las teorías del derecho público, en los precedentes de la historia política de nuestro pais i de las demas naciones que viven bajo el gobierno representativo. Esplica mas que argumenta, diserta mas que arguye, busca sus armas de combate en los hechos ántes que en las abstracciones.

Apela con mucha sobriedad a la declamacion i a las flores retóricas, i carece de espresiones gráfi-

cas e incisivas, que se avienen mal con la abundancia de su elocucion. En su larga historia de orador, en que pueden hallarse tantos grandes discursos, apénas se encontrará tal cual dicho memorable.

En estos últimos tiempos, para conjurar el peligro de las traidoras versiones de los redactores oficiales i no oficiales del Congreso, el señor Lastarria ha solido escribir sus discursos ántes de pronunciarlos. Dotado de una memoria felicísima, podia recitarlos, por largos que fuesen, casi sin leerlos i con la natural espontaneidad del que habla a medida que discurre. No obstante, su majistral elocuencia se deslie i empaña un tanto en los discursos escritos. En esta misma época, las exijencias del debate le han puesto muchas veces en el caso de hablar de improviso, i tales improvisaciones no han sido los ménos brillantes i decisivos de sus discursos de los últimos tres años.

Tales eran las preciosas aptitudes oratorias que el señor Lastarria puso al servicio de la causa de la oposicion de 1849.

XII

Numerosa fuera del congreso, en mayoría dentro de la cámara de diputados, dotada de muchos hombres distinguidos por su ilustracion, por sus talentos o por su carácter, aquella oposicion carecia, sin embargo, de fuerza como partido de principios. En su composicion habian entrado hombres sinceramente anhelosos de que se operara una transformacion liberal en nuestro modo de ser po-

lítico; pero habian entrado tambien pelucones aferrados a las doctrinas de su escuela, i hasta algunos de esos gatos de palacio que no tienen adhesion i fidelidad sino al hogar del gobierno, cualquiera que el gobierno sea. Para mantener la paz en el seno del partido, era menester que los liberales se hiciesen un poco pelucones, i que los pelucones se hiciesen un poco liberales; era menester jugar a las escondidas en la cuestion de principios.

Faltos del móvil tan poderoso como saludable que fluye de la comunidad de ideas políticas, los diversos grupos de la oposicion no estaban enlazados sino por la comunidad del interes del momento. Este interes era desde luego la caida del ministerio, i debia ser poco despues la caida de la administracion.

Partidos así formados carecen de aquella resignacion activa i perseverante que les seria necesaria para hacer esclusivamente sus jornadas por el camino real de la legalidad. Ese camino, por otra parte, se volvia tan poco transitable como los demas caminos reales que habia a la sazon en Chile, luego que sobrevenia una tormenta política. Careciendo de los hábitos de la vida libre, los gobiernos i las oposiciones se sentian impacientes por las lentitudes i estorbos de la lei. El apetito de la represion arbitraria se despertaba pronto en los primeros; las tentaciones de revolucion i guerra civil asaltaban en breve a las segundas.

En la época a que nos referimos, la oposicion i el gobierno tardaron poco en abandonar el camino de la legalidad, tomando por el atajo.

Al terminar el año 1849, la oposicion veia desbandarse su mayoría parlamentaria ante la tentativa de suspender el voto de las contribuciones, i se frustraba así su esperanza de producir un cambio de gabinete favorable a sus intereses.

El año 1850 no terminaba ántes que el gobierno hubiese declarado en estado de sitio una parte del territorio de la república i lanzado a las playas estranjeras, u obligado a andar a salto de mata, a la mayor parte de los corifeos del partido opositor. Entre los proscritos se contaba el señor Lastarria, que fué a parar a Lima.

XIII

Desde allí escribió, bajo la forma de una carta dirijida a don Bartolomé Mitre, un interesante estudio descriptivo i de costumbres sobre la ciudad de los Reyes.

En ese escrito, su flexible talento literario revelaba nuevamente las notables aptitudes de escritor satírico i observador de la vida real de que habia dado ya muestras en *el Manuscrito del Diablo*, publicado el año 1848 en *la Revista de Santiago*, i que cayó como una bomba esplosiva en medio de nuestra sociedad, cuyas flaquezas i preocupaciones escarnecia sin benevolencia ni miramiento alguno.

En la carta sobre Lima su crítica era ménos irritada, su sátira era ménos violenta que en *el Manuscrito del Diablo*, i de consiguiente, la una i la otra eran mas simpáticas i amenas.

La pata aterciopelada del gato suele ser mas efi-

caz, en el escritor satírico i de costumbres, que la pesada garra del leon. El señor Lastarria olvidaba esta verdad cuando en 1858 escribia *las Peregrinaciones de una vinchuca*, opúsculo de sátira política, i volvia a olvidarla cuando en 1860 publicaba un cuento del mismo jénero titulado *Don Guillermo*, obra de un mérito positivo i considerable, pero que habria ganado mucho si su crítica no hubiera esgrimido a menudo la maza en vez del florete.

Para valernos de una espresion mui vulgar, pero mui pintoresca, el señor Lastarria suele *dejarse caer con todo el cuerpo* sobre el objeto de sus censuras, lo que desvirtúa el efecto del ridículo i despoja de toda festividad a la sátira.

I esa propension al aplastamiento, como diria Víctor Hugo, no se encuentra solo en el crítico; estalla tambien, de tarde en tarde, en ciertos arranques del orador.

XIV

A principios de 1851, la terminacion del estado de sitio le permitia volver a Chile; pero por pocos dias.

El 20 de abril de aquel año estalló el motin militar que, de tiempo atras, habian venido preparando las conspiraciones de algunos hombres de la oposicion. Complicado en un proceso político, el señor Lastarria perdió su cátedra de derecho público i tuvo que tomar nuevamente el camino del destierro.

Volvió a Lima para desde allí contemplar, bien

pronto, a su patria sacudida i ensangrentada por la guerra civil, del uno al otro estremo del territorio.

En las vicisitudes políticas por que acababa de atravesar, se habia labrado una alta reputacion, pero habia visto disminuirse rápidamente sus recursos pecuniarios. Encontrábase tan célebre como pobre.

Perdida la causa de la oposicion, veia prolongarse indefinidamente su destierro, en medio del cual le era urjente proveer a la subsistencia de su numerosa familia i a la suya propia. Por muchos meses alimentó el propósito de fijar para siempre su hogar en el Perú, cuyo gobierno estaba dispuesto a encomendarle la creacion i direccion de un gran establecimiento de instruccion pública.

Pero la espectativa de poder restituirse a su patria sin ser perseguido, le decidió a venir a Copiapó, donde halló seguridad para permanecer tranquilo con tal de no mezclarse en la política.

Esta no ofrecia a la sazon incentivos: la opinion pública estaba completamente aletargada.

Consagróse el señor Lastarria a dar la última mano i publicar la primera parte de su *Historia constitucional del Medio Siglo*, obra cuyo plan habia concebido muchos años ántes, pero cuya redaccion llevó a cabo en el destierro.

En esa primera parte, única publicada hasta hoi, recorre a vuelo de pájaro la historia política de América i Europa en los primeros veinte i cinco años del siglo XIX para observar i consignar los

progresos que, a traves de ellos, habian hecho el principio de libertad i el sistema representativo.

En el nuevo libro, el horizonte de sus observaciones políticas no podia ser mas dilatado, i la ejecucion debia resentirse de las dificultades que presentaba un cuadro de tan vastas proporciones para un escritor sud-americano, destituido de los preciosos ausilios con que cuenta cualquier escritor europeo.

No obstante, su criterio liberal supo de ordinario dominar los sucesos, verlos con exactitud, descubrir sus causas i resultados.

XV

En las elecciones de diputados de 1855, el señor Lastarria era llevado al Congreso, en union de don Manuel Antonio Matta, por los electores de Copiapó.

Su presencia no se hizo sentir, sin embargo, en las rejiones parlamentarias hasta el año 1857, en que el cisma de los partidarios del gobierno produjo la lei de amnistía. En la discusion de esa lei pronunció un discurso lleno de vigor i oportunidad, que hizo una sensacion profunda, i en que tuvo una palabra tan feliz como exacta, que ha llegado a hacerse proverbial. "Venga el bien, aunque venga del demonio,"—decia el señor Lastarria a los que impugnaban la amnistía porque ella habia sido propuesta por los pelucones disidentes.

El año 1858 era elejido diputado por el departamento de Valparaiso. Despues de haber tomado

una parte activa en las discusiones parlamentarias de aquel año, se retiró del congreso protestando igualmente contra la política oficial i contra la política de la oposicion pelucona.

Descontento de la fusion que habian consumado las dos fracciones opositoras, contempló desde el retraimiento político la guerra civil de 1859, i no reapareció en la Cámara de Diputados hasta el año 1860 para combatir la lei de responsabilidad civil.

XVI

El 9 de julio de 1862, el señor Perez, separándose resueltamente del partido que lo habia elevado a la presidencia de la república, formaba su segundo ministerio de hombres escojidos en todas las fracciones de la oposicion de 1859. El elemento liberal, el conservador i el clerical entraban en la composicion del nuevo gabinete, formando un curioso mosaico político. El interes conservador se encarnaba en don Manuel A. Tocornal, el interes clerical en don Miguel María Güemes, el interes liberal en el señor Lastarria.

El ministerio de julio fué acojido en el público por las demostraciones mas ardientes de júbilo i satisfaccion. Sin embargo, estaba léjos de corresponder a las necesidades de la política nacional, i los que lo aplaudian i vitoreaban, obedecian ménos a una conviccion tranquila, que a cierta espansion irreflexiva i espontánea, semejante a la del hombre que se sacude de una larga pesadilla. Los

aplaudidores ménos enajenados procuraban con el ruido de sus aplausos, no tanto halagar a los que subian, como dar en rostro a los que acababan de bajar. Habia en sus hosannas mas rencor i venganza que amor i complacencia. Ciertas aclamaciones al ministerio de julio tenian un dejo mui pronunciado a imprecaciones contra el anterior gobierno.

El nuevo gabinete estaba atacado de una debilidad constitucional: carecia de cohesion, carecia de ese vigor de iniciativa, de esa libertad de accion que solo se encuentran en la unidad de ideas i propósitos. Para vivir le era forzoso contemporizar con todo el mundo,—con el jefe del Estado, con el congreso, con los partidos de que traia su oríjen, con los propios elementos que llevaba en su seno. —El señor Tocornal, por sus antecedentes i por su carácter, podia i sabia contemporizar. Podíalo tambien el señor Güemes. Pero el señor Lastarria no lo podia ni por su carácter, ni por sus antecedentes. Mucho ménos lo podia en su puesto de ministro de hacienda.

En efecto, si le era dable desentenderse de la cuestion política, como lo hizo, le era imposible rehuir la cuestion económica. El desequilibrio del presupuesto amenazaba con un déficit inmediato. Para conjurar el peligro habia que recurrir, o a un empréstito, o a una agravacion de las contribuciones. El ministro de hacienda desechó con plausible tenacidad el primero de esos arbitrios, de que tanto se ha abusado mas tarde. Adoptando el segundo, buscó la agravacion tributaria en la reforma

de los impuestos de aduanas, de papel sellado i de patentes industriales.

Los proyectos de lei que presentó al congreso sobre esos dos últimos impuestos, produjeron una tempestad de improbaciones. Amigos i enemigos los censuraron a porfía i con implacable encarnizamiento.

Los proyectos no eran realmente buenos ni podian serlo, concebidos i redactados como fueron con la prisa de la urjencia. Contribuciones como la de papel sellado, i sobre todo la de patentes, cuyo asiento es esencialmente vicioso e incompatible con la equitativa distribucion de las cargas públicas, exijen una copia de observaciones i datos que no pueden recojerse en corto tiempo i sin los cuales se hace imposible establecerlas o reformarlas bajo condiciones tolerables para el movimiento de la industria i de la riqueza.

Pero la universal grita que se levantó contra los proyectos en cuestion, no era provocada esclusivamente por los defectos que entrañaban: uno de ellos, el de patentes, prohijado mas tarde i reagravado enormemente por el ministro Reyes, es hoi lei de la República. Aquella grita era estimulada por la animadversion de los enemigos i por las decepciones de los amigos del señor Lastarria. Los segundos veian disiparse rápidamente las doradas esperanzas que habian cifrado en el ministro liberal, maniatado políticamente por el jefe del Estado i sus colegas; los primeros le profesaban una marcada antipatía i, si estaban inclinados a ser benévolos i tratables con los otros ministros, es-

taban resueltos a hacer una cruda guerra al de hacienda.

La oposicion parlamentaria, que formaba casi la totalidad de los miembros de ambas cámaras, abrió la campaña votando una lei de exencion de derechos sobre los cobres que aumentaba considerablemente el desequilibrio del presupuesto. En seguida, rehusaba al ejecutivo la autorizacion que éste le pedia para reformar la ordenanza de aduanas, a fin de crearse recursos con que llenar el déficit inminente.

Al cabo de tres meses, el señor Lastarria se sentia profundamente fatigado i desalentado. Blanco de los vivos cuanto incesantes ataques de sus adversarios, de las severas críticas de sus amigos, de las resistencias i censuras de sus mismos colegas de gabinete, veíase aislado, sin cooperadores i sin ausiliares. Habia gastado estérilmente sus esfuerzos en la preparacion de numerosos proyectos de lei financieros i administrativos, que el Congreso no habia tomado en cuenta; habia gastado estérilmente su elocuencia en sostener la falsa posicion que ocupaba en el ministerio de julio. Dominábale el mas acerbo desencanto, i la amargura de su ánimo se reflejaba en su actitud i sus discursos.

La repugnancia con que habia entrado en el gabinete, se hallaba plenamente justificada. Al aceptar el puesto de ministro de hacienda bajo los auspicios que ya hemos señalado, habia cometido un grave error político, que se apresuró a enmendar haciendo dimision de su cargo. Al cabo de cien dias de ministerio, se aprovechó de un voto

adverso dado por el Congreso en la discusion del presupuesto de hacienda, para presentar esa dimision, que habia escrito ántes mas de una vez i le habia quitado de las manos su colega i amigo el señor Tocornal.

Si no habia sabido entrar a tiempo en la direccion de los negocios públicos, el señor Lastarria supo retirarse de ella dignamente. Mucho se engañaria quien juzgase de sus aptitudes de hombre de Estado por su breve i borrascoso ministerio de 1862, en que, amordazadas sus aspiraciones políticas, contrariados o entorpecidos sus designios administrativos, apénas tuvo ocasion de mostrar otra cosa que su falta de calma i longanimidad, que su actividad impaciente por entrar en movimiento i fácil de lanzarse en resoluciones aventuradas.

XVII

Pocos meses despues de su retirada del gabinete, se trasladaba al Perú investido del cargo de ministro plenipotenciario. Su mision diplomática fué corta. El mal estado de su salud le hizo volver pronto a Chile.

Volvió para tomar parte en la fusion que realizaron conservadores i liberales en noviembre de 1863. Esa evolucion política aseguró a los fusionistas la posesion del poder i les facilitó el triunfo en la próxima campaña electoral; pero, anteponiendo los intereses a las convicciones, las conveniencias pasajeras a las ventajas permanentes, dió aliento a mezquinas ambiciones, retardó indefinidamente la

rejeneracion de nuestros partidos i estravió el progreso liberal del pais.

Víctima de la fusion ministerial de 1862, el señor Lastarria no habia aprovechado la esperiencia adquirida en cabeza propia.

En las elecciones de 1864 fué elejido diputado por el departamento de Valparaiso. Su actitud en las sesiones de aquel año no se acentuó sino en las cuestiones internacionales, a que llevó el continjente de su ilustrada adhesion a los verdaderos intereses de nuestra América. Deferente, por lo demas, al gabinete, no vaciló en acudir al socorro del ministro de hacienda en la interpelacion que le habia acarreado la ordenanza de aduanas recien promulgada a la sombra de una autorizacion lejislativa. Con tal motivo pronunció un discurso en que, entregándose a ciertos bruscos arranques de su carácter, dejó caer palabras que, con razon o sin ella, hirieron en lo vivo al comercio estranjero de Valparaiso i a los demas adversarios de la nueva ordenanza.

Pocos dias despues, el señor Lastarria se alejaba de Chile en medio de un temporal deshecho de violentas censuras, lanzadas por la prensa i la opinion contra aquel discurso.

XVIII

Dirijíase a Buenos Aires con una triple mision diplomática cerca de los gobiernos de la República Arjentina, del Uruguay i del Brasil. La parte mas trascendental de su mision se referia al gobierno

arjentino, con quien tenia encargo de arreglar la antigua cuestion del dominio de la Patagonia i celebrar un tratado de alianza ofensiva i defensiva para rechazar las agresiones esteriores de que la América del Sur habia comenzado a ser blanco con la ocupacion de las islas de Chincha por una flotilla española.

No obstante sus antiguas relaciones de camarada político i amigo personal con el presidente Mitre, solo encontró en los hombres de Estado bonaerenses sentimientos i disposiciones en pugna con las miras del gabinete de Santiago i con los intereses internacionales de las repúblicas del Pacífico. Este desacuerdo se hizo en breve mas profundo por la triple alianza i la guerra contra el Paraguay, i cuando en setiembre de 1865 se rompió la paz entre Chile i España, la causa de nuestro pais, léjos de despertar simpatías, se estrelló con la indiferencia o con sordas hostilidades en las repúblicas del Plata.

Bajo tales auspicios, la mision del diplomático chileno no tardó en hacerse sobremanera árdua i penosa. La altivez e irascibilidad de su jenio, azuzadas por la mala voluntad del gobierno oriental, acabaron por traerle un conflicto diplomático de los mas enojosos.

Zanjado, al fin, ese conflicto en términos satisfactorios, el señor Lastarria volvió a Chile trayendo una buena cosecha de sinsabores, recojidos en servicio de la República.

Pero traia tambien un nuevo libro, el mas notable que ha salido de su fecunda pluma. Fué duran-

te su permanencia en aquellos paises cuando llevó a cabo su obra titulada *la América*, cuya primera parte dió a luz en Buenos Aires en 1865, i cuya edicion completa apareció en Béljica en 1867. En ese libro, el señor Lastarria estudia, a traves de las doctrinas de los publicistas i de las vicisitudes políticas de nuestro continente, la idea liberal i democrática, llegando a establecer una nocion exacta i completa del derecho público que debe presidir a los grandes destinos de la América.

Traia ademas en el espíritu impresiones de viaje a que debia bien pronto dar forma i animacion en una serie de hermosos artículos titulados *el Huracan*, *la Tempestad*, *la Pampa Arjentina*, *las Cordilleras;* artículos en que desplega un gran poder de descripcion al mismo tiempo que entrelaza lo ameno con lo instructivo.

XIX

El señor Lastarria llegaba a Chile en el momento en que se estinguian los últimos fuegos de Bengala de la guerra esterior. El cansancio i el descontento se anidaban en todos los ánimos, i los mejores amigos del gobierno tenian una palabra de censura contra la conducta de aquella guerra.

Sobrevinieron pronto las elecciones de 1867, en que cupo al señor Lastarria la representacion del departamento de la Serena.

En la nueva Cámara de Diputados encontró unos cuantos hombres que venian de diversos puntos de nuestro horizonte político, pero que traian, como

él, sinceras aspiraciones a la reforma liberal i protestas no ménos sinceras contra la política oficial en la guerra española.

El curso natural de las discusiones parlamentarias tardó poco en formar de esas individualidades un grupo de oposicion, poco numeroso, pero activo e infatigable.

Colocado en un terreno sólido i sin estorbos, el señor Lastarria ha podido manifestar, durante los últimos tres años, que la decadencia intelectual de que se le creia víctima al descender del gabinete de julio, no era sino el efecto de la atmósfera que le rodeaba. Nunca su talento i su elocuencia se mostraron mas vigorosos i enérjicos que en el último período lejislativo, defendiendo la causa de nuestro progreso liberal contra los enemigos que le habia suscitado la misma fusion a que él contribuyó pocos años ántes.

Tres departamentos,—Rere, San Cárlos i Quillota,—le han dado sus sufrajios en las elecciones del congreso constituyente de 1870.

XX

Excediendo las proporciones de los retratos de esta galería, hemos seguido casi paso a paso el curso de la existencia del señor Lastarria, a fin de que, en los multiplicados aspectos que esta existencia presenta, los sucesos, ántes que nuestro propio juicio, se encargasen de señalar sus altos méritos i sus errores, se encargasen de repartir en la pintura las luces i las sombras.

Naturaleza singularmente privilejiada, el señor Lastarria, no obstante sus cincuenta i tres años, llenos de una actividad variada i fecunda, de pruebas dolorosas, de contínuas batallas, ha conservado hasta ahora la doble juventud del alma i del cuerpo. Chile, que le debe ya tan eminentes servicios; su propia gloria, que ya ha salvado los límites de América para ir a recibir de la cultura europea homenajes i recompensas, tienen todavía mucho que esperar de esa venerable juventud.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON JERONIMO URMENETA

I

Tenemos delante de nosotros a un hombre de Estado cuya vida es un curioso estudio, pues encierra mas de una advertencia i mas de una enseñanza.

El acaso de los acontecimientos ha dado al señor Urmeneta una de esas fisonomías que se prestan a mui encontradas apreciaciones. Quien le juzga por su actitud en 1859, cree ver en él un hombre de represion. Quien le juzga por su actitud ántes de esa hora tempestuosa i despues de esa hora, tiene derecho para ver en él un hombre de espansion, de libertad, de reforma, a quien no asustan lo nuevo, lo atrevido, lo jeneroso: alma abierta a las nobles ideas i a las nobles esperanzas.

Reservado, discreto, silencioso, frio, en apariencia, hai pocos políticos que despues de atravesar sus luchas, sus contrariedades, sus amarguras, conser-

ven una confianza tan entera como la suya en el buen suceso de la transformacion liberal. Parece estraño que el animoso cooperador de la ajitacion reformista, que tantos preciosos esfuerzos tiene ya concentrados, sea el ministro que dió el golpe de Estado del 12 de diciembre de 1858 contra el nido donde se preparaba la incubacion de la reforma constitucional.

Pues bien: eso se esplica. La lucha tiene vértigos de que ni los flemáticos se sustraen en ocasiones. Es una desgracia caer, pero es una gloria levantarse a la verdad i al deber. El señor Urmeneta ha tenido aquella desgracia i esta gloria.

II

Su carácter, sus ideas, sus impresiones de jóven han tendido a hacerle un liberal. Educado en los Estados-Unidos, pudo observar de cerca el poder de la libertad i adquirir sus hábitos. La independencia de su situacion le permitió no ser un buscador impaciente de la fortuna política. Indudablemente no la desdeñaba. Si no era una ambicion intemperante, estaba mui lejos de ser una indiferencia. Los negocios públicos atraian su atencion, i no era raro verle en los últimos años tranquilos del gobierno Búlnes seguir asíduamente desde la barra de la Cámara de diputados nuestros monótonos debates de aquel entónces, que tan animados debian ser poco despues.

Entró en la política militante un poco de improviso.

El presidente Búlnes, siempre a caza de hombres nuevos, vió en el señor Urmeneta uno de esos hombres. Todo le llamaba a las altas dignidades del Estado: su situacion, su carácter sin acentuacion, sus relaciones, el alto centro sócial en que se hallaba colocado. Puede decirse que era en aquellos momentos un desconocido ilustre.

Se le hizo ministro. Si su actitud no se acentuó en la política, se acentuó en las finanzas. Fué un ministro de hacienda que tuvo iniciativa, ideas, un plan. A él se debe la conversion de nuestra moneda i a él nuestros primeros almacenes de aduana. Aunque su obra no sea irreprochable, pues se le debe tambien la proscripcion de la moneda estranjera, ha dejado huellas benéficas. Entónces pasó por los negocios sin llevar la responsabilidad de las violencias ni de las inflexibilidades intemperantes de aquella época tormentosa. No era una personalidad dominadora.

III

Una vez que el señor Montt, presidente, vencedor, se hizo el árbitro de la situacion, el señor Urmeneta abandonó el ministerio, volviendo a la vida privada con una notoriedad incontestable. Desde esta hora, 1852, ya no le vemos marcar su presencia en la marcha política, hasta que los acontecimientos de 1857 lo llevaron de nuevo a los negocios.

Fué bien acojido. Aunque ministro del gobierno

Búlnes en sus últimos dias i ministro del gobierno de 1851 en los primeros trances de su dura existencia, nadie vió en él un hombre de amenaza ni de violencia. Sus primeros actos confirmaron las impresiones públicas. Formaba parte de un ministerio de apaciguamiento, en el que debian encontrarse en su atmósfera su cortesía i su moderacion. Tuvo promesas liberales i aun podríamos añadir que era perfectamente sincero. Prometió libertad electoral i dirijió a sus subalternos una circular en que les ordenaba que se mantuvieran alejados del choque de las facciones.

Queria hacer política espansiva, reparadora. Pero la hora de esa política habia pasado para quien no fuese un gran atrevimiento.

Ya la coalicion habia escrito en su bandera: O todo o nada! Por otra parte, la incoherencia de sus elementos la condenaba a ser un partido implacable, de lucha, de guerra, de catástrofe. Los debates de principios habrian introducido la anarquía en su hogar. Era un ejército que hablaba todas las lenguas i para el que no podia haber otra disciplina que la del fuego i el peligro. Necesitaba batirse o dispersarse.

El partido gubernativo no se hallaba en mejor situacion de tentar las transformaciones. Habituado al esclusivismo, odiado cordialmente por sus adversarios, sintiendo que su popularidad se hacia a cada hora mas equívoca, comprendia que sus concesiones se tomarian por una debilidad o un espanto. Era fuerza vencer o sucumbir.

Hé ahí lo que no vió el señor Urmeneta. Quiso

hacer paz con hombres de guerra. Fué un jeneral sin ejército.

Hé ahí lo que presintieron sus colegas de ministerio que habian venido del campo de la resistencia, e hicieron sus maletas.

El señor Urmeneta los dejó partir. Desde este momento se hizo el blanco de los ataques de la oposicion, que pretendia verle seguirlos. Pero el señor Urmeneta quizas esperaba todavía. I despues, si el partido gubernativo no servia a sus planes, no se dejaba animar por su soplo, era, sin embargo, el único con que estuviera en contacto. Con él habia hecho sus primeras campañas, en él estaban sus amigos, miéntras que en el campo de la coalicion solo habria encontrado camaradas de casualidad, camaradas vehementes en su odio, su cólera o su ambicion. Podria ser un descontento i no un irreconciliable.

IV

Llegó la renovacion del Congreso. Las elecciones de 1858 dieron a la oposicion una minoría considerable. La tempestad fué la órden del dia de los debates parlamentarios. El señor Urmeneta no pudo dominar el torrente. Su palabra sobria i sin brillo se perdia en aquel estrépito. Sin empuje ni audacia en el ataque, aunque mui capaz de mantener sus posiciones con la flema heroica de Wellington en Waterloo, tenia que entregar los golpes decisivos a sus tenientes, que se batian por cuenta de su partido i no por cuenta del ministe-

rio. La situacion le dominaba. Atacado por sus adversarios, arrastrado por sus camaradas de combate, recibia la lei de los acontecimientos.

¿Qué hacer? Tentar una política de espansion? Nadie le habria seguido, ni nadie le habria creido. ¿Abandonar la partida? Eso se habria asemejado a volver grupas en el momento supremo. El señor Urmeneta entró en la resistencia.

Convénia precipitar el desenlace. Se buscó un pretesto cualquiera, i se le encontró bien pronto en la invitacion de los jefes del liberalismo avanzado para echar las bases de la reforma constitucional. Se prohibió la reunion. Hubo reunion a despecho de la autoridad. Entónces la fuerza intervino, i sus miembros, entre los que se contaban dos diputados, fueron conducidos en masa a los calabozos. Al mismo tiempo se declaraba a Santiago en estado de sitio, se cerraban las imprentas de oposicion, se perseguia, se amenazaba o se hacia tomar la fuga a todos aquellos hombres que pudieran haber intentado un acto de resistencia o de hostilidad. El gobierno queria la revolucion. Tuvo la revolucion.

Desde este momento el señor Urmeneta se entrega al acontecimiento. Político moderado, hombre de administracion, no hombre de lucha, tuvo siempre el timon en la mano, pero solo para afrontar las responsabilidades i los peligros. Fué un valor, no fué una direccion.

V

Se barrió con la revolucion, pero el poder no habia triunfado impunemente. Se sentia fatigado, aislado, descorazonado en medio de su buen suceso. Estaba mortalmente herido. Su victoria se asemejaba a un duelo.

Era preciso entrar en una renovacion. Si conceder ántes de la victoria, con la cuchilla de las facciones hostiles en la garganta, habria sido una debilidad, conceder despues de la victoria, era indudablemente un acto de cordura, de habilidad política, de imperiosa necesidad.

El señor Urmeneta lo comprendió de los primeros. Dejó el ministerio i contribuyó a preparar i conducir la transformacion que vimos consumarse en 1861. Entónces no vaciló en afrontar todos los descontentos i todas las resistencias. ¿Quién sabe si no era ya esa su idea en 1859? Le faltaron los cooperadores i no supo hallar el heroismo del infortunio.

Esto pedia atrevimiento i el señor Urmeneta tiene todas las timideces de la modestia. Cualquiera creeria que hai oscuridades en su fisonomía, pero, bien mirada, no hai sino embarazo. Es una personalidad que no se acentúa, que no tiene ni busca una luz firme. El señor Urmeneta posee la intencion del bien, pero le falta iniciativa. Ayudadle i obrará. Abandonadle i se detendrá. Necesita verse fortalecido, completado. Jamas se permitirá decir con esa independencia selvática de las

poderosas individualidades:—Tengo el honor de estar solo!

Hoi marcha en buena compañía i es de los primeros en el deber, en el entusiasmo, en la lucha por la libertad i la reforma. Se ha visto claro en su carácter i en su alma, se ha encontrado ahí honradez, serenidad, nobleza, i las sombras de su pasado han sido barridas por las luces de su presente.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON MANUEL ANTONIO MATTA

I

Por una de esas antítesis en que la casualidad se las apuesta a Víctor Hugo, don Manuel Antonio Matta, el político austero i sin disfraz, nació, en Copiapó, en uno de los dias del carnaval de 1826. Miembro de una familia opulenta, comenzó desde temprano a recibir una educacion esmerada, siendo sucesivamente alumno del Seminario de Santiago i del Instituto Nacional, i alcanzando la fortuna de hacer una parte de sus estudios bajo la inmediata direccion del sabio don Andres Bello. A la edad de diez i ocho años, habia terminado varios de los cursos de derecho, i su familia le enviaba a completar en Europa su educacion.

Completóla efectivamente en Francia i Alemania, donde se dedicó al cultivo de la literatura, de la filosofía, de la política, con ese raro teson que acostumbra poner en cuanto emprende. Tenia sed

de verdad i belleza, i para saciarla contaba con una memoria privilejiada, con una intelijencia clara i penetrante, con una gran capacidad de sentir.

En pocos años llegó a adquirir un cuantioso caudal de conocimientos sólidos i variados, que robusteció la natural independencia de su juicio, la rectitud i firmeza de su carácter.

Sin embargo, las altas cualidades de su espíritu debian pasar largo tiempo casi desapercibidas.

II

De vuelta en Chile el año 1848, su talento literario no se manifestó sino por algunas producciones de poco momento, que dieron a luz *la Revista de Santiago* i algun otro periódico de literatura. Poesías en su mayor parte, ellas descubrian desde luego las dotes i defectos que caracterizan en el señor Matta al escritor i al poeta.

En sus versos i en su prosa, una concepcion de ordinario feliz, a veces nueva i profunda, siempre nacida de una intencion filosófica, se ve con frecuencia desvirtuada i aun traicionada por una espresion falta de naturalidad, de gracia, i sobre todo de rapidez.

Dominado por el deseo de ser escrupulosamente exacto, dice cuanto tiene que decir, sin omitir ninguna idea accesoria, ningun incidente secundario, i lo dice echando mano, si es preciso, de palabras desusadas, de neolojismos formados al correr de la pluma, i lo dice de un golpe, de un resuello, por compleja que sea su concepcion. De ahí que

sus largos períodos formen una red inestricable de complementos i proposiciones incidentales, en que el estilo se enreda i pierde su movimiento, i en que la atencion del lector acaba por fatigarse.

El mismo anhelo de completa exactitud le lleva de contínuo a la jeneralizacion, haciéndole preferir las espresiones mas abstractas a las mas concretas; lo que suele envolver su pensamiento en cierta atmósfera de vaguedad e indecision.

Al leerle, podria creerse que escribe con dificultad. No hai nada de eso: el señor Matta posee suma facilidad de redaccion.

Posee juntamente un conocimiento cabal de nuestro idioma i de la literatura castellana, cuyos autores clásicos le son familiares i queridos, i han contribuido visiblemente a inspirarle aficion a los períodos de largo aliento.

Las propensiones de su estilo se atenúan cuando escribe en verso. Contenida por las exijencias de la metrificacion, su frase se hace ménos sinuosa i complicada. El ritmo i la rima le sirven de podaderas, i así se esplica que sus mejores obras literarias sean producciones poéticas, i que una de sus mejores producciones poéticas sea un soneto, un bellísimo soneto al Dante.

Trasladando al verso castellano el *Guillermo Tell* de Schiller i el *Fausto* de Goethe, ha dado pruebas decisivas de su intelijente fidelidad de traductor i de sus indisputables facultades de poeta; pero en esas mismas traducciones, se echa de ménos con frecuencia la eufonía, la fluidez, el movimiento del estilo.

III

"El estilo es el hombre" dijo cien años atras el conde de Buffon i lo han venido repitiendo innumerables escritores. Esa profunda cuanto manoseada observacion se encuentra comprobada una vez mas en el señor Matta.

Su modo de ser intelectual guarda perfecta relacion con su modo de ser moral. Quien no le ha tratado i llegado a conocer íntimamente, no puede sospechar el tesoro de sentimientos afectuosos, nobles i delicados que guarda su alma. Frio, severo, reservado, poco insinuante en su trato personal, solo deja a la vista de los observadores superficiales i de los indiferentes una entereza de criterio que a veces raya en tenacidad, una franqueza de juicios que solo se detiene en los límites de la cortesía.

Llenos de calor i luz, su carácter i su talento carecen, sin embargo, de los esplendores de la irradiacion.

No es, pues, estraño que la figura política del señor Matta haya ido creciendo mui lentamente i no haya cobrado, sino al cabo de muchos años, las grandes proporciones que hoi presenta.

IV

En 1855 hacia su primera entrada en la Cámara de Diputados, a que le llevaron los votos del departamento de Copiapó. En ese estreno parlamentario, la independencia de sus convicciones se dejó

sentir mas que la fuerza de su palabra, mal adiestrada todavía en el arte oratorio.

Comprometida sériamente su existencia por una afeccion pulmonar, tenia que salir de Chile aquel mismo año, para ir a buscar la atmósfera lijera de las alturas de Bolivia.

A fines de 1857 volvia a la patria restablecido de sus dolencias, i en las elecciones del año siguiente, el departamento de Copiapó le enviaba de nuevo al congreso.

V

Al abrirse las sesiones de 1858, el barómetro político anunciaba temporal. La borrasca no tardó en venir, envolviendo en sus torbellinos al señor Matta, que desde su asiento de diputado habia hecho cruda guerra a la política del gobierno.

No por eso habia prestado su concurso a la fusion liberal pelucona que se realizó entónces en el seno de la oposicion, i con que se procuró agrupar a los combatientes en torno de una bandera que solo tenia por lema la ruina del órden político dominante.

Al mismo tiempo que servia a ese interes momentáneo de su causa, no vaciló en afirmar sus convicciones liberales i su aspiracion a la reforma constitucional.

Con este fin cooperó a la reunion política del 12 de diciembre de 1858, que la autoridad disolvió por medio de la fuerza armada, arrastrando a la cárcel a todos los ciudadanos que habian concurrido a ella.

Reducido a prision i sometido a juicio no obstante sus inmunidades de diputado, el señor Matta fué sentenciado a muerte como culpable de rebelion, a diferencia de sus compañeros de prision i de causa, que fueron absueltos.

Abstúvose de pedir indulto i rogó a su familia que tampoco lo pidiera; pero la sentencia capital quedó sin ejecucion i solo como testimonio de las demencias en que suele caer la pretendida justicia política.

En cambio, cierto dia fué sacado de su calabozo i conducido a Valparaiso en union de su hermano don Guillermo, don A. C. Gallo i don Benjamin Vicuña Mackenna. Allí se les entregó al capitan de una barca de la marina mercante de la Gran Bretaña, que fué a desembarcarlos en las playas inglesas despues de haberse conducido, en la travesía, como un innoble carcelero.

El señor Matta no se detuvo en Europa sino el tiempo necesario para perseguir ante los tribunales ingleses a su odioso Hudson Lowe. Regresó pronto a América para observar desde el Perú la marcha de los negocios públicos de Chile.

VI

La amnistía de 1861 le abrió las puertas de la patria, adonde volvia con el alma llena de amargura e indignacion contra sus adversarios políticos i perseguidores.

Esa indignacion se reflejaba en breve en *la Voz de Chile*, diario que creó en union de su hermano

i de varios amigos, i de que fué el principal redactor.

Acojido favorablemente en un principio por todos los antiguos adversarios del gobierno del señor Montt, el nuevo diario no tardó mucho en ser importuno a los políticos de transaccion i granjería que habian hecho su nido en la fusion de 1859. Estos, como el señor Matta, odiaban al partido montt-varista i querian completar la destruccion de su predominio; pero en sus odios i en sus aspiraciones no habia ni el odio a un sistema político, ni la aspiracion a una rejeneracion política que dominaban el espíritu del señor Matta. Miéntras éste perseguia un cambio de instituciones i de conducta, aquellos pretendian tan solo un cambio de personas i de trajes.

La nueva fusion de 1863 acabó de separar al señor Matta i sus amigos de los demas opositores de 1858, que ya habian comenzado a montar la guardia i tomar las avenidas del palacio presidencial.

Diseñóse entónces por completo un nuevo partido, que desde 1858 habia marchado confundido con el resto de la oposicion, i que se dió el nombre de partido radical, miéntras sus enemigos lo apodaban de rojo.

Este apodo era inmerecido: el partido radical estaba mui léjos de alimentar pretensiones exajeradas. No pedia nada mas de lo que piden i anhelan los políticos honrados i liberales de todas las naciones cultas; a saber: instituciones inspiradas por la libertad i puestas en ejercicio por la honradez.

Los fusionistas de 1863 esplotaron, sin embargo,

con provecho la falsa luz bajo la cual presentaban al nuevo partido, al que imprimia cierto aspecto poco accesible, cierto aire de terquedad i puritanismo el carácter personal de sus principales corifeos.

VII

En las elecciones de 1864, el departamento de Copiapó elejia por tercera vez su diputado al señor Matta.

El diputado por Copiapó entraba en la nueva Cámara circundado de una auréola de alto prestijio. Su austera probidad política, la firmeza de sus convicciones, su consagracion asídua a los intereses públicos, su ilustracion e intelijencia le hacian simpático a los unos, temible a los otros, respetable a todos.

Adversario de la política del gabinete, la combatió casi sin tregua durante las sesiones de 1864 i 1865, en que acabó de revelar sus especiales aptitudes para los trabajos i luchas del parlamento.

Haciendo de la politica su ocupacion constante i primordial, estudia detenidamente todas las cuestiones, observa atentamente todos los sucesos, investiga todos los antecedentes, pesa todas las consecuencias, procura sondar todas las opiniones i penetrar todos los designios.

En la sala de las comisiones es infatigable para investigar; en la sala de las sesiones es incansable para discutir. Investiga i discute lo grande i lo pequeño, lo principal i lo accesorio, la esencia i los accidentes. Ninguna falta se le escapa, desde las

faltas de exactitud del acta hasta las faltas de gramática de los proyectos de lei del Ejecutivo.

Orador de todos los instantes, una cuestion introducida de improviso en el debate puede tomarle desprevenido, nunca desarmado. Por grave que la cuestion sea, la aborda con serenidad i vigor i concluye de ordinario por dominarla.

No son acaso sus grandes discursos, cuya materia ha tenido tiempo de elaborar despacio, sus discursos mejores. Cuando habla tranquilamente desarrollando una serie de ideas meditadas de antemano, su palabra es lenta, su tono seco i golpeado, su elocucion complicada, vaga, falta de animacion i trasparencia. Pero cuando habla bajo las impresiones del momento, cuando se siente sacudido por el entusiasmo de una gran conviccion, por el sentimiento de un gran deber, o por el estallido de una indignacion profunda, su voz adquiere entonaciones espresivas, vibraciones poderosas; su palabra fluye lijera de los labios; su fisonomía, severa i reservada, se ilumina; su frase, dócil al pensamiento, se concentra, se aguza, se enciende, brilla, relampaguea, se hace espada i antorcha. Entónces no es posible oirle sin sentirse conmovido.

Con tales dotes de hombre político i de orador, el señor Matta ha sido i es uno de los mejores servidores de nuestro progreso liberal, uno de los defensores mas fervientes de la unificacion internacional de América, al mismo tiempo que uno de los enemigos mas formidables, mas intransijentes i porfiados de la política que han hecho florecer los diversos ministros del señor Perez.

VIII

No obstante, cuando en setiembre de 1865 se rompieron las hostilidades entre Chile i España, el señor Matta suspendió las suyas i, participando del universal sentimiento de aquellas horas supremas, condescendió en aceptar una mision diplomática, i fué a buscarnos aliados en la Union Colombiana i Venezuela.

Las disposiciones esquivas que encontró en los gobiernos de aquellos paises, sembraron su mision de lentitudes i dificultades que supo arrostrar con la misma paciencia que las penalidades bien poco diplomáticas de su viaje.

Al volver a Chile despues de un año de ausencia, solo encontró cenizas donde habia dejado el fuego del patriotismo: en la nacion, las decepciones habian sucedido a las grandes esperanzas; en los gobernantes, las retractaciones habian sucedido a las grandes promesas.

Lleno de dolor i exasperacion, el señor Matta se apresuró a llevar a los debates parlamentarios la espresion de sus sentimientos de chileno i americano lastimados en lo mas hondo.

Su oposicion a la política dominante volvió a comenzar, con una recrudescencia de amargura i encarnizamiento.

Enviado nuevamente al congreso, en las elecciones de 1867, por el departamento de Copiapó, su actitud de oposicion se ha conservado hasta ahora, en que representa todavía al mismo departamento.

Este junto con el de Talca acaban de elejirlo diputado al Congreso constituyente.

En los tres últimos años lejislativos, el señor Matta no ha hecho sino volver a dar repetidos testimonios de sus grandes facultades parlamentarias, de su consagracion infatigable a los intereses públicos, de su adhesion sin reserva a la causa de nuestro progreso político i de nuestra dignidad internacional.

Con mas austeridad que benevolencia de juicios, con mas paciente continuidad que resplandores instantáneos de accion; prodigando sus esfuerzos en las grandes i en las pequeñas cosas, sin hacer caudal de su prestijio oratorio; rechazando, a menudo, perentoria i secamente las insinuaciones conciliadoras de sus adversarios, el señor Matta es un hombre de una pieza, una personalidad escarpada, que no se aviene con el carácter de los políticos chilenos, i que, en ocasiones, llega a levantar protestas entre sus propios amigos. Los atenienses se aburrieron tambien de Arístides; pero los hombres públicos que, como el señor Matta, tienen mas de un parecido con el puro i virtuoso ciudadano de Aténas, son siempre gloria i prosperidad para su patria.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON MAXIMIANO ERRAZURIZ

I

Todas las miradas se fijan con cierta curiosidad en el señor Errázuriz. Para algunos es un sol al irradiar. Esto va comunicándole las proporciones de un alto personaje político que entra en escena por escotillon.

Nadie sabe nada de él todavía, pues apénas ha pasado por la vida pública, i sin embargo ya se le destina a los grandes papeles.

II

Diputado en 1858, hizo una corta aparicion en la Cámara, pues sus negocios reclamaban todo su tiempo. Su palabra se dejó oir entónces en los debates de la lei de bancos i mostró en él un buen conocedor de las instituciones de crédito.

Reapareció de nuevo en los últimos dias de la guerra.

Se necesitaba un hombre que tuviese relaciones considerables en los grandes mercados ingleses i norte-americanos, i se vió en él ese hombre. Fué a Estados-Unidos, fué a Inglaterra para enviarnos dinero i armas. Desempeñó bien su mision.

Pero esa mision ha tenido sus nubes. Como ministro de Chile en Lóndres, negoció i firmó la convencion que ponia en franquía nuestras corbetas i ponia en litijio nuestra lealtad de aliados. Comprometidos a no negociar con el enemigo sino en comun, negociamos con él de nuestra sola cuenta i en nuestro provecho esclusivo. Hubo mas todavía en esa negociacion deplorable. Se la llevó a término cuando vientos de discordia amenazaban comprometer nuestras relaciones con el Perú. La convencion tenia todos los aires de un acto de hostilidad contra él. La redencion de nuestras naves prisioneras no nos fortificaba contra España. ¿Contra quién íbamos a fortificarnos?

Los debates provocados por esa negociacion, trajeron a la publicidad la correspondencia de nuestro ministro en Lóndres. Correspondencia insignificante que no revela en el señor Errázuriz ni un diplomático ni un escritor. Su estilo es seco, desgreñado, el estilo de un hombre de negocios que dice al capricho de la pluma cuanto necesita decir.

III

El señor Errázuriz tiene numerosas relaciones de familia i de simpatía, un carácter honorable, un

espíritu claro, un atrevimiento mercantil que no siempre ha coronado la fortuna. Esto le hace un hombre político sin grandes resistencias, pero, tambien, sin grandes admiraciones. Hasta hoi es una de esas celebridades que los caprichos del afecto de familia crean frecuentemente entre nosotros. Aptas para todo, sobre la palabra de sus amigos, de sus comensales, de sus parientes, se dejan llevar por la corriente. El señor Errázuriz está en buena corriente. Los lazos de la sangre lo ligan al mas alto dignatario de nuestra Iglesia, miéntras los lazos del parentesco político lo ligan a uno de los mas brillantes dignatarios de la opulencia, que sabe hacer de su fortuna, no un monton de escudos, sino un raudal de beneficios.

Buenos vientos soplan para el señor Errázuriz. Héle ahí en la presidencia de la Cámara de Diputados, donde se manifiesta independiente, firme, cortés, hasta hacer olvidar su estreno. Federico II tambien se cubrió de harina en su primera entrada en el fuego.

Sin embargo, si no sorprende encontrarle moderado, equitativo, hombre de buen sentido, sin grandes miedos ni grandes audacias, nada anuncia todavía que ganará un dia las espuelas de orador, de administrador, de hombre de Estado. No hai en él ni una gran intelijencia, ni un fuerte carácter, ni una vasta instruccion. No posee ni ese roce de los hombres ni esa esperiencia de la cosa pública que forman a los jefes de gabinetes, a los jefes de mayorías parlamentarias, a los jefes de partidos, a los conductores de naciones.

Ni su palabra, ni sus maneras, ni su fisonomía revelan otra cosa que un hombre frio, casi indiferente. Puede haber bajo esa corteza un gran industrial. Nada anuncia al gran político.

El porvenir dirá si le hemos arrancado su secreto.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

I

El señor Amunátegui: hé ahí un hombre que puede decirse predestinado a la celebridad. Jóven, casi niño todavía, llevando una vida de trabajo, de pesar i de pobreza, ya tenia su auréola, ya se señalaba en él la irradiacion de un porvenir.

Sus estrenos en la vida fueron duros, pero soportados con la firmeza i la constancia de los fuertes. Son pocos los hombres de su jeneracion que hayan olvidado aquel rostro lívido, aquel cuerpo endeble, en que se advertian las huellas de la enfermedad i de las veladas, i bajo el cual habia, sin embargo, un estudiante infatigable, un eterno conquistador de laureles. Se le presentaba como un modelo. Su modesta reputacion de colejio salvó pronto las puertas del aula i entró en plena publicidad.

Bien luego supo justificarla i ensancharla.

El Instituto Nacional abria en 1845 un certá-

men para optar a una de sus cátedras de humanidades. El señor Amunátegui toma parte en el certámen i conquista la cátedra. Su triunfo fué incontestable i bien acojido. Habia triunfado el mérito, no el favor. Las envidias callaron. Tan solo los aplausos se hicieron oir. Se colocó desde el primer dia entre nuestros profesores mas distinguidos. Podia tener iguales, no tenia superiores.

II

A poco de entrar en el profesorado, fué a golpear en union de su hermano, que ha sido hasta estos últimos tiempos su compañero de trabajo i de celebridad, a la puerta de las letras. El profesor era un escritor.

Su primer ensayo relataba uno de los episodios mas dramáticos de la historia de nuestra revolucion de independencia: la reconquista española, es decir, el naufrajio de la esperanza i de la patria. Aunque olvidado hoi, ese ensayo tuvo en su dia eco, acojida, notoriedad. El libro obtuvo los laureles universitarios.

Son los laureles del foro los únicos que no han tentado al señor Amunátegui. No es abogado en esta patria del abogado.

Condenándose a un trabajo asíduo para ganar el pan cotidiano, dedicaba sus reposos a las letras i a la historia. Gustaba mas de sepultarse entre los manuscritos de nuestra biblioteca que en el fárrago de nuestros códigos. Literato ante todo, debia sentir repulsiones instintivas contra la Novísima i las

Leyes de Indias. No se afronta alegremente una indijestion de jurisprudencia.

III

En esta primera época de su vida, aunque simple espectador del movimiento político, sus simpatías fueron para el ministerio Vial i para la oposicion que su caida trajo a la escena en 1849. El señor Tocornal, uno de los brillantes herederos de los despojos de aquel ministerio, quiso conquistarlo a su séquito. Sin embargo de que eran hombres llamados a entenderse, el señor Amunátegui no tomó servicio entre sus partidarios. Tuvo la fidelidad de la desgracia para sus primeras adhesiones.

Pero sus adhesiones quedaron en la rejion del platonismo. Ni su carácter ni su situacion le permitian tomar otra actitud. Sin fortuna, sin vehemencia de temperamento, necesitando crearse una posicion propia, todo le aconsejaba ir a pedir asilo a una modesta media luz. Sin renunciar a sus convicciones ni imponerles silencio, se guardaba de darles las asperezas de la intransijencia. Consagrado a su cátedra, a sus estudios, a los nobles deberes que le imponia la reconstruccion de su hogar en ruinas, apénas si echaba de vez en cuando sus manos de política. De esta manera iba adelante, sin encontrar a su paso resistencias, rostros severos ni persecuciones. Cuando el partido de sus simpatías naufragó, las olas arrastraron a muchos de sus camaradas sin siquiera salpicarlo a él.

IV

Miéntras tanto crecia su reputacion literaria e iba a tomar las proporciones de la celebridad con su *Dictadura de O'Higgins*. El señor Amunátegui habia hecho un libro duradero, porque ese libro es una de las pájinas mejor escritas de nuestra historia, i un libro de oportunidad, casi de agresion, porque era el proceso de los rejímenes de omnipotencia, en plena fortuna en aquella hora entre nosotros. Corria el año de 1853. El libro del señor Amunátegui fué como una sombra de Banco en el festin de los afortunados de 1851.

Esto no impidió que se llamara al historiador a un puesto administrativo.

Se le hizo jefe de seccion del ministerio de instruccion pública. Fué ahí una competencia i una laboriosidad.

La pluma del señor Amunátegui no se daba tregua.

En 1853, el gobierno autorizaba al consejo universitario para promover un concurso sobre instruccion primaria. Ofrecia un premio de mil pesos al mejor libro sobre su influencia social, sobre su organizacion i sobre la manera mas práctica de procurarle rentas. En compañía de su hermano, escribió un libro sobre el tema propuesto. Ese libro obtuvo el premio. Hubo ahí un triunfo de literato ántes que de pensador. El libro tenia novedad, gracia, colorido; pero estaba léjos de mostrar nuevos horizontes. Sus autores habian leido

mucho, habian recojido muchas ideas, que no habian madurado hasta hacer brotar de ellas una idea nueva. Eran compiladores elegantes, no creadores.

V

Ya principia a acentuarse la personalidad política del señor Amunátegui. Su nuevo libro es una franca profesion de fe liberal, que no ha recordado mas tarde bastante bien.

Como miembro de la Universidad, estaba en el centro de la pequeña oposicion académica, i puede añadirse que habia hecho sus primeros disparos con su *Dictadura de O'Higgins.*

VI

Miéntras el señor Amunátegui hacia buenos libros para todo el mundo, enseñaba tambien a hacerlos desde su cátedra de literatura, que habia conquistado en buen combate.

Sin duda fué esta cátedra la que le tentó a hacer armas en la crítica.

Todavía en compañía de su hermano, ha entregado a la publicidad un grueso volúmen de crítica sobre los poetas americanos. Ninguna de sus obras tiene mas pájinas ni ménos injenio. Las alas faltan a su crítica, que se pierde en los detalles, aglomera las citas i se complace en buscar con una paciencia inverosímil, la arruga, la hendura, el borron, la frase contrahecha, el olvido de la lei gramatical o

de la lei retórica. Carece absolutamente de la mirada que penetra, ilumina, se cierne. Muestra al autor i su obra como el cirujano el cadáver sobre una mesa de anatomía, i no viviente, en todo el poder i en toda la verdad de sus cualidades i sus defectos. Hermosilla le echaria los brazos. Ha hecho un discípulo. Sainte-Beuve se sentiria un poco asombrado. Contra el axioma de Boileau, en el señor Amunátegui lo difícil no es el arte, es la crítica.

Aun no hemos concluido con los libros de este trabajador infatigable. Todavía hai de él un libro sobre nuestra cuestion de límites con la República Arjentina i otro libro mas sobre nuestra cuestion de límites con Bolivia. Ambos libros, que pueden llamarse de polémica diplomática, revelan largas investigaciones i aciertan a cubrir bajo la amenidad de las formas la aridez de las cuestiones.

La Conquista de Chile es su última produccion. Este libro es la vieja crónica puesta en buena prosa, al mismo tiempo que una obra hermosa, concienzuda i duradera.

VII

El político iba entrando en el fuego. La coalicion liberal-conservadora de 1856 le contó entre sus mas activos subalternos. De vez en cuando se hacia diarista en su servicio. Estaba en todas partes, lo averiguaba i lo sabia todo. Si las noticias no hubieran existido, el señor Amunátegui las habria inventado. Cuando la oposicion no tenia prensa,

puede decirse que él era una de sus gacetas vivientes. Cuando la oposicion tuvo prensa, todavía sus noticias valian la pena de ser escuchadas.

La oposicion se compromete de nuevo en plena batalla, despues de ese matrimonio de una noche con el poder, que se ha llamado el ministerio Sanfuentes-Solar. Bruscamente repudiada, quiere hacerse contar. Se organiza un banquete protesta. El señor Amunátegui es de los concurrentes. Como olvidara renunciar su puesto administrativo ántes de ir al banquete, el ministerio enmendó su olvido destituyéndole al dia siguiente del banquete.

Esta ha sido su única herida. Pero la herida no era mortal. La fortuna i la celebridad principiaban a albergarse en su hogar. Fué la instruccion pública la que perdió en él a su mejor funcionario, en nombre de la razon de Estado.

Vinieron las elecciones de 1858, en que ningun departamento se acordó del señor Amunátegui. No llegó a la Cámara, pero fué uno de los ajitadores de opinion i de tempestad en aquella borrasca parlamentaria, que preludiaba la revolucion de 1859.

Si la Cámara no le contó entre sus miembros, la revolucion tampoco le contó entre sus proscritos. Atravesó una nueva tormenta sin ser salpicado por la persecucion. Activo, intelijente, revolvedor, constante, con tendencias de intriga i de conspiracion, no hai en el señor Amunátegui las audacias de la accion personal. Es una lengua o es una pluma, no es un brazo. Nunca se sentirá tentado, como Carrel, a poner sus opiniones al amparo de su espada. Se le deja ir en paz.

VIII

Bruscamente alejado de la administracion en 1858, reapareció en ella en 1862. El gobierno de 1861 hacia al señor Tocornal su primer ministro. El señor Tocornal hizo del señor Amunátegui su subsecretario del interior.

Profesor, secretario jeneral de la Universidad, funcionario administrativo, hé aquí que el señor Amunátegui encuentra todavía tiempo para hacerse diarista. Se le encargó de echar al mar *el Independiente.*

Su campaña no fué larga. Aunque libre pensador dócil, avenible, sin grandes escrúpulos ni grandes firmezas de conviccion, se encontró bien pronto en un centro político donde no cabian sus ideas. Hallaban resistencia, cuando no hacian escándalo.

El señor Amunátegui se mostró, en su corta campaña, diarista laborioso i polemista cortés. Su controversia no encuentra ni la fascinacion, ni el colorido, ni el movimiento. No tiene ni rapidez de mirada, ni prontitud de golpe. Un diarista debe ser ante todo un tirador. Es el guerrillero de la política. Esto exije ajilidad, presteza, gracia, hasta un poco de indisciplina. El señor Amunátegui es un diarista acompasado. Su frase dispara, no asalta. Es un escritor, no es un diarista.

IX

El ministerio que le habia abierto las puertas

de la administracion, no tardó en abrirle tambien las puertas de la Cámara.

Su vida parlamentaria principia en 1864, con aquella lejislatura que sus profetas anunciaban que caeria sobre el pais en lluvia de reformas. Entónces el señor Amunátegui era uno de los satélites del señor Tocornal, de quien parece haber hecho su ideal oratorio.

Tenia en la Cámara una actitud modesta. Tomaba pocas veces la palabra, i siempre en debates especiales. Sus discursos eran breves, sin pretensiones, embarazados en la diccion i escuchados sin curiosidad. Su discurso mas considerable de aquella época, fué sobre nuestros armamentos. El señor Amunátegui nos queria fuertes, temidos, respetados. Aquel era un discurso bien hecho, pero que fué pronunciado de una manera infeliz.

Quien se acuerda de haberle visto sentado en la orilla de su banco, con las piernas tímidamente recojidas i un poco martirizado por sus manos, i le ha visto mas tarde en su sillon de presidente o en su sillon de ministro, reconocerá que ha hecho grandes progresos. Hai ahí algo como una transformacion. Hoi se mueve, vive, tiene casi maneras cuando habla. Pero, el orador, ese hombre relámpago, trueno, rayo, estremecimiento, que excita, domina o arrastra, sino todas las convicciones, todas las atenciones; ese hombre no tendrá jamas su hora en el señor Amunátegui. Su frase no golpea, no manda, no impone; es frase de escritor, delicada, compuesta, graciosa, pálida.

Esto esplica que sus discursos se transformen en la lectura.

Uno oye al señor Amunátegui, i no saca de sus mejores momentos una satisfaccion completa. Uno lo lee en seguida, i duda que aquello sea lo mismo que acaba de escuchar. Ya la frase corre i no tropieza. Nuestra lengua redondeada, suave, eufónica en sus sonidos, se ha sacudido de las ingratitudes, los ángulos, los chillidos desapacibles, las sílabas guturales con que la habia cargado la diccion del orador, que siempre se detiene en el peor momento, i en quien la pasion, el golpe de voz son perpétuamente una nota agria i destemplada. La tempestad le ahogará siempre. No tiene ni el eco que es capaz de mandarla, ni el arranque que es capaz de dominarla.

Replicando o improvisando, sus defectos nublan casi completamente sus cualidades. Su frase precisa se hace difusa; la palabra lo tiraniza, va i viene sin estrechar jamas al adversario ni proyectar sobre su pensamiento una fuerte luz. No así cuando va preparado. Entónces preponderan sus cualidades. Se le escucha con gusto. Como los oradores abogados hacen mayoría en nuestro parlamento, un hombre de letras tiene todos los atractivos i todas las seducciones de la novedad.

Pero sus mismos defectos contribuyen en parte a los buenos sucesos oratorios del señor Amunátegui.

Cuando toma la palabra i tartamudea, desentona, lucha con su lengua, tropieza i vuelve a tropezar, uno cree que aquello va a ser una caida estre-

pitosa. Pero, cuando nota que, apesar de todo, el orador no cae i alcanza felicidades de espresion, maneras seductoras de presentar el debate, ciertos movimientos agradables i elegantes, sino enérjicos, cierto pintoresco en fin; uno se asombra, i lo imprevisto del desenlace hace olvidar los defectos del detalle. Ese hombre no debia hablar, no estaba organizado para hablar; sin embargo, ha hablado. Indudablemente es un hombre hábil.

X

Un hombre semejante no debia quedar mucho tiempo en segunda fila.

La Cámara de 1867 lo elejia su vice-presidente. Un año despues lo hacia su presidente.

Su actitud presidencial es bien discutible. Llegó a la presidencia i quemó sus naves.

Nobleza obliga! le decia un dia el señor Lastarria. Pero el señor Amunátegui, olvidando el consejo, lo sacrificaba todo a la victoria de su partido. El sacrificio podia ser audaz, pero era poco reflexivo.

Sus antecedentes lo llamaban a otro papel, si ménos estrepitoso i ménos rodeado de honores equívocos, mucho mas brillante i duradero.

Contristaba verlo esforzarse en comunicar a su temperamento linfático los arranques, las enerjías, las brusquedades de la impetuosidad. Sospechamos que envidiaba su insolencia al señor Errázuriz, ministro en aquel entónces.

Se sospechaba al señor Amunátegui un poco

asombrado i hasta un poco corrido de su elevacion. No tenia las maneras del oficio. Su actitud presidencial carecia de importancia, sus movimientos eran difíciles, su figura se destacaba del jigantesco espaldar dorado de su sillon, mas como una sombra que como un cuerpo. Tenia cortedades, embarazos, bochornos, rubores. Se le habia hecho el gran resorte de una asamblea, cuando es mui de temer que no se encuentre a sus anchas ni en un salon.

El oficio presidencial requiere mundo, fuertes cualidades de direccion, cierto no sé qué que han tenido muchos de los antecesores del señor Amunátegui: Varas dominaba por el poder del carácter, Tocornal por la distincion de las maneras, Santa-María por la facilidad de las formas. Nadie encontró jamas fuera de su sitio a aquellos hombres. A pesar de comprenderse que el señor Amunátegui era el único presidente presentable que tuviera la mayoría, se le hallaba, sin embargo, un poco fuera de su lugar. Su figura, su traje descuidado, sus posturas mas vulgares que de confianza, en que hai abandono sin distincion, urbanidad sin gracia, educacion sin roce, hacian difícil de habituar el ojo a verle ocupar sin cierta sorpresa el sillon de la presidencia.

Cuando el debate se encrespaba, se confundia o se estraviaba hasta reclamar una mano que gobernase o una intelijencia que precisara la cuestion, el señor Amunátegui era hombre perdido. Aquí de su intolerancia i de sus arranques de partidario. La campanilla era su gran argumento para detener

la ola. Mal argumento. La fuerza comprimida hace esplosion. En una asamblea conviene dirijir.

Cnando habia sencillamente pérdida de rumbo, el presidente Amunátegui no escapaba mejor librado que los demas; se confundia como todos, era un capitan que se echaba al agua de los primeros.

No tenia rapidez ni facilidad de réplica, tacto ni habilidad en sus admoniciones. Con un temperamento ménos linfático, habria llegado mas de una vez a la brusquedad.

En una palabra, faltaban al señor Amunátegui todas las esterioridades de un conductor de asamblea. No anduvo mejor dotado en las interioridades.

Pero si no tenia aquellas cualidades que son un don, pudo tener aquellas cualidades que se adquieren: la independencia, la rectitud de carácter i de conducta que saben mantener en perpétuo equilibrio la balanza de la justicia entre amigos i adversarios, entre mayoría i minoría. Si esas cualidades no bastan para formar un hábil presidente, un presidente irreprochable, forman siempre un presidente considerado.

XI

Hé ahí lo que estaba llamado a ser el señor Amunátegui.

Todo lo predisponia a la equidad i a la moderacion. Ni en su carácter, ni en las cualidades de su talento, que huye de todas las audacias, que se somete a las reglas, que no se siente tranquilo en

nada de lo que concibe, si no cuenta con la sancion de alguna autoridad, que no cree con bastante firmeza ni aun en sí mismo,—hai los elementos que crean el sectario, el partidario resuelto, intransijente como el fanatismo. Para esto se necesitan muchos nervios i mucha sangre. El señor Amunátegui no siente ni las importunidades de los nervios, ni los agolpamientos de la sangre; no hai en él ni estremecimientos ni pulsaciones aceleradas. Haciéndose partidario a todo trance, forzó su talento i su físico, que protestaban incesantemente i a veces hasta con crueldad del papel que les obligaba a desempeñar. El retórico tiene razon: quien violenta su talento no hace nada con gracia. El señor Amunátegui, que es un retórico, ¿cómo pudo olvidarlo?

La impaciencia le comprometió entónces en un camino que no era el suyo. Deseaba elevarse, se sentia digno de su ambicion; pero no comprendió que podia imponer sus condiciones, ser fuerza, ausilio, respetabilidad para su partido, en lugar de dócil ejecutor de sus voluntades. ¿Aguardaba ser el primero en el mando, siendo el primero en la intransijencia?

Nadie sostuvo con mas ahinco qne él la mocion contra la barra, que iba a poner en sus manos una verdadera dictadura parlamentaria. Habria sido lejislador, juez, ejecutor.

De entre esas exorbitancias estalló la acusacion contra la Corte Suprema. El señor Amunátegui no acompañó a los hombres del desquite, a pesar del apoyo prestado por él a la mocion contra la barra,

mocion de desconfianza en la imparcialidad de la justicia i de sus majistrados. El intemperante de la víspera se hizo un moderado del dia siguiente. No habló contra la acusacion, pero votó contra la acusacion i le hizo una guerra tenaz tras de bastidores.

XII

Los acusadores, irritados contra él, se disponian a hacerle descender de su sillon presidencial. El acontecimiento dispuso otra cosa.

El ministerio, mutilado ya con la salida del señor Várgas Fontecilla, se desorganiza completamente con la súbita renuncia del señor Errázuriz. Entra en plena crísis, apénas votada la acusacion.

Al señor Várgas Fontecilla, que habia dejado su cartera como una protesta contra la acusacion, le sucede el señor Amunátegui. El señor Errázuriz sale, pero, tras el señor Amunátegui, sube las escaleras de palacio el señor Echáurren, uno de los cuarenta i dos acusadores.

¿Qué pasaba? El señor Amunátegui se entregaba a los reaccionarios? Despues de votar contra la persecucion, venia a servir los intereses de los perseguidores? Iba a arrojar su porvenir por la ventana, formando entre los aventureros de la política?

Nó. Traia un programa.

La última palabra de la mayoría parlamentaria habia sido: Persecucion!

La primera palabra del nuevo ministro fué: Conciliacion!

Hubo un asombro universal. Aquello era tan inesperado como un rayo de sol en un dia de borrasca. Hubo alegrías, desconfianzas, enojos, refunfuños, cóleras francas.

El ministro Amunátegui quiso encantar a todo el mundo, e inició esa política deplorable contra la cual disparan todos los campos.

XIII

El emperador romano queria que el pueblo de Roma no tuviese sino una cabeza para cortársela de un golpe. El ministro Amunátegui querria estrechar a todos los partidos en un solo abrazo. No quiere romper con nadie. Tiene un saludo, una sonrisa, una promesa o una esperanza para cada cual. No se atreve a ser francamente liberal: teme a lo que dirian los reaccionarios. Tampoco se atreve a ser francamente reaccionario: teme a lo que dirian los liberales. Gobernar es, para él, contemporizar. Esto arrebata a su accion la espontaneidad, el vigor, la eficacia.

Si esa táctica es admirable para llegar a la fortuna, i hace ministros, no los ilustra, ni los consolida, ni los engrandece. Contemporizar miéntras se sube, está bien; pero una vez en el poder, es necesario atreverse.

El ministro Amunátegui continúa como jefe sus hábitos de subalterno. Esto esplica la tiranía que ejercen sobre él sus camaradas políticos.

Se dice de Voltaire que sacrificaba un amigo a una palabra chistosa. Podria decirse del señor

Amunátegui que es capaz de sacrificar un imperio a un amigo. ¿Tiene la pasion de la amistad? Eh! nó. Tiene miedo a la enemistad. Envidiaria a aquel cortesano a quien despreciaba el cardenal Dubois cuando le decia:—Eminencia, hace veinte años que vivo en la corte i no tengo ni un solo enemigo.

En política es preciso tener el valor de contrariar a los amigos i de afrontar a los enemigos. No hai hombre de estado sin ese valor.

Sus indecisiones han hecho que se acuse al señor Amunátegui de falsía. En este último tiempo ha anudado i roto negociaciones estrañas. No es un hombre falso. Es un hombre que gusta de prometer, pero que carece de la inflexibilidad de propósito que es indispensable para mantener la palabra empeñada. Aunque se resolviera alguna vez, como Hernan Cortés, a quemar sus naves, siempre se dejaria oculta en alguna caleta olvidada una embarcacion en que tomar la fuga.

Hé ahí lo que le alejará siempre las adhesiones heroicas hasta el sacrificio. Un jeneral que duda no forma soldados que creen. Cromwell hizo fanáticos, porque era el primer fanático.

XIV

¿Cree que no habria llegado a las altas dignidades del Estado sin sus contemporizaciones?

Pues se engaña.—Quizas no habria llegado tan pronto, pero habria llegado. No es solamente la intelijencia mas distinguida i la ilustr acisonam

considerable de su partido, es tambien una de las intelijencias de su pais: tiene un valor propio. Los hombres de su estirpe pueden tratar de potencia a potencia con los partidos. Si ellos necesitan de los partidos para allanarse el camino, los partidos necesitan tambien de ellos. Esos hombres son su luz, su aire, su atmósfera, su brillo, su estrépito, su notoriedad.

Por otra parte, pocos hombres tan maravillosamente organizados como él para llegar a todas las fortunas en nuestro pais. Jamas se permitirá ponerse en lucha con ninguna preocupacion poderosa ni con ningun error consagrado. Sigue dócilmente la corriente. Siguiéndola, se siente en su elemento. Tiene la idolatría de la autoridad, la veneracion del camino trillado, cualidades que constituyen entre nosotros al hombre cuerdo, práctico, buena cabeza. Lo nuevo o lo atrevido, aun cuando sean una verdad incontrovertible, no encuentran aquí sino encojimientos de hombros, terrores, sonrisas, desdenes, incredulidades. Es preciso ser eco de otra voz, para tener el honor de ser escuchado. Proponed algo. Nadie se preocupará de averiguar si lo que proponeis es admisible, lójico, bueno, posible. Todos os preguntarán: ¿Quién ha dicho eso? Dónde se ha practicado eso?

¡Ai de vuestra idea, si no cuenta con el ausilio de alguna autoridad!

El señor Amunátegui posee en alto grado este rasgo del carácter chileno. Su intelijencia vive de autoridad ántes que de verdad. Jamas se permitirá la audacia de pensar por sí mismo. Se espantaria de

su propia sombra. Cuando cree o niega, afirma o condena, está cierto de que álguien ha afirmado o condenado, creido o negado eso ántes que él. Si en el fondo es libre pensador, es porque su alimento cotidiano han sido libres pensadores. Alimentado con los doctores de la Iglesia, seria, sin esfuerzo, católico i hasta ultramontano.

Recorred sus libros. Siempre habeis leido aquí o allá cuanto él os presenta en conjunto, bien alineado, con aires vivos, insinuantes, amables. La paradoja es mui de su gusto. Sin embargo, aquí todavia anexa o conquista. Pero, sus paradojas o son inocentes, o son lucrativas. Por nada en el mundo se tomaria la peligrosa libertad de asustar ni siquiera de importunar a una creencia recibida. Seguramente fué mui feliz cuando descubrió su célebre distincion entre el conjunto i los detalles. Aquello era imprevisto, paradojal, nuevo, hasta audaz, i no cerraba ninguna puerta. Parece que los oradores de mayoría se tocan. Granier de Cassagnac, otro escritor como el señor Amunátegui, otro orador de mayoría como él, descubria casi a la misma hora i en el mismo año, 1868, al traves del océano, una idéntica distincion. Napoleon III habia llevado la guerra a Méjico i habia sido derrotado: Granier de Cassagnac trataba de cubrir el bochorno del desenlace final bajo la grandeza de los episodios. El señor Amunátegui trataba de cubrir el bochorno de la guerra de los brazos cruzados bajo la intemperancia de los heroismos platónicos de nuestros conductores.

XV

El señor Amunátegui no ha debido dudar ni un instante de su fortuna política. Aquí solo se pierden los que navegan contra la corriente de las ignorancias poderosas.

Hai una escena de intimidad que caracteriza al escritor, al orador, al político, al ministro, al hombre.

El señor Amunátegui comia en un banquete, vecino a un eminente literato amigo nuestro. Enfrente de ambos, habia un plato delicioso, importacion directa de la cocina francesa.

El señor Amunátegui, despues de oir la opinion de su hermano, decidió no comer de ese plato.

—¿Por qué no come usted? le dijo nuestro amigo. Es un buen plato.

—Nó, nó, respondió; nunca he comido de eso.

Lo nuevo espanta hasta el estómago del señor Amunátegui. Miéntras el plato de la historia no adquiera derecho de ciudadanía en nuestra cocina, el señor Amunátegui se guardará mui bien de gustarlo.

Decididamente, si se le propusiera ser el descubridor de un nuevo mundo, espantado de semejante gloria, renunciaria a ella sin vacilar.

Esto hace que su talento no tenga espontaneidad, arranque, poder creador, una verdadera personalidad. Es tímido; necesita seguir a álguien.

Esto esplica todavía sus desdichas ministeriales. Debia abrir nuevos derroterros i no se ha atrevido. Se ha mantenido en una indecision desesperante. Ni ha seguido a la ola, ni ha roto la ola. Se ha sentido atraido por las irradiaciones de la libertad i aterrado por las sombrías amenazas del autoritarismo. Prendido en la indecision, no ha sabido ser nada ni ir a nada. La grandeza de su situacion lo ha sorprendido i lo ha anonadado. Pudiendo hacer un gran ministerio, camina a hacer una gran catástrofe.

XVI

Cuando la rueda de la fortuna dé una de sus vueltas habituales, ¿qué quedará del hombre público, del orador, del ministro?

Quizás no otra cosa que una brillante fortuna errada, un temperamento torturado, un carácter equívoco, resistencias, desconfianzas, sombras pálidamente alumbradas por los inciertos rayos de una luz crepuscular. El hombre de ideas, de principios sólidos i viriles, ya no podrá remover la losa bajo la cual va a sepultarlo en hora desgraciada el hombre político sin los atrevimientos del bien ni las impudencias del mal.

Tiene un nombre, que ya mui discutido en el pasado i mui comprometido en el presente, nada presajia que tendrá su pedestal en el futuro. Pudo tenerlo, habríamos deseado que lo tuviera i deseamos todavía que lo tenga.

Sus camaradas le aplaudirán miéntras no sea un naufrajio irremediable. La independencia guardará silencio; i la independencia es en los paises libres la última palabra de la opinion, su palabra decisiva i soberana.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON MARCIAL GONZALEZ

I

Estamos en presencia de un hombre feliz. La felicidad del señor Gonzalez irradia. Se esperimenta cierta sana complacencia al estudiarle. Su fisonomía rebosa de satisfaccion.

Aun cuando ha tenido en su vida, ya larga, como literato, político, hombre de mundo, de esas contrariedades i de esas caidas que dejan huella, nada ha bastado para turbar la placidez de su espíritu. El señor Gonzalez deberia cincelar en el lema de su escudo: Felicidad a pesar de todo!

Nada revela las fatigas del dolor ni las fatigas de la vida en aquel rostro abundante, en aquella frente un poco enorme, en aquel cuerpo lleno de las plenitudes de la buena salud. Tiene una espléndida madurez.

Esto se esplica. Es una naturaleza en la que nada se concentra, nada persiste, nada mina el

organismo. Parece qne los contratiempos corriesen por ella entre dos sonrisas. Acercáos a él. Siempre le encontraréis accesible, insinuante, conversador ameno i hasta injenioso a sus horas. Nunca se desprenderá de esa estofa ningun arranque de pasion. Ahí no hai chispas. Todo pasa por el señor Gonzalez sin desflorar su epidérmis. Ha tocado muchas cosas sin penetrar en las cosas mas que las cosas en él.

Espíritu removedor, curioso de saber, jamas ha tenido la idea de poner órden en sus conocimientos ni método en sus estudios. Ha ido de aquí para allá, ha hojeado muchos libros, ha leido un poco al acaso, sin hacerse un caudal propio. Gusta de las artes, de las letras, de las investigaciones económicas, de los buenos platos, de los buenos vinos, de todos esos grandes nadas de la opulencia de tono; pero ni es artista, ni literato, ni economista, ni gastrónomo, ni catador capaz de hacer autoridad. Dragonea para todo eso. Como los manes de los insepultos del infierno de Virjilio, corre en derredor del Estijio sin lograr atravesarlo. Es que siembra sin dar al grano que arroja en los sulcos de su intelijencia, el sol, el calor, la sávia de la meditacion. No madura nada ni se asimila nada.

II

Quizas hai en este desparramamiento infecundo un resultado de sus primeros hábitos intelectuales.

El señor Gonzalez hizo sus armas en el diarismo, como redactor de tijera. Estaba encargado de ser

un buscador de novedades para el diario el *Siglo*, que piloteaba el señor Lastarria. El diarista se halla siempre obligado a ser un poco bohemio. Como no impone su lei sino que recibe la lei del acontecimiento, se deja llevar a la ventura.

El *Siglo* fué uno de los mejores diarios de su tiempo. Representaba al diarismo avanzado i reunia en su cenáculo a todas las jóvenes intelijencias que eran una esperanza, una idea, un artículo.

Nada vive de los primeros trabajos del señor Gonzalez; pero ya habia mordido el fruto prohibido. Era escritor i se quedó escritor. Apesar de su título de abogado, no tiene un nombre en el foro. Entendemos que tampoco le ha tentado esa celebridad.

III

Durante largos años, toda su ambicion se concentró en las letras i en la diplomacia. Mas tarde, cuando aquellos sueños se disiparon, soñó un poco con el ministerio de hacienda. Talvez sueña hoi todavía, pero, en el entretanto, se resigna a acojer la fortuna como venga.

Ya tiene las palmas académicas, despues de una dura travesía. Fué por mucho tiempo un candidato universitario, ora en candelero i ora chasqueado. Vió que le tomaban la delantera muchos desconocidos de la víspera, a él que era, sino una celebridad *di primo cartelo*, un trabajador estimable. Cuando llegó la hora tan esperada, se apresuró a no dejarla pasar.

Ya es universitario. ¿Llegará a ser un diplomático? Quién sabe! Principia a soplarle cierto viento de favor. I despues, el señor Gonzalez acepta la fortuna aunque llegue tarde. No tiene gazmoñerías. En 1869 entraba a la vice-presidencia de la Cámara de diputados como segundo del señor Vargas Fontecilla. Hoi es segundo del señor Errázuriz. Los honores le tientan. Nunca dirá como César Borgia: O César o nada! Quiere ser alguna cosa.

Sus camaradas políticos lo saben, así es que no se dan prisa de ir en su busca. Su puerta es una de las últimas a donde van a llamar. Están ciertos de que se les abrirá a cualquiera hora, siempre que lleven en la mano un título honorífico.

IV

El señor Gonzalez apareció en política con la mayoría parlamentaria de 1849. Fué un partidario firme, decidido, ardoroso. De vez en cuando se lanzó a la tribuna, donde no estaba en su terreno. Aquella plácida naturaleza no puede levantarse hasta las emociones del orador. Su palabra era lenta, amanerada, con mas afeite que correccion i elegancia. Tuvo allá en cuando sus impaciencias i hasta sus cóleras, pero faltaba ahí el fuego, la llama, el rayo. No espantó a nadie. Dió pié a las sonrisas de sus adversarios risueños, que con frecuencia llevaron su crueldad i su injusticia a las últimas intemperancias. El odio levanta. La risa abruma.

El señor Gonzalez se contó entre los perseguidos de 1850. Pidió al Perú su hospitalidad. Pero

su proscripcion fué una partida de placer. Si no cayó en Capua despues de Canas, cayó en Capua sin haber estado en Canas.

Pasada la borrasca, volvió a sus hogares. Emigrado en el interior, se consagró a su vida de hombre de mundo, de literato, de político de salon, de opositor de charla. Su casa era un punto de reunion para todos los hombres de injenio. El señor Gonzalez tenia una sonrisa, una acojida imperturbablemente amable para cada uno de sus comensales, pero, ¿cuántos de sus comensales tenian una adhesion sincera por él? Costeaba la fiesta. Nadie se preocupaba de hacerle atmósfera.

V

Como las puertas de la Cámara no se abrieran para él en la hora de los nuevos combates de 1858, fué a la prensa. Escribió entónces largos artículos sobre ferrocarriles i sobre empréstitos, que se leyeron ménos de lo que merecian.

Hé ahí todo su papel durante las luchas i las desgracias de la oposicion de 1858.

No tuvo el honor de ser perseguido.

Entretuvo sus fastidios de político en cuartel colaborando en la prensa literaria. Apareció en la *Revista del Pacífico*, en la *Semana*, en la *Revista de Sud-América*, que marca el gran naufrajio de su vida.

VI

Viene la transformacion de 1861. La oposicion es victoria i poder.

El señor Gonzalez vuelve a la vida política i tiene su parte de botin: un banco en la Cámara de diputados de 1864, un banco todavía en la Cámara de 1867, un banco hoi en la Cámara de 1870. Su vida parlamentaria ha corrido en silencio. Votando imperturbablemente con todos los ministerios, su palabra apénas se ha dejado escuchar en debates incidentales. Parece que ha renunciado a la tribuna.

Si la palabra es de plata, el silencio es de oro, dice el proverbio árabe.

VII

Como tardase la hora de sus viajes en mision diplomática, el señor Gonzalez fué a recorrer el viejo mundo, como simple particular, en 1868.

Parece que ha vuelto encantado de cuanto ha visto i ha oido, como comensal asíduo del Paris de los sabios, es decir, del Paris de los fastidiosos.

Su viaje ha hecho brillar su estrella ya un poco empañada. El ministerio Amunátegui le ha acariciado. Es él quien lo hacia vice-presidente de la Cámara de diputados en 1869 i quien lo ha reelejido en 1870.

¿El señor Gonzalez llegará alguna vez a la diplomacia?

No apostaríamos nuestra cabeza a su fortuna diplomática o ministerial; pero estamos ciertos,—asómbrense cuanto quieran sus amigos,—de que seria un diplomático o un ministro mui superior a tantos otros diplomáticos i tantos otros ministros

que hemos visto i estamos viendo todavía conducir nuestros destinos.

VIII

Si quisiésemos resumir nuestro juicio sobre el señor Gonzalez, diríamos que vale mas que su reputacion. Nadie le envidia, ni le admira, ni le ayuda. Su felicidad está en él, en su carácter, no en su vida. Como no se ha creido ni en su talento ni en su estrella, le han faltado los admiradores, los cortesanos, los adversarios tenaces. Sus desdichas no han hecho correr lágrimas, ni sus victorias han despertado la atencion.

Notoriedad de segunda fila, sin padrinos que la exajeren i con camaradas que sonrien de sus candores i no dan aire a sus buenos cuartos de hora, —es un feliz desgraciado.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON MANUEL RENJIFO

I

El señor Renjifo no ha hecho sino pasar por los negocios. Ha llegado, ha visto, se ha ido.

Se nos imajina que las alturas no le fascinan. Funcionario durante muchos años, ha observado de cerca las horas duras i las horas dolorosas del poder. No hai hombre grande para su ayuda de cámara. Ademas, ni sus hábitos, ni su caráeter, ni sus gustos parecen inclinar al señor Renjifo a las luchas de la vida pública.

II

Llamado de improviso al ministerio de hacienda durante los primeros dias de la administracion Perez, vacila, teme, i solo en el último momento se deja tentar i da el salto peligroso.

El instante era difícil. Iba a hallarse en presencia de una oscura situacion financiera, de que los

enemigos implacables del gobierno que acababa de descender se habian hecho un arma con que herir mortalmente su honra. El último ministro de ese gobierno, interpelado, no habia dicho toda la verdad. El pais queria saberla, i era preciso que el nuevo ministro la dijera. El señor Renjifo la dijo.

III

Héle ahí fulminado por la mayoría parlamentaria, que no gustaba de tales revelaciones. Se protestó de sus cuentas, se las rehizo, tuvimos una verdadera borrasca de cifras que se chocaban, se desmentian, se injuriaban, se desgarraban. Pero el hecho evidente decia siempre, contra los cálculos del antecesor del señor Renjifo, que las necesidades estraordinarias habian obligado a echar mano de los recursos estraordinarios.

Cuando hoi se vuelve la vista hácia esos debates, se vé bien que los unos ponian demasiado estrépito en sus afirmaciones, miéntras los otros eran demasiado tenaces en sus negativas. La verdad será siempre mas hábil que la reserva.

La oscuridad todo lo abulta. Solo la luz sabe restablecer la exactitud de las proporciones.

IV

Tras las reticencias de la víspera como tras los malos humores del dia siguiente, la hostilidad hacia de las suyas i veia o aparentaba ver desgreño, malversacion, crímen.

No habia nada de eso. Hé ahí lo que probaron las cifras del nuevo gobierno.

Si al entregar a la publicidad el estado de nuestra hacienda, pretendió el señor Renjifo hacer acto de enemistad, i no acto de deber, la verdad es que sirvió a sus antecesores, mejor que dejando libre carrera a las conjeturas de la prevencion, la sospecha i la cólera: sus antecesores, si no habian sido exactos, no habian sido impuros.

V

Pero aquellas no eran horas para la reflexion.

Las revelaciones del ministro daban razon a los adversarios i eso bastaba para irritar a los amigos del gobierno pasado. Hicieron al ministro una guerra incesante.

El señor Renjifo, sin apoyo en los partidos, sin un considerable prestijio personal, sin brillo como orador, sin grandes miras como hombre político, estaba destinado a pasar bien pronto. I despues, el ministro de transaccion se habia convertido, por el encadenamiento de los sucesos, en ministro de division, de lucha, de guerra, de tempestad.

Su vida ministerial no ha dejado huellas duraderas. Introdujo algun órden en nuestra administracion financiera; pero no tuvo ni el vigor de concepcion, ni la esperiencia, ni el tiempo de acometer innovaciones radicales. Se mostró un funcionario veterano, para quien el laberinto de las oficinas no tiene secretos, no un estadista hábil, creador, in-

trépido. Improvisado ministro, tenia que aprender realizando. Nuestra hacienda habria necesitado entónces, como necesita hoi todavía, una alta intelijencia financiera que abandone resueltamente los espedientes i éntre en las soluciones.

VI

El señor Renjifo no era ese hombre. Intelijencia clara, administrador laborioso i metódico, no poseia ni una gran palabra capaz de ofuscar a la hostilidad, ni una de esas altas concepciones capaces de imponerle silencio.

No es un orador. Le faltan la voz, las maneras, la facilidad, la gracia, el brillo de la palabra. Su diccion es incorrecta, lánguida, embarazada, incolora. No hai en ella ni las vibraciones de la pasion ni los recursos del arte. Se conocia bien, escuchándole, que no solo se habia improvisado ministro, sino tambien orador.

Desde entónces, aunque diputado en 1864, diputado de nuevo en 1867, diputado todavía en 1870, apénas si ha aparecido en su banco, i siempre para mantenerse silencioso.

VII

¿Es un hombre que acecha su hora? Quién sabe!

Hoi, un poco alejado del movimiento político, se entrega a sus gustos de soldado i a sus aficiones de artista, que parecen preocuparlo mucho mas que el ir i venir de los partidos, los ministerios, los congresos. Amigo del jefe del Estado, sin compro-

misos sérios con ningun partido, se cuentan algunos votos suyos que demuestran cierta independencia. Pero nadie acertará a señalar sus verdaderas creencias políticas. ¿Es un liberal? Es solo un conservador avanzado? Acaso él mismo no lo sabe perfectamente. Es un espíritu refractario a las fuertes preocupaciònes políticas. No ve ni se detiene en los grandes aspectòs. Le falta la elevacion del carácter i de la mirada. Hai en él, ante todo, un observador flemático, frio, distraido, un poco incrédulo de los acontecimientos que se desarrollan a su alrededor. Mira sin admiraciones, sin pasiones ni tristezas.

¿Va a cambiar al influjo de los debates de la Cámara constituyente? Lo dudamos. La lucha parlamentaria no le tienta. Cómodamente colocado, se guardará de aventurarse en las empresas riesgosas. Dejará al acontecimiento que resuelva. Miéntras tanto se mantendrá en su media luz.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON CAMILO COBO

I

Vamos a bosquejar la fisonomía de un hombre nuevo.

El señor Cobo acaba de entrar en las altas dignidades de la vida política. Hasta ahora no habia hecho sino la existencia modesta del abogado, la existencia opaca del profesor, la existencia anónima del diarista, cuyo nombre se eclipsa por la celebridad del diario en que lanza sus febriles impresiones de cada dia.

Espíritu triste, carácter modesto, alma envuelta en las nieblas del desencanto, el señor Cobo no se ha preocupado de dar aire a su personalidad. No ha tenido prisa de ser nada. Si el acontecimiento tiene un favor para él, está bien. Si le vuelve la espalda, está bien todavía. Ni la fortuna le alegra, ni la desgracia le anonada. Hai en él un estoico o un distraido.

II

Cursó sus humanidades en un colejio de sacerdotes franceses, que le enseñaron a ser buen humanista i buen creyente. Pero su claro buen sentido ha sabido preservarlo de comprometerse en esa alianza híbrida entre la relijion i la política que hoi pugna por hacer secta, escuela, iglesia, partido entre nosotros. El señor Cobo es un católico liberal. Si empapa sus dedos en agua bendita, sabe abrir su intelijencia a todas las tendencias elevadas de la civilizacion moderna. Creyente sincero, pero no agreste, no teme la controversia para sus creencias. Ni es un sectario relijioso, ni un sectario político. Es mas bien un observador que mira con cierta indiferencia descuidada los hombres i sus actos, los partidos i sus controversias, los acontecimientos i sus resultados. Un poco de bien le satisface. Se resigna con todas las lentitudes del progreso político.

Héle ahí formando hoi en las filas del liberalismo moderado, al que, sin embargo, ha sabido decir mas de una verdad.

III

Fué en 1857 cuando el señor Cobo hizo sus primeras armas en la prensa.

El *Pais*, fundado ese mismo año, le encargó su crónica. Se manifestó cronista ameno, injenioso, lijero.

Habia nacido diarista, pero su empeño era hacerse abogado. Una vez que el *Pais* desaparece, despues de una corta existencia, el señor Cobo se entrega de nuevo a sus estudios.

Sus ocios amenos le permitieron aparecer en 1859 en la *Semana*, revista esencialmente literaria. Un artículo en prosa, algunas felices traducciones en verso de Víctor Hugo, una poesía orijinal, los *Quijotes del Amor*, son las producciones suyas que contiene esa revista.

A poco de obtener su título de abogado, fué a establecerse en Valparaiso. El Liceo de aquella ciudad le habia encargado de su catedra de filosofía.

IV

En 1865, el cronista del *Pais* entra en la redaccion del *Mercurio*. Era el momento de la guerra con España. El *Mercurio*, vacilante, pálido, equívoco, cobra nueva vida bajo la influencia de la pluma del señor Cobo. Sus boletines, animados, incisivos, entusiastas, elegantes, fijaron pronto la atencion de los lectores. A poco andar, el boletinista ganaba las espuelas de redactor en jefe.

En este puesto le encontraron la reeleccion presidencial, la paz de hecho i la guerra de derecho, la acusacion a la Corte Suprema, el ministerio Amunátegui, en fin, en cuya sinceridad liberal ha creido i cree todavía. En estos diversos episodios de nuestra política se ha manifestado amigo independiente del gobierno. Es un gobiernista afectu ó

so, pero no un gobiernista sistemático. Sabe bien que solo la verdad salva a los gobiernos. Ha visto, ha señalado, ha combatido las faltas, pero esas faltas no han pesado bastante en su balanza hasta hacerle entrar en las condenaciones definitivas.

Ha quedado gobiernista.

El ministerio, despues de darle un banco en la Cámara constituyente, como mandatario de Chillan, acaba de llevarle a la redaccion en jefe de su diario. El redactor del *Mercurio* es hoi redactor de la *República*.

La transicion ha sido un poco violenta. Es difícil que pueda continuar en la *República* sus tradiciones de franqueza del *Mercurio*. No está en su puesto.

V

Ya se siente en el diario ministerial la influencia de su nuevo redactor. Principia a ser diario moderado, cortés, diario de controversia i no de guerra brutal.

El señor Cobo es un diarista naturalmente urbano. Nunca busca sus efectos en la violencia de la espresion. Los busca donde están realmente: en el desarrollo claro, tranquilo, elevado de su idea, su argumento o su observacion. Hai en el señor Cobo un contradictor tenaz, injenioso, rápido en el ataque, imprevisto en la defensa, oportuno en la retirada, no un enemigo vehemente con quien sea forzoso reñir o a quien sea necesario desdeñar. Es un adversario a quien jamas se deja de estimar.

VI

Todo conspira a prever que el señor Cobo, aunque gobiernista, estará mas de una vez en la Cámara al servicio de la idea liberal. Hoi se halla todavía un poco desconcertado. Es solo un voto, pero puede ser una palabra.

Hai en el señor Cobo, no solo un escritor, un diarista, sino tambien buenas cualidades de orador, de literato apasionado i conocedor. Su diccion es fácil, animada, literaria; su voz tiene la educacion oratoria; su ojo, aunque un poco empañado por la mala salud, tiene chispas reveladoras; tras su temperamento linfático se dejan notar las palpitaciones nerviosas de la pasion. Si sube a la tribuna, nuestra Cámara tendrá un orador mas.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON FRANCISCO ECHAURREN

I

Diputado, intendente, ministro, candidato a la presidencia, todo eso ha sido en pocos años el señor Echáurren. Su elevacion ha tenido la rapidez del prodijio.

Desconocido hasta 1861, fué don Federico Errázuriz quien lo introdujo en la política. Era una personalidad que no traia ni la auréola del sufrimiento, ni la auréola de la intelijencia. Rico heredero, habia ocupado su tiempo i su fortuna en hacer largos viajes. Viajar es aprender. Aun está en pleito que el axioma se haya cumplido con el señor Echáurren.

Espíritu curioso, atento, minucioso, no hai en él un observador perspicaz. Indudablemente ha mirado mucho, pero ha visto poco. Ha divertido los ojos, no ha nutrido la intelijencia. Su mirada intelectual es débil, opaca, sin horizonte.

Nada brilla ni irradia en él, nada llama las aten-

ciones hácia él. Su fisonomía es vulgar, su aire comun, sus maneras sin gracia, su palabra difícil e incorrecta, sus ideas escasas cuando no añejas, su esperiencia de los negocios mui cuestionable, su ciencia desconocida. Hasta hoi solo ha revelado una actividad infatigable, no siempre provechosa a la solidez de su celebridad ni a la buena direccion de la cosa pública.

Hombre de detalles, buscador de lo infinitamente pequeño, esperimenta una pasion intemperante por los reglamentos. Querria someterlo todo a reglas precisas. Esto le ha convertido en un administrador molesto, meticuloso, casi grotesco. Pocas veces acertará a concebir algo de provecho. Su jenio es el de un gran mayordomo de palacio. En Francia, habria podido disputar al mariscal Vaillant su cartera de ministro de la casa del emperador. Nadíe habria organizado mejor que él los salones, las libreas, las caballerizas, las partidas de caza, las fiestas de carnaval, las ceremonias oficiales, los oficios de cuaresma. Habria puesto en la obra su tiempo i su dinero. Todavía se habria hecho espacio para ser un asíduo inspector de los monumentos.

Dad al señor Echáurren un edificio que embellecer, un museo que poblar, un baile que dirijir, i estará en su elemento.

Pero el señor Echáurren pretende organizar ministerios, ejércitos, escuadras, campañas, conquistas, naciones. Ahí está el mal.

II

Hizo su entrada en la vida pública con la mayoría parlamentaria de 1864. Representaba a Quillota.

Durante los primeros tiempos fué un silencioso. Pero los debates sobre la libertad relijiosa le tentaron a desplegar los labios. Cayó en la tentacion.

El momento estaba bien elejido. Ninguna oportunidad mejor que aquella para que un orador ganase sus espuelas i un político se revelase en toda la amplitud de sus tendencias.

Aun nos parece verlo fuertemente impresionanado al pedir la palabra. Todas las miradas se clavan en él. Habia en esas miradas curiosidad, incredulidad, asombro, sonrisas, sorpresa. ¿Ibamos a presenciar una caida o un triunfo?

El señor Echáurren rompe a hablar con inaudita facilidad. Los espectadores se estrañan. Pero esa facilidad no se agota ni se debilita siquiera. El orador va en pocos momentos a toda brida en su recitacion. Los espectadores comprenden entónces. El señor Echáurren da una leccion contra la libertad relijiosa. Quiere el mantenimiento del artículo 5º, quiere que el Estado tenga una relijion i no permita el ejercicio de ninguna otra relijion que la suya. El señor Echáurren es católico i quiere ser creyente privilejiado. Es católico i no consiente que ningun error venga a hombrearse con su verdad.

Sus adversarios rien. Sus amigos escapan a du-

ras penas del contajio. El orador termina su arenga en medio del silencio de su auditorio.

Tal fué su estreno. Las puertas de la elocuencia estaban emparedadas para él. La tribuna era una picota. El señor Echáurren debió sufrir mucho aquel dia.

Desde entónces, siempre que habla, ya sin pretensiones oratorias, se estremece visiblemente. Su voz tiembla, su lengua tropieza, las sílabas se le atragantan, la idea, el argumento siempre revisten una forma contrahecha. Se le adivina mas que se le entiende. No hai en él ni las chispas del injenio, ni las claridades del pensamiento, ni los instintos del arte, ni siquiera el lenguaje sobrio i preciso de los negocios.

Decididamente, es un curioso ministro parlamentario.

III

A pesar de todo, es hoi un alto dignatario de la política, casi un jefe de partido. Ha sabido suplir el brillo del talento con el brillo de los escudos. Lamartine escribia cartas que eran una joya: el señor Echáurren escribe cartas que son una dádiva. No sabe hablar, no sabe escribir, no sabe derramar la luz, la verdad, la ciencia, pero sabe derramar el oro.

El señor Errázuriz, su introductor en la vida política, lo lleva siempre de la mano. El va delante i el señor Echáurren detras. El señor Errázuriz va, en 1865, de la intendencia de Santiago al ministe-

rio,—el señor Echáurren entra en la intendencia de Santiago. El señor Errázuriz abandona el ministerio de guerra en 1869,—hé ahí al señor Echáurren que entra en ese ministerio.

IV

El intendente Echáurren ha sido mucho mas feliz que el ministro Echáurren. Es un edil, no es un hombre de Estado.

Intendente, fué un gran organizador de fiestas i de asociaciones útiles; embelleció a Santiago, poniendo su fortuna en la empresa. Todo lo veia, lo dirijia, lo vijilaba.

Ministro, ha sido una actividad estéril, cuando no perturbadora. Embrollo i chasco es cuanto ha salido de su mano. Ejército, marina, cuestion araucana son negocios que no sospecha siquiera. Un batallon que marcha en órden i hace fuego graneado con continuidad, una nave que rompe las olas a vela o a vapor, una division que salva un rio defendido en su márjen opuesta por un puñado de tiradores i un peloton de caballeros, le asombran, le maravillan, le hacen soñar con Pelissier i Malakoff, con Trafalgar i Nelson.

Querria ser capitan, almirante, conquistador, aun cuando necesitara poner su fortuna en la partida. Pero si el oro compra conciencias, aplausos, cortesanos, no compra jenio, heroismo ni talento.

V

Como hombre político, la fisonomía del señor Echáurren no tiene ninguna acentnacion firme. Sospechamos que él mismo no sabria decirnos cuál es su secta, su escuela, su iglesia. No es un liberal: le hemos visto hacer su estreno oratorio con una estocada en el agua contra la libertad de creencias. Tampoco es un reaccionario: ha entrado en el ministerio de protesta contra la acusacion a la Corte Suprema. Eso sí que despues de haber marchado con los acusadores, servídolos con su influencia i ausiliádolos con su voto.

Todo esto permite concluir que no hai en él ninguna conviccion definida. Es un político que sigue la oportunidad, el viento que sopla, la conveniencia. Que su partido domine i él sea uno de sus favoritos,—hé ahí lo único que se ve claro en sus propósitos.

Llevado al ministerio como un mediador entre moderados i violentos, se le ha presentado personificando en los consejos de gobierno las impaciencias de faccion. Intendente de Santiago en la hora de las manifestaciones contra la política del desquite de 1869, habria querido tentar là represion. Tuvo entónces mas de una idea i mas de un acto inoportuno.

Sea lo que quiera, vive en buena amistad con moderados i violentos

VI

Despues de todo, si hai algo evidente en la conducta, en los antecedentes, en las aptitudes del señor Echáurren, es que está fuera de su verdadero centro. Hombre de segundo órden, los acasos de la política han querido hacer de él un gran dignatario del Estado. Subalterno activo, celoso, demasiado celoso en ocasiones, no será nunca sino un jefe deplorable.

Si la fortuna lo ha elevado, no le ha hecho compañía en su grandeza. Le ha dicho adios en la puerta de los honores. No es ni luz en el consejo, ni actos en la administracion, ni palabra en el parlamento.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON ANIBAL PINTO

I

¿Quién es el señor Pinto?

Todo lo que hasta hoi se sabe de él, es que lleva un nombre ilustre i ocupa una alta situacion social. Si ha podido llegar a la celebridad, al estrépito, formarse una elevada personalidad en las letras, en la ciencia, en la política, no ha tentado, sin embargo, ninguna de esas rudas jornadas ni nada permite sospechar siquiera que hubiese ascendido con fortuna la montaña escarpada. Su existencia ha corrido durante largos años casi ignorada.

II

Su primera aparicion en la vida pública fué como secretario de la plenipotencia que el gobierno Búlnes envió cerca del Pontífice Romano, ántes

que para tentar un concordato, para dar un destierro espléndido al señor Irarrázaval, alto dignatario del Estado i de la popularidad en aquel entónces. Ni el embajador ni el secretario concluyeron su jornada diplomática yendo a reposar en un lecho de laureles.

El señor Pinto volvió a Chile, donde vivió siempre alejado del movimiento político.

Fué el gobierno de 1861 quien le llamó a los negocios. Adversario linfático del gobierno anterior, al que hizo una oposicion llena de prudencias, ligado por los lazos del parentesco al vencido i al vencedor de Loncomilla, a Cruz i a Búlnes, habia sabido poner de su lado el prestijio i las relaciones de ambos jenerales.

Hé ahí un hombre precioso para el gobierno de 1861. Le hizo intendente de Concepcion. El acontecimiento ha probado que elijió bien.

III

Aquella provincia turbulenta, que habia hecho revoluciones i habia hecho presidentes, es hoi la mas obediente de la república. Hace penitencia, se cubre de ceniza, adora en la Iglesia i en el Estado, vota como un solo hombre por los candidatos gubernativos. En vano todo se conmueve a su alrededor. Ella permanece impasible. Reza, comercia, obedece, duerme. La ciudad cuartel ha sido barrida por la ciudad monasterio.

Su intendente, miéntras tanto, lee, dormita, deja correr las horas en ese fastidio encantador para

la pereza i el egoismo, que se llama la vida de provincia.

Su obispo, por su lado, hace feligreses.

Obispo e intendente se han organizado así en pocos años un pueblo esencialmente dócil.

Esto se esplica. El señor Pinto, liberal por deber de nacimiento, es conservador por carácter, por temperamento, por hábito. Hai en él uno de esos hombres que andan la jornada de la vida en una somnolencia descuidada. No comprenden ni al mártir, ni al héroe, ni al sectario. Cuando simpatizan con ciertas ideas, tienen una sonrisa para sus victorias, pero no tienen ni una lágrima para sus derrotas. Aguardan mui tranquilos que lleguen para ellos dias mejores. Si el egoista de Chamfort era capaz de incendiar el mundo para asar un huevo, ellos se guardarán bien de comer castañas, si han de sacarlas del fuego por su propia mano.

IV

Desde que el señor Pinto es intendente de Concepcion, Concepcion ya no cuenta en la vida política.

Si en 1861 nos envió un mandatario independiente, el señor Claro, fué porque en aquel momento aun no habia entrado en plena dominacion el gobierno de 1861. En 1867 nos envió votos. En 1870 nos ha vuelto a enviar votos. Cuando allí corren vientos de ajitacion, son los que sopla la Iglesia contra el Estado, el obispo contra el intendente.

En las campañas electorales el intendente se deja estar, pero el hombre va i viene en la sombra. Si el gobierno de 1861 hubiera tenido catorce jefes de provincia como el señor Pinto, indudablemente hoi todavía estaria desplumando a la gallina sin que diera grandes gritos. Porque es preciso no echar en olvido que el señor Pinto ha tenido sus violencias. Los ataques mas pequeños irritan su epidérmis hasta tal grado que, en época de tolerancia, se permitió prisiones arbitrarias. El intendente reclamaba inmunidades de soberano. No admitia la censura de sus actos. La cosa era un poco enorme. Entónces forzó su temperamento de funcionario, que llega a donde necesita con cierta discrecion felina.

V

Se acaba de llevar al señor Pinto al Senado. En 1869 se quiso encargarle la cartera de hacienda, pero supo libertarse de la tentacion ministerial.

Aunque cuenta ya seis años de vida parlamentaria, la voz del señor Pinto no se ha dejado oir en nuestra asamblea. Ha aparecido poco en la Cámara i siempre en los bancos de la mayoría. El señor Pinto no es un orador. ¿Es un administrador? Nada lo revela hasta ahora. El funcionario no ha hecho hablar mas de él que el diputado. Se acepta su intelijencia i su instruccion un poco sobre la palabra de sus amigos.

Si viene al Senado, todo anuncia que seguirá la corriente de la mayoría, como en la Cámara de diputados. Esto es cómodo i es provechoso.

VI

Para resumir al hombre político, dirémos que el señor Pinto es un conservador liberal mui respetuoso con las preocupaciones fuertes i con las ideas recibidas. Jamas hará estrépito ni hará escándalo. Sabe que así se llega, i se deja llevar. Su apellido le ayuda. Sin él, quién sabe qué seria hoi el señor Pinto.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON FRANCISCO VARGAS FONTECILLA

I

La fortuna tiene sus sorpresas. De vez en cuando toma por favoritos a hombres que parecian destinados a una modesta oscuridad. Nada hace presentir sus prosperidades: no son una intelijencia, ni una audacia, ni una seduccion, ni un estrépito; carecen de cuanto brilla, descuella, fija la atencion, i sin embargo llegan a la cima. Hai asombros, sonrisas, protestas, espantos; pero el hecho consumado está ahí cierto, irremediable, enorme, si se quiere.

Hai en el señor Vargas Fontecilla uno de esos estraños favoritos.

A su entrada en la vida, nadie habria sospechado en él un hombre político, un ministro, un orador, casi un jefe de partido, un jurisconsulto, un codificador, un universitario, un literato. Apénas si parecia llamado a la modesta reputacion del hom-

bre estudioso, del profesor metódico, del abogado concienzudo.

Pero la voluntad de la fortuna era otra. Dió buen lote al señor Vargas Fontecilla.

Hoi es un alto dignatario de la celebridad i de la política. Ha sido secretario jeneral de la Universidad, diputado a varias lejislaturas, presidente de la Cámara de diputados en 1867, presidente de nuevo en 1869, ministro del interior en 1868, i es en este mismo momento ministro, senador, majistrado judicial. No se puede andar mas de prisa.

II

Entró en la vida pública por la puerta de la oposicion. Despues de la borrasca de 1851, era esa la mejor manera de llegar rápidamente a la celebridad; pues en aquel entónces, alejarse del poder, era hacerse notar, adquirir una personalidad, ser popular. Si la opinion no distribuia los honores, se entretenia en distribuir las reputaciones. Se fabricaba en grande. Las celebridades se improvisaban a golpes de varilla májica.

El señor Vargas Fontecilla fué de los escojidos. Formando parte del cenáculo que inspiraba el señor Santa-María i en el que cada cual, si no se habia declarado un poco dios, se habia decretado un poco grande, era de todas sus reuniones, de todos sus trabajos, de todas sus distribuciones de elojios.

Por ese tiempo escribia largos artículos sobre la conversion del diezmo. El cenáculo echó a vuelo todas sus campanas para cimentar sde esa pri-

mera batalla la fama de su camarada. Se halló al señor Vargas Fontecilla concienzudo, erudito, sobrio, lójico. Si aquellos artículos han pasado, el señor Vargas Fontecilla ha quedado.

No pudiendo hacer de él una figura brillante, se le hizo un carácter firme, recto, honrado, una intelijencia sólida, una ciencia considerable.

Ya era hombre de primera fila.

III

En la Cámara de diputados de 1858 formó entre las notabilidades de la minoría. Su oposicion fué franca, resuelta; pero su fisonomía no pudo destacarse. Entónces pronunció algunos discursos moderados, sin colorido ni relieve, que decian bien a las claras que su puesto no estaba en la tribuna.

Alejado de la Cámara en las horas tempestuosas de 1859, volvió a reaparecer en ella con la minoría mutilada, para combatir, en 1860, la lei de responsabilidad civil.

Este ha sido uno de sus mejores momentos. Si no fué ni un orador elocuente ni un jurisconsulto profundo, fué un luchador infatigable contra esa lei mas impolítica que tremenda. Tal lei, pretendiendo ser una amenaza, era un acto de debilidad i de cólera.

IV

La derrota del señor Vargas Fontecilla fué aparente. Si la Cámara votó la lei, la lei nació muerta.

El señor Vargas Fontecilla, diputado de nuevo

en 1864, se apresuró a hacerla estender su fé de muerte.

Despues de esta inhumacion, ocupó su banco parlamentario casi en silencio, hasta que la guerra vino a golpear a nuestra puerta.

Entónces se hizo el intérprete de las cóleras del pais, presentando un proyecto para decretar la confiscacion de bienes contra los residentes españoles. Su idea, acojida por la prensa, acojida por todas las opiniones ardientes, introdujo cierto espanto en la Cámara. El proyecto no tuvo consecuencias.

Nadie habria sospechado en el diputado de 1865, al ministro de 1868.

V

Su primer ministerio es el episodio mas considerable de la vida del señor Vargas Fontecilla. Ahí se reveló por entero el hombre político, el hombre de Estado, el orador. Hasta aquel momento se le habia juzgado sobre la palabra de sus amigos o sobre las impresiones incompletas que pueden obtenerse de una fisonomía opaca, en que todas las líneas se pierden en un rayo de luz crepuscular.

Fué un jefe de gabinete que no gobernó, pues se puso a las órdenes de una política que no acertaba a comprender. No era de gobernar de lo que se trataba entónces. Se trataba de conducir con buen viento ambiciones, cóleras, avideces que querian usufructuar de su predominio. El señor Vargas Fontecilla no posee ninguno de los pequeños

talentos que la empresa exijia. Ni tiene las flexibilidades de la conciencia, ni tiene los desenfados de la audacia.

Pero el ministerio lo tentó.

VI

Héle ahí presidiendo los funerales de la guerra que el señor Covarrúbias, el ministro de las pompas, se habia negado a conducir.

La mision era árdua. Sospechamos que el señor Vargas Fontecilla no se dió cuenta cabal de lo que se le llamaba a acometer. No se tiene su sangre fria ni su naturalidad cuando se ha meditado en lo que significa ir a decir a una nacion que es necesario dejar el honor bajo una luz equívoca, retirar juramentos solemnes, despedir a los invitados, apagar las luces, declararse en pleno chasco. Pues bien: hé ahí lo que se encargó de participarnos.

La cosa era enorme. El señor Vargas Fontecilla fué un héroe de la palinodia. Otro habria vacilado, habria sentido palideces, rubores, desalientos. El nada. Marchó de frente a la dificultad.—"No se puede hacer la guerra, dijo, ni se debe firmar la paz. ¿Qué hacer? Declararnos en paz de hecho, desde que no hai campaña, batallas, enemigos en la costa; i en guerra de derecho, desde que tampoco hai negociaciones, treguas, convenios ni tratados. Señores, estamos en paz de hecho i en guerra de derecho."

Una vez lanzado, corrió como un corcel que ha mordido el freno.

Despues de dar sus pasaportes a la guerra, los dió al derecho americano, que apostrofó de iniquidad, i los dió a la alianza continental, que fulminó como una idea irrealizable.

Iba ya demasiado léjos. El diario de los ministros procuró atenuar aquel desbordamiento de franqueza. Mal hecho. Son esas sinceridades enormes las que harán vivir al ministro Vargas Fontecilla.

Suprimidlas, i no queda de él cosa alguna.

VII

Ni el hombre esterior, ni el hombre intelectual, ni el hombre político son una revelacion en el señor Vargas Fontecilla. La naturaleza no ha derramado una sola de sus gracias en aquel rostro pálido i amarillento, de líneas angulosas i disonantes; en aquellos ojos sin chispa, que no tienen malicia ni penetracion; en aquella frente sin irradiaciones; nada en aquellos labios sin sonrisa, que se resisten tenaces a dar paso a las palabras. Cada palabra, cada sílaba casi, salta de entre aquellos labios con un estrépito discordante. La cabeza tiene pereza de concebir, la lengua de moverse, la boca de abrirse. El señor Vargas Fontecilla nació para ser un hombre silencioso. Hacerle ministro de un gobierno parlamentario, ha sido un cruel capricho de la fortuna.

Hai sufrimiento i asombro al escucharle. Se sufre con el ímprobo trabajo que se impone. Asombra su perseverancia.

Va a principiar una frase, i héle ahí que se arrepiente. Toma otra direccion. Se pone en marcha. Como ya es imposible volver atras, como es necesario concluir, se precipita para detenerse a medio camino. La palabra se le escapa, corre tras ella i la coje; pero la que se escapa es ahora la siguiente. La alcanza al fin, alcanza con ella tres o cuatro mas que lanza a toda prisa; pero la caza i la fuga vuelven a principiar. Aquello es un alumbramiento lleno de angustias.

La palabra del señor Vargas Fontecilla es chillido, queja, suspiro, lamento, espectoracion. Corre, tropieza, se asusta, se encabrita, salta, produce sonidos discordantes, jamas una armonía. Sospecha el arte, busca la forma, pero llama a puertas que no abren. Suelen levantarse en él bataholas increibles. Ya es un escuadron que se amotina, ya un escuadron en fuga, ya una línea que vacila, ya un recluta que dispara al acaso i hiere a sus compañeros, ya un bribon que hace fuego contra su propio jefe. No hai medio de introducir la subordinacion. En vano se consuman ejecuciones sumarias. El rebelde pasado por las armas no ejemplariza al rebelde que viene tras él. El desórden se hace universal.

Cuando el orador concluye su arenga, cae fatigado en su sillon con el cansancio de quien ha tentado un esfuerzo sobrehumano. Es un hombre fuera de quicio.

VIII

Nada mas natural. La intelijencia del señor Var-

gas Fontecilla es refractaria a todas las prontitudes de la concepcion. Nunca está bastante orientada.

Héle ahí, sin embargo, siendo direccion, palabra, doctrina, luz de un ministerio que fué una tenaz batalla. Le vimos avanzar las paradojas mas estravagantes. M. de Lamartine ha dicho que la paradoja es la verdad vista de léjos. Despues de escuchar al señor Vargas Fontecilla, habria rectificado su definicion.

Era un ministro perdido. Pero los intemperantes de su fila le salvaron sin sospecharlo.

IX

Observando que las declaraciones ministeriales no movian en el pais ni un raton, como dice el centinela de Hamlet, a pesar de anunciar la paz de hecho i la guerra de derecho, la impunidad de las afrentas, el abandono de promesas, deberes i esperanzas, los intemperantes creyeron en su omnipotencia i entraron a hacer sonar la hora de sus desquites.

Vino la acusacion a la Corte Suprema. Se la recibió en palmas de manos. El señor Sanfuentes habia dado sin saberlo la palabra de órden.

El señor Vargas Fontecilla se negó a seguir a sus camaradas en el terreno de las persecuciones. Hizo un acto de sinceridad, de equidad, de fortaleza, un poco como M. Jourdain hablaba en prosa. Pero aquel fué un acto que le será contado.

Si el señor Vargas Fontecilla no es ni orador, ni hombre de Estado, ni intelijencia de primera

fila, indudablemente se manifestó en aquellas circunstancias un carácter recto, un corazon sin odios, un temperamento que no arrastran las vehemencias de la pasion. Colocado entre su cartera i sus convicciones, dejó su cartera i mantuvo sus convicciones, cosa estraña en nuestro pais.

Durante algunas horas tuvo gran favor en la opinion. Se aguardaba que volviera triunfante al ministerio. No sucedió así, pero su política dominó en los consejos gubernativos.

Este fué un buen cuarto de hora para la fortuna política del señor Vargas Fontecilla. Si acierta a aprovecharlo, su favor de un dia toma consistencia. Pero se mantuvo en silencio. Ni afirmó su opinion, ni esplicó su renuncia. Se puso al balcon como el gobierno. Su silencio, que no le honra, se ha prestado a muchas conjeturas. Hubo en él, cuando ménos, debilidad, falta de perspicacia, contemporizacion con ciertas influencias. No se queria marchar con la intemperancia ni romper con ella. Ya íbamos al curioso imposible que ha trabajado en realizar el señor Amunátegui.

Pero el señor Vargas Fontecilla ni ve pronto ni ve bien. Con frecuencia ve un momento despues del buen momento. Ha seguido la corriente del ministro Amunátegui.

X

Para ir al ministerio, habia abandonado el sillon de la presidencia de la Cámara de diputados. Cayó del ministerio sobre ese sillon i sobre otro to-

davía mas cómodo,—un sillon de majistrado judicial.

Es ahí donde el señor Vargas Fontecilla debe encontrarse en su centro. Como juez puede dar a su intelijencia todo el tiempo que necesita para concebir.

Donde no ha debido sentirse mas a sus anchas que en su sillon de ministro, es en el sillon de presidente de la Cámara. Nunca ha sabido precisar una cuestion ni imprimir rumbo al debate, que siempre ha marchado bajo su direccion enteramente entregado a los acasos del acontecimiento. Esto provocaba confusiones, contratiempos, averías, escollos, retardos, borrascas que un piloto diestro habria evitado fácilmente. Con frecuencia olvidaba el reglamento, o lo interpretaba mal, o no lo comprendia.

En su primera presidencia tuvo exorbitancias de autoritarismo. En la segunda fué templado, tolerante, equitativo. Ya no intentaba hacer enerjía, sino hacer conciliacion. Principiaba a cuidar su prestijio.

XI

Acaba de entrar de nuevo en el ministerio como ministro de justicia. Su vuelta a los negocios es la obra de combinaciones de intimidad que son el secreto de los dioses. En los rejímenes de opinion, de publicidad, de verdadera discusion siempre se sabe por qué cae un ministro o sube un ministro. Aquí nada de eso. Los ministros están entrando i

saliendo sin que el pais tenga ninguna parte en el suceso. Esto hizo pasar desapercibida la restauracion ministerial del señor Vargas Fontecilla. No se vió en él sino un nuevo ministro mas.

Los acontecimientos han probado que se vió bien.

El señor Vargas Fontecilla ha reincidido en sus antiguos procedimientos de ministro-orador. Sus doctrinas de hoi despiertan idénticos asombros a los que despertaban sus doctrinas de 1868.

Ya nadie recuerda su buen cuarto de hora.

XII

Hé ahí al señor Vargas Fontecilla. No es un hombre político, ni un hombre de Estado, ni un orador, ni un pensador, ni un literato,—es un hombre feliz.

Irá léjos sin saber cómo, quizás sin hacer grandes esfuerzos. Pero indudablemente, irá léjos. Si la posteridad no le levantará estatuas, sus contemporáneos le pasearán todavía durante algun tiempo en el escenario político, porque a nadie inspira celos. Siempre habrá en su celebridad algo del aparato escénico de los reyes silenciosos de la comedia.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON MANUEL J. IRARRAZAVAL

I

Pensar por sí mismo es una cualidad del espíritu que todo el mundo cree poseer, i que en realidad no posee sino un corto número de hombres.

Para adquirirla no basta la enerjía de la intelijencia: es necesaria, ademas, la enerjía del carácter. Tampoco basta aprender: es necesario, ademas, desaprender.

Desde que el niño se mece en la cuna i deletrea en la escuela, hasta que se hace hombre, recibe paulatinamente una cantidad incalculable de ideas ajenas, que su entendimiento se asimila sin darse cuenta de ello, i que el hábito llega a adherir fuertemente a su espíritu, cubriéndole de una gruesa coraza de preocupaciones. Sus padres, sus maestros, sus amigos, las nociones i creencias de su familia, de su pais, de su época, le envuelven en una atmósfera fuera de la cual no hai ambiente respirable para todas las almas.

¿Tiene una intelijencia bastante perspicaz para descubrir, a traves de esa atmósfera, horizontes nuevos, en que la verdad i el error, el bien i el mal, la belleza i la deformidad aparecen con aspectos i colores diferentes de los que su vista se habia acostumbrado a atribuirles? ¿Tiene todavía un carácter bastante resuelto para salvar los espacios esplorados i frecuentados i volar en busca de esas apariciones desconocidas? Entónces necesita desaprender lo aprendido, abandonar mucho de lo que creia verdadero, bueno, bello.

Pero, romper con las ideas recibidas, con los sentimientos dominantes, con cuanto uno se ha habituado a respetar por largos años, no es una empresa fácil ni agradable. Los pusilánimes, los egoistas, los caractéres i los talentos mediocres huyen de acometerla. El ánimo entero i levantado que la acomete, no tarda en oir a su paso mil voces de censura, que le tildan de indiscreto, de visionario, de peligroso, que le declaran enemigo del sentido comun i aun del bien público.

Esa repugnancia jeneral a lo nuevo i desconocido es el primer oríjen i fundamento del principio de conservacion que interviene en el desarrollo político de todos los pueblos. Ya no pretenden los ejipcios inmortalizar el pasado, manteniendo las formas de la existencia en los despojos de la muerte, levantando cenotafios colosales e inaccesibles a la voracidad de los siglos, perpetuando de padres a hijos la casta, la profesion, el oficio; pero no por eso la adhesion al pasado ha desaparecido de la humanidad. Subsiste en ella, i subsistirá siempre

miéntras no cambien los afectos e intereses de los hombres.

El amor i respeto a las obras del pasado son tanto mayores, cuanto mas considerables i permanentes los beneficios que vinculamos a ellas. El hombre que recibe al nacer un nombre i una fortuna, se siente de suyo dispuesto a sostener el órden social de que han surjido su riqueza i el lustre de su apellido. No esperimenta ningun deseo de esplorar nuevas vias, en que pudiera aventurar aquellos bienes. La voz de su propio interes i la relijion de los recuerdos conspiran a retenerle en el camino trillado. Si toma participacion en los negocios públicos, todas las probabilidades están por que será un político conservador.

De ahí que el principio de conservacion encuentre su asilo predilecto en las familias antiguas i opulentas. De ahí que los hombres de Estado ingleses, salidos a menudo de las grandes familias, no lleguen de ordinario a ser liberales sin haber sido en un principio conservadores. Antes de ser una iniciativa, han sido una tradicion.

II

Primojénito de una familia que durante el réjimen colonial ostentó cuarteles de nobleza, heredero de un mayorazgo que le asegura pingües rentas, don Manuel J. Irarrázaval ha comenzado por donde suelen comenzar los políticos de la Gran Bretaña; pero no hai motivo para aguardar que concluya en el liberalismo en que suelen ellos concluir,

Es en nuestra política una tradicion; no parece probable que llegue a ser una iniciativa.

Sin carecer de dotes intelectuales cultivadas con esmero, ni de recomendables prendas morales, está léjos de ser un talento o un carácter de alto temple.

III

Nacido por los años de 1835 a 1836, siguió desde temprano los cursos de humanidades del Instituto Nacional, en que mostró un entendimiento fácil i despejado. Niño todavía, era llevado fuera del pais por su tio el presbítero don Joaquin Larrain Gandarillas a continuar sus estudios, primero en los Estados Unidos, despues en Inglaterra i, finalmente, en las universidades alemanas.

A la ilustracion de las aulas agregó en seguida la ilustracion de los viajes por el antiguo mundo, i no falta quien asegure que, a pesar de su ortodojía, llegó tambien a iniciarse en los misterios de la majia contemporánea, consultando a las mesas parlantes i evocando las sombras de los difuntos. Añádese que desde entónces cree firmemente en brujos; creencia mucho mas ortodoja de lo que pudiera sospecharse, si hemos de atenernos a la autoridad de una de las dignidades de la catedral de Santiago, el prebendado Saavedra, apolojista de la Inquisicion.

IV

Despues de largos años de ausencia, volvia a Chile en los últimos dias del gobierno del señor

Montt. Ilustracion, juventud, fortuna, nombre de familia, muchas i valiosas relaciones de parentesco, ese trato de jentes, ese roce del mundo que dan los viajes: no le faltaba ninguna de las condiciones esteriores que podian llevarle pronta i seguramente a una alta posicion política.

Sin embargo, en mas de diez años transcurridos de entónces acá el señor Irarrázaval no ha llegado todavía a esa posicion. Comprendemos que un hijo mimado de la fortuna como él, no haya tenido mucha prisa por andar i llegar; comprendemos que haya sentido esa misma pereza beatífica del hombre que ha comido opíparamente i prolonga de buena gana la sobremesa; pero es tambien incuestionable que no ha carecido ni de ambicion propia ni de aguijones estraños para buscar en la política su parte de accion e influencia. Tampoco le han faltado las oportunidades para encontrarla.

V

En las elecciones de 1861, el partido que rodeaba al gobierno del señor Montt se apresuró a abrirle paso hasta la cámara de diputados. El señor Irarrzáaval despreció la dádiva parlamentaria, i rehusó tenazmente, durante todo aquel período lejislativo, ir a ocupar su asiento de lejislador.

Ese desdeñoso retraimiento tenia mas de una esplicacion. En primer lugar, estaba entónces de moda hacer oposicion al gobierno, aunque no fuera sino la oposicion de la esquivez i del desvío. En seguida, habia pendientes entre el gobierno Montt

i el señor Irarrázaval antiguas i nuevas cuentas de familia.

Por un lado, el señor Montt no habia llegado a ser jefe del gabinete en 1845 sino a costa de la fortuna política de su antecesor don Ramon Luis Irarrázaval, tio de don Manuel J. Parece que el amante sobrino no ha olvidado nunca aquella evolucion ministerial, a que atribuye, como a causa primera, los eclipses de la popularidad e importancia de un miembro de su casa.

Por otro lado, el jóven mayorazgo tuvo desde temprano i ha conservado hasta ahora por Mentor a uno de los miembros mas hábiles, ilustrados e influentes del cantorberianismo chileno, el señor Larrain Gandarillas, a quien ya hemos citado.

Sabido es que el gobierno Montt comenzó por entregar al clero la direccion del Instituto Nacional i abrirle así el apetito de predominio, para concluir pretendiendo reivindicar contra el arzobispo de Santiago las regalías del Estado. El partido cantorberiano fué desde entónces el peor enemigo de aquel gobierno. Las piadosas iras de la jente de iglesia tienen, entre otras ventajas, la de ser desapiadadas e inestinguibles. Siete años despues de haber bajado del poder el señor Montt, hemos visto, en la acusacion a la Corte Suprema, desencadenarse contra él las iras cantorberianas con una impetuosidad que el transcurso del tiempo no habia conseguido aplacar.

VI

Salido de una estirpe pelucona, ligado por los vínculos de la sangre, del cariño i del respeto a un alto personaje cantorberiano, el señor Irarrázaval estaba llamado por sus tradiciones de familia a ser una de las columnas mas fuertes del partido conservador bajo la forma teocrática que ha tomado durante la administracion actual.

Cediendo al llamado de esas tradiciones ha sido en efecto conservador i ultramontano, i su partido ha encontrado realmente en él una columna de oro, es decir, una columna de escudos.

Colocado en otro círculo social i político, ¿habria sido un ultramontano? Es mui probable que nó. Su organizacion moral carece de ese ardor, de esa vehemencia, de esa tenacidad implacable, de ese áspero fanatismo que acompaña al sectario de los partidos estremos.

I el partido ultramontano es en Chile, es en nuestra época un partido estremo, que navega contra la corriente de los votos i necesidades de la civilizacion actual. Cuando el principio de autoridad pierde de dia en dia mas terreno, cuando el espíritu liberal lo estrecha por todas partes, el partido ultramontano pretende robustecer aquel principio en decadencia enlazando indisolublemente los intereses políticos con los intereses relijiosos, reemplazando la proteccion humillante del Estado sobre la iglesia por el predominio absoluto de la iglesia sobre el Estado. De esa suerte, la fuerza se hace in-

falibilidad, el brazo secular se hace anatema fulminante, la autoridad humana un reflejo de la autoridad divina. Bajo semejante réjimen cada gobierno de esta tierra se convierte en una sucursal del gobierno del cielo, i la iniciativa individual queda aplastada bajo el doble peso de la fuerza material i de la fe relijiosa. La libertad del espíritu recibe así el golpe de gracia. Pero la libertad del espíritu, la iniciativa individual, son la savia del progreso, son la locomotiva que arrastra adelante los destinos de la civilizacion moderna.

Por eso, el ideal que persigue el ultramontanismo es el estremo opuesto del ideal a que se dirije el movimiento liberal de nuestra época.

Ello no obsta a que el partido ultramontano tome los aires del liberalismo, se pretenda reformador i demócrata. Dado el punto de partida, aceptada la lejitimidad de la tutela de la relijion sobre la política, los ultramontanos no tienen inconveniente para admitir i hasta para pedir todas las libertades políticas imajinables. Bien saben ellos que esas libertades, sometidas al criterio de la autoridad inviolable e infalible, no aprovecharán sino a ellos mismos.

VII

Tal es el partido político relijioso que, a favor de la luz equívoca bajo la cual se han mantenido los principios durante la administracion Perez, se ha hecho lugar en nuestra existencia política acentuándose cada dia tanto mas, cuanto mas se des-

veia el liberalismo de sus aliados del poder. Tal es el partido a cuya prosperidad ha contribuido el señor Irarrázaval con su persona i con su bolsillo.

Sus contribuciones pecuniarias han sido incomparablemente mas eficaces que sus contribuciones personales. El brillo de su dinero ha eclipsado por completo el brillo de su individualidad política. El señor Irarrázaval ha gastado una fortuna en la creacion i sostenimiento del diario de su partido, de *el Independiente*, i no ha sido ménos pródigo con *la Estrella de Chile*, periódico de literatura ultramontana, ni con "la Sociedad de Amigos del Pais," verdadera lojia del ultramontanismo.

Miéntras tanto, diputado al congreso de 1864, diputado al congreso de 1867, diputado al congreso constituyente de 1870, no se ha hecho sentir en las rejiones parlamentarias sino por su voto, salvo en la acusacion a la Corte Suprema.

VIII

I en esa cuestion, comenzó i acabó deplorablemente. Comenzó por tomar de lazarillo al autor de la acusacion, al diputado Sanfuentes, i acabó por un discurso mal inspirado, mal aprendido i mal recitado. Siguiendo las sujestiones de su propio encono o de violentos consejeros contra el presidente de la Corte Suprema, puso un encarnizamiento sin escrúpulos ni circunspeccion en acriminar a aquel majistrado.

Quien juzgara de su intelijencia i de su carácter por la actitud que asumió en aquella coyuntura,

se formaria un concepto mui triste de la una i del otro. Ese concepto seria erróneo.

Nuestra política tradicional, tan escasa de probidad i elevacion, encamina con frecuencia a los hombres públicos por senderos en que sus aptitudes i sus sentimientos aparecen mucho peores de lo que son en sí. La tolerancia jeneral i el hábito inveterado del abuso les impiden ver toda la perversidad de los medios i espedientes a que apelan para realizar sus designios.

El honor i la justicia, a que muchos individuos se mantienen fieles en sus relaciones privadas, se ven amenudo traicionados por esos mismos individuos en su conducta política, sin que ni ellos ni los demas se den cuenta exacta del valor de sus malas acciones. ¡Resultado necesario de las falsas ideas que han pasado largo tiempo por axiomas de la ciencia del gobierno, i segun las cuales un cumplido político apénas se diferencia de un cumplido bribon!

IX

El señor Irarrázaval no ha mostrado en su carrera pública ni magnanimidad de carácter ni dotes de orador, ni las cualidades especiales que necesitaba para desempeñar con lucimiento el papel de jefe temporal del partido ultramontano, que sus amigos i correlijionarios se han empeñado en hacerle representar. Bajo este aspecto, se ha parecido mucho a esos reyes del teatro, a quienes suele tocar en el drama un papel secundario i casi mudo.

Miéntras tanto, en su trato personal i en su vida privada se presenta bajo una luz completamente diversa. El que se acerca a él, encuentra un hombre discreto, urbano, fácil i agradable, que sabe ocultar bajo una sencillez de buen gusto sus preocupaciones aristocráticas, que sabe sostener, con un entendimiento despejado i bien nutrido de conocimientos, cualesquiera conversaciones, i que obedece de ordinario a la inspiracion de sentimientos elevados i jenerosos. Ardiente admirador del talento, ha sido un amigo cordial i un espléndido Mecénas de los escritores de su partido, i su bolsa está siempre abierta para subvenir a las necesidades de su causa.

Estimado i querido de sus correlijionarios, muchos de ellos han soñado i sueñan probablemente todavía con hacer de él el presidente de 1871.

La carrera pública del señor Irarrázaval no justifica su candidatura presidencial; pero hai tantos candidatos igualmente injustificables que ya no es dado sorprenderse de que nadie lo sea.

Al paso que van las cosas, llegará un momento en que deje de preguntarse ¿quién es el candidato? para preguntar tan solo ¿quién no es candidato?

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON ZOROBABEL RODRIGUEZ

I

Hé aquí a un diarista, a un verdadero diarista.

Pero, ¿qué es un diarista? Pregunta difícil de ser contestada con precision i en pocas palabras.

Es un literato? es un publicista? es un político práctico? es un economista? es un hombre de finanzas?

El diarista es algo de todo eso a un mismo tiempo, i es mas i ménos que eso.

La primera exijencia de su situacion es hacerse leer diariamente con facilidad i agrado. Para conseguirlo necesita conocer todos los secretos del estilo, saber usar de todos los recursos de la palabra escrita, ser un literato. Pero tampoco le conviene ser demasiado literato, enamorarse de su espresion, estasiarse en los triunfos de su pluma. El artículo de hoi, olvidado mañana del público por notable que haya sido, debe ser tambien olvidado del diarista. Le están vedados los arrobamientos de la paternidad literaria. Como Saturno, debe devorar a sus propios hijos. De otra manera, no podrá reno-

var incesantemente su estilo, no podrá obtener que el buen decir de hoi no se parezca al buen decir de ayer, que la frase incisiva, la palabra gráfica de mañana no se parezcan a las de hoi.

La segunda necesidad del diarista es tratar de improviso todas las cuestiones de política, de administracion, de hacienda, de industria, todas las cuestiones de interes jeneral, en fin, por árduas que sean. Casi nunca un diarista es dueño de su tema. El capricho de los acontecimientos se lo impone perentoriamente. Para tratarlo no tiene tiempo de hacer largas lecturas, de entregarse a largas meditaciones. Es fuerza proceder con la rapidez de César en su campaña contra el rei del Bósforo. En consecuencia, tiene que poseer una versacion completa, ideas cabales i exactas de la ciencia política, de la ciencia administrativa, de la ciencia de la riqueza i de la industria, de todas las ciencias que componen ese gran conjunto llamado ciencia social. Pero no le conviene ser una especialidad en ciencia alguna. Quien dice especialidad dice predileccion i hasta manía, i so pena de hacerse fastidioso no puede el diarista tener preferencias, no puede consagrar mas renglones de los necesarios a ninguna cuestion, como no puede tratar ninguna profundamente, aunque deba tratarlas todas con acierto.

Semejante a un rio por cuyo cauce corre siempre el agua, pero nunca una misma agua, el diarista necesita ser la constancia en la versatilidad, la continuidad en lo instable i cambiante, la perpetuidad de la concepcion en la desaparicion instantánea de todas sus creaciones.

Un hombre ilustrado i perito en el arte de escribir puede hacer con suma facilidad uno, dos, cuatro artículos de diario, pero no puede hacer ciento si no posee las aptitudes del diarista. Antes de alcanzar a ese número, los puntos de su pluma se habrán torcido, su tintero se habrá agotado, sus lectores le habrán abandonado descontentos. En la carrera del diarista, no está todo en comenzar, contra lo que asegura el proverbio frances: todo está en continuar, todo está en no concluir.

La tarea de un diarista parece facilísima por un dia, llevadera por un mes, abrumadora por un año.

El que no tiene las condiciones del oficio, cae rendido a las pocas jornadas. El que las tiene gana cada dia en vigor i fuerzas.

Esto último es lo que ha pasado con don Zorobabel Rodriguez. Por eso, el señor Rodriguez es un diarista.

II

Natural de Quillota e hijo de una familia de modestas circunstancias, el señor Rodriguez cuenta hoi unos 32 años de edad.

Hizo sus primeros estudios en el colejio de los padres franceses de Valparaiso, i vino a continuarlos en Santiago, en el colejio de San Luis, donde su talento le dió muchos triunfos escolares, i donde en seguida ejerció por algun tiempo las funciones del profesorado.

Alcanzó a graduarse de licenciado en leyes, pero

no se curó de obtener el título de abogado i abrirse entrada en el foro. La ciencia de la justicia no le cautivaba. Todas sus vocaciones gravitaban a las letras.

Como sucede por lo comun con las intelijencias de nuestra raza, el señor Rodriguez hizo sus estrenos literarios por composiciones poéticas, en que se descubria, a traves de las imperfecciones i traspiés del ensayo, un espíritu ardiente i apasionado. Sin embargo, era fácil prever por sus primeros versos, como ha sido fácil verlo en los que ha compuesto mas tarde, que no era en la poesía donde habia de encontrar su centro intelectual, aunque no falte a su espresion poética acentuacion i colorido.

En 1864 daba a luz una novela titulada *la Cueva del loco Eustaquio*. En esa novela, superior a la triste reputacion que le han formado las alusiones picarescas de la prensa política, una crítica atenta podia ya apreciar sus notables aptitudes de escritor en prosa, por mas que la inesperiencia hiciera todavía tímido e inseguro su estilo. Pero, al mismo tiempo, habria podido predecirse que no era tampoco en la literatura novelesca donde el naciente escritor debia encontrar su centro intelectual.

Ese centro estaba en el diarismo.

III

Un periódico político-relijioso, sin vitalidad i sin eco, *el Bien Público*, fué el terreno en que el señor

Rodriguez hizo su primera campaña de diarista. Campaña corta i sin brillo.

El año de 1864 nacia *el Independiente*, diario creado por el partido ultramontano que comenzaba a organizarse a favor de la fusion de 1863. No obstante, dos libres pensadores, los hermanos Amunátegui, presidieron al alumbramiento como redactores en jefe. El nuevo diario no queria descubrir sus baterías ni sembrar la alarma ántes de tiempo. En su redaccion cupo desde luego al señor Rodriguez un puesto subalterno, al par con don Abdon Cifuentes.

Pero los hermanos Amunátegui tardaron poco en colgar la pluma de diaristas, i entónces los redactores subalternos pasaron a ser redactores principales.

Por último, en el invierno de 1867 el señor Cifuentes entraba a desempeñar el puesto de subsecretario de relaciones esteriores, i el señor Rodriguez quedaba solo a la cabeza de la redaccion de *el Independiente*.

Desde aquella época hasta hoi el señor Rodriguez ha gobernado constantemente el timon de esa nave de la publicidad, haciéndola navegar contra viento i marea.

IV

Es en estos tres últimos años cuando su talento ha llegado a un completo desarrollo, poniendo al servicio de la causa ultramontana facultades intelectuales de alto precio.

Dueño de un estilo claro, preciso, fácil i ameno, las ideas toman bajo el influjo de su pluma formas pintorescas, facciones vivas i bien diseñadas.

Diestro para descubrir todos los aspectos de cada cuestion, sabe presentarla bajo la luz mas favorable a sus intereses. Impetuoso en el ataque, tiene bastante táctica para retirarse en órden i hacer fuego en retirada cuando siente flaquear las filas de su argumentacion. Por lo demas, esperimenta pocos escrúpulos para torcerle las narices a un debate i ejecutar repentinos cambios de frente.

La ironía, la burla i la invectiva son sus armas favoritas de polémica, i las esgrime con particular maestría. Entregándose con deplorable frecuencia a excesos de diatriva i procacidad, consigue atenuarlos hábilmente bajo la felicidad de la espresion i bajo los aires de una conviccion ardiente i arrebatada.

Porque la violencia que muestra en su estilo i en sus ataques, nace mucho ménos de su temperamento moral, que del sistema de controversia adoptado por los escritores de su partido.

Posee sin duda un carácter alimentado en sentimientos ardorosos i estremos; pero está léjos de ser un devoto fanático e ignorante, que pueda creerse en el derecho i en el deber de tratar a sus adversarios sin ninguna cortesía, sin ningüna equidad, de proporcionarles una esperiencia anticipada del lenguaje que deben de hablar los huéspedes de Luzbel.

Mas preocupado de los negocios de este pícaro mundo que de los intereses de otro mundo mejor,

el señor Rodriguez obedece, en sus intemperancias i exaltaciones de polemista, no a su espontaneidad, sino a los procedimientos de una escuela de literatura político-relijiosa cuyo modelo mas acabado es el famoso escritor ultramontano de Francia M. Luis Veuillot.

Los escritores de esa escuela recuerdan i admiran mucho las virtudes cristianas; pero no sienten la tentacion de imitarlas. Estraños a la uncion del apóstol, solo descubren la irritacion del energúmeno. La calma i la moderacion no se han hecho para ellos.

El señor Rodriguez ha abrazado, pues, junta mente una mala causa política i una mala escuela literaria.

Si respetamos su conviccion, si acatamos su talento, no podemos sino deplorar el rumbo que han tomado el uno i la otra.

V

La ambicion parlamentaria le tentó desde temprano, i en las elecciones de 1867 figuró como candidato en Illapel i en Quillota. Ambas candidaturas tuvieron mal suceso.

En el Congreso Constituyente de 1870, ocupa un asiento como representante de Chillan, i la tribuna política está brindando a su intelijencia un campo de accion.

No es de esperar, sin embargo, que nuestro parlamento encuentre en él un orador mas. Ha hablado ya unas cuantas veces, aunque brevemente, i

no ha hecho revelacion de dotes oratorias. Su voz es apagada i desapacible, su tono lento i monótono, su espresion sin relieve ni viveza.

VI

En la vida privada, el señor Rodriguez es un hombre modesto, despreocupado, metódico, estudioso, poco espansivo, frio i flemático.

Sus amigos elojian jeneralmente la bondad de su carácter.

Sus correlijionarios políticos le aclaman como el primer campeon de la prensa ultramontana.

La literatura nacional cuenta en él un escritor distinguido.

La causa liberal, un adversario implacable, que no sabe respetar ni es de consiguiente respetado.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON GUILLERMO MATTA

I

Platon queria desterrar de su república a los poetas, i sin embargo, definiendo la belleza, cuya mas alta espresion está en la poesía, la llamaba el esplendor de la verdad. ¿Queria entónces que el esplendor de la verdad desapareciese de su república? Contradiccion manifiesta del divino Platon!

A no ser que su decreto de proscripcion se limitase a los malos poetas, porque en tal caso seria perfectamente compatible con su definicion de la belleza. Los malos poetas, azote de lo bello, no merecen vivir ni en las repúblicas, ni en ningun otro pais medianamente constituido.

En cuanto a los buenos poetas, la cosa es mui diferente. Léjos de ser nocivos a las repúblicas, les son de grande utilidad. I esta utilidad es mayor en nuestro siglo, en que el egoismo nos invade mas i mas cada dia.

El egoismo es sin duda una buena cosa cuando está bien dirijido, i nadie tiene ménos razon para

quejarse de él que nuestra época. Pero el egoismo no es todo, ni puede correr sin freno.

Una codicia implacable de riquezas, estimulada por la actividad prodijiosa de la industria i por la multiplicacion de las necesidades de la vida, tiende, en este siglo, a dar a los bienes i goces materiales un predominio absoluto sobre la naturaleza humana. La vida física tiende a absorber la vida del espíritu, tiende a ahuyentar el entusiasmo, la abnegacion, el patriotismo, los sentimientos espansivos i caballerescos.

Uno de los mejores corectivos de esa tendencia es la poesía, que opone a las miserias de la realidad las grandezas del ideal, a los placeres groseros de la materia las puras satisfacciones del alma, al apetito que se arrastra por el suelo, la aspiracion que se cierne en las altas rejiones de la existencia.

Verdad es que la poesía se resuelve en sentimiento e imajinacion, i que la imajinacion i el sentimiento han gobernado al mundo por muchos siglos en vez de la razon, i lo han gobernado mui mal.

Pero, cuando la imajinacion se sirve de sus alas para volar en busca de lo bueno i de lo justo, cuando las vaguedades del sentimiento se transfiguran en una conviccion palpitante i radiosa, cuando el poeta se hace ciudadano i apóstol, entónces la poesía es gala i atractivo para la verdad, savia para el patriotismo, aliento para todas las fuertes virtudes de un pueblo libre.

Don Guillermo Matta es uno de esos poetas ciudadanos. Ha puesto al servicio de las grandes ideas

de patria, de libertad, de honor i progreso una fantasía inagotable de luz i colorido, i un sentimiento esquisito de la belleza.

El decreto de proscripcion del filósofo griego no puede alcanzarle.

II

Nacido el año de 1829, el señor Matta estudió en los colejios de Santiago las humanidades i las ciencias legales hasta los diez i nueve años de edad, en que, obedeciendo a la voz de sus inclinaciones intelectuales, se entregó en cuerpo i alma al cultivo de la poesía.

No necesitaba una profesion lucrativa. Tomó una profesion gloriosa. Hizo de la poesía, no un *ocio ameno*, como dice la modestia clásica, sino una ocupacion habitual.

Familiarizándose con todas las literaturas, estudiando i meditando a los grandes poetas castellanos, franceses, italianos, alemanes, llegó a sorprender los mas escondidos secretos del arte, a dar un vigoroso i completo desarrollo a sus facultades poéticas de primer órden.

A los veinte años ya era un colaborador asíduo de los periódicos literarios de la época, i pocos años despues daba a luz un tomo de poesía que contenia dos leyendas tituladas *Un cuento endemoniado* i *la Mujer misteriosa*.

III

La aparicion de ese tomo fué el punto de partida de la celebridad literaria del señor Matta. Sus panejiristas i sns detractores, sus admiradores i sus críticos contribuyeron a ello de consuno. Porque aquellas dos leyendas produjeron una verdadera esplosion de elojios i censuras, de aplausos i protestas en medio de nuestra sociedad, a la sazon mas escasa que hoi de novedades poéticas i ménos habituada a oir opiniones contrarias a sus creencias i a sus costumbres.

La esplosion fué mui natural. Habia en aquel volúmen de poesía una enorme cantidad de materias inflamables. A la sombra de dos fábulas poéticas de mérito mediocre i de dudosa orijinalidad, el poeta lírico i descriptivo cantaba el amor con una ternura tan verdadera i profúnda, con acentos tan poderosos i variados, con tanto calor i riqueza de fantasía, con tanta libertad de criterio i espresion, que no podia ménos de arrebatar de entusiasmo a los jóvenes, de sorprender a los intelijentes, de escandalizar a la jente timorata, de alarmar a los vástagos de Tartufo. La alarma i el escándalo subian de punto cuando el poeta, empuñando el látigo del filósofo i del moralista, flajelaba a la sociedad chilena en su fe relijiosa, en sus hábitos i preocupaciones, en su modo de ser i de ver. Pero, al mismo tiempo, aquella filosofía escéptica, inconsistente, nebulosa i negativa puso de su parte a esa considerable masa de hombres que se pagan de lo que no compren-

den, que sufren el prestijio de lo nuevo i misterioso, que ven con la imajinacion ántes que con el entendimiento.

IV

Desde entónces la fama del señor Matta no hizo sino crecer i justificarse. Su persona fué objeto de ardientes i universales simpatías entre la juventud; su poesía formó escuela i tuvo muchos imitadores, por lo comun deplorables. Se imitaban ciertas espresiones suyas, neolójicas, estravagantes, alambicadas u oscuras; no se imitaba ni podia imitarse su estro robusto, lozano i caloroso.

Poco despues hacia renacer bajo su direccion *la Revista de Santiago*, publicacion periódica de literatura fundada en 1848 por el señor Lastarria, continuada en seguida por su hermano don Francisco de Paula Matta, i ahuyentada de la publicidad, en 1851, por el estampido del fusil revolucionario.

En la redaccion de las revistas noticiosas de ese periódico, el señor Matta, poco apegado hasta entónces a la política, comenzó a manifestarse interesado en la marcha de los negocios públicos. Eran los dias en que la administracion Montt hacia imperar su voluntad en medio de la distraccion i somnolencia del pais. El señor Matta se mostró desde luego franco adversario de la administracion.

Pero las preocupaciones políticas no alcanzaron a alejarle de sus tareas de poeta. Continuó produciendo en abundancia i dando testimonios mas i mas decisivos de su alta inspiracion.

En 1858 las prensas de Madrid podian sacar a luz dos densos volúmenes de poesías suyas, en que no estaban coleccionadas, sin embargo, todas sus producciones.

En las proporciones del presente retrato seria imposible hacer lugar a un exámen detenido de esos dos volúmenes. Debemos conformarnos con dar nuestro juicio sin considerandos.

Aunque en la coleccion de Madrid el señor Matta habria podido cercenar cierto número de pájinas de poco valer, hai en ella una cantidad de composiciones bastante para proclamarle con justicia el primero de nuestros poetas por la fecundidad, por la enerjía, por la elevacion i variedad de su númen.

I sin embargo, en aquel momento el poeta no habia llegado todavía a su entero desenvolvimiento i madurez. Apénas podia vislumbrarse, a traves de los dos volúmenes citados, al poeta patriótico, al poeta americano, al poeta tribuno.

Acontecimientos luctuosos contribuyeron a hacer vibrar poderosamente esas cuerdas de su lira.

V

En otras pájinas de este libro hemos recordado cómo don Guillermo Matta, a la par con su hermano don Manuel Antonio, sufrió la lei de la persecucion política, cómo fué arrancado del pais i lanzado violentamente a las playas inglesas.

Don Guillermo pisaba por primera vez la tierra europea. Miéntras que su hermano se apresuraba

a volver a América, él demoró en el antiguo continente recorriendo los paises principales, contemplando los grandes monumentos, evocando los grandes recuerdos, recojiendo por todas partes impresiones e inspiracion.

En 1861 entraba en Chile, trayendo en el alma horizontes nuevos i en su cartera un buen caudal de nuevas poesías.

Mezclado con los grupos de la política, comprometido en los movimientos de la opinion, comenzó a vivir en contacto mas inmediato con su pais. Su númen principió entónces a revelarse bajo su aspecto mas orijinal i majestuoso. El poeta rompió a cantar con varonil i enérjico acento la patria i la libertad, la ciencia i la virtud, las glorias del heroismo i del progreso. El poeta transfigurado en ciudadano deleitaba i enseñaba a un tiempo mismo, i haciendo de la conviccion una antorcha, alumbraba el camino del bien i de la justicia.

Cuando el señor Matta, con su figura altiva i arrogante, con su hermosa cabeza coronada de flotantes cabellos negros, se erguia en medio de la multitud para recitar sus estrofas, levantábase de contínuo una tempestad de aplausos que solo podia dominar la voz poderosa del poeta tribuno.

VI

El señor Matta habla infinitamente mejor el idioma de los dioses que el idioma de los hombres. Es un gran poeta; está mui léjos de ser un notable escritor en prosa.

Así se esplica el mal suceso que tuvo su discurso de incorporacion en la Facultad de filosofía i humanidades, a la cual fué llamado, en 1864, con un retardo injustificable.

Si las glorias del poeta no han sido igualadas por las glorias del prosador, tampoco parece que llegarán a serlo por los triunfos del orador parlamentario.

Hablando al aire libre, en reuniones numerosas, que no pedian ni necesitaban ser convencidas sino retempladas en un sentimiento palpitante, el señor Matta ha cosechado hermosos laureles. Sabe manejar majistralmente el lenguaje de las imájenes i la dialéctica de la pasion i del entusiasmo.

Pero el entusiasmo, la pasion, las imájenes entran por mui poco en la elocuencia política. Es otra su forma, otra su esencia. Requiere cierta paciencia de hormiga, cierta lenta resignacion de buei, cierto roce frecuente con el mundo infinitamente pequeño e infinitamente interesante de la realidad; condiciones todas con que no puede avenirse bien la naturaleza profundamente poética del señor Matta.

VII

En las elecciones de 1867 se presentó como candidato de oposicion en el departamento de Linares. Una dualidad de escrutinio trajo al Congreso a él i a sus compañeros al mismo tiempo que a sus adversarios de candidatura. El señor Matta no tomó asiento en la Cámara de Diputados sino para de-

nunciar los abusos de la intervencion oficial i pedir la anulacion de las elecciones de Linares. Las elecciones fueron declaradas nulas; pero la recrudescencia escandalosa de la intervencion oficial arrebató al señor Matta una victoria lejítima en la repeticion de las elecciones.

Hoi figura en el Congreso Constituyente como representante de Ancud.

Hasta ahora su palabra no ha dejado reconocer grandes dotes de orador parlamentario, aunque podrá llevar siempre nobleza e ilustracion a los debates.

Pero, si el señor Matta no está llamado a ser una gloria de nuestra tribuna política, es un servidor leal e intelijente de nuestro progreso liberal.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON FEDERICO ERRAZURIZ

I

Estamos en presencia de una figura difícil de trasladar. Uno no encuentra en el señor Errázuriz ni contornos firmes ni líneas acentuadas.

Habla en el parlamento, manda en el cenáculo de sus fieles, ha dominado en los consejos de gobierno, ha sido el centro del movimiento de la política oficial, i sin embargo, nada hai en él que lo haga presentir. Es preciso conocerle o hacérselo señalar, para saber que ha sido cabeza i brazo de un partido, que ministerio i mayoría parlamentaria han estado a sus órdenes, que ha dispuesto de una faccion, i que se preparaba a jugar la carta de la candidatura presidencial.

Las cosas han cambiado. Hoi es un jefe en cuartel.

II

¿De dónde vino su imperio?

¿Es un orador? Es un hombre de Estado?

Nó.

Jamas ha sabido organizar tolerablemente una arenga. Ni tiene el lenguaje de los negocios, ni las formas del arte, ni siquiera las esterioridades del buen tono. Su diccion es desgreñada i angulosa. Hai en ella brusquedad, destemplanza, cólera, ausencia de apariencias distinguidas, una vulgaridad a veces increible. Dispara contra sus enemigos una pedrada o un machetazo, nunca un golpe delicado o injenioso. Siempre lleva al debate elementos esplosivos; se complace en la borrasca. No se bate, riñe; no es un espadachin sino un pujilista enteramente entregado al ímpetu de sus instintos naturales. Cuando va a hablar, uno sospecha que siente tentaciones de despojarse de su levita. Es un orador de presa. Algo como un Casimiro Périer de piso bajo. Como él, querria llevarlo todo a sangre i fuego. Pero no es un camorrista vehemente, sino sencillamente un bilioso. Su mirada es torva i tímida, no audaz cual la de aquel. Su lenguaje tiene veneno, no tiene acero.

Esto le conquistaba admiraciones sinceras en las filas de la mayoría parlamentaria de 1867. Sus admiradores creen que todo aquello revela un hombre de carácter.

M. de Cormenin habia observado bien los instintos predominantes en las mayorías, al afirmar

que "el ministerio debe capitanearlas con fiereza, pues trata con pusilánimes, i que, si los carneros pudieran escojer, no buscarian para su custodia otros carneros, sino perros vijilantes i ladradores, a riesgo de ser mordidos por ellos."

El señor Errázuriz no tuvo miramientos con su mayoría. Se encargó de revelarle todas las enormidades de la política ministerial.

Es él quien, despues de declarar, en pleno parlamento, que se haria la guerra sin volver la cara atrás, declaró, en seguida, que se habia entrado en guerra defensiva, i concluyó por hacer declarar al ministro Vargas Fontecilla, que estábamos en paz de hecho i en guerra de derecho.

El señor Errázuriz decia todo eso con el aire mas natural del mundo. Se manifestaba sorprendido i hasta indignado de que sus adversarios no hallasen tales cosas perfectamente lójicas ni perfectamente honorables.—Peor para ellos! Nada escuchaba, resuelto a seguir imperturbable miéntras la nave se mantuviera a flote i el timon estuviera en su mano.

Hai en el señor Errázuriz uno de esos jugadores políticos sin escrúpulos, a quienes nada importan las maldiciones con tal de hacer saltar la banca.

Es una audacia. Tiene la ardiente voluntad de su propósito.

Esto esplica su fortuna política; pues sus campañas de hombre de Estado no son mas brillantes que sus proezas oratorias. El ministro en nada aventaja al orador.

III

El señor Errázuriz seria un hombre de Estado, si para merecer este nombre, bastase alcanzar una cartera i tener un puñado de satélites. Pero si ese nombre debe responder a cierta grandeza de miras i de accion, entónces es hombre de Estado como un guerrillero gran capitan.

Conoce las pequeñas astucias de la política estéril i enredosa de los espedientes: conducirá diestramente un capítulo; se echará a cuerpo perdido en un mal paso; empujará a los suyos en todo jénero de temeridades; pero las obras gloriosas de un réjimen de libertad, de intelijencia, de iniciativa jamas le entregarán su secreto.

Ha llegado demasiado tarde. Habria hecho una fortuna ménos deleznable, si alcanza a aquellos dias en que la política personal aun sabia crear partidos. Hoi esa política está gastada hasta la trama. La opinion la condena i los hombres le vuelven la espalda. Los ídolos tienen que eclipsarse ante los principios, las idolatrías ante las convicciones.

IV

El señor Errázuriz, ministro, tuvo un séquito que no le ha hecho compañía en su caida. Era el séquito del ministro, no era el séquito del hombre.

Debió su prestijio a haberse hecho el ejecutor de

las cóleras de su partido. Ganó sus espuelas de hombre de Estado, destituyendo en masa a los adversarios que cayeron bajo su autoridad en la intendencia de Santiago. Desde ese dia se reveló a los suyos hombre necesario, casi hombre providencial.

Fué él quien se encargó de todas las persecuciones que se iniciaron francamente en 1864. No hai un solo acto de venganza que no lleve su firma o se deba a su inspiracion. Era el bravo de su banda. En la India habria sido estrangulador; en Turquía se habria encargado de llevar el cordon de seda a los bajáes en desgracia.

Nada le detiene en el camino del buen suceso. El buen suceso es toda su moral. Esto ejerce una verdadera fascinacion sobre sus camaradas. Cada vez que se encuentran en apuros vuelven instintivamente los ojos hácia él.

V

Desde el primer dia el señor Errázuriz tuvo el aplomo de la autoridad, pues nunca ha visto en ella sino una arma de partido. Su piedra de toque es la conveniencia, no la justicia. Cree en el poder i en sus voluptuosidades. Sospechamos que nunca se le ha ocurrido preocuparse de sus deberes. Es un tronera político. Tiene vanidades, pasiones, cóleras, satisfacciones efímeras; pero carece completamente de ese mas allá que se llama la historia, la posteridad.

¿Sabe que todo morirá con él?

Comprende el poder que da los medios de abatir al enemigo, de hacer la fortuna del amigo, i que procura los tristes i grotescos espectáculos de la bajeza humana que se arrastra, besa las manos, mendiga los mendrugos de pan bajo la forma de una funcion lucrativa. Fuera de ahí, el poder no tiene para él ni significacion, ni importancia, ni empleo.

Vedle. Ha desempeñado dos ministerios. En ninguna parte se encuentra la huella de su talento de administrador. No ha hallado iniciativa ni actividad en nada de aquello que pertenece esclusivamente al interes público. Ministro, todos los recursos de su injenio se consagraban enteramente al interes de su partido i de su ambicion.

Cada vez que surjian en el parlamento debates de principios, o guardaba silencio, o pronunciaba discursos que eran un amontonamiento inverosímil de lugares comunes.

Ahí están sus discursos contra la libertad relijiosa. La combatió en honor de la unidad de creencias. Argumento de inquisidor, no de hombre de Estado; argumento de dragon misionero, no de pensador.

Aun deben estar frescos en las memorias los debates que se promovieron sobre la cuestion araucana durante su ministerio. Cubrió su ignorancia bajo las apariencias de la urjencia, como si veinte minutos no le hubieran bastado para hacer comprender a sus adversarios, al parlamento, al pais que tenia la última palabra del problema. ¿Estaba por la conquista de la espada? Estaba por la con-

quista gradual de la civilizacion? No lo sabemos. Aguardaba que el acontecimiento le dictase sus resoluciones.

Como es bastante sagaz, no se le escapa que ese es uno de sus lados flacos. De ahí su desden por la palabra. De ahí su pasion por arrojar en el debate elementos esplosivos. Desde que el debate sale de las serenas rejiones de la alta controversia i se compromete a toda vela en la polémica, no es difícil sorprender en su rostro, siempre medio oculto, cierta alegría mal disimulada. Se ha sacudido de un gran peso.

El señor Errázuriz es un hombre poco ilustrado. No tiene vastas lecturas, ni fuertes estudios. Durante su ministerio sus colegas tenian en este sentido una superioridad incontestable sobre él. El señor Reyes, uno de ellos, posee el lenguaje de los negocios i una petulancia abismadora; el señor Blest Gana, otro de ellos, dispone de cierta literatura; el señor Vargas Fontecilla, su colega todavía, si fué una de sus víctimas, se hallaba armado de una instruccion mas sólida i mas verdadera que la suya.

Pero él los dominaba a todos por esa fuerza que comunican al carácter la inflexibilidad del propósito i la falta de escrúpulos.

Veia mas que ellos i se atrevia mas que ellos. Esta es una superioridad i un arma de predominio.

VI

La vida política del señor Errázuriz cuenta nu-

merosas retractaciones. Ha sido, alternativamente, liberal i conservador, revolucionario i contrarevolucionario; pero, en el fondo, no ha sido sino el hombre de un fin que no se preocupaba de los medios. Opositor, ha conspirado. Gobiernista i ministro, ¿no habrá conspirado tambien un poco?

Apareció en política en la tempestad de 1849.

Caido el ministerio que lo llevó al parlamento, a los embates de una coalicion de que los conservadores eran el alma, fué a formar en las líneas estremas del liberalismo. En las campañas de aquel año se batió a las órdenes del señor Lastarria. Tuvo cierta impetuosidad que lo hizo notar. Prestó una aquiescencia franca i completa a las aspiraciones reformadoras de la oposicion de aquella época.

Ignoramos si álguien presintió en el representante i en el oposicionista de 1849, al ministro, al hombre de Estado, al omnipotente de 1868. Sin embargo, ya tenia su amplitud de conciencia, su inclinacion a las pequeñas intrigas de la política sin horizonte; ya era capitulero, inquieto, audaz, i empujaba al precipicio, quedándose prudentemente en la orilla.

En aquella época, como mas tarde, iba i venia, halagaba, prometia, acariciaba, seducia i precipitaba a los que se dejaban prender en sus redes. Era un conspirador.

VII

Vencido, dió rienda suelta a sus tendencias de

conspirador. Echándose a la espalda los principios, se consagró a esplotar los descontentos, los despechos i los rencores que el gobierno Montt iba levantando en su camino.

El metropolitano se aleja del palacio: he ahí al señor Errázuriz que es el primero en las antesalas del prelado. Ve en él a un caudillo i le hace séquito.

Los conservadores se alejan a su vez: hé ahí al señor Errázuriz hecho intermediario entre ellos i los elementos dispersos de la lejion de los vencidos.

Hombre opaco,—i que se desliza mas que anda,—su personalidad no se puso en escena en aquella época; quedó casi siempre entre bastidores. Iba i venia, hacia la propaganda de bufete, de salon, de conciliábulo; trabajaba en la sombra i heria en la sombra en las columnas anónimas de la prensa; pero, en realidad, era uno de los obreros mas infatigables de la fusion que debia organizar la oposicion estéril i el desastroso movimiento revolucionario de 1859.

Tuvo tambien su parte en la oposicion universitaria con su memoria sobre Chile bajo el imperio de la Constitucion de 1828. Este libro apareció en 1861. No revela ni un escritor, ni un pensador, ni un filósofo. Su estilo es lento, descolorido, desapacible. No hai en ese libro ni la mirada que penetra, ni el ojo que domina, ni el arte que sabe convertir el barro en mármol. El historiador relata mas que juzga; pero su relato no tiene animacion, colorido, brio. Apesar de que describe uno de los

momentos mas incidentados de nuestra historia, en que se conspira, se batalla, se juega la suerte de dos partidos i quizás de una nacion, i las pasiones, las cóleras, los hombres, los ejércitos se chocan i se atropellan,—nada de eso empapa el estilo del narrador. No hai ni vida ni estrépito bajo su pluma. Vé, recuerda i relata con cierto hielo indiferente que ni entusiasma, ni indigna, ni impresiona.

El viejo liberalismo de 1828 es cordialmente tratado en el libro del señor Errázuriz. Reserva para los vencedores sus verdades mas amargas; pues veia su tradicion dominando en el poder de aquel entónces, al que profesaba un odio sincero.

Su libro, sin embargo, debe serle contado. Siempre será un valor no arrojar piedras sobre los vencidos.

VIII

Desde 1859 la fisonomía del señor Errázuriz queda perfectamente caracterizada. Dobla la hoja de su pasado, la arroja por la ventana i se entrega a la politica del buen suceso. El buen suceso es su creencia, su pensamiento, su bandera, su fé, su Dios.

Debe su prestijio a las batallas que ha peleado por la libertad. ¿Qué importa, si la libertad es un obstáculo? No solo deja derribar sus altares; ayuda a los demoledores. Solo el poder es un fin. Todo lo demas no son sino instrumentos.

¿La libertad está de alza? Héle ahí liberal. ¿Baja?

El señor Errázuriz jamás se ha permitido frecuentar a tan peligrosa señora.

No cree sinceramente sino en la autoridad. Es la única adoracion que nunca abandonará. Puede aparentar todavía que la desdeña; serán desdenes de amante burlado.

Pero, una vez todavía, observarémos que su amor por la autoridad, no es ese amor elevado que pide armas, fuerzas para realizar grandes propósitos, que sabe resumir en su pensamiento, como dice M. de Girardin de los grandes ministros, todas las sanas ideas de su época, para unirlas, fecundarlas, madurarlas, rectificarlas, aplicarlas; es amor de los sentidos que se embriaga en los goces materiales: no es el amor que ennoblece al ídolo, es el amor que lo abate.

IX

Ved para qué ha hecho servir la autoridad cuando la tuvo en la cavidad de su mano.

Apénas sentó el pié en la dominacion, cuando ya se percibió que la política gubernativa se preparaba a cerrar la puerta a las aspiraciones que habia despertado la evolucion de 1861. Esa política, llena de fluctuaciones jenerosas en manos del señor Tocornal i del señor Santa-María, vuelve resueltamente hácia el pasado, bajo la influencia del señor Errázuriz. Desde la primera hora se propone restaurar la política de partido, hacer que sus adversarios sientan la lei de su derrota, establecer la homojeneidad en las filas de la administracion.

Acometió su empresa con una incontinencia inimitable.

Un peligro americano acababa de producir un apaciguamiento jeneral en los espíritus. Estábamos en 1865 i la escuadra española acababa de apoderarse de las Chinchas.

La política interior es absorbida por los considerables acontecimientos de la política esterior. Los resentimientos callan, las divisiones se borran, la polémica apaga sus fuegos. Pues bien: el señor Errázuriz escoje este momento para poner a la puerta a sus contrarios. Las grandes cuestiones continentales desaparecen para él ante las miserables necesidades de la guerra a los vencidos i a los débiles.

X

La batalla se compromete de nuevo, pero sin brio ni persistencia del lado de los adversarios del poder. Almas, corazones, patriotismos están absorbidos por la cuestion esterior. Si se vuelve la vista al interior, es de tarde en tarde i perezosamente.

Miéntras la opinion se distrae i entra casi a viva fuerza en las preocupaciones del interior, el gobierno trabaja en disciplinar sus fuerzas i en hacerse de aliados. El señor Errázuriz es el alma de esta ajitacion silenciosa, nocturna, casi subterránea. Deja al señor Covarrúbias que se entretenga en firmar despachos de efecto, i al señor Reyes que descubra fantásticas maneras de mover las cifras,

en tanto que él se entrega a los arreglos de menaje. Es el hombre práctico, el hombre positivo, el político realista.

En consecuencia, egoismos, apetitos i vientres se ponen de su lado. Su omnipotencia es un hecho en el cenáculo del partido.

Hoi, sin embargo, es difícil saber si en aquella época la política del ministro Errázuriz era su política personal, o era la política del presidente Perez.

Hai en sus palabras, en sus opiniones, en su conducta, en sus actos de esa época, algo que no responde a las audacias de su temperamento ni a las astucias de su intelijencia.

XI

Llega la guerra con España. El beso de Judas del 24 de setiembre trastorna todas las cabezas.

Solo dos cabezas no sufren la influencia de aquella atmósfera cargada con las jenerosas espansiones del patriotismo: esas cabezas son la del presidente Perez i la del ministro Errázuriz.

El presidente Perez ni quiere la guerra, ni cree en la guerra.

El ministro Errázuriz solo se ocupa de las ventajas que de allí debe retirar para su elevacion. La guerra, en sí misma, le es profundamente indiferente. Todo su alcance reside para él en la repercusion de sus acontecimientos en la política interior. Chile abatido o glorioso, hé ahí lo secundario. El predominio del ministro afianzado, hé ahí lo supremo.

En aquellas horas de candor universal, cuántos no le creímos el hombre de la accion, de las determinaciones audaces, de las heroicas calaveradas!

Pero su fidelidad a la guerra no valia mas que su consecuencia con la libertad.

Estuvo por la guerra miéntras que el alza le perteneció. La guerra está de baja i el jefe del Estado juzga que ya basta de locuras: se pone resueltamente del lado de la paz. El ministro Covarrúbias no se atreve a seguirlo. El ministro Covarrúbias salta.

Hé ahí al señor Errázuriz árbitro irrevocable de la situacion. Ya todo le pertenece. Es el hombre del presidente Perez. Es el hombre de su partido. Ha satisfecho los egoismos i las ambiciones de todo el mundo. Los vientres repletos se le rinden sin resistencia.

En aquella época, el ministro sacrificó un poco sus inclinaciones al temperamento presidencial. El señor Errázuriz habria hecho la guerra, si la guerra no desagrada al señor.

XII

El presidente Perez quiere hacerse reelejir: lo hace reelejir. Quiere, en seguida, que se le deje en paz: se suprime la guerra de una plumada. Apénas los camaradas del señor Errázuriz han abierto los labios para solicitar funciones lucrativas o funciones espléndidas, cuando ya son servidos. ¿Qué puede resistir a un hombre semejante? Es la providencia de su partido.

Sí, indudablemente, como Mefistófeles era la providencia de Fausto. Todos irán a las espumas, pero le pertenecerán en alma i cuerpo.

Reparte las funciones, acuerda las grandezas, satisface las ambiciones mas inverosímiles, hasta hacer ministros grotescos, diputados inauditos, diplomáticos bufos; pero cuida de dejar las conciencias en hipoteca.

XIII

Cuando esto se ve, uno llega a creerse en presencia de un hombre que sale del nivel ordinario, i que tiene el jenio del mal, si no tiene las aptitudes del bien. Pero nó: su juego es viejo como la humanidad. La vieja política lo ha jugado perpétuamente.

I despues, nada es mas fácil que ser un gran corruptor en pueblos que sufren las idolatrías i las fascinaciones de la autoridad, hasta imajinarse que no pagan caro sus favores comprándolos con el honor. Aquí no se comprende bien todavía sino la fortuna efímera, que viene de arriba, i que se refleja en una gran posicion oficial. La fortuna nacida de las obras del hombre i que conquista la confianza i el aplauso del pais, es todavía una fortuna profundamente negativa para una masa considerable de espíritus.

De ahí las facilidades que encuentra un corruptor. Pone sitio a virtudes fáciles, que solo desean ser vencidas. Con tales virtudes se cumple siempre la cruel palabra de M. de Tayllerand: "Todos

se venden. La única dificultad es saber en cuanto se venden."

Necesitamos un gran moralizador. Esa seria entre nosotros empresa digna de un hombre de jenio.

Trabajando para consolidar la autoridad, nuestros gobiernos han ido demasiado léjos, i han creado la servidumbre. Tenemos agradecimientos de súbdito, no tenemos altiveces de ciudadano. Vemos en el derecho que se nos respeta, una concesion del gobernante, no un deber.

El respeto a la autoridad es un hecho consumado. Hacer arrancar de él ventajas decisivas para el reinado definitivo de la libertad, hé ahí la única empresa digna de un hombre de Estado capaz de elevarse a un propósito glorioso i nacional. Si ese hombre de Estado no halla la omnipotencia que pasa, hallará la grandeza que dura.

Hé ahí lo que no ha acertado a comprender la ambicion del señor Errázuriz. Activo, emprendedor, audaz, capaz de atraerse i de dominar a los hombres, no hai en él nada de lo que forma el brillo, la fascinacion, el poder de un hombre de Estado parlamentario, del ministro de un gobierno libre. Abajo no ha comprendido sino la política del motin. Arriba no comprende sino la política que provoca al motin. Arriba i abajo parece condenado a pertenecer siempre a la escuela de los implacables.

Ahí está su última campaña de 1869.

XIV

Creyendo que todo está en la cavidad de su mano, se dispone a librar contra sus adversarios la batalla del desquite supremo. Ya ha barrido con la turba. Ahora es preciso barrer con los jefes. Esperaba haber hallado la oportunidad en la acusacion a la Corte Suprema. Le da aire desde el primer dia. Se pone al frente de su vanguardia de zuavos. Uno de sus compañeros de ministerio resiste. Le hace saltar. Pero el jefe del Estado resiste tambien. Ahí estaba el escollo en que iba a estrellarse la omnipotencia del ministro. Todo lo que se obtiene del presidente Perez es su neutralidad. Se pone al balcon como un simple espectador.

El ministro Errázuriz no se desalienta. La acusacion marcha. Cuarenta i dos votos la decretan. El ministro vuelve a la carga. Trata de imponer al jefe del Estado con su mayoría parlamentaria. Ya no es sino un rei prisionero, un jeneral sin ejército, un gobierno sin parlamento.

Tuvimos entónces toda una escena palaciega. Ya se despide al señor Errázuriz i ya se le ruega; ya se le arroja una interjeccion de cuartel i ya se le envian las dulces palabras de un retrete perfumado; ya el presidente es altivo i brusco, es soberano, i ya humilde i suave, un solicitante tembloroso. Los cortesanos estaban desorientados. No sabian a qué carta quedarse.

—Hé ahí un ministro invencible! se decia.

No tan de prisa. Algunos dias despues es des-

pedido secamente. Creyendo en su poderío, viene a hacerse acariciar una vez mas.

—Señor, me marcho, dice.

—Marchaos, le responde el señor.

El dios caido se muerde los labios, pero confía en que aquel será solo un eclipse momentáneo de su imperio; volverá a ser llamado. Sus amigos así se lo predicen. Sus adversarios lo temen. El acontecimiento no ha confirmado ni la esperanza ni el temor. Esto no obstante, se espera i se teme siempre.

El señor Errázuriz, que no dejó el ministerio sin haberse decretado ántes senador, divierte hoi sus impaciencias mutilando la reforma constitucional. El gobierno le escucha i le acaricia. Los ultramontanos ven en él uno de los suyos. No vacilarian en ponerse a sus órdenes.

XV

Despues de todo, ¿qué es el señor Errázuriz?

Algunas cándidas admiraciones i algunos fogosos reconocimientos han llegado a compararlo con Portales. Comparacion imposible! Portales tenia un propósito nacional: consolidar la autoridad. ¿Cuál es el propósito nacional del señor Errázuriz?

En vano pedimos un rayo de luz para alumbrar su fisonomía vaga, oscura, siempre cabizbaja i hasta siniestra en ocasiones. Trabajo perdido, no lo encontramos.

Por un momento se pudo creer que era la refor-

ma. Engaño! Vedle dando aliento a las columnas del retroceso.

Por un momento todavía, se pudo creer que era el engrandecimiento esterior del pais. Nuevo engaño! Fué él quien se encargó de clavarlo en la picota.

Nada se acentúa en el señor Errázuriz sino su ambicion. Solo en ella cree. Su ambicion manda i él obedece. ¿Manda perder a un hombre? Le pierde sin vacilar. ¿Manda aplastar un principio? Le aplasta. El buen suceso es una absolucion.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON JOSE MANUEL BALMACEDA

I

Don José Manuel Balmaceda es una de las encarnaciones mas simpáticas i elevadas del pensamiento de progreso político que, en estos tres últimos años, ha dado oríjen a los Clubs de la Reforma.

II

Los primeros apóstoles de ese pensamiento salieron principalmente de la escojida juventud con que contaba el antiguo partido *nacional* o *montt-varista.*

Partido de resistencia i de lucha, los nacionales se habian distinguido mucho mas, durante su posesion del gobierno, por la fuerza de su disciplina que por el carácter vigoroso i bien definido de sus convicciones. Hombres nuevos en gran parte, ha-

bian combatido, sin embargo, en favor del principio de conservacion, i las tendencias liberales de algunos de entre ellos habian cedido el paso a la represion i al esclusivismo.

Pero el mismo poder de su disciplina les fué mas dañoso que útil en los primeros tiempos de la administracion actual, i al cabo de seis años de oposicion intermitente, se sentian desorientados, sin brios, devorados por esa consuncion política que se llama la abstencion. Habia, no obstante, en el seno de aquel partido intelijencias ilustradas, propósitos sanos, aspiraciones jenerosas.

Por fin, muchos de esos buenos elementos se decidieron a romper el yugo de la obediencia pasiva, yendo a buscar nuevos lazos de union, nuevos centros de actividad para sus opiniones en la reforma liberal, paladina i honradamente profesada. Libertad en las instituciones, probidad en todos los actos de la vida pública: tal fué, en resúmen, el programa con que se abrió en Santiago el primer Club de la Reforma; programa bastante preciso para ahuyentar a la mala fe, bastante ámplio para dar cabida a todos los matices del liberalismo de buena lei.

III

El señor Balmaceda no fué de los primeros en acudir a ese Club; pero, una vez en él, fué de los primeros en hacerse conocer, estimar i aplaudir.

En aquel teatro de saludable ajitacion política reveló desde su entrada bellas cualidades de orador,

convicciones liberales bien meditadas i bien definidas, sincero amor a la causa del interes público, i decision para servirla. El brillo de su talento, la rectitud de sus miras, la nobleza de su carácter le labraron en poco tiempo una envidiable reputacion política.

IV

¿De dónde venia el señor Balmaceda?

Por su familia, venia del antiguo partido montt-varista.

Por su educacion, del Seminario.

Por sus primitivas ideas de católico, de la intolerancia relijiosa.

Desde allí ha llegado hasta la libertad. Ha cruzado esa larga distancia rápidamente, a grandes trancos, a marchas forzadas.

Es preciso convenir en que tal espíritu (perdon por la figura!) tiene buenas piernas.

"La historia,—ha dicho V. Hugo,—se embelesa admirando a Miguel Ney, que de tonelero llegó a mariscal de Francia, i a Murat, que de mozo de cuadra llegó a rei. La oscuridad de su punto de partida se les computa como un título mas a la estima, i realza el esplendor del término de su jornada.

"De todas las escalas que van de la oscuridad a la luz, la mas meritoria i la mas difícil de subir es esta ciertamente: haber nacido aristócrata i realista, i llegar a ser demócrata.

"Subir de una zahurda a un palacio es raro i

hermoso, si se quiere; subir del error a la verdad es mas raro i es mas hermoso."

El señor Balmaceda ha trepado por esa meritoria i áspera escala de que habla el gran poeta; ha hecho la ascencion del error a la verdad.

V

Educado en el seminario conciliar de Santiago, su intelijencia no vió en un principio mas que uno de los dos aspectos de las grandes cuestiones relijiosas i políticas. La fe allana los montes, segun afirman las almas piadosas; pero suele tambien levantar montañas que ocultau al pensador la mitad del horizonte. Un carácter vehemente i sensible, colocado en tales condiciones, llega pronto al esclusivismo.

Tal debió de suceder al señor Balmaceda, que fué a ofrecer las primicias de su capacidad literaria en los altares de la intolerancia relijiosa. Su pluma de escritor comenzó por defender, en un opúsculo, lo que su elocuente palabra debia combatir mas tarde en la tribuna política.

Es la misma vieja historia del poderoso Sicambro; es la eterna historia de la marcha del espíritu humano hácia la luz.

—Inconsecuente! tránsfuga! apóstata!—gritan los que se quedan al que parte, los que persisten en el error al que lo abandona. I ese grito es a veces sincero, es el grito que el sentimiento lanza contra la razon.

En efecto, la lójica del progreso intelectual es la

inconsecuencia, i el hombre va sembrando de apostasías el camino de su ilustracion. Que un individuo renuncie a una opinion, deserte una causa, no es en sí mismo un hecho vituperable o digno de aplauso. El aplauso como el vituperio no pueden sacar su justicia sino de los móviles que empujan a la desercion. El que deserta arrastrado por una conviccion desinteresada i pura, es un desertor glorioso, que va a engrosar las filas del bien. El que lo hace cediendo esclusivamente a un móvil sórdido o pequeño, es un miserable desertor.

VI

Este triste móvil no podia existir para el señor Balmaceda. Hijo de un millonario, se ha formado él mismo, por medio del trabajo, una considerable fortuna independiente de la fortuna paterna.

Bajo este aspecto, se encontraba, al empeñarse en el juego político, en una situacion espectable i desembarazada: conservador o liberal, amigo o adversario de la libertad relijiosa, tenia franca la entrada en la escena pública, i los triunfos como los contrastes que recojiese en ella, dependian tan solo de su intelijencia i de su carácter. Su conveniencia i su ambicion personales estaban completamente desinteresadas en la eleccion de su bandera política.

Elijió la bandera liberal porque la libertad le tocó sin duda el espíritu, como la fe cristiana al viajero del camino de Damasco. Como ese viajero tambien, ha sido un ardoroso apóstol de su conviccion.

Asegúrase que en su primera juventud estuvo a punto de abrazar el estado eclesiástico. Por nuestra parte, creemos que habria sido ultramontano, si no llega a ser liberal.

Hai en su intelijencia bastante fuerza de lójica, en su carácter bastante impetuosidad, en su alma bastante pasion para no permitirle quedarse a medio camino. Tomada una direccion, se pone en marcha, i puesto en marcha, llega al término de la jornada.

VII

Su historia política es breve, es la historia de un jóven de treinta años, que apénas cuenta tres de vida pública. Resúmese toda entera en el desarrollo de su conviccion liberal. Cuantos lean estas pájinas, han podido seguirla paso a paso en los *meetings* i conferencias del Club de la Reforma de Santiago. En cada *meeting*, en cada conferencia, la libertad recibia de él un nuevo homenaje de elocuencia i de adhesion intelijente, sincera, profunda.

El señor Balmaceda ha formado su reputacion política en aquel Club, al mismo tiempo que daba a aquel Club lustre i fomento con su palabra i sus esfuerzos perseverantes. Orador asiduo en las conferencias del año pasado, las de este año han alcanzado, bajo su actual presidencia de la asociacion, nuevos horizontes, nueva vida.

Hijo de los Clubs de la Reforma, hace honor a sus padres, i aunque tales sociedades políticas no hubieran tenido otro resultado que poner en esce-

na i en actividad intelijencias como la del señor Balmaceda, ya habrian hecho un servicio precioso a nuestro progreso político.

VIII

En las últimas elecciones, los votos casi unánimes del departamento de Carelmapu llamaron al señor Balmaceda a tomar asiento en el Congreso Constituyente de 1870.

Hasta ahora, ha usado con sobriedad de la palabra desde su banco de diputado. Sus discursos permiten predecir que cosechará en la tribuna parlamentaria tan hermosos laureles como los recojidos en la conferencia i en el *meeting*, si modifica algunas condiciones de su elocuencia.

Su palabra incurre premeditadamente en ciertas frases sonoras i rotundas, en ciertas amplificaciones grandilocuentes, en ciertas pompas declamatorias. Esa elocucion suele ser de excelente efecto en el *meeting*; pero, en el parlamento, daña a la precision de la idea, a la claridad de la argumentacion. Arropando demasiado el pensamiento, le quita esbeltez i soltura. La oratoria parlamentaria se siente mas libre i llega mas presto a su objeto vestida de lijeras muselinas, que nó de terciopelo i cachemira.

El señor Balmaceda puede disminuir sin peligro el lujo de vestiduras de su elocuencia, bastante hermosa por sí misma. Su dialéctica es firme, la disposicion de sus discursos jeneralmente feliz, su punto de vista elevado.

A esas dotes junta una voz clara, insinuante, persuasiva, rica de entonaciones. Hai enerjía en su apostura, i la sangre que falta a su semblante pálido i rubio, está bien suplida por los nervios, esa sangre del alma. Su voz i su fisonomía se ajitan con frecuencia a impulsos de la pasion, i cuando la pasion se adormece, recobran cierta dulce gravedad que les es habitual, i en que se refleja la moderacion i afabilidad de su carácter.

Por lo demas, el señor Balmaceda principia su carrera pública. Si ha tenido ya tiempo de hacerse estimar i aplaudir, no ha tenido todavía tiempo de cometer faltas.

Deseamos i esperamos que cometa las ménos posibles, ya que en política es imposible dejar de cometerlas.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON CORNELIO SAAVEDRA

I

Si de los flemáticos es el imperio del mundo, indudablemente el señor Saavedra llegará al imperio. Es un hombre que sabe esperar los acontecimientos.

Moderado, modesto, urbano, funcionario inteligente, soldado infatigable, político sin una fuerte acentuacion de convicciones, su vida ha corrido sin resistencias ni luchas.

El señor Saavedra es una fisonomía simpática. Va andando bien su camino.

Aunque funcionario en las horas borrascosas de 1859, nadie ha hecho pesar sobre él la responsabilidad de las sangrientas represiones en que se halló mezclado. Se ha comprendido que obedecia a la voluntad de las circunstancias ántes que a su propio temperamento. Hombre de disciplina ante todo, donde hablaba la ordenanza debia callar el corazon. Si supo tener las inflexibilidades de la

autoridad que combate, nunca fué un odio, una cólera ni una pasion personal.

II

La primera educacion del señor Saavedra esplica bien su respeto a la consigna. Esa educacion fué enteramente militar. Desde mui niño entraba en el servicio e iba a hacer la ruda vida de cuartel.

Sus enfermedades le obligaban a arrimar su es pada mui jóven todavía.

El oficial se hizo industrial. Quizas habia doblado la hoja de sus esperanzas de gloria. Pero el destino tenia resuelta otra cosa.

El movimiento revolucionario de 1851 le sorprendió entregado a los negocios. Viendo comprometidos en él a sus mejores amigos, no vaciló en acompañarles a jugar la sangrienta partida. El señor Saavedra fué un revolucionario porque tenia la memoria del corazon. Hasta aquella hora habia sido un observador ántes que un actor de las ajitaciones de nuestra política.

La revolucion le hizo teniente coronel i le dió el mando de un batallon, que mantuvo con bizarra serenidad el honor de sus armas en el campo de Loncomilla. Ese batallon, diezmado por los fuegos del enemigo, no tuvo un instante de flaqueza. Supo hacerse matar en su puesto. Su comandante fué respetado por las balas.

La batalla de Loncomilla, en que se hundió un caudillo, un ejército, un partido, hizo notar al señor Saavedra. El comandante Saavedra habia re-

cibido heroicamente el bautismo del fuego. Encontró un pedestal en aquella tumba.

III

Su fortuna militar se vió de nuevo detenida por la derrota.

Pero el vencido de Loncomilla no tardó en encontrar altas protecciones i sinceras simpatías entre los vencedores. Era uno de esos vencidos que no guardan ni los despechos, ni las intransijencias, ni las acritudes de la derrota. Sabiendo hallar la actividad en la accion, saben hallar tambien la paciencia en la desgracia.

El señor Saavedra no fué proscrito ni inquietado. Volvió a la industria.

IV

Ya no le vemos reaparecer hasta 1857. El ministerio de esperanza de ese año le llamó a una alta funcion administrativa: la intendencia de Arauco.

No admitió el puesto sin interrogar ántes la voluntad de sus camaradas políticos. Esa voluntad dijo sí, i el comandante del jeneral Cruz fué intendente del presidente Montt.

Cuando la oposicion, despues de una victoria pasajera, se alejó del gobierno, el señor Saavedra no la siguió. Ella iba a salir de la legalidad, pero él se mantenia en la legalidad.

No podia hacer otra cosa. La oposicion revolucionaria no tuvo quejas contra él. Se combatieron, pero no se odiaron.

El señor Saavedra, al frente de una division i en el mando de una provincia durante el movimiento de 1859, hizo la guerra al montonero i al bárbaro con actividad, con intelijencia i con fortuna.

El gobierno depositó en él una ámplia confianza. Era una lealtad probada.

En aquellas horas de frenesí i de delirio, jamas se contajió con las intemperancias de los vencedores. Siempre supo comprender quo aquellas victorias eran tristes victorias.

V

Anonadada la revolucion en el sur, su último esfuerzo le sorprendió en Valparaiso.

El 18 de setiembre de 1859, la oposicion intentaba el motin de la desesperacion. Aquel era un terrible golpe de dados. Afortunado, la revolucion vencida se hace opinion, victoria, poder; es una sorpresa feliz, pasa el Rubicon.

El motin sorprende al jeneral Vidaurre, que acababa de tomar el mando de la provincia, en el templo i le mata casi en sus umbrales.

Muerta la primera autoridad, el señor Saavedra la reemplaza i toma el mando de la represion.

Aquel motin fué desórden, confusion, espanto. Pocos momentos bastaron para aplastarlo.

Despues de la lucha, vinieron las ejecuciones. Las prisiones estaban atestadas i el patíbulo alzó durante algunos dias su siniestra silueta sobre nuestra metrópoli comercial aterrada. La fiesta de la patria fué carnicería, agonía, duelo.

Se dió al señor Saavedra el mando de la provin-

cia, donde su espíritu conciliador i su habitual cortesía mantuvieron el órden mucho mejor que los terrores saludables i las inclemencias de la represion.

VI

Permaneció en ese puesto hasta la llegada a los negocios del gobierno de 1861.

El señor Saavedra ha prestado a este gobierno su cooperacion decidida. Pertenecia a los hombres que comprendian la necesidad de una transformacion que purificase una atmósfera política ya demasiado cargada de cóleras implacables.

VII

Vuelto al mando de su antigua provincia, consumó el ensanche de nuestra frontera araucana sin quemar una ceba. Fué él quien trazó i ocupó la línea del Malleco.

La cuestion araucana ha sido desde entónces i es hasta ahora su gran preocupacion. Su esperiencia i su actividad han alcanzado en aquellas rejiones mui buenas conquistas.

Intendente de Arauco i comandante de la frontera, durante su largo mando ha reinado la paz con el bárbaro. Es que el señor Saavedra empleaba la fuerza, no como un medio de llegar a la solucion, sino como un medio de hacer prestijio, respetabilidad, defensa.

El interesante libro que acaba de publicar, prueba que ahí está la palabra del problema araucano.

VIII

Sus servicios militares, que ya le habian hecho llamar a las filas de nuestro ejército, le han valido en estos últimos tiempos un ascenso. El comandante Saavedra es hoi el coronel Saavedra. Ese es un ascenso bien conquistado, pues el coronel Saavedra es una constancia, buenos servicios, un mérito real.

IX

Hace ya diez años largos que el señor Saavedra se sienta en nuestras asambleas políticas, siempre en los bancos de la mayoría. Esto ha hecho pasar un poco desapercibida su fisonomía parlamentaria, que por otra parte no tiene un relieve considerable.

El señor Saavedra no es un orador, ni posee el secreto de los grandes debates políticos. Su palabra solo se ha hecho escuchar en la cuestion araucana. Espone sus ideas con claridad, se hace escuchar i consigue convencer; pues halla esa lucidez del hombre que habla sobre lo que entiende con una modestia sincera. Sostiene sus opiniones con constancia, pero sin dogmatismo.

X

Indudablemente hai en el señor Saavedra un oficial distinguido, un funcionario intelijente, un político que, sin gran profundidad de mirada, com-

prende, sin embargo, que el gobierno libre hace próspero al pueblo i estable al gobernante.

Por eso, todas sus simpatías están hoi con el movimiento liberal, i si no le acompaña en todas sus jornadas, le prestará mas de una vez el apoyo de su voto i de sus influencias.

Hoi se sienta en la Cámara Constituyente como el elejido de un departamento cuyos electores todos se han puesto de acuerdo para hacerle su mandatario. Este es un honor que envuelve un deber. El señor Saavadra sabrá colocarse a la altura de ese deber.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON AMBROSIO MONTT

I

Nos hallamos delante de un hombre esencialmente culto i amable, i de un injenio mas culto i amable todavía. La amabilidad del señor Montt alcanza a sus propios enemigos.

Conviene, sin embargo, desconfiar un tanto de esa amabilidad, no siempre inofensiva. Hai en ella de vez en cuando burla, ironía, sátira, saetas i dardos tanto mas penetrantes cuanto mas finos. De la manera mas amable que puede concebirse, el señor Montt hace i dice cosas profundamente desagradables para muchas jentes.

Hombre de mundo, tiene la elegancia de las maneras, la gracia del decir, la chispa de las conversaciones. Hombre de letras, tiene en su estilo la misma elegancia, la misma gracia, la misma chispa. Quien le trata por primera vez en el salon, le reconoce sin dificultad en la pájina del libro; quien

le trata por primera vez en el libro, le reconoce al punto en el salon. En el salon como en el libro, igual correccion de formas, igual urbanidad, igual donaire.

El buen gusto del señor Montt seria irreprochable sin sus refinamientos; el injenio del señor Montt seria intachable sin sus excesos.

La exuberancia de injenio es a menudo incompatible con la reflexion profunda, con la meditacion serena, con la exactitud, con la equidad, con la imparcialidad.

El injenio es la gran cualidad del señor Montt. Su gran defecto es la exuberancia de injenio.

Diarista, viajero, pensador político, abogado, hombre de partido i hombre de parlamento, el injenio desborda en sus artículos, en sus pájinas de viaje, en sus investigaciones de filosofía política, en sus discursos parlamentarios i hasta en sus alegatos forenses. Su talento literario, refinado, esquisito, conceptuoso a veces hasta la sutileza, avasalla sus demas talentos i domina en todas direcciones su actividad intelectual.

El señor Montt es ante todo un literato.

II

Nacido el año de 1830, estudió humanidades en el Seminario, leyes en el Instituto Nacional; pero no se curó por el momento de hacerse abogado.

Preocupábale infinitamente mas hacerse literato, i llevado de tal preocupacion, buscó el excelente arrimo literario de M. Vendel-Heyl. Bajo la direc-

cion de este filólogo eminente, estudió los secretos del arte de escribir en las literaturas latina i francesa, que la elegancia ha marcado especialmente con su sello.

Ya en 1851 publicaba en frances algunos artículos en *la Gazette des Mers du Sud*, periódico dirijido por M. Vendel-Heyl.

Aquel mismo año se trasladaba a Valparaiso en busca de salud. Establecido allí, fué llamado a la redaccion de *el Mercurio*, que acababa de desamparar el famoso diarista arjentino don Juan Cárlos Gomez.

III

La guerra civil apénas habia terminado. El gobierno, armado de facultades estraordinarias, i el pais, desangrado i presa de una fatiga profunda, sufocaban de consuno la voz de las discusiones políticas.

En tales condiciones, el señor Montt casi no pudo ser un diarista político. Consagróse de preferencia a escribir sobre los intereses de la industria i del crédito; tocó tambien de vez en cuando las cuestiones relijiosas. Su liberalismo católico le valió mas de una acusacion de herejía, al paso que los ajiotistas se amotinaron contra su buen sentido económico, que pretendia la baja del interes del dinero. Los amotinados llegaron a pedir al propietario de *el Mercurio* la destitucion del redactor; pero el redactor fué sostenido en su puesto.

Se nos imajina que aquel pequeño escándalo no debió de ser enojoso al señor Montt. Tiene dema

siada perspicacia para no comprender que el escándalo es a menudo un buen combustible de la celebridad. No hai peor suerte para un escritor que merecer el maligno elojio tributado por Voltaire a cierta academia, "que nunca habia dado que hablar de sí misma."

IV

El año 1853, el señor Montt cambiaba a Chile por Europa. Viaje de salud en su oríjen, fué en la práctica un viaje de placer i de estudio al mismo tiempo.

Su carácter sociable, espansivo i amistoso no le permitia sustraerse de la vida del mundo para concentrarse esclusivamente en el retiro del estudio. Cultivó con asiduidad las relaciones sociales i contrajo amistad con un buen número de literatos franceses, españoles i americanos. Al mismo tiempo, estudiaba i escribia.

Corresponsal de *el Mercurio* durante el primer año de su residencia en Europa, escribió en 1855 una serie de cartas sobre la Esposicion Universal dirijidas al señor Lastarria, i al cabo de cinco años de vida europea, dió a luz un grueso volúmen que lleva por título *Ensayo sobre el gobierno en Europa.*

V

En ese libro, se manifiestan en toda su fuerza las raras cualidades de escritor que posee el señor Montt i de que habia dado ya pruebas en sus artículos de diario, en sus correspondencias noticiosas, en sus cartas de observador de las maravillas indus-

triales. Su estilo corre con gracia i viveza, penetra con facilidad en todos los rincones de una idea, es animado, elegante, ameno, pintoresco, i tiene un brillo i una riqueza de piedrerías que a veces tocan en la intemperancia, ofuscando la vista, mareando la cabeza. Bajo este aspecto, podria aplicarse al estilo del señor Montt lo que M. de Lamartine decia del brillante folletinista Paul de Saint-Victor, "que era preciso leerlo con anteojos verdes."

El libro mencionado muestra, al mismo tiempo, en su autor una ilustracion abundante i jeneral i una gran erudicion histórica, de que el señor Montt no usa siempre con la moderacion debida.

Notable i hermosa obra de literato, el *Ensayo sobre el gobierno en Europa*, considerado como obra de pensador político, es mui inferior a su mérito literario. No porque el señor Montt hubiera dejado de estudiar i meditar bien su asunto vasto i complejo; no porque haya dejado de abarcarlo i dominarlo en toda su estension; sino porque se echa de ménos en su libro un criterio bastante firme, elevado i consecuente, al paso que se observa una constante disposicion a aceptar los hechos consumados i triunfantes, llámense gobierno ingles o gobierno romano, fe católica o libre exámen, autoridad omnipotente u opinion.

De entónces acá sus convicciones políticas han sufrido una profunda cuanto saludable transformacion, i refiriéndose a ella, el señor Montt suele decir a sus amigos, con su habitual injenio, "que como don Quijote, está destinado a vivir loco i morir cuerdo." Sin embargo, le quedan todavía muchos

años que vivir para honor de su pais i de su nombre, i ya ha adquirido la plena cordura política, un criterio resueltamente liberal.

VI

El año 1859 volvió a Chile, i pocos meses despues de su vuelta, dió a luz un folleto político titulado *el Gobierno i la Revolucion.* Ese folleto, mui bien escrito, defendia con habilidad los intereses de la política dominante.

Nombrado luego redactor del diario oficial, puso poco entusiasmo en una tarea en que su intelijencia i su pluma se veian estrechadas por las conveniencias gubernativas.

Por el momento, le preocupaba mucho mas lo que ménos le habia preocupado diez años ántes:—hacerse abogado. Hízose, en efecto, abogado con ayuda de la complacencia universitaria, que le remitió las lentitudes de la práctica forense, i con gran escándalo de la jente de oposicion, que puso por esa concesion el grito en los cielos. A la verdad, el escándalo era poco motivado tratándose de ~~la~~ una intelijencia tan distinguida i cultivada como del señor Montt.

Todas las madres chilenas quieren que sus hijas aprendan a tocar el piano, i todos los padres chilenos sueñan con que sus hijos sean abogados. El piano puede ser un atractivo mas con que encontrar un buen novio; la abogacía suele ser un medio excelente de hacer dinero.

Como tal debió de tomarla el señor Montt, rindiendo parias, a pesar de su antiguo desapego del

foro, a la sabiduría práctica de sus compatriotas.

Parece que no ha tenido sino que felicitarse de esa docilidad, pues el ejercicio de su profesion forense le ha proporcionado una posicion segura e independiente bajo el aspecto pecuniario; lo que las letras no habrian llegado nunca a proporcionarle en Chile.

VII

En las elecciones de 1861, fué elejido diputado por el departamento de Casablanca.

Diputado oficial en su oríjen, no tardó en pasar a la categoría de diputado de oposicion con el advenimiento de la administracion Perez. Como tal, tomó una parte activa en esa ruda oposicion que el partido nacional, dueño del Congreso, hizo al ministerio Tocornal; oposicion poco popular i a veces poco equitativa. Su palabra se dejó oir señaladamente en las cuestiones internacionales.

A la renovacion del Congreso en 1864, los votos del mismo departamento de Casablanca volvieron a llevarle a la Cámara de diputados, donde conservó su actitud de oposicion, aunque sin tomar un interes mui vivo ni mui tenaz en las evoluciones políticas. Fué, no obstante, uno de los pocos representantes del pueblo que, al terminar aquel trienio lejislativo, pidieron al gobierno cuenta de la conducta de la guerra esterior i levantaron enérjicas protestas contra la burla que se habia hecho de las esperanzas públicas i de las promesas oficiales.

El señor Montt no tuvo entrada en el Congreso de 1867.

En las elecciones del último abril, una gran mayoría de los sufrajios del departamento de Freirina le elijió diputado al Congreso Constituyente, al mismo tiempo que le dispensaba igual honor el departamento de Petorca. Ambas victorias electorales, disputadas escandalosamente por la superchería, han sido consagradas por la presente Cámara de diputados, a que el señor Montt ha traido el contingente de un espíritu convertido a la causa liberal, de una intelijencia rica de facultades e ilustracion, de una brillante elocuencia.

VIII

En la tribuna parlamentaria, el señor Montt conserva todas sus ventajas de escritor. Su elocucion es como su estilo; sus discursos revelan como sus escritos al artista de la palabra, al acendrado literato, al hombre de injenio.

Posee, ademas, como orador, una figura agradable i una voz, si bien poco poderosa, abundante de entonaciones eufónicas, de énfasis oportunas, que dan realce a la intencion del pensamiento.

Pero, su elocuencia profundamente artística, literaria, injeniosa, carece de ímpetu, de fuerza avasalladora; carece de ese poder de persuasion que solo alcanza la espontaneidad de una conviccion un tanto agreste i selvática. Su argumentacion no es rápida, ni apremiante, ni decisiva. Su palabra suele desviarse del camino real de la cuestion per-

siguiendo alguna mariposa de brillantes colores, alguna alusion picante, algun rasgo satírico, alguna ironía. No busca la espresion mas exacta, sino la espresion de mas efecto. No sigue el camino mas recto i de consiguiente mas corto, sino el mas florido.

Literato ante todo,—ya lo hemos dicho,—el señor Montt tiene esa malignidad literaria que se olvida a veces de la equidad, de la justicia, que raya en la crueldad, i que inmola ante los altares de la literatura el amor propio ajeno i la propia benevolencia.

Pero, con todas sus flaquezas de literato, lleva en el espíritu bastante elevacion, bastante magnanimidad para ser inaccesible a las miserias i bajas pasiones de muchos hombres de letras.

Su noble injenio tiene debilidades, no tiene ruindades.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON JOAQUIN BLEST GANA

I

Se llega a la celebridad política por caminos bien diversos: ya subiendo contra la corriente de los hombres, de las cosas, de las ideas recibidas, de las preocupaciones fuertes, de los felices poderosos; ya dejándose llevar por esa corriente, en cuyo curso se encuentran siempre honores, funciones espléndidas, influencias considerables, dividendos fabulosos. Esta es una de las grandes colocaciones que pueden hallar las intelijencias despiertas, las conciencias fáciles, los caractéres sin acentuaciones bravías. Ahí no se conquista un pedestal, pero se adquiere siempre una fortuna.

Esta celebridad es tentadora, i no es raro que caigan en sus redes espíritus que parecian bien armados contra sus fascinaciones. Es ruido, fausto, riqueza, galones en todas las costuras, saludos, caricias, cortesanos. Qué diantres! son pocos los

que saben vacilar entre una certidumbre i una aventura.

De ahí las inconsecuencias, los olvidos, las apostasías con que nos codeamos a cada paso en la vida política. Desde que se llega al buen suceso, se camina para atras. Las conciencias honradas se indignan, protestan, se revelan. En vano. La borrasca pasa pronto i el hecho consumado sigue adelante.

II

¿Por cuál de aquellos dos caminos ha llegado el señor Blest Gana a la celebridad?

Es lo que va a revelarnos el estudio de su vida, de su carácter, de su obra.

III

El señor Blest Gana pertenece a una familia de hombres de talento. El mismo es un hombre de talento. Esto le permitió contar desde temprano con altas protecciones, pues le dió facilidades para hacerse lado entre las notabilidades de la intelijencia i de la política. I despues, su obsequiosidad, su lisonja bien colocada, su correccion de ideas, su ortodojía de creencias, su respeto a las supersticiones en mayoría le ayudaban poderosamente a abrirse paso i a hacerse crédito. Donde quiera que habia brillo, estrépito, probabilidades de notoriedad, no era difícil dar con él, asíduo comensal de las alturas.

Bien jóven todavía entraba en las letras con un

estudio sobre la novela, al que dió la hospitalidad de sus pájinas la *Revista de Santiago*, que era el cenáculo de nuestros literatos. Lastarria presidia, Bello, Irisarri, Gonzalez, Valdez cooperaban al buen suceso de la publicacion. Escribir en la *Revista de Santiago* era, en aquel entónces, estábamos en el año de 1848, tener ya un jiron de auréola. El señor Blest Gana tuvo su jiron. Fué una esperanza.

IV

Pero las letras no le sedujeron. Eso era poco positivo, poco práctico para un buscador de fortuna. Queria tener un pié en las letras, ser bastante escritor para que se le juzgase hombre de intelijencia i de instruccion, mas no comprometerse en ellas hasta correr el riesgo de que se le consagrase esclusivamente escritor.

No se afrontan de buena gana los Códigos, los doctores de la lei, las importunidades del cliente, del receptor, del alegato chicanero sobre esos pequeños nadas, que son de ordinario el oríjen de los grandes litijios, cuando se ha adquirido esa independencia del espíritu que lo levanta a las fuertes concepciones, a las elevadas meditaciones de la ciencia, del arte, del bien, de lo bello, de lo grande. Entónces, encerrar la intelijencia en la mecánica jurídica, vale tanto como enjaular un águila. Los litigantes, que lo sospechan, si no lo saben, se guardan de ir a golpear a la puerta del abogado literato. Temen que persiguiendo una frase, olvideuna ei.

Entendemos que al señor Blest Gana, observador persistente de nuestro carácter, no ha de habérsele escapado ese rasgo importante de él. Aunque frecuentaba siempre los cenáculos literarios, solo se ha hecho leer mui de tarde en tarde.

Ha sido ante todo abogado.

En 1859, hacia por un momento a un lado sus espedientes i publicaba en la *Semana* un artículo de crítica sobre las poesías de don Guillermo Matta. Entre cortesías, sonrisas, caricias, alabanzas, homenajes, admiraciones, palabras de miel, hai en ese artículo mas de un grano de acíbar i mas de una espina, hai casi un alerta contra la escuela literaria del poeta. El señor Blest Gana fulminaba las libertades i los atrevimientos de la escuela francesa de donde venia buena parte de las viriles inspiraciones de aquel libro estraño, audaz, que iniciaba toda una renovacion literaria. El poeta decia lo que sentia, creia, pensaba. El artículo del crítico hacia en literatura coalicion liberal-conservadora. Corria el año de 1859.

La última aparicion del escritor remonta al año de 1860. Fué la lectura de algunos fragmentos de sus impresiones de viaje al Ecuador, que visitó en 1855 como secretario de la legacion de Chile, de que el jeneral Gana era jefe. Porque el señor Blest Gana, hoi enemigo irreconciliable del gobierno Montt, ha sido en las buenas horas de ese gobierno uno de sus funcionarios, de sus diplomáticos, de sus camaradas.

Hai en esas impresiones de viaje mas de una pájina interesante. No hicieron fortuna sin embargo.

V

El estilo del señor Blest Gana es animado, correcto, claro, fácil, pero cae con frecuencia en afectaciones que empañan esas buenas cualidades. Se recrea en las amplitudes, las difusiones, los amaneramientos de espresion tan comunes en los escritores peninsulares, siempre de riña con la brevedad i la concision; sin las cuales no hai frase sobria, cortante, aguzada, repentina, gráfica. Pueden hallar la majestad, nunca hallarán la lijereza.

La frase del señor Blest Gana camina a compás, prendida, estirada, almibarada, llena de alfileres, siempre temerosa de descomponer su tocado, víctima de sus aderezos. Esto la hace mas afectada que elegante. Carece de los descuidos de las grandes maneras. De ahí que en ella nada salta, brilla, es un estrépito, un atrevimiento o una novedad. Suele alcanzar cierta grandilocuencia que golpea el oido, pero no cautiva. Nunca se precisa. Parece que el escritor no tiene ideas o teme tenerlas.

Una timidez idéntica se advierte en el orador; porque el señor Blest Gana es uno de los oradores de primera fila del peloton gubernativo de la Cámara de 1870, como lo fué tambien de la mayoría de 1867. Verdadero ministro de la palabra durante el ministerio Errázuriz, lo habia sido ya un poco todavía durante el ministerio Covarrúbias.

Quizás eso decidió su elevacion, que fué toda una sorpresa.

VI

Llegó al ministerio en setiembre de 1866.

El jeneral Pinto dejaba la cartera de guerra que se apresuraba a tomar el señor Errázuriz, ministro de justicia. Era indispensable mantener la homojeneidad ministerial para llevar a buen fin los planes que 1867 vino a revelarnos. En consecuencia, se necesitaba un ministro que fuese una adhesion. Se encontró ese ministro en el señor Blest Gana, que desde 1864 venia dando sus pruebas de ministerialismo crónico.

Se elijió bien. El señor Blest Gana se puso a las órdenes de sus colegas.

Cuando las maniobras de la política gubernativa se pusieron en transpariencia, declaró, en plena Cámara, que todo aquello le parecia admirable i que reclamaba el derecho de reivindicar su parte de honra i de responsabilidad. Su abnegacion, abnegacion de héroe con vencidos, no era sino abnegacion de cortesano con vencedores.

Pero el señor Blest Gana adora en todo lo que es fuerza, poder, fortuna.

Fué de los últimos que en 1858 se divorciaron de la política de desventura del gobierno Montt.

Entónces entró en la oposicion inofensiva, pero quizás miraba todavía hácia el palacio, como los musulmanes miran hácia la Meca al separarse de ella despues de sus peregrinaciones. Las victorias de ese gobierno contra la revolucion debieron ser para él horas difíciles.

Al verle servir hoi a sus adversarios con un celo infatigable, en que no solo hai disciplina i voz de órden, sino tambien cólera, inclemencia, odio, quién sabe si no toma el desquite de sus angustias de opositor.

No tiene ninguna persecucion que vengar, pues nadie molestó en 1859 al antiguo camarada ni al antiguo funcionario.

Pero el señor Blest Gana es sobre todo hombre de consigna. Durante su largo ministerio ha servido a todas las políticas que se han sucedido en el gobierno. Ha hecho duo al ministro Errázuriz i al ministro Reyes cuando desafiaban a la opinion, i ha hecho duo, en seguida, al ministro Amunátegui, que la abrumaba a caricias. Con el ministro Errázuriz dió aire a la acusacion, al proceso, a la ruina de los majistrados de la Corte Suprema. Fué el primero de los ministros que entró contra ellos en el fuego. Viene el ministro Amunátegui, i héle ahí neutralizado. Entra a hacer política de apaciguamiento. Su corazon estaba con los perseguidores; pero, como para el centinela es ante todo su consigna, para él ha sido ante todo su cartera. Es el político del viento que sopla, de la idea que domina, del hombre que impone. Ni pone ni quita rei. El rei ha muerto! Pues viva el rei!

VII

El señor Blest Gana está condenado a ser siempre hombre de segunda fila, pues nunca se atreverá a batirse por su cuenta. Su posicion independiente i sus cualidades de orador habrian tentado

a cualquiera otro. A él nó. Ha hecho séquito a los hombres que subian o que estaban ya en los umbrales de la prosperidad. No hai una siquiera de nuestras notabilidades políticas a cuya puerta no haya golpeado o cuyo salon no haya frecuentado. Es el amigo de los afortunados.

Oidle en la Cámara. Ministro o simple diputado, siempre sirve a álguien. Por eso, sus camaradas le escuchan con atencion, le aplauden, le ayudan, pero no le hacen séquito. Nadie, sin embargo, ha puesto en su fila ni mas astucia, ni mas audacia, ni mas desenfado a veces para sostener causas perdidas, doctrinas impopulares o doctrinas enormes.

Hai en el señor Blest Gana una palabra, no una conviccion, un propósito, una idea, un hombre. De ahí que se busque su ayuda i no se siga su inspiracion, ni nadie se preocupe de conocerla. Se le rodea como teniente. Nunca se le aceptará como jefe.

I se tendrá razon.

VIII

El señor Blest Gana no es sino un hombre político que sabe hablar. Como funcionario administrativo, nunca se hizo notar. Como ministro, su paso por los negocios no ha dejado recuerdos considerables. Ocupado de hablar, se ha olvidado de administrar.

Es un orador.

Como orador vale ménos de lo que creen sus amigos i un poco mas de lo que juzgan sus adversarios. Nunca ha hecho un gran discurso, pero

ha hecho muchos discursos. Su locuacidad es inagotable.

Un periodista yankee decia: "No he escrito en mi vida sino un artículo." Algo parecido podria decir el señor Blest Gana. Es un orador sin variedad. Ya el dia esté sereno o ya lluvioso, es siempre el mismo. No tiene ni brazos de atleta ni garras de tigre. Cuando mas tiene la uña del gato, su refunfuño i su cólera preñada de agresiones, pero no de espantos. En compensacion, posee la movilidad de la ardilla. Ofusca, fatiga, desorienta al adversario afirmando i negando, admitiendo i combatiendo alternativamente sus opiniones. En ocasiones no se llega a asir su verdadera opinion. Se la presiente mas que se la conoce.

Es ante todo un abogado. No hai espontaneidad en su ademan ni hai en su palabra fuego, chispa, llama, pasion. Su argumentacion se escurre mas que anda, halla sorpresas i halla lazos, nunca golpes valientes i a cara descubierta.

En sus primeros tiempos el señor Blest Gana era un ministerial orador que sabia encontrar siempre elocuentes o bien pensados los discursos que venian de los sillones del ministerio. Siempre tomaba la iniciativa de las autorizaciones.

Pero tuvo dos momentos que merecen serle contados. Se aventuró a sostener la impunidad legal de la prensa, i se atrevió a sostener todavía la supresion de los consejos de guerra como tribunales políticos.

Fuera de esos dos cuartos de hora, ha seguido la corriente de las ideas en mayoría.

IX

El señor Blest Gana, ménos abogado i mas orador, ménos hombre positivo i mas hombre de convicciones, si no habria andado tan rápidamente su camino, lo habria andado indudablemente con mas provecho para su celebridad i para su pais. Pero creyente i hasta timorato en relijion, es un incrédulo i un audaz en política. Los fantasmas le espantan. La opinion parece que no turba su sueño.

Hoi ya no es ministro, es codificador. Se le ha armado jurisconsulto por decreto.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON ANICETO VERGARA ALBANO

I

El señor Vergara Albano ha nacido para hablar. Podria decir, como decia M. Berryer a la gran señora del arrabal San Jerman, cuando le pedia que escribiese un folleto sobre todas las cosas admirables que acababa de espresar en una de esas charlas encantadoras, de que solo el grande orador tenia el secreto:—Señora, me duele no complaceros. Desgraciadamente, no sé leer ni escribir, solo sé hablar.

El señor Vergara Albano habla como el viento sopla, el agua corre, el pájaro trina. Es un improvisador, a veces estraordinario. Dadle una idea, hasta una punta de idea, i os hará un discurso, sin necesidad de concentrarse un solo instante. Seria mui capaz de pronunciar en un solo dia un largo alegato en el tribunal, un discurso considerable en la Cámara, i de encontrar todavía voluntad, pul-

mon i fuerzas para charlar a sus anchas en la intimidad del salon. Es un charlador infatigable; no es un erudito, ni un encantador.

Sus alumbramientos no tienen angustias. La palabra se escapa de entre sus labios sin vacilacion ni indisciplina; clara, ordenada, natural. El argumento puede ser flojo, pero la forma es siempre abundante. Faltará la pasion, el estallido, la chispa, la frase gráfica, esa frase que se graba en todas las memorias i se hace lejendaria; nunca la corriente inagotable, en que hai observacion oportuna, golpe feliz, argumento concluyente. Con mas arte, el señor Vergara Albano encontraria incontestables victorias de tribuna. Entónces se moderaria su abundancia, se precisaria su espresion un poco desleida, i su compostura de abogado tomaria la soltura de buen tono del orador parlamentario. El abogado seria barrido por el hombre político. Su estilo adquiriria mas relieve, mas brillo i mas novedad. Ya no seria la naturaleza un poco abrupta con sus ángulos estravagantes, sus disonancias, sus asperezas, sus boscosidades, sus intemperancias de follaje, en que hai lujo de abundancia i no lujo de líneas artísticas. Entónces seria la naturaleza enfrenada i vigorizada por el arte. Hoi es un poco todavía la naturaleza entregada a sus espontaneidades.

El señor Vergara Albano ha andado en los códigos i en los jurisconsultos; pero no ha andado bastante en los retóricos, en los publicistas, ni en los luchadores de la tribuna política. Falta a su manera un no sé qué del lenguaje de los negocios

i de la perspicacia del hombre de Estado. Como la mayoría de nuestros políticos, se ha lanzado en las luchas de la cosa pública sin fuertes estudios especiales.

Pero todo eso va viniendo. El orador de 1870 es mui superior al orador de 1864. Los intrépidos conscriptos de la república francesa conquistaron zapatos i gloria batiéndose. El señor Vergara Albano hace un poco como ellos.

II

Apénas entró en el foro, se hizo notar por su facilidad de palabra. Esto le trajo pronto, ayudando los buenos protectores, una celebridad i una cómoda situacion.

Enrolado, como la mayoría de la juventud que iba entrando en la vida, de 1851 a 1858, en las filas de la oposicion, perteneció al cenáculo del señor Santa-María, i es uno de los pocos que han quedado fieles a sus primeras preferencias. Pero, en aquella época su oposicion era solo simpatía. Ni luchó en la prensa, ni luchó en la tribuna, ni frecuentó los conciliábulos; no fué conspirador ni revolucionario.

III

Entró en la política solo en 1864. El señor Santa-María era entónces ministro i el señor Vergara Albano era elejido diputado.

Aunque formando en las filas de la mayoría parlamentaria, mantuvo siempre una actitud indepen-

diente. Era un satisfecho, pero no un servidor ciego.

Creyendo en la sinceridad reformadora de la nueva Cámara, presentó un proyecto de lei sobre elecciones, que duerme el sueño de la eternidad en el osario de la secretaría.

IV

Declarada la necesidad de la reforma constitucional por la Cámara de 1865, el señor Vergara Albano tomó una parte activa en los debates que debian fijar el alcance de esa reforma.

El señor Vergara Albano manifestó entónces creer en los delitos de prensa, en el jurado, en las preocupaciones recibidas sobre la prensa. Piensa sí que debe tratarse a los diaristas con la misma clemente circunspeccion que Montesquieu aconsejaba para con los hechiceros.

Pero, ¿que es, en buena realidad, ese imajinario delito de opinion? Es negar o afirmar en un momento dado algo desagradable al mas fuerte. Por eso, lo que hoi es delito, mañana es heroismo; i lo que hoi lleva al banco de los acusados, lleva mañana a la celebridad, a la fortuna, a la gloria. I despues, ¿qué delito es ese i qué penalidad es esa que en lugar de mancillar al delincuente convierten su banco de reo en un pedestal, casi en un trono, i hacen de su condenacion una auréola? Por mas que la conciencia legal afirme el delito de opinion, la conciencia pública lo niega. En estos casos la conciencia pública es infalibilidad, dogma, sentencia sin apelacion. Cuando ella no refrenda las mancillas

de la lei, no hai mancilla, ni escarmiento, ni ejemplo, ni venganza pública.

¿Cómo no lo ha visto el señor Vergara Albano?

Pero si el señor Vergara Albano no lo ha visto ayer, lo verá bien pronto, porque es un hombre que marcha. Para tales hombres cada dia es una verdad que irradia i un error que se disipa.

Si en los debates de la reforma no estuvo con los radicales, tampoco estuvo enteramente con la mayoría de los tímidos, los prácticos, o con mas exactitud, los calculadores.

Tomó una actitud intermedia. Era un reformador sincero embarazado por sus amistades.

V

Llega la guerra con España. Necesitamos aliados. Conviene que Bolivia sea uno de esos aliados. Pero una cuestion de límites nos tiene con ella en entredicho.

Se llama al señor Vergara Albano para que vaya a borrar el entredicho i a conquistar su alianza.

El señor Vergara Albano alcanza un rápido buen suceso. Habria podido decir como César: Llegué, ví, vencí. El enemigo de la víspera se convierte en un ardiente amigo del dia siguiente. El entredicho desaparece, la eterna cuestion de límites se arregla, la alianza se consuma. El señor Vergara Albano parecia algo mas que un diplomático, parecia un encantador. Era cuando ménos un afortunado. El gobierno de Bolivia le abruma a homenajes. El dictador boliviano le hace su favorito, su confidente, su consejero.

VI

El jóven diplomático, ufano con el resultado de su mision, vuelve a su pais, donde solo encuentra frialdad de parte del gobierno. Miéntras la opinion le aplaude con su desgano habitual, el palacio le hostiliza. Casi a las mismas horas en que Bolivia le decreta uno de sus grandes ciudadanos i le acredita su ministro en Chile, nuestro gobierno combate su candidatura en las elecciones de 1867 i le deja a la puerta de la Cámara de diputados.

Nada mas natural. Era un funcionario que habia servido bien. I despues, pertenecia al peloton del señor Santa-María, que convenia dispersar.

VII

Pero los electores de Talca acaban de responder a las hostilidades del gobierno de 1867, elijiéndole uno de sus mandatarios al Congreso Constituyente, donde ha ido a sentarse en los bancos de la minoría.

Su oposicion es franca i resuelta, aunque su bandera política sea todavía un poco indefinida.

Marcha en la vanguardia i ha sido de los primeros que ha entrado en el fuego. Ese era su deber, pues pertenece a los combatientes de refresco.

Ha tomado parte en todas las cuestiones considerables que se han debatido hasta hoi, pronunciando discursos notables como recursos de controversia i como lójica. Se nota que ya es mas dueño de su palabra i de su propósito. Es un improvisador

que estudia, medita i halla buen grano en las espigas de su campo.

El señor Vergara Albano marcará su huella si tiene perseverancia i sóbre todo paciencia para no sacrificar las buenas victorias a las pequeñas fortunas, que son la eterna tentacion de la vida política.

Hoi es un orador liberal. Puede llegar a ser i deseamos que sea un obrero de libertad.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON MIGUEL CRUCHAGA

I

La moderacion es una fuerza cuando es fruto espontáneo del carácter i de la intelijencia, i no un resultado de las molicies de la conviccion o de los egoismos de la incredulidad. La buena moderacion comunica autoridad a la palabra, eficacia a la accion, pues acierta a vencer las resistencias por la simpatía. Lucha i no cede, pero no hiere. Si esto no la liberta de adversarios tenaces, la liberta sí de esos adversarios implacables que levantan cóleras, furores, borrascas en derredor de las opiniones contrarias. La moderacion arrebata su oportunidad a tales estallidos. Sabe respetar i hacerse respetar.

De ahí su fuerza. Tiene la fortuna de hacerse escuchar. Si está bien escribir i hablar para los camaradas, es mucho mejor escribir i hablar tambien para los adversarios. La moderacion lo alcanza con frecuencia sino siempre.

La interesante fisonomía que tenemos delante de nosotros, es una prueba del poder de la moderacion.

El señor Cruchaga es una moderacion. Esto ha hecho que se le estime en todos los campos i que, mui jóven todavía, haya encontrado una importancia política que pocos conquistan aun despues de rudas jornadas.

II

El señor Cruchaga cuenta apénas treinta años, i ya ha sido dos veces diputado. El hombre de intelijencia, de estudio, de ciencia no ha ido ménos de prisa que el hombre político. El señor Cruchaga tiene la celebridad del abogado, del orador, del escritor, del economista.

Esto es aprovechar bien el tiempo. Algo mas todavía. Todo lo debe a sus propios esfuerzos. Es un afortunado hijo de sus obras.

Espíritu serio, investigador, activo, práctico, el señor Cruchaga ya se hacia distinguir en las aulas por su inclinacion a las letras i a los estudios económicos. Su hogar de estudiante se convertía periódicamente en cenáculo literario. Ahí iban a confraternizar todas las jóvenes intelijencias que, como la suya, se preparaban a la batalla de la vida en la ciencia, en el foro, en la política.

III

En 1856 se le llamaba a las funciones administrativas. Nombrado en ese año oficial ausiliar del

ministerio de hacienda, llegaba en ese mismo año a oficial de número. Un año despues, en 1857, se le nombraba jefe de seccion.

Fué, sin duda, en este puesto donde concibió i dió principio a una historia sobre la hacienda de Chile bajo el coloniaje, trabajo inédito, del que solo conocemos algunos fragmentos que revelan un investigador i un erudito.

A poco andar, el señor Cruchaga, aunque simple jefe de seccion, se hacia el alma del ministerio de hacienda. Los trabajos mas considerables de su época se deben a su intelijente i activa cooperacion.

Pero las funciones administrativas no le sedujeron. No hai ahí horizontes para un espíritu independiente.

Abogado en 1860, dejaba el ministerio al año siguiente i se consagraba a su nueva profesion, que le traia pronto una situacion independiente, que hoi es ya una fortuna considerable.

Pero si el señor Cruchaga se alejaba de los empleos, los empleos no querian alejarse de él. Algunos años mas tarde se le entregaba la cátedra de economía política, que ha servido hasta hace pocos meses con una intelijencia notable.

El señor Cruchaga es un economista de la escuela liberal. Ordenando sus estudios i sus lecciones de profesor, ha publicado un tratado de economía política, que es un libro considerable. Se manifiesta en él escritor i hombre de ciencia. Su estilo es claro, fácil, rápido, abundante i sabe escapar

casi siempre con felicidad a las arideces de las esposiciones científicas.

IV

La vida política del señor Cruchaga principia en 1864. Diputado en ese año por el departamento de Talca, formó en las filas de la minoría parlamentaria. Aunque en el grupo nacional, era un político sin compromisos con el pasado.

Su oposicion fué moderada i cortes. De ordinario no dejó oir su palabra sino en los debates sobre la hacienda pública, en que mostró que habia hecho con provecho su jornada de funcionario. Andaba sin tropiezos en el laberinto de las cuentas oficiales.

Aunque abordando cuestiones sin atractivo, su palabra insinuante, su diccion correcta, el método i la claridad de su esposicion despertaban el interes i fijaban las atenciones. El hombre de ciencia era bien servido por el hombre del arte, por el orador.

Teníamos al frente del ministerio de hacienda al señor Reyes. Encontró en el señor Cruchaga un vigoroso adversario.

Nada tan curioso como el contraste que ofrecia la petulancia, la bisoñada, el orgullo exacerbado del ministro con la modestia, la esperiencia, la calma del jóven diputado. El ministro se encabrita, bufa, estalla, va hasta lanzarse en alusiones personales que eran una grotesca niñería. El diputado no pierde su flema desesperante ni cuando se pre-

tende que no puede atacar al ministerio, desde que es un funcionario. El señor Cruchaga era ya profesor. No dió otra respuesta a esa doctrina estravagante que la inmediata presentacion de su renuncia, que se tuvo el buen sentido de no admitir.

V

Estábamos en el año de 1865.

En medio de esos debates vinieron a llamar a nuestra puerta las complicaciones esteriores. Debates políticos i debates financieros quedaron relegados al olvido. El ministro Reyes entró en la amnistía del entusiasmo.

La situacion creada por la guerra dió motivo a otro jénero de debates financieros, en que el señor Cruchaga tomó tambien parte, contribuyendo a aclarar muchas oscuridades, a disipar muchos espantos i a hacer consumar mas de una buena medida.

En la renovacion lejislativa de 1867, crudamente hostilizado por el gobierno, tuvo el honor de contarse entre los vencidos. Los acontecimientos esplican bien su proscripcion. Su palabra habria contribuido poderosamente a desenmarañar el embrollo financiero, cuando se queria ante todo apagar la linterna de la fiscalizacion.

VI

Aunque no ménos tenazmente combatido en 1870, ha alcanzado una doble victoria. Petorca i

Curicó le han hecho uno de sus mandatarios al Congreso Constituyente.

Con motivo de la primera de esas elecciones, ya validada por la Cámara, ha pronunciado discursos que han tenido un eco considerable i un peso decisivo en la asamblea i en el pais.

Se conoce que el orador de 1864 no ha perdido su tiempo de proscripcion de la tribuna parlamenria. Se ha perfeccionado. Su voz suave i arjentina, su palabra fácil e insinuante, su método claro, preciso, firme han adquirido ya el aplomo del verdadero orador. Espone con amenidad, observa con perspicacia, sabe encontrar siempre la palabra oportuna, la reflexion decisiva, el argumento poderoso. Tiene con frecuencia, no una lójica de fierro, —es demasiado amable para eso,—sino una lójica de acero. Hai en su argumentacion almohadones de plumas i lazos de seda de que sus adversarios no se desembarazan fácilmente. El orador no busca la vehemencia que arrastra, impresiona, sacude. Busca i encuentra la persuasion que seduce i la conviccion que penetra. Se complace en el azul de la calma. Pero no hai que fiar: sabrá encontrar el rayo cuando lo necesite. Los adversarios escuchan. Los amigos aplauden.

VII

Político en cuartel durante su alejamiento de la Cámara, el señor Cruchaga es uno de los que ha vuelto a la accion con una actividad mas infatigable. Ha puesto al servicio de sus ideas intelijencia, tiempo i fortuna. Para hallar la plenitud de su in-

dependencia, acaba de renunciar su cátedra de economía política.

Tratando de dar cohesion a ciertos elementos políticos dispersos i fluctuantes, ha fundado un diario, el *Progreso*, que se bate en la vanguardia i es un tirador resuelto en servicio de la libertad i la reforma.

El señor Cruchaga irá adelante. Cuando se tiene su intelijencia, su actividad, su estrella, su independencia de posicion, su rectitud de carácter, una existencia sin sombras, no hai sino buenos presajios en el horizonte. Tales hombres son de esos de quienes dice Víctor Hugo que no mueren sin haber escrito,—hemos vivido!

Que sacuda ciertas timideces, que entre resueltamente en la lójica de la libertad, i su influencia en la política de su pais será considerable i gloriosa.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON ISIDORO ERRAZURIZ

I

El espíritu del señor Errázuriz tiene la múltiple irradiacion del poeta, del diarista, del orador. Pero esa irradiacion no es tanto luz que ilumina, cuanto fuego que abrasa. No es la claridad de la antorcha, que se complace en la calma del ambiente, i que las ráfagas del viento combaten, doblegan, eclipsan, i a veces matan. Es el resplandor de la hoguera, que el soplo del huracan atiza i fomenta, i que, cuando cesa de soplar el huracan, mengua, palidece, se oculta bajo una capa de cenizas.

Su actividad intelectual es despertada siempre por la conmocion de sus sentimientos. Su alma no adquiere la plenitud de su poder sino en medio del movimiento i ajitacion de las pasiones. El mismo se ha retratado en estas estrofas escritas *en el mar*:

El viento de la tarde hincha las velas.
Como un corcel ardiente,
Entre la blanca espuma hunde la frente
I corre el barco por la inmensa mar.

I las olas se encrespan, i bramando,
Azotan nuestra nave;
Pero lijera aquella como el ave
Sacude el ala i sigue sin pavor.

Amo esta vida, eterno movimiento,
Ajitacion constante,
Imájen poderosa i palpitante
De las olas del mar del corazon.

Cuando cesa la ajitacion, cuando se paraliza el movimiento, el espíritu del señor Errázuriz se adormece bajo una influencia parecida a la que sufren los nervios despues de una excitacion violenta.

Poeta, cantó solamente en aquellas horas de la primera juventud en que la impetuosidad de los afectos corre parejas con su vaguedad e inconstancia.

Diarista, ha encontrado acentos de incomparable enerjía en los momentos supremos de nuestra vida política; pero, cuando esos momentos han pasado, cuando la indiferencia i la distraccion públicas han hecho navegar la nave del Estado por una mar boba, su pluma ha tenido pereza de correr, i una pluma ajena la ha reemplazado a menudo en la redaccion de su propio diario.

Tribuno popular, está siempre dispuesto a alzar su voz en el *meeting*, i no la alza nunca sin electrizar a su auditorio con una palabra que tiene todas

las centellas de la pasion en incandescencia i todas las luces i colores de una opulenta imajinacion.

Hombre de partido, es un ajitador infatigable, un prosélito ardoroso, cuando llega el instante de los combates decisivos.

Pero su voluntad necesita el aguijon de un interes palpitante e inmediato. Su conviccion necesita el estímulo del entusiasmo. Su pluma i su palabra necesitan ser espada, acometer, herir, acosar a un enemigo. Entrar en accion es siempre para él entrar en pelea.

No tiene la adoracion de las teorías i sistemas abstractos, ni el rigorismo del doctrinario. Ese trabajo lento, silencioso, paciente, del sembrador de ideas repugna a su ardiente naturaleza. La gota de agua que perfora la peña, es un ejemplo que no le edifica ni le tienta a la imitacion. Preferirá siempre hacer como Alejandro, cortar los nudos gordianos.

Su organizacion moral se retrata en su brillante cuanto tormentosa existencia.

II

Nacido el 21 de abril de 1835 en el seno de una de las familias mas numerosas i distinguidas de Santiago, comenzó el estudio de las humanidades en el colejio de don José María Nuñez i lo continuó en el Instituto Nacional. Desde sus primeros dias de estudiante, se hizo notar por la precocidad de su intelijencia, por la viveza de su espíritu, por su carácter curioso, indisciplinado i travieso.

El año 1851 fué fecundo de acontecimientos i catástrofes políticas. Entónces el señor Errázuriz no habia llegado todavía a la juventud, pero era ya un adolescente lleno del mas fogoso espíritu de oposicion. Su proselitismo casi infantil le inspiró un artículo de diario que vió la luz en *el Progreso*, i no tardó en acarrearle un decreto de proscripcion de las aulas.

Aquel mismo año era enviado por su familia, bajo la tutela del presbítero señor Larrain Gandarillas, a los Estados Unidos, donde prosiguió sus estudios en un colejio de jesuitas de Georgetown. Al cabo de pocos meses, pudo graduarse de bachiller en artes, pero su permanencia en aquel colejio no le convirtió a las opiniones de sus maestros. Los hijos de Loyola encontraron en él un discípulo tan indócil como el que habian encontrado un siglo ántes en el jóven Arouet.

Al año siguiente se trasladó a Alemania, i despues de haber hecho el aprendizaje del idioma del pais, se incorporó en la Universidad de Göttingue en abril de 1853. Tres años de estudio le bastaron para obtener el grado de doctor.

III

Durante su residencia en la patria de Schiller i Göethe, el señor Errázuriz no se limitó a cultivar las facultades de su entendimiento; cultivó tambien los mas tiernos afectos de su corazon.

En julio de 1856 volvió a Chile graduado de doctor i de novio. Venia a solicitar de la Univer-

sidad el permiso de ejercer entre nosotros la profesion forense, i de sus padres el permiso de casarse en Alemania con una beldad, de alma i cabellos de oro, que habia cautivado su corazon de estudiante.

Fuéle otorgado el segundo de esos permisos, i sin obstinarse mucho en alcanzar el primero, tornó a cruzar los mares en busca de su dulce tesoro.

En 1858 estaba otra vez de vuelta en Chile acompañado de la felicidad en su forma mas hechicera, es decir, de la mujer a quien amaba.

Su corazon habia encontrado el paraiso, pero su intelijencia no habia encontrado todavía un campo de actividad. Abriéronselo la política i el periodismo.

IV

Ya en 1857 habia terciado en una viva polémica que varios jóvenes escritores sostuvieron contra el clero desde las columnas del *Ferrocarril.* En 1858 don Benjamin Vicuña Mackenna compartió con él la redaccion de un periódico político que acababa de fundar con el título de *la Asamblea Constituyente.* Este periódico no tardó en ser el campamento de aquella parte de la oposicion que pretendia la reforma constitucional, a diferencia del resto, que solo pretendia la caida del gobierno.

La atmósfera política estaba cargada de electricidad. El primer rayo con que se desató la tormenta, cayó sobre los redactores de *la Asamblea Constituyente*, que el 12 de diciembre de 1858 fue-

ron arrastrados a la cárcel, al mismo tiempo que su periódico era acusado de sedicion.

Apénas entrado en la vida pública, el señor Errázuriz hubo de probar todas las amarguras de la persecucion política. Despues de haber soportado las penalidades de la prision, no salió de ella sino para ir a soportar en Mendoza las penalidades, mas crueles todavía, de la vida del proscrito.

Escaso de recursos pecuniarios, tuvo que luchar en su destierro con la pobreza, e injeniarse de todos modos para buscar armas con que combatirla. La injusticia de su propia suerte le llevó hasta administrar justicia a nuestros vecinos de Cuyo.

V

Abiertas las puertas de la patria, volvió a ella en 1861, i al año siguiente, tomó un lugar en la redaccion de un diario nuevo, *la Voz de Chile*. Esa situacion le dió los medios de sostener su causa política, pero no los de subvenir a las necesidades de la existencia.

Así es que en 1863 acéptó el puesto de redactor de *el Mercurio*, que le fué ofrecido, i que no desempeñó sino pocos meses. Mal avenido con su editor, concibió luego el propósito de crear en Valparaiso un nuevo diario, i encontró para él eficaces cooperadores. El 1º de agosto de 1863, su propósito era una realidad: ese dia apareció el primer número de la *Patria*, diario que ha sido i es para el señor Errázuriz un buen negocio industrial i el campo de batalla en que ha alcanzado sus mejores victorias de diarista.

Campeon de las ideas liberales, *la Patria* ha hecho una oposicion constante a la política oficial, i una cruda guerra a todos los hombres que ha visto desfilar por las alturas del poder.

VI

Como diarista político, el señor Errázuriz carece de las medias tintas i atenuaciones de la benevolencia. Es un adversario implacable, que posee un singular poder de invectiva, de mofa i de sarcasmo, i que usa de él sin misericordia.

Su estilo corre en turjentes olas, caudaloso, apasionado, pintoresco, inagotable de brillo i colorido. Hai en él una elocuencia, una amplitud i una redondez de formas que traicionan a menudo al orador bajo las apariencias del diarista.

Ya lo hemos dicho, el señor Errázuriz no es un sembrador de ideas, por mas que sea un pensador serio, un talento penetrante i flexible, un espíritu sagaz. Se siente ménos dispuesto a ilustrar i persuadir, que a sacudir i encender los ánimos. Cuando investiga o filosofa, dormita mas a menudo que Homero.

Sus grandes horas de diarista han sido las horas del fervor patriótico, de la indignacion, la ansiedad o el entusiasmo públicos, de la esperanza, del peligro, de la victoria.

En cambio, sus grandes horas de orador político se cuentan por sus discursos pronunciados en reuniones populares. Con una voz de vibraciones poderosas i gratas, de rara uncion i enerjía, sus acen-

tos se levantan siempre con la certidumbre de comunicar a su auditorio los sentimientos que a él mismo le ajitan. Su elocucion fácil, abundante, engalanada con todos los atavíos de una rica fantasía, tiene majia e imperio, gracia i majestad.

VII

Diputado de oposicion en la dualidad electoral de Linares de 1867, hizo una corta aparicion en el Congreso de aquel año, en que su eleccion fué anulada. Encontró, sin embargo, entónces ocasion de probar que tenia bastante talento oratorio para defender su causa política i bastante entereza para castigar con una bofetada, aplicada en plena sala de sesiones, los ultrajes a su dignidad personal.

En el Congreso Constituyente de 1870 el señor Errázuriz representa al departamento de Talca, habiendo sido anulado su mandato de Cauquenes.

Al entrar en el parlamento, el señor Errázuriz ha tenido el cuidado de despojar su elocuencia de una buena parte de los lujosos adornos, de las deslumbrantes joyas con que acostumbra presentarse en el *meeting*. Su elocuencia no se ha empobrecido por eso: se ha transformado solamente, haciéndose parlamentaria.

El brillante orador popular ha sostenido hasta ahora, en los debates lejislativos, el alto prestijio i reputacion de su palabra. No hai acaso todavía bastante táctica en su argumentacion, bastante vigor en su dialéctica; pero eso tardará poco en ve-

nir, i nuestra tribuna parlamentaria contará en el señor Errázuriz una de sus ilustraciones mas considerables.

Adversario de la fusion liberal-conservadora de 1863, miembro del partido radical que acabó de desprenderse de ella, no tiene, sin embargo, la inflexibilidad i el puritauismo de las doctrinas. Cuando vino el movimiento político que dió nacimiento a los Clubs de la Reforma, cooperó a él activamente, i hoi se inclina mas al partido que han creado esas asociaciones. Hombre de accion, ántes que de abstraccion, no sabe llevar en paciencia los escrúpulos, las lentitudes, las sutilezas de la metafísica de partido. Servidor de la causa liberal, preferirá siempre derribar murallas como Josué a promulgar las tablas de la lei como Moises. Es un político de victoria.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON PEDRO LEON GALLO

I

Al comenzar el año 1859, don Pedro Leon Gallo era un jóven rico, modesto, simpático, franco i leal, que amaba i cultivaba las letras i la poesía, i que detestaba el réjimen político dominante. Pero ni sus versos, lanzados tímidamente a la luz pública, le habian dado una notoriedad literaria, ni sus opiniones políticas tenian una historia. Era tan solo un hombre intelijente, un buen ciudadano, un noble carácter.

Al terminar aquel mismo año, los mil ecos de la popularidad hacian resonar su nombre hasta en los últimos rincones de nuestro territorio. Su figura se cernia sobre sus conciudadanos envuelta en el nimbo de la gloria. Sus partidarios le aclamaban héroe, sus enemigos le contemplaban con respeto.

En pocos meses, habia formado un ejército, hecho una ruda campaña, dado, ganado i perdido ba-

tallas, probado las dulzuras de la victoria, los sinsabores de la derrota i de la proscripcion, llevado la palidez al semblante i el espanto al corazon de formidables adversarios, desplegado una firmeza de voluntad, una tenacidad en el propósito, una eficacia de esfuerzos, una grandeza de sacrificios, un denuedo i una abnegacion que levantaban su carácter al nivel de los caractéres mas eminentes.

En pocos meses se habia hecho una alta celebridad, como el minero de su pais natal suele hacerse rico en una hora.

Hermoso privilejio de las grandes accciones; pero tambien,—preciso es decirlo,—triste privilejio del estrépito de las armas, de los sangrientos tumultos de la guerra.

II

Don Pedro Leon Gallo nació en Copiapó el año 1830 i pertenece a una de las familias mas opulentas e influentes de la provincia de Atacama.

Educado en los colejios de Santiago, adquirió una ilustracion jeneral, sin seguir estudios encaminados a darle una profesion lucrativa.

Las letras, especialmente la poesía, cautivaron mui pronto sus aficiones intelectuales. Estudiando con amor a los poetas españoles de la edad de oro, no tardó en sentirse él mismo poeta i esperimentar la tentacion de componer versos.

Compúsolos, realmente, i no malos. Las revistas literarias rejistraron de tarde en tarde poesías suyas, a que no faltaba ni el estro, ni la inventiva, si bien aparecian envueltas en un traje pasado de

moda, cortado por el molde de la elocucion poética del siglo XVI. Sus versos abundan en arcaismos de diccion i de sintáxis; obsérvase sobre todo en ellos el prurito de las trasposiciones. Eso daña considerablemente al brillo de su númen.

La pasion poética del señor Gallo ha sobrevivido a su primera juventud, ha persistido en medio de las vicisitudes, cuidados i atenciones de la política militante. Hoi mismo gusta, de vez en cuando, de verter en el estilo poético de Garcilaso i Herrera sus propias inspiraciones, o las de Víctor Hugo, su poeta favorito.

Esa marcada aficion es un reflejo de su carácter, en que el sentimiento i el entusiasmo ocupan un gran espacio. Su alma tiene todos los apetitos de la gloria. Hai en ella mas de un parecido con el paladin trovador de la edad media.

III

El señor Gallo era apénas un jóven cuando sobrevino el motin militar del 20 de abril de 1851. Oficial de la guardia nacional de Santiago, concurrió a combatir a los amotinados.

Su familia figuraba, a la sazon, en el partido que debia mui luego llevar al señor Montt a la presidencia de la República. En los primeros años del gobierno de 1851 la familia Gallo continuó prestándole su cooperacion, pero se encontraba alejado de él cuando el viento de oposicion comenzó, en 1858, a soplar con violencia i amenazar borrasca.

Uno de los focos mas activos de oposicion fué la provincia de Atacama.

IV

El 12 de diciembre de 1858 se declaraba a Santiago en estado de sitio i se aprisionaba a los redactores de *la Asamblea Constituyente*, entre quienes contaba don A. Custodio Gallo. El 5 de enero de 1859, el pueblo de Copiapó, secundado por la fuerza pública que habia en su seno, se levantaba en armas contra el gobierno, proclamando la necesidad de una *Asamblea Constituyente.*

Don Pedro Leon Gallo fué elejido caudillo de aquella sublevacion, que obedecia a un plan combinado por los corifeos de la oposicion de Santiago. Pero semejante plan quedó sin ejecucion en su mayor parte, i los sublevados de Copiapó se sintieron bien pronto aislados en el norte, miéntras que, en el sur, la revolucion languidecia encerrada en Talca i era desacreditada por las correrías i estorsiones sin fruto de las montoneras.

Bajo tales condiciones la sublevacion del norte se puso en marcha al sur conducida por su enérjico jefe i por un ejército improvisado, escaso de fuerzas, de disciplina, de armamento, pero abundante de ese ardor, de esa fortaleza de ánimo, de esa sufrida constancia que distinguen a los hombres de nuestros grandes centros mineros.

Despues de una larga i penosa travesía, el bisoño ejército del señor Gallo se encontró frente a frente de los batallones de veteranos que el gobierno habia enviado a su encuentro. El choque tuvo lugar en la quebrada de los Loros, i los batallones de

veteranos fueron puestos en fuga por los reclutas de Copiapó.

V

Aquella inesperada victoria consternó al gobierno, pero no regocijó a todos los miembros de la oposicion. Los conservadores i los ambiciosos que habian fomentado la revolucion en odio a los hombres, i nó a los principios, de la política reinante, comenzaron a mirar con miedo i con celos las prosperidades de las armas *constituyentes*. Divisaban allí a un innovador político, divisaban allí tambien a un rival temible.

Por eso, en vez de llevar al señor Gallo una asistencia eficaz, le dejaron abandonado a sus escasos recursos para prepararse a recibir al nuevo i mas numeroso ejército que el gobierno enviaba contra los escasos tercios de Copiapó, acampados en la Serena.

Ni la actividad, firmeza i abnegacion del señor Gallo, que aventuró en la partida no solo su existencia sino tambien su fortuna; ni el ardor i denuedo de sus soldados, ni el concurso que les prestó la provincia de Coquimbo, pudieron evitar que el ejército del jeneral Vidaurre tronchase, en la batalla de Cerro Grande, las últimas esperanzas de la revolucion.

VI

El señor Gallo tomó el camino del destierro con el alma contristada por la derrota, pero segura de

haber cumplido dignamente los rudos deberes de su situacion. Miéntras él se alejaba de la patria, su nombre circulaba por ella en alas del prestijio i del aplauso.

Fué a esperar en Europa el momento de volver a Chile.

La presidencia del señor Perez se lo trajo al cabo de dos años. Vuelto al pais, fijó su residencia en Copiapó, sin desempeñar un papel activo en la escena pública hasta la eleccion presidencial de 1866.

Entónces el partido radical, que él habia contribuido poderosamente a hacer surjir, le elijió por su candidato a la presidencia de la república. Candidatura platónica, candidatura de protesta contra la política oficial.

VII

Al año siguiente, el departamento de Copiapó le envió, en compañía de don Manuel A. Matta, a los bancos del Congreso.

El señor Gallo no es un orador parlamentario, aunque ha pronunciado mas de un discurso interesante i suele tener arranques felices.

En aquel carácter lleno al mismo tiempo de impetuosidad i de modestia, inflexible, tenaz, propenso a los estallidos de la indignacion i de la cólera, hai una temperatura a veces demasiado alta, a veces demasiado baja para la libre respiracion de la elocuencia del parlamento. Cuando habla sin ser ajitado por un sentimiento vivo, su palabra es pálida, poco segura, sin rapidez ni encadenamiento. Cuando, por el contrario, siente el estímulo de la

pasion, su espíritu se exalta fácilmente, su voz se hace trueno, su palabra quema i devasta, su discurso se convierte en deshecha tormenta.

Por lo demas, el señor Gallo estudia i penetra todas las cuestiones, da siempre votos perfectamente ilustrados i pone un celo poco frecuente en servicio de su mandato i de la causa pública.

Despues de una campaña electoral tan encarnizada como gloriosa para los vencedores, el departamento de Copiapó ha vuelto a dar su representacion popular al señor Gallo, que hoi ocupa, en su nombre, un asiento en el Congreso Constituyente.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON VICENTE SANFUENTES

I

Hai en la celebridad del señor Sanfuentes algo de súbito como el estallido de una bomba. Un dia ántes de ser el blanco de todas las miradas, nadie habria sospechado que tal hombre llegaria a fijar la atencion pública, a conmover el pais, a suscitar grandes debates, a ser todo un removedor de cóleras i de espíritus.

Abogado sin pleitos, político sin ilustracion, hombre sin maneras, hablador incorrecto, vulgar, maltraido, brusco, su vida corrió hasta 1868 en una casi completa oscuridad. No se sabia bien por qué habia llegado a la Cámara de diputados. Se veia en su mandato lejislativo un capricho de la intervencion oficial.

Aunque diputado desde 1864, rara vez tomaba la palabra i votaba invariablemente con el ministerio.

La primera vez que le oimos, fué en 1867. Esta-

ba en debate la libertad de la prensa. El señor Sanfuentes sostuvo su impunidad legal. Como habia visto siempre castigado al débil, comprendia que toda lei de imprenta no es sino lei de vencedor contra vencido.

II

Toda la vida pública del señor Sanfuentes se encierra en su acusacion a los majistrados de la Corte Suprema. No ha sido nada ántes de esa hora, ni es hoi nada despues de esa hora. Su celebridad es un poco la de Eróstrato. Si no ha quemado como él el templo de Diana, ha procurado hacer saltar a un tribunal.

Es imposible llevar el encarnizamiento contra un adversario mas allá de lo que llevó el suyo el señor Sanfuentes contra los majistrados del alto tribunal. Era un frenético, un poseido, un energúmeno. Su palabra caia en las últimas intemperancias de la injuria. Era una orjía de difamacion. Aquello irritaba i entristecia.

Nadie habrá olvidado todavía las eternas arengas del acusador, en que se entraba a saco en la lei, en la lójica, en el buen sentido, en la buena fe, en la urbanidad. I habia quienes le aplaudieran i le alentaran! La cólera de partido tiene estrañas inspiraciones.

III

Despues de su cuarto de hora de acusador, el señor Sanfuentes ha vuelto a su insignificancia. Pugna todavía por aparecer, habla con frecuencia, pero

su palabra no tiene autoridad. Puede ser que vuelva a echarse mano de él como de una máquina de guerra. Es un verdadero maton de la tribuna parlamentaria.

IV

Indudablemente hai en el espíritu del señor Sanfuentes ciertos instintos liberales i hasta ciertos arranques de buen sentido. Pero todo eso se nubla, desaparece bajo una masa informe de incoherencias, de estallidos, de pasiones intemperantes, de testarudeces ciegas, de manías estravagantes, de pretensiones grotescas. Tiene una estraña volubilidad cerebral. Rie i se encoleriza, lanza una carcajada i lanza un rujido, encuentra una broma i encuentra una injuria casi sin transicion. Aquello es vulgar, chocarrero, increible, pintarrajeado, polichinelezco. El orador dice cuanto se le ocurre sin método, sin hilacion, sin compostura, sin respeto por su auditorio i hasta sin respeto por sí mismo. Llama a este aluvion tener el valor de decir la verdad.

Esto ha hecho del señor Sanfuentes todo un orijinal que, en buena justicia, no honra nuestra tribuna parlamentaria ni la circunspeccion de sus debates. Hai en su oratoria un saineton en permanencia. Cada vez que el señor Sanfuentes toma la palabra, ya el auditorio se prepara a reir.

No hai en él sino un humorista ignorante. Ni sospecha siquiera el arte.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON ANTONIO VARAS

I

La vida política del señor Varas está estrechamente enlazada con un largo período de nuestra historia contemporánea. Lo está tambien con la vida de otro hombre de Estado que, durante diez años, desplegó desde la presidencia de Chile la intelijencia mas eminente i la voluntad mas poderosa que hasta hoi han presidido al gobierno de la república.

Al lado del señor Montt, el señor Varas gobernó por mucho tiempo a nuestro pais. En union del señor Montt, el señor Varas dió existencia i nombre a un partido que sobrevive a la desaparicion de su predominio; partido falanje, disciplinado i compacto, profundamente adicto a sus jefes, admirablemente dispuesto al combate i a la resistencia.

Resistir i luchar ha sido la tarea mas constante del señor Varas a la cabeza de su partido, en la direccion de los negocios públicos, en la tribuna

parlamentaria, en el conciliábulo político, en el fondo mismo de su alma. Ha resistido i luchado contra sus adversarios en armas, contra sus aliados en defeccion, contra sus amigos, contra sus ciegos adoradores, contra su propia ambicion.

Dotado de un carácter dominante, esquivo, reservado i propenso a la violencia, las condiciones de su educacion i la austeridad de su juventud fomentaron las tendencias imperiosas de su espíritu.

La bandera política bajo la cual hizo sus primeras armas, i las circunstancias en que mas tarde fué llamado a participar ámpliamente del poder público, dieron nuevo alimento a esas tendencias e hicieron de él un gobernante de autoridad i represion.

El odio i el afecto, la alabanza i la censura, la admiracion i el anatema le siguieron a porfía por el camino de su prosperidad, asordándole con gritos delirantes.

En medio de aquella discordante vocería, la justicia no podia hacerse escuchar. Hacíanse escuchar tan solo las pasiones para levantar hasta los astros o arrastrar por el fango de la denigracion al temido gobernante.

Por fin, el mismo señor Varas se encargó de hacer silencio i dejar hablar a la justicia.

Puesto al frente de un ministerio de Estado cuando su nombre apénas habia resonado todavía mas allá de los claustros del Instituto Nacional, habia tenido que justificar su elevacion prematura. I cuando la hubo justificado; cuando en largos años de ejercicio del poder hubo probado que era una

fuerte cabeza i un ánimo fuerte; cuando hubo barrido todos los obstáculos; cuando hubo anonadado a todos sus enemigos; cuando aclamado, instado, empujado por sus amigos i partidarios a la presidencia de la república, no necesitaba para llegar a ella sino quererlo, renunció a obtener el mando supremo.

Despues de haber gobernado a los demas, mostró que sabia gobernarse a sí mismo.

Este acto de intelijente desprendimiento, este grande acto de magnanimidad i cordura hizo desaparecer al gobernante para dejar en pié tan solo al hombre. El hombre despojado del poder apareció entónces superior al gobernante todopoderoso.

No habia sido fácil distinguir entre el uno i el otro en la confusion del combate, entre el polvo i el humo de la batalla.

La mala atmósfera política, los acontecimientos luctuosos, las sangrientas peripecias en que el señor Varas se habia encontrado envuelto, habian empañado, adulterado o dejado ocultas muchas de las grandes cualidades de su espíritu. Su figura se habia levantado sobre las alturas del poder alumbrada por una luz siniestra.

Vuelto a la vida de simple ciudadano, no volvió a la oscuridad, como suelen volver las mediocridades políticas: entró en una luz mas suave i pura, en que el prestijio de su talento i de su carácter le ha conservado intacta la adhesion de sus amigos, i conciliado la estima i el respeto de sus adversarios.

El señor Varas es un carácter serio, en la mejor i mas lata acepcion de la palabra; las flaquezas

de la vanidad no tienen cabida en él, aunque suelan tenerla los arranques del orgullo. Es una modestia altiva i espontánea, una soberbia sin pretensiones.

Su intelijencia posee una actividad febril, una gran penetracion, una sagacidad que llega hasta la sutileza i que, sin embargo, falta por completo a su carácter, una prontitud de concepcion que forma el mas caprichoso contraste con la indecision de sus manifestaciones. Siempre descontento de sus obras, la firmeza de su juicio se estrella de contínuo en la versatilidad de su espresion.

Alimentado de profundos i variados estudios, de lecturas sólidas i abundantes, aleccionado por una larga esperiencia de los negocios públicos, su espíritu ha dominado todas las cuestiones de la ciencia política i administrativa, ha adquirido una ilustracion tan vasta como jeneral.

El señor Varas es un verdadero hombre de Estado.

¿Es un hombre de Estado conservador?

¿Es un hombre de Estado liberal?

Ni lo uno, ni lo otro.

Gobernante, fué un defensor celoso e inflexible del principio de autoridad. Opositor, se ha reconciliado con las ideas liberales.

Semejante reconciliacion no ha sido una simple maniobra de partido, incompatible con la entereza i rectitud de ánimo del señor Varas. Ha sido esclusivamente el resultado de los progresos políticos de nuestro pais, de la observacion atenta de nuestra historia en los nueve años que acabamos de vivir bajo la administracion del señor Perez.

Cuando el señor Varas vino al mundo de la política, encontró a la libertad armada de casco i lanza, tramando conspiraciones, azuzando a la guerra civil, amenazando el órden público, amedrentando a las jentes pacíficas.

Durante el actual gobierno, ha visto a esa misma libertad sembrando las semillas de la paz i de la confianza, oponiendo su cordura i su fuerza a la debilidad e indiscrecion de la autoridad, conjurando con la tranquila firmeza del derecho los peligros de las provocaciones i petulancia de pequeños ambiciosos.

La leccion era elocuente, i el señor Varas ha sabido aprovecharla.

Su conviccion ha dado cordial acojida al principio liberal, aunque no se haya rendido a él sin condiciones, sin ciertas reservas.

Político práctico ántes que teórico, apegado a la tradicion, cauteloso en las innovaciones, se ha reconciliado con la libertad, pero no se ha entregado a ella en cuerpo i alma.

Miéntras que otros hombres de la política militante se afanan en cambiar de nombres sin cambiar de ideas, el señor Varas ha modificado sus ideas sin cuidarse de modificar su fé de bautismo político.

No ha abjurado su pasado, no rehuye la responsabilidad que por él le afecta. Reivindica solamente el derecho de progresar i de respirar en la atmósfera de los tiempos que atravesamos.

Bajo mas de un aspecto, la vida del señor Varas

es un reflejo de las transformaciones de la vida nacional.

Narrarla por entero seria imposible en estas pájinas, en que solo pretendemos señalar sus puntos culminantes i justificar el juicio que acabamos de emitir.

II

Don Antonio Varas nació en Cauquenes el año 1817.

Su hermano mayor don Miguel le trajo a Santiago i le colocó en el Instituto Nacional, en que comenzó por cursar las matemáticas i, sin abandonar estas, siguió mas tarde los cursos de leyes. Su talento i su contraccion al estudio le permitieron hacerse fácilmente agrimensor i abogado.

Miéntras tanto, un naufrajio le habia arrebatado a su hermano i protector, privando al mismo tiempo a Chile de un hombre ya distinguido. Aquella pérdida no solo desgarró su corazon, sino que le dejó aislado i destituido de recursos.

La pobreza, anticipando la dolorosa esperiencia de los años, suele ser una gran maestra. Ella debió de contribuir a comunicar al carácter del señor Varas una seriedad precoz, que le habilitó para recorrer mui jóven i en poco tiempo toda la jerarquía de los empleos del Instituto.

Rejentando la clase de filosofía i llevando la direccion de ese establecimiento, vivió una vida estudiosa i retirada, de que no le sacaron sino a medias las funciones de diputado al Congreso de 1843 i el cargo honorífico de miembro de la facul-

tad de filosofía i humanidades de la Universidad de Chile, establecida aquel mismo año.

III

Dos años despues pasaba del Instituto Nacional al palacio de gobierno, de la tarea de dirijir niños a la tarea de dirijir pueblos.

Era el mismo itinerario que habia seguido el señor Montt, con quien el señor Varas habia contraido en sus dias de colejial una amistad estrecha, que las vicisitudes políticas debian contribuir a hacer indisoluble.

En abril de 1845 era llamado a desempeñar el ministerio de justicia, que acababa de dejar vacante el señor Montt pasando a tomar el puesto de primer ministro.

Lanzado por una brusca transicion en medio de la escena pública, se encontró allí con un solo partido,—el partido pelucon; con una sola política,—la política pelucona.

El propósito dominante de esa política i de ese partido era robustecer el principio de autoridad, i tan bien se habia logrado que la autoridad habia llegado a absorber toda la savia de nuestra vitalidad política. El vigor del gobierno era comparable solo con la debilidad del espíritu público. La opinion no tenia actividad ni fuerza. La nacion se dejaba pasivamente conducir.

Al entrar el señor Varas en el gabinete, comenzaba a levantarse una oposicion fomentada por los escasos restos del antiguo partido liberal. Pero esa oposicion no alcanzó, ni por sus propósitos, ni por

su conducta, a formar un partido, i sus ajitaciones encontraron indiferente e inactiva a la masa del pais. Apénas si consiguió otra cosa que amedrentar a los tímidos con sus ardientes polémicas, i provocar con sus efímeras asonadas la represion de la autoridad pública.

Declaróse el estado de sitio, hiciéronse algunas prisiones, vertióse un poco de sangre, i la política pelucona siguió imperando.

El hábito del mando absoluto que el señor Varas habia traido del colejio, i a que le disponia su carácter, recibió nuevo aliento en su primera campaña política.

Esta primera campaña fué corta. En setiembre de 1846, el jeneral Búlnes, reelejido presidente, cambió de ministerio.

Alejado de la direccion de los negocios públicos, no sin haber dado ántes pruebas de sus aptitudes políticas i administrativas, ocupóse principalmente en el desempeño del cargo de visitador judicial. Desempeñando ese cargo i por comision de la Cámara de Diputados, presentó a ésta un informe sobre la eterna cuestion de Arauco bastante luminoso i bastante meditado para que hoi mismo, veinte años despues de escrito, se consulte con provecho i se invoque como autoridad.

IV

Entretanto, habia llegado el Congreso de 1849, en que el señor Varas no tuvo cabida. En cambio, su círculo político, que era el corazon del peluco-

nismo i que se habia mostrado en actitud de oposicion respecto del ministerio Vial, volvia a acercarse al palacio con el gabinete de los señores Perez, García Reyes i Tocornal, para concluir por entrar de nuevo en el gobierno con el gabinete de 1860, de que el señor Varas fué primer ministro.

La política de lenidad i medias tintas del ministro Vial habia introducido el fraccionamiento en el seno del partido pelucon, i debia producir, por medio de la Cámara de Diputados elejida bajo sus auspicios, transformaciones i sacudidas profundas en los elementos de la vida nacional.

La mayoría de esa cámara, convertida al nacer en oposicion, fué el punto inicial del movimiento de ideas e intereses, de aspiraciones al progreso liberal i de ambiciones personales, que llegó en 1851 hasta la guerra civil, i que no fué detenido sino por montones de cadáveres.

Antes de ese movimiento, los gobiernos fuertes creados por la política pelucona habian podido marchar sin encontrar en el pais verdaderas resistencias. Despues de ese movimiento, por mas que él hubiera sido ahogado en sangre, los gobiernos fuertes no podian marchar sin fuertes resistencias. La opinion, tan desfigurada como hubiese sido por las violencias consumadas en su nombre, habia comenzado ya a reclamar su derecho de influir en el gobierno. Si sus reclamaciones armadas habian sido desoidas i reprimidas, no por eso habian cesado el sentimiento de malestar i el anhelo de mejora de que traian oríjen.

V

El nuevo gobierno que comenzó a existir oficialmente el 18 de setiembre de 1851, i de que el señor Varas continuó siendo primer ministro, estaba en presencia de esta alternativa:—o ser fuerte con la certidumbre de ser impopular, o ser popular a condicion de dejar de ser fuerte.

Pero el nuevo gobierno habia principiado a combatir aun ántes de haber nacido, habia venido al mundo ménos por el fallo de las urnas electorales que por la fuerza de las armas, habia vivido sus primeros dias con el ausilio de esa misma fuerza, habia triunfado por ella misma de todos sus enemigos. La represion habia mecido su cuna; la compresion siguió guiando sus pasos.

Si, despues del triunfo, hubiera venido la espansion en vez de la compresion, la jenerosidad en vez de la venganza, el réjimen liberal en vez del réjimen autoritario, la confianza en vez de los sombríos recelos, el gobierno de 1851 habria sido un gobierno glorioso i no, por dejar de ser fuerte, ménos duradero.

Desgraciadamente no fué así, i no fué así por mas de un motivo.

Primeramente, cediendo a un error demasiado frecuente en política i de que no escapan siempre los talentos mas claros, los señores Montt i Varas sacrificaron al interes inmediato el interes permanente de su gobierno. Temieron ménos al descontento del pais, a la impopularidad, que a las maquinaciones de una docena de conspiradores o al re-

sentimiento de un reducido grupo de proscritos. Con tal de tener a buen recaudo a los proscritos i conspiradores, renunciaron a satisfacer a la opinion con la libertad i a deslumbrarla con la magnanimidad.

En seguida, el gobierno de 1851, como todos los que deben su existencia a la suerte de las armas, se veia delante de un pais dividido en dos categorías: —los vencidos, que estaban fuera de la lei, i los vencedores, que estaban sobre la lei.

Exijentes como todo vencedor, los de 1851 no lo eran solo en nombre de su conveniencia, sino tambien en nombre del sistema político cuya fortuna habian confiado al presidente Montt. Ese sistema, destituido de toda jenerosidad, de toda moderacion, prescribia la guerra sin cuartel i no concebia el poder de los gobernantes sino en la impotencia de los gobernados, haciendo descansar el órden público en la fuerza sin contrapeso de la autoridad.

Sin querer o sin poder consumar grandes actos políticos, los gobernantes de 1851 se empeñaron por realizar grandes actos administrativos. Se estudiaron todas las cuestiones de la administracion pública, se atendieron liberalmente sus necesidades, se hicieron reformas i mejoras de la mas alta importancia, se fomentaron eficazmente los progresos materiales e intelectuales. Trabajóse con tino, con ardor i perseverancia.

Estenuada por la guerra civil de 1851, la nacion se adormeció en el seno de la prosperidad pública, pero no dió al gobierno ni su adhesion ni sus aplausos. Aceptando los beneficios de una administracion

laboriosa e ilustrada, se mantuvo fria, indiferente, desdeñosa para con ella. El poeta habria podido repetir a aquel gobierno:

> Acepta el don i burla del intento
> El ídolo a quien haces sacrificios.

El pais i sus gobernantes coexistian, pero no hacian una vida comun.

Cuando llegaron las elecciones presidenciales de 1856, no hubo ninguna animacion electoral. Las elecciones se hicieron maquinalmente i dieron al señor Montt cinco años mas de poder supremo.

VI

Al comenzar el período de la reeleccion, el señor Varas se retiró del gabinete. Habia desempeñado por mas de seis años los ministerios del interior i de relaciones esteriores, en que dejaba abundantes testimonios de su actividad intelijente, de su cabal conocimiento de los negocios, de su celo por la mejora del servicio público.

Esa separacion fué un acto simplemente oficial. Su influencia i su participacion en la política del gobierno continuaron sin alteracion. Ni podia ser de otro modo.

La amistad habia empezado por unirle estrechamente con el señor Montt: esa union llegó a hacerse indisoluble en la vida pública. Sus nombres se confundieron en el amor i en el odio, en el aplauso i en el vituperio de sus conciudadanos; sus peligros, sus zozobras, sus reveses, sus triunfos,

sus alegrías, sus responsabilidades se confundieron en el torbellino de los acontecimientos. Tuvieron así la doble comunidad del afecto personal i del destino político.

I sin embargo, hai pocos puntos de contacto entre esas dos poderosas individualidades. El espíritu del señor Varas, impaciente, fogoso, apasionado, franco hasta la rudeza, mal avenido con ciertas lentitudes i ciertos miramientos, tiene algo del metal en fusion que corre inevitablemente a vaciarse en el molde. El espíritu del señor Montt, frio, reservado, tranquilo, impenetrable en sus designios, insinuante i benévolo en su trato personal, esteriormente apacible, sordamente tenaz, tiene algo del hielo, del brillo, de la flexibilidad i del poder de un acero bien templado. Despues de haber oido hablar al uno i al otro, la diferencia entre ellos se hace perceptible al observador mas superficial: la elocuencia del señor Varas es torrente desbordado, es inundacion; la elocuencia del señor Montt es rio caudaloso que rueda profundo, sosegado, límpido, irresistible.

Las afinidades entre esos dos hombres estriban en su comun aptitud para el mando absoluto, fortificada por la educacion del colejio i por la educacion política, i en su lealtad i adhesion sin límites a todos los amigos que supieron hallar en la prosperidad i han sabido conservar hasta ahora.

Para ganárselos tenian el imperio i el afecto, el prestijio i el halago mas eficaces para la naturaleza humana, que busca de ordinario proteccion, seguridad, confianza, i que no puede encontrarlas

mayores que las que brindan el poder i el amor. Las mujeres sufren la fascinacion de la bravura personal; los hombres sufren la fascinacion del poder: las mujeres i los hombres se rinden fácilmente al amor de los bravos o de los poderosos.

Así es como los señores Montt i Varas habian llegado a rodearse de un grupo numeroso de hombres de mérito, estrechamente encadenados a su fortuna.

Ese grupo iba bien pronto a tener que estrechar sus filas para sostener a sus jefes contra los demas partidos chilenos.

VII

El partido clerical, en que comenzaba a transformarse el antiguo partido pelucon, los conservadores que habian hecho presidente al señor Montt en 1851, los vencidos de aquel mismo año, los nuevos elementos de oposicion que habian surjido naturalmente bajo la doble influencia del progreso de las ideas i de la impopularidad de los gobernantes, se levantaron sucesivamente a la accion, se pusieron en abierta pugna con el gobierno, lucharon en el parlamento, en la prensa, alrededor de las urnas electorales, conspiraron en las sombras, i rompiendo por fin las débiles esclusas que defendian el órden público, dieron libre paso a la inundacion de la guerra civil.

En la tribuna parlamentaria i en el consejo de gobierno, en presencia de la oposicion legal como en presencia de la oposicion revolucionaria, el se-

ñor Varas, aunque despojado ya de todo cargo gubernativo, combatió animosa i decididamente por el poder i el partido que él habia cooperado a fundar.

Una vez mas, la victoria fué propicia a sus esfuerzos i a sus intereses; una vez mas, vió postrados por la derrota a sus enemigos. La guerra civil, que habia sido impotente para ahogar en la cuna al gobierno de 1851, lo fué tambien para abreviar los dias de su vida constitucional.

VIII

En 1860, la administracion Montt volvió a encontrarse, como en 1852, delante de un pais estenuado, sin entusiasmo, sin brios, con muchas decepciones i con pocos alientos; delante de partidos que habian agotado su enerjía en las violencias de la guerra civil, en vez de retemplarla en la paciente perseverancia de la legalidad. Bajo tales condiciones, el gobierno i sus prosélitos eran árbitros de la eleccion presidencial del año siguiente. Apénas si álguien dudaba de que el presidente de 1861 seria el señor Varas. El encono de sus adversarios i la admiracion de sus amigos le declaraban a porfía el sucesor obligado del presidente Montt.

Pero, hé aquí que el señor Varas fué nombrado nuevamente primer ministro. Su vuelta al gabinete en vísperas de la eleccion era una renuncia implícita de la candidatura presidencial. No obstante las resistencias, las protestas, las instancias, los

ruegos del partido vencedor, su renuncia se hizo poco despues esplícita i terminante.

Esa hermosa accion del señor Varas fué apocada por sus enemigos. Tratóse de esplicarla i empañar su lustre atribuyéndola a pequeños móviles, traduciéndola por miedo a una nueva revolucion i a un tesoro público exhausto.

Pero la esperiencia debia encargarse de probar en breve los recursos de nuestro erario, declarado en 1861 al borde del abismo por un gasto estraordinario de dos millones de pesos, i proclamado floreciente en 1867 despues de un gasto estraordinario de veinte millones.

En cuanto al miedo a la guerra civil, no podia caber en el ánimo del señor Varas, habituado a desafiarla i a vencerla, i dispuesto por su naturaleza misma a los sacudimientos de la lucha i de la tempestad.

La renuncia del señor Varas no fué, por eso, inmotivada. Si lo hubiera sido, si el cansancio o la modestia se la hubieran dictado esclusivamente, habria carecido de toda grandeza política.

Contribuyendo a mantener con el ausilio de la represion el órden legal, el señor Varas habia creido cumplir una alta mision; pero comprendia, al mismo tiempo, que el triunfo de la lei habia dejado dividida a la nacion en dos campos, en vencedores i vencidos. No era uno de los jefes del campo vencedor el que mejor podia, desde la nueva presidencia, borrar la division, unir a los dos campos.

Sin dejar que la ambicion ofuscara su mente, vió claro en aquella situacion, descubrió lo mejor,

e hizo lo mejor a despecho de su propio interes i de las espectativas mas queridas a sus parciales. Su intelijencia i su carácter se mostraron capaces de la única política grande i fecunda, de la política del patriotismo.

IX

Saliendo del gabinete al terminar el período presidencial del señor Montt, el señor Varas fué a presidir la Cámara de diputados.

Desde entónces hasta hoi su actividad política se ha concentrado casi por entero en el Congreso, adonde ha sido llevado sin interrupcion en todas las renovaciones lejislativas,—por Elqui i por Santiago en 1864, por Elqui en 1867, por Cauquenes i por Elqui en 1870.

Esa actividad no ha sido ni mui contínua, ni mui viva. Ha seguido una política de templanza, de reserva, i a veces tambien de abstencion. Su oposicion al gobierno no se ha acentuado sino de tarde en tarde. Su voz se ha levantado con poca frecuencia en los debates parlamentarios.

Pero casi nunca se ha levantado sin llegar hasta la altura de su antiguo prestijio oratorio, sin probar que el avezado atleta de la palabra no ha perdido ni su vigor ni su destreza.

La elocuencia del señor Varas es rápida, vehemente, apasionada, imperiosa, i al mismo tiempo, flexible, sutil, inagotable de recursos, llena de ajilidades dialécticas, habilísima para encontrar a una

cuestion mil aspectos variados. Coinciden en ella dos cualidades que parecen incompatibles:—la espontaneidad i la sagacidad, el ímpetu i la maña.

Cuando se oye hablar al señor Varas, se esperimenta algo parecido a lo que sentimos viendo navegar, a traves del mar embravecido, una lijera nave, que se hunde, se levanta, se estremece, se dobla, se desvia, se escabulle, i saltando de ola en ola, rechazada por esta, empujada por aquella, corre su blando cuanto peligroso rumbo. La vista sigue con ávido interes esa nave: el oido sigue con una atencion no ménos ávida la palabra del señor Varas.

Cuando habla, hai en su semblante i en su actitud una singular movilidad nerviosa. El metal de su voz no es bueno. Su elocucion, de ordinario incorrecta, llega a veces hasta el desaliño; carece de adornos i galas retóricas, i tiene una velocidad que desespera al mejor taquígrafo.

Su pensamiento, impaciente por hacerse palabra, aguijonea a su espresion; sus ideas, impacientes por sucederse, se aguijonean a su turno las unas a las otras, i el orador como el auditorio parecen sentirse dominados por cierto vértigo. Pero, en realidad, el orador no se halla dominado sino por su conviccion o su propósito: domina a su auditorio i se domina a sí mismo.

Sin ninguna gracia esterior, la elocuencia del señor Varas ejerce una atraccion poderosa; sin ningun esplendor de formas, produce ofuscamiento. El secreto está en la fuerza i flexibilidad de su espíritu.

Seria larga tarea recordar los triunfos oratorios, los discursos considerables del señor Varas. Su vida parlamentaria ha sido aun mas prolongada que su vida de gobernante, i los mismos que censuraban al ministro, admiraron i aplaudieron mas de una vez al orador.

En cuanto al hombre de letras, ha sido absorbido casi enteramente por el político de gabinete i de parlamento. Su pluma ha estado de contínuo al servicio de sus deberes o de sus propósitos de hombre público. Ministro de relaciones esteriores, aglomeró una numerosa correspondencia diplomática en que figuran muchas piezas notabilísimas por la profundidad i sagacidad de sus investigaciones, por la firmeza de su criterio, por el vigor de su raciocinio. No es ménos notable, fuera de sus escritos oficiales, su discurso de incorporacion en la facultad de leyes i ciencias políticas.

El estilo del señor Varas es severo i sin adornos como su elocucion oratoria; mas correcto, pero ménos animado que ella. Tiene enerjía, no tiene facilidad ni presteza, i acusa las transformaciones a que el autor suele someter sus obras, escritas a menudo mas de una vez. La viveza del primer movimiento de su espresion se apaga por las redacciones repetidas, de que el señor Varas nunca llega a quedar satisfecho.

X

Tales son, a nuestro juicio, los principales aspectos de la vida i del carácter de un hombre que

mostró tanta enerjía para conservar el poder público como para renunciarlo, que en el gobierno despertó profundas cóleras i profundas adhesiones, i que fuera del gobierno ha visto desaparecer las primeras i acrisolarse las segundas.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON MELCHOR CONCHA I TORO

I

Tenemos delante de nosotros a un hombre que ha hecho bien de prisa su jornada política. A la edad en que muchos afortunados apénas divisan la cima, él ha llegado a la cima.

II

El señor Concha i Toro entró en la vida pública por la puerta de la Cámara de diputados. En 1864 el departamento de Melipilla le elejia su mandatario, i en 1868 se le llamaba al ministerio de hacienda.

I no llegaba allí por sorpresa, como una de esas improvisaciones en que se complace el capricho de los partidos, de los palacios o de las asambleas; llegaba con el beneplácito de la opinion, que ya de tiempo atrás veia en él i señalaba en él un ministro en candelero.

La opinion no se engañaba. El señor Concha i

Toro, al frente de un gran establecimiento de crédito, el Banco Garantizador, i conductor de grandes negocios personales, se habia manifestado ya financista intelijente, activo, perspicaz, que veia pronto, bien i léjos. Formando su celebridad, habia formado su fortuna.

III

El señor Concha i Toro, como la mayoría de nuestros hombres políticos, ha principiado por el foro. Entre nosotros, ser abogado es prepararse a ser juez, diputado, senador, ministro, presidente; es prepararse a gobernar asambleas, ejércitos, escuadras, naciones. El abogado nos invade i pone por todas partes su sello.

Por eso en nuestras asambleas se alega, se sutiliza i se embrolla mas que se habla; se maquina i se buscan los pequeños lados de todas la cuestiones ántes que sus grandes aspectos i sus soluciones definitivas. No se vacila en torturar una lei para infrinjirla; se toma el cielo con las manos cuando se trata de interpretar una lei para abrir paso a una verdad, un progreso, una innovacion considerable.

En 1857 el señor Concha i Toro tomaba su diploma de abogado.

Pero su predileccion no era el foro. Esto ha hecho que el abogado nunca haya tenido una alta situacion. Espíritu cultivado, nutrido por una variada i sólida instruccion, inclinado a los negocios de industria i de comercio, es natural que no haya tenido tiempo de formarse una numerosa clientela.

IV

En 1864 la Universidad daba al señor Concha i Toro un asiento en su facultad de leyes i ciencias políticas.

Publicaba en ese mismo año un libro histórico: *Chile durante los años de 1824 a 1828*, para responder al encargo de escribir la memoria de ese año que la corporacion le habia hecho.

Este libro levantó mas de una tempestad. Nuestra prensa publicó sobre él críticas apasionadas, agresivas, violentas. Un ilustre veterano de la polémica, don Antonio José de Irisarri, mal juzgado en ese libro, juzgado, a nuestro entender, con poca equidad, lanzó contra él su pluma terrible. Si el señor Concha i Toro no habia sido justo con ese eminente publicista i ese alto dignatario de la política americana, sus críticos fueron todavía ménos justos con él.

El libro del señor Concha i Toro no revela un gran escritor. Se conoce que su autor tiene bastante talento i bastante instruccion para acertar a escribir i hasta a escribir bien; pero no que posea ese no sé qué que no dan ni el arte, ni la ciencia, ni el trabajo, ni la intelijencia; ese no sé qué que es el don de la casualidad o de los dioses. Su estilo es seco, lento, amanerado, sin relieve. Su narracion no tiene viveza, brio, ni poder; es ordenada, metódica, clara, limpia, pero no encuentra ni elegancia ni brillo de formas. Hai en el señor Concha i Toro un narrador severo, no hai un literato.

Sus memorias, como ministro de hacienda, revelan que el escritor ha hecho progresos incontestables. Su pluma corre en ellas con mas facilidad, sus ideas se precisan mejor, su forma es rápida i natural. El escritor domina su tema i sabe mandar a su pluma. Esos documentos honran al escritor i al hombre de ciencia.

V

Desde su entrada en la Cámara, el señor Concha i Toro ha ido a sentarse en los bancos de la mayoría parlamentaria. Pero no ha sido ni un partidario ciego ni un voto pasivo. Ha sabido marcar su personalidad.

Espíritu moderado, carácter urbano, temperamento sin violentas sacudidas, jamas se ha dejado arrastrar en el torbellino de las tempestades de partido, lo que le ha permitido conservar su calma i su equidad.

Esto ha hecho de él un adversario a quien nadie podria negar ni el agua ni el fuego, sin llevar su intolerancia a las últimas incontinencias. Discute, combate, lucha, no hiere ni riñe. Como orador, huye de las agresiones que pueden ensangrentar el debate. No gusta de la política ni de los políticos que se gozan en la borrasca. Siempre quiere hacer razon, lójica, luz.

Tal lo hemos visto orador diputado, i tal lo hemos visto orador ministro.

El señor Concha i Toro no ha nacido tampoco para las tempestades. Sin voz poderosa, sin rapi-

dez de concepcion centellante, sin diccion fácil, sin formas en que haya calor, chispas, llamas, palabras que golpeen ni notas que impongan, la tempestad arrastraria siempre con él. Si es capaz de afrontarla, no seria capaz de dominarla i ménos todavía de enfrenarla.

El estilo del orador no tiene mas relieve que el estilo del escritor. De vez en cuando su frase se hace difícil, i se corrije con frecuencia. Pero, como no habla sino en cuestiones que ha estudiado bien, espone con claridad, argumenta con solidez i tiene abundancia de detalles. No encanta, ni fascina, ni estremece; pero encuentra el convencimiento i encuentra la luz. Es un orador que tiene la buena sobriedad del lenguaje de los negocios.

VI

Su campaña ministerial ha sido corta i poco venturosa.

Como financista, su paso por los negocios ha dejado buenos recuerdos; pero, como hombre político, no ha marcado las iniciativas de su personalidad. Olvidó decir—e hizo mal— a sus colegas de gabinete lo que el baron Louis a los suyos: Hacedme buena política i os haré buenas finanzas. Esto esplica su corta permanencia en los negocios. Solo una buena política le habria dado el tiempo indispensable para realizar vastos planes. Por eso, miéntras escasean en su ministerio los actos considerables, abundan las ideas i los derroteros que deja marcados a sus sucesores.

Su obra se ha reducido casi enteramente a reparar las bisoñadas intemperantes o el fiscalismo ávido de su antecesor. Ha reparado, no ha creado. Es un creador lo que necesitan nuestras finanzas, i no le hallarán hasta que la política abandone las callejuelas del equívoco, la contemporizacion, las timideces de la media idea o de la media verdad, i entre resueltamente en la lójica, en la libertad, en la línea recta.

VII

Si el hombre político ha naufragado con el ministro Concha i Toro, el hombre de finanzas ha sostenido su reputacion. Volverá a los negocios.

¿Tendrá entónces mas resolucion? Hé ahí lo que le ha faltado.

El respeto a ciertas resistencias que ha hecho fuertes la supersticion o el miedo mas que su propia valía, aprisiona al señor Concha i Toro i le impide encontrar los golpes de la audacia. Liberal sincero, forma entre los liberales moderados que no hallan el valor de las fuertes convicciones. Reformador sincero, se acoje a la mocion de los doce, que ha principiado dejando en pié ese cuadrilátero de los trámites, que él quiso destruir, i tras el cual se parapeta la Constitucion de 33 para mantener su perpetuidad.

No poner de acuerdo la teoría i el acto, la ciencia i la accion, es la flaqueza del señor Concha i Toro, el lado débil de su armadura. Cree que la verdad puede ser cuestion de oportunidad, cuando será siempre cuestion de lójica i de buena política.

Esta escuela en que muchos hombres honrados entran sinceramente, no ha servido hasta ahora sino para retardar el progreso político i dar cómodas escapadas a las inconsecuencias de los pillastrones. ¿Cuál no se asila tras la doctrina de la hora i de la oportunidad? Pero esas doctrinas no son sérias. Nadie tiene el privilejio de discernir la hora ni la oportunidad del bien. Es el derecho de la soberanía nacional.

Dejadla hablar!

Hé ahí la idea a que el señor Concha i Toro debió servir en los consejos de gobierno. Hé ahí la idea a que deseamos verle servir.

Medite el mal suceso político de su ministerio i hallará en él revelaciones i luz.

La indecision no es moderacion; es cuando mas duda i debilidad. Solo el valor en las convicciones i en los propósitos crea situaciones firmes. Cuando ese valor falta, segun la palabra de Voltaire, las pequeñas consideraciones despues de ser la tumba de los grandes actos, suelen ser tambien la tumba de las intelijencias escojidas.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON JOAQUIN LAZO

I

La revolucion conservadora de 1829, barriendo implacable con sus adversarios, hizo nacer de entre los restos que escaparon a la guerra, la proscripcion, el patíbulo, un partido de protesta contra el nuevo órden de cosas que aquella revolucion cimentaba en la punta de sus bayonetas victoriosas.

Presidente, asamblea, opinion, nacion eran la propiedad de los vencedores. Nada habia sobre ellos. Abatian cuanto les resistia. Jamas se vió una omnipotencia mas colosal ni mas altiva. Creian en la perpetuidad de su predominio, que resguardaron tras la Constitucion de 33, esa última palabra de las infatuaciones del poderío.

En tales condiciones, era preciso guardar silencio o conspirar. Se perseguia a quien intentaba discutir. Se desdeñaba i se concluia por perseguir tambien, a quien intentaba aconsejar. Quien intentaba vijilar, era todavía un hombre peligroso que no tardaba en ser puesto fuera de la lei.

Los náufragos de 1829 se precipitaron en plena demagojia. Ya que no podian tomar el desquite de

su derrota, se consagraban a turbar la alegría de los vencedores. Donde quiera que se oia un grito de odio o de sedicion, donde quiera que habia un tumulto que provocar o un tumulto que ayudar, un hombre descontento a quien hacer séquito, un soldado audaz a quien armar contra las instituciones, —ahí estaban los vencidos. No podian esperar la victoria; pero hacian una protesta i eso aliviaba sus corazones.

Los vencedores pasaban con ellos del temor al desden. La opinion, con tanta frecuencia cómplice o cortesana de las victorias irremediables, concluyó por declarar a los perturbadores jentes de mala cabeza i hasta por reir de sus impaciencias sin fortuna. Pero los egoismos i los vientres los declararon un puñado de enemigos públicos, i los veian perseguir con marcada satisfaccion. Los vencidos habian caido en las intemperancias de la violencia.

Mas es justo reconocer que habia en sus protestas algo de hermoso a causa de su misma esterilidad. Eran la imájen del remordimiento, que no convierte, pero que castiga.

II

El hombre que tenemos delante de nosotros, el señor Lazo, ha sido uno de los actores de esa protesta de conspiracion, de motin, de tumulto, de bullanga, de riña de callejuela, en la que por cierto nadie podia alcanzar sino un prestijio sin eco i una popularidad sin irradiaciones.

Tan cierto es esto que, cuando el señor Lazo entraba en 1864 en la vida pública, yendo a ocupar

un puesto en el municipio de Santiago, era un desconocido de la política. Apénas se sabia de él que pertenecia al viejo partido liberal.

III

Ello era natural.

El señor Lazo, mui jóven todavía cuando su partido caia vencido en el campo de batalla, entró a militar en él en la hora de sus conspiraciones. Conspiró i se hizo defensor de conspiradores.

Ya en 1832 tomaba parte en el intento de revolucion del coronel Cotapos, que se apellidó revolucion de los puñales. En 1834 penetraba en el cuartel de húzares, cuyo rejimiento tentó sublevar el coronel Puga. Se le aprisiona i se le procesa. Pero, como faltan las pruebas, es puesto en libertad. En 1837 es uno de los conductores del pueblo en la tempestuosa acusacion al *Diablo Político* i tiene su choque con un centinela. En ese mismo año es ajente de la conspiracion de Colchagua. La sublevacion de Quillota, que vino tras ella, le valió una larga detencion. En 1841, otro conato de conspiracion le obligaba a tomar la fuga. En 1845, como fuese acusado el *Diario de Santiago*, terrible guerrillero de la oposicion, ésta hizo sus tempestades en un vaso de agua en las inmediaciones del jurado. El señor Lazo estaba en la zambra i reñia con la fuerza armada. Conspira de nuevo en 1851. El batallon Valdivia se subleva i es vencido. El señor Lazo se sustrae a las primeras persecuciones; pero un año mas tarde cae prisionero para reconquistar

su libertad gracias a la eterna i feliz prueba de coartada. No ha cesado de conspirar hasta 1859, en que todavía prestó servicios a los montoneros.

Puede decirse del señor Lazo que es un veterano de la conspiracion. Ha conspirado durante veinte i ocho años. Es natural que su buena estrella para escapar a la responsabilidad le haya alentado.

Despues de conspirar, se consagraba a defender a sus camaradas de conspiracion. Tantas llegaron a ser sus defensas, que el señor Godoi dijo en uno de sus folletos que, aun cuando se esterminara al pais, el señor Lazo no cesaria de defender reos políticos, miéntras no se le proscribiese o pereciera. Ambas cosas habrian sido difíciles. El señor Lazo sabia conspirar i sabia hacerse absolver.

IV

El gobierno de 1861, que ya habia hecho al señor Lazo municipal por Santiago en 1864, acaba de hacerle uno de nuestros constituyentes de 1870. Es mandatario de Valparaiso.

Su actitud parlamentaria es independiente. Acaba de entrar en el acuerdo de las opiniones que se coaligan para cerrar el paso al presidente de palacio. Esto honra la sinceridad de su liberalismo. Son pocos los hombres de su tradicion i de su escuela que no hayan domesticado tristemente en estos últimos tiempos su bravía independencia. Entre el favor del palacio i la libertad, el señor Lazo no ha vacilado: ha dejado de ser un protejido para quedarse un liberal.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON VICENTE REYES

I

Hai en la naturaleza humana una cualidad tan rara como amable, que no es el talento ni el injenio, aunque de continuo les haga compañía i parezca confundirse con el uno i el otro; una cualidad en que la benevolencia se corrije por la rectitud del criterio, la moderacion por la enerjía, la modestia por la dignidad, el sentimiento del ridículo por la jenerosidad i la induljencia; una cualidad en que la amargura del alma es perfumada i sus dulzuras no tienen nunca demasiada miel; una cualidad mas eficaz que la prudencia, mas activa que la reserva, inferior a la abnegacion, superior al egoismo.

Esa cualidad es la discrecion.

La discrecion ha encontrado en la personalidad del señor Reyes su espresion mas completa i seductora. La solidez de su talento, la chispeante viveza de su injenio, la afabilidad i nobleza de su índole

reciben de su discrecion un realce suave i agradable. En sus escritos, en sus discursos, en sus conversaciones, en sus modales, el señor Reyes es ántes que todo discreto.

Así se esplica que, siendo un hombre de partido, firmemente adicto a su bandera, intransijente en materia de opiniones, su persona i su palabra hallen, sin embargo, buena acojida en todas partes. Así se esplica que, siendo cordialmente estimado de sus amigos, no sea aborrecido de sus adversarios.

En el colejio, fué un excelente camarada, un muchacho de sangre lijera. En el trato social, en el mundo de la política i de las letras, es un hombre de verdadero mérito, fácil de hacerse querer, difícil de hacerse odiar.

II

Nacido en Santiago el 24 de octubre de 1835 i educado en el Instituto Nacional para la carrera del foro, don Vicente Reyes era apénas un jóven cuando ya mostraba, en las columnas de *el Ferrocarril*, sus raras aptitudes de escritor satírico i festivo.

Durante el año 1856 i parte del siguiente, escribió para ese diario revistas semanales que adquirieron pronto una popularidad merecida.

Aquellos escritos rebosaban de donaire, de chiste, de ironía delicada, de fina burla. La pluma del escritor corria por el papel vertiendo sonrisas, como el duque de Buckingham habia atravesado en

otro tiempo los salones de Luis XIV derramando perlas.

I no era fácil empresa hacer sonreir a los santiaguinos contándoles cada semana su propia historia, poco variada i amena de ordinario. Escribir en nuestra capital revistas semanales es un trabajo parecido al de hacer encajes, en que la materia es nada, la habilidad todo. El señor Reyes sabe escribir revistas tan primorosas como los encajes de Bruselas.

Para ello se necesita una gran felicidad de estilo i una gran fuerza de injenio. El señor Reyes tiene lo uno i lo otro.

Se necesita todavía la facultad,—mitad intelijencia, mitad sentimiento,—de descubrir i retratar el ridículo en sus innumerables formas, bajo sus mil disfraces, llámese costumbre, carácter, accion, acontecimiento, vanidad, envidia, codicia, cólera, alegría, indolencia, irascibilidad, mansedumbre, gravedad, lijereza, hipocresía, infatuacion, doblez, necedad, intriga o torpeza.

El señor Reyes tiene tambien esa facultad: posee el secreto de sentir con intensidad, de discernir con prontitud, de espresar con viveza aquella desproporcion entre los medios i los fines, entre las causas i los efectos, entre los esfuerzos i los resultados, entre la espectativa i la realidad, que constituye la esencia del ridículo en los actos i sucesos humanos.

III

Ningun talento mas vilipendiado, mas execrado,

mas calumniado que el talento de la ironía i de la burla. Las jentes tildan de ordinario al que lo posee, de hombre frívolo, mezquino, envidioso, malévolo, díscolo, intratable. Le declaran incapaz de los entusiasmos jenerosos que inspira lo bueno i lo bello. Le miran con recelo i ojeriza. Le clasifican entre las plagas morales de la sociedad.

Se comprenden semejantes opiniones: pocos poseen i todos temen el poder de la ironía.

Pero semejantes opiniones no se justifican, por mas que muchos hombres hayan hecho de ese poder un uso deplorable.

El talento de la ironía supone necesariamente la capacidad de sentir i conocer el bien, la belleza, la justicia. No es posible distinguir lo ridículo i lo pequeño, sin tener por criterio el ideal de lo sublime i de lo grande. La deformidad no existe para un espíritu privado del sentimiento i de la nocion de lo bello.

En el escritor satírico i burlesco, hai una intelijencia perspicaz i un alma sensible. Su risa no es la espresion de la alegría, como las lágrimas del leon no son la señal del miedo. Se rie de dolor como se llora de rabia.

El espectáculo de las debilidades i miserias de nuestra especie produce, en los hombres dotados de una sensibilidad viva, dos efectos en apariencia contrarios, en el fondo idénticos. Hace melancólicos a los poetas, hace burladores a los filósofos de la vida real.

El señor Reyes es uno de esos filósofos. Su talento burlon es el reflejo de un espíritu serio, obser-

vador, lleno de penetracion i buen sentido. Ese talento, contra lo que sucede comunmente, aparece en el señor Reyes alumbrado por una luz simpática. A traves de su ironía se trasparenta la bondad de su carácter. El burlador no eclipsa al pensador ni al hombre de bien. Bajo los chistes del escritor festivo, se ve una intelijencia que medita, una conciencia que vela tranquila, un corazon que sabe sentir noblemente. No hai crueldad ni veneno en su burla.

IV

Desgraciadamente para las letras chilenas, el señor Reyes ha sido avaro de su pluma. Se ha cuidado poco de coronar la reputacion literaria a que dieron tan buenas bases los escritos de su primera juventud. Desde entónces, solo mui de tarde en tarde ha entregado a la corriente de la prensa periódica artículos que, si no siempre llevaban su firma, llevaban siempre el sello de su injenio i hacian lamentar sus abstenciones de escritor.

Las felices dotes de su alma se han mostrado bajo aspectos nuevos, pero igualmente favorables, en el foro i en la política.

V

Despues de haber servido cuatro años el cargo de jefe de seccion, primero en el ministerio del interior i luego en el de instruccion pública, renunció a él en 1861 i se consagró por entero a su profesion

de abogado, que habia comenzado a ejercer en 1858.

En las letras, el señor Reyes no se habia dado ninguna prisa por llegar a la celebridad: no se la dió tampoco, en el foro, por rodearse de una numerosa clientela. Careciendo de todas las impaciencias, de todas las avideces, de todas las ambiciones destempladas, no corrió tras la fortuna. En cambio, la fortuna fué a buscarlo.

El señor Reyes goza hoi de una envidiable reputacion de abogado, labrada no solo por su talento i competencia, sino tambien por su alta probidad.

Presta al estudio de los asuntos que se someten a su exámen, una atencion concienzuda, i rehusa su patrocinio a toda causa cuya justicia no le parece clara. Versado en la jurisprudencia, diestro en el manejo de los recursos forenses, iniciado en todos los secretos de su profesion, dotado de una palabra fácil i elocuente, jamas abusa, sin embargo, de tamañas ventajas poniéndolas al servicio de intereses de una lejitimidad equívoca.

La definicion que el retórico latino daba del orador, conviene enteramente al señor Reyes. Es un hombre de bien instruido en el arte de hablar.

VI

I esa definicion no solo le conviene en su carácter de abogado: le conviene tambien en su carácter de hombre político.

Su notoriedad política ha venido mas tarde que su notoriedad literaria i forense. No se ha afanado

mas por alcanzar la primera que se habia afanado por las segundas. Aquí como allá, la misma templanza, la misma equidad de ánimo, el mismo paso tranquilo i seguro para andar su camino sin forzar la marcha.

Elejido, bajo la influencia del gobierno del señor Montt, diputado suplente por Ovalle, tuvo entrada en el Congreso de 1861; pero su personalidad política adquirió poco brillo i realce en un parlamento formado casi esclusivamente por un solo partido.

Despues de seis años de ausencia, acaba de volver al Congreso en alas del voto popular i con una personalidad política de las mas simpáticas.

En esta última época, el señor Reyes ha sido uno de los promotores mas eficaces, uno de los servidores mas intelijentes del movimiento de rejeneracion liberal que tuvo su punto de partida en el Club de la Reforma de Santiago, i que hemos caracterizado en otras pájinas de este libro. Presidente de ese Club, contribuyó a propagar por los departamentos la idea i la organizacion reformistas. Orador de sus reuniones i conferencias, contribuyó al lustre i prestijio de la asociacion, al mismo tiempo que servia a la libertad i al progreso de nuestro pais.

La elocuencia política del señor Reyes está exenta, como su carácter, de toda exajeracion, de toda afectacion, de toda énfasis declamatoria. Es natural, fácil, animada por una voz persuasiva, salpicada de golpes de injenio, de palabras felices, algunas de las cuales han pasado a proverbio. Sus

discursos se sostienen siempre por la fuerza del raciocinio, nunca por el calor de la pasion. Campea en ellos una conviccion firme, digna, serena, que no pretende fascinar, que solo aspira a tener razon.

VII

En las elecciones del 3 de abril, que le han llevado al Congreso Constituyente, figuró a un tiempo como candidato popular i como candidato oficial para diputado por el departamento de Talca. Viéndose perdido en aquel departamento, el gobierno intentó producir una diversion en las fuerzas opositoras haciendo una candidatura oficial de una candidatura popular. Ese recurso desesperado de la estratejia de palacio, repudiado enérjicamente por el señor Reyes, solo consiguió engrosar la cifra de los votos independientes que dieron el triunfo a su candidatura.

Pero, semejante suceso comprueba lo que decíamos al empezar. El señor Reyes, opositor abierto i activo, fiel a sus convicciones i a su partido en todas las vicisitudes de la fortuna política, no encuentra, a pesar de todo, resistencias entre sus adversarios.

Ello se debe a su carácter, tolerante sin debilidad, enérjico sin pasion, recto i sensato, templado i animoso, afectuoso i sincero, que desarma al odio, ahuyenta a la envidia, inspira confianza a la amistad i se atrae fácilmente la estima i el cariño de los que se le acercan.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON JOSÉ BESA

I

El señor Besa es uno de nuestros mas opulentos comerciantes. Todo lo debe a su intelijencia i a su actividad.

Pero el buen comerciante no es estraño a las nobles aspiraciones del buen ciudadano. Sabiendo que hai un enlace estrecho entre todos los intereses de una nacion, comprende que la confianza del comercio, del capital, del crédito siempre será solidaria con la estabilidad de las instituciones i el órden de la calle. Por eso la buena política no solo sirve a la fortuna pública, sino tambien a la fortuna privada. Estado i particulares hacen buenas finanzas a su amparo.

Los grandes negociantes jamas podrán prescindir de la política. Siempre necesitarán pedirle un puesto i una influencia.

II

El señor Besa apareció en política con el partido nacional, que le llevó a la Cámara de diputados durante varias lejislaturas. Pero si era un partidario, no se le podia considerar como un hombre de partido, a pesar de su estimacion sincera por los hombres del gobierno. Era una amistad independiente, que sabia tener opinion propia i espresarla con entera franqueza. Esto daba autoridad a su palabra, que la asamblea escuchaba con una atencion cordial, i que solo se levantaba en debates que envolvian un interes práctico i nacional. Acertaba a traer con frecuencia observaciones importantes i dignas de ser meditadas.

Nadie hizo mas que él para que Curicó fuese elevado a la categoría de provincia. Fué él quien creó la evidencia de esa necesidad.

Tambien tomó una parte activa en los debates sobre la lei de responsabilidad civil, que le contó entre sus sostenedores.

Pero no se vaya a creer que el señor Besa es un político de represion, inclemente, desapiadado. No! El aspecto político de la lei se le escapaba. Solo veia en ella un medio de atajar ciertas irrupciones contra la propiedad que siempre trae aparejadas la revolucion. Su apoyo no nacia de una pasion o de una cólera, sino de una conviccion tranquila.

III

Despues de largos años de alejamiento de la Cámara de diputados, ha vuelto a ella en 1870 como

mandatario de Curicó, que nunca le ha echado en olvido. Ha llegado hoi a la Cámara teniendo de su lado las simpatías i los votos de los dos partidos que se disputaban la jornada.

En su nueva actitud política no ha olvidado su tranquila independencia de otro tiempo. El señor Besa ni es un conservador fogoso, ni es un liberal fogoso. Quiere la reforma, quiere la libertad, pero aguarda pacientemente sus buenos dias.

IV

No hai en el señor Besa un orador, pues carece de fuertes estudios políticos i de hábitos de tribuna i de parlamento. Pero habria podido ser un orador. Tiene la voz, la presencia, el ademan. Su palabra, aunque incorrecta i hasta selvática, corre fácil, animada, firme, enérjica. Sabe bien qué quiere decir. Si su intelijencia no tiene alas ni descubre anchos horizontes, tiene sí la mirada certera i penetrante del hombre práctico.

El señor Besa merece bien su banco de constituyente i la estimacion que le rodea. Es una opulencia modesta i jenerosa.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON ENRIQUE TOCORNAL

I

Cuantos conocen de cerca al señor Tocornal estiman sus cualidades personales. Es un hombre cordial, un corazon benévolo, una alma empapada en un candor infinito, un espíritu estudioso que ama el saber i le busca con constancia, pero a quien ha tocado mal número en la lotería de la intelijencia.

La lectura del señor Tocornal, cayendo en una buena tierra, habria producido frutos sazonados i abundantes, habria hecho de su dueño uno de los escojidos. Mas, en él, apénas si ha producido aspiraciones considerables, tentaciones estrañas, intentos curiosos de trepar a la cima, un embrollo a veces divertido i siempre estéril.

II

El señor Tocornal es abogado. Se conoce que ha

andado en los libros sin asimilarse cosa de provecho. Hai en su cabeza muchos recuerdos, muchas ideas en bosquejo que van i vienen; nada cierto, preciso, comprensible, claro.

Basta oirle hablar un cuarto de hora,—porque el señor Tocornal gusta de hablar largo,—para observar ese estado estraño i curioso de su espíritu. Tiene amagos de ideas, amagos de argumentos, amagos de lójica, amagos de ir a caer sobre algo bueno, pero no da un solo paso mas adelante. Ello divierte i hasta hace reir en ciertos momentos, pero martiriza en otros i siempre fastidia a la larga. No es posible escuchar en paciencia a un orador que habla, sin sentir el precio de las horas, en tono sentencioso, cortante, dogmático, cual si tuviese la mano llena de verdades, i que, en último resultado, no acierta a comprender qué ha dicho i a veces ni aun qué ha querido decir. Indudablemente sabe que ha querido decir algo, mas no si lo ha dicho, sobre todo cuando se lanza en la rejion de las teorías. Entónces el señor Tocornal no tiene piés ni cabeza: es incongruente, desgreñado, desapacible, oscuro, difuso, confuso, imposible. Parece comprenderlo, pues querria que sus manos, sus piés, sus piernas, sus actitudes produjeran la luz que su palabra no acierta a encontrar.

Aunque hace largos años que ha tenido un banco en la Cámara de diputados, con cortas interrupciones, i ha hablado siempre, nunca ha acertado a adquirir ni facilidad de espresion, ni agrado de formas, ni método de argumentacion. Es un orador que pretende llegar a la majestad, al efecto de la

palabra, del ademan, del jesto; pero que se pierde tristemente en el camino.

Hai en sus esterioridades oratorias lo que en sus interioridades intelectuales: amagos de algo bueno. Indudablemente sospecha el arte, el arte lo seduce, querria hacerlo su presa; por desgracia es vano empeño llamar a puertas que no han de abrir.

III

El señor Tocornal es un conservador ultramontano de quien se puede decir que es mas realista que el rei. No hai enormidad que no sostenga con una candorosa conviccion llena de encanto.

El partido conservador tan rico en sus grandes dias en hombres de parlamento, de administracion, de guerra; en políticos esperimentados, hábiles, astutos, fecundos en todos los espedientes del engaño i de la intriga, tiene hoi la desgracia de no contar con ningun orador poderoso. Se ve en la necesidad de acojer al primer charlador de buena voluntad que quiere hacer armas en su honor. El señor Tocornal es uno de sus primeros habladores. Entendemos que de vez en cuando le abruma un poco; pero bien puede llevarse en paciencia a un creyente convencido como él.

IV

El señor Tocornal es un autoritario. Formado en la escuela conservadora casi primitiva, cree en el derecho divino, ve a Dios interviniendo en todo i querria arrancarle su palabra, no, como Prome-

teo, para hacerla irradiar sobre el mundo en luz, en verdad, en libertad, en derecho, en emancipacion del espíritu, sino para hacer que el mundo se prosternase a los piés de los representantes de esa autoridad omnipotente. Es un autoritario ultramontano que no da cuartel ni pide cuartel.

En este órden no hai doctrina aventurada que no haya sostenido. Para él la lei canónica está sobre la lei civil, los pontífices i los concilios sobre los presidentes i los congresos, la Iglesia sobre el Estado. Pero esas doctrinas del señor Tocornal ya no arrastran a nadie i hacen sonreir a muchos. Revelan sencillamente las tendencias de la escuela político-teolójica que ha venido a dar vida al partido conservador espirante, pidiéndole en cambio su ropaje mundano.

V

No hai duda, el señor Tocornal es el último de los ultramontanos convencidos. Cree, afirma, dogmatiza con todo el fuego del apóstol; pero no hai que preocuparse de su propaganda: no habla todas las lenguas. El apóstol es un vulgarizador. El señor Tocornal no acierta a hacerse entender. Su palabra puede ser ruido; no podrá ser conviccion.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON MARCIAL MARTINEZ

I

La naturaleza i la fortuna escribieron en el destino del señor Martinez la palabra facilidad. El señor Martinez encontró dentro de sí mismo la facilidad del talento i del carácter; encontró fuera de sí las facilidades necesarias para hacer de prisa i sin contratiempos las jornadas de la vida.

Las cualidades i defectos de un hombre tienen una gran parte en la bondad o malicia de su suerte; pero no deciden soberanamente de ella. Los demas hombres i los acontecimientos contribuyen tambien a hacerla buena o mala.

El señor Martinez no es por cierto un hijo de la dicha: es hijo de sus obras. Pero el benigno influjo de su estrella ha preservado sus obras de los furores i estragos de la tempestad. Ha peleado animosamente las batallas de la existencia; pero el buen suceso ha coronado siempre sus esfuerzos.

Estudiante, aprendió sin trabajo, adquirió a poca

costa una ilustracion abundante, se creó pronto una profesion. Abogado, obtuvo rápidamente la honra i el provecho del foro,—una excelente reputacion i una clientela numerosa. Diplomático en circunstancias difíciles para Chile, desplegó, sin llegar a fatigarse, escepcional actividad en el desempeño de una mision que ilustró con negociaciones de gran trascendencia. Político, se ha hecho espeditamente un prestijio oratorio i una popularidad.

Solo en esta última época se ha lanzado resueltamente en el mar de la política militante. Si hemos de creer a su propia afirmacion, no es hombre político, mucho ménos hombre de partido. Si hubiéramos de creer a los hechos, si hubiéramos de juzgar por la perseverancia i brillo con que ha llenado los mas penosos deberes parlamentarios, su afirmacion podria parecer inverosímil.

Ella es, a pesar de todo, perfectamente exacta.

La política tiene condiciones que se avienen mal con el carácter del señor Martinez. Tiene lentitudes, sinuosidades, ideales inaccesibles, una frecuente esterilidad de resultados inmediatos, que impacientan i repugnan a un espíritu habituado a llegar pronto i fácilmente a un fin práctico, cierto, tanjible.

Por otra parte, la pasion de partido se compone ordinariamente de indignacion, de entusiasmo, de optimismo, i a veces, tambien, de odio, de admiracion, de credulidad mas o ménos ciega. Miéntras tanto, en vez de indignarse u odiar, el señor Martinez se fastidia en política; llega difícilmente a la

elevada temperatura del entusiasmo; desdeña muchas cosas; admira mui pocas; i ántes que un optimista o un crédulo, preferiria ser un pesimista o un escéptico.

La inclinacion de su intelijencia a lo positivo i preciso, le hace conciliador, sin que sea tolerante. Buscando el punto de union entre la teoría i la práctica, entre lo apetecible i lo realizable, se complace en llamarse ecléctico.

Su eclectismo político, si existe en realidad, es de buena lei. El no le ha impedido poner su hermoso talento al servicio de la reforma liberal de nuestra vida pública.

II

Don Marcial Martinez nació en la Serena al principiar el año 1832. Estudió las humanidades en el Instituto de aquella ciudad, como entónces se llamaba lo que hoi se llama liceo. Sus triunfos escolares le señalaron como uno de los alumnos de mas aprovechamiento, i en consecuencia, fué elejido para venir a ocupar una de las dos becas gratuitas concedidas a cada provincia en el internado del Instituto Nacional de Santiago.

Vino, en efecto, a la capital en 1847 i se incorporó en el curso de derecho de ese establecimiento. Sus estudios jurídicos caminaron viento en popa. Aunque no les consagrase una atencion esclusiva, la viveza de su entendimiento le permitió dar brillantes exámenes. Miéntras terminaba su carrera forense, siguió el curso de ciencias naturales bajo la direccion del eminente profesor Domeyko, i

todavía le quedaba tiempo para seguir la corriente de la alegre vida del mundo, para frecuentar los placeres de sociedad.

III

En agosto de 1855 era ya abogado.

Apénas entrado en el foro, i a punto de volver a su ciudad natal, fué llamado inopinadamente a suplir la relatoría de la Corte Suprema de justicia.

Poco despues entraba en circunstancias análogas a la Corte de Apelaciones de Santiago, a que no tardaba en quedar afecto definitivamente en clase de relator interino. Esa interinidad nominal le fué provechosa, pues le dejó en plena libertad para ejercer simultáneamente su profesion de abogado.

Desempeñó aquel cargo tres años con una habilidad i destreza que le dieron especial notoriedad i le valieron las marcadas simpatías del rejente de la Corte.

La espedicion i rapidez para el trabajo, la prontitud de intelijencia, la claridad de esposicion, la excelente memoria, el teson infatigable en las tareas de oficina, que le distinguen singularmente, encontraban allí oportunísimo empleo. Puso a prueba esas cualidades haciendo por sí solo, durante más de un mes, el trabajo de los dos relatores de aquel tribunal; trabajo mental i físico de los mas rudos, superior a muchas buenas cabezas i a muchos buenos pulmones.

A fines de 1858 abandonó la relatoría, de que habia recojido una abundante esperiencia forense, i de que ya no necesitaba, pues su reputacion i su clientela de abogado habian crecido, miéntras tanto, rápidamente.

IV

Movíale tambien a abandonarla un sentimiento de delicadeza nacido de su opinion política. No era un opositor activo; pero, interesado en la cosa pública, sus simpatías gravitaban manifiestamente hácia la oposicion.

Sin hacer de sus simpatías i opinion políticas un acto, cuanto ménos un acto subversivo, contempló como simple espectador el drama revolucionario de 1859, en que los odios i las convicciones, la ruindad i la nobleza rodaron miserablemente confundidos.

Su papel activo en la escena política no comienza sino con el Congreso de 1864, en que figuró como diputado por el departamento de Curicó.

Entrando en aquella asamblea sin graves compromisos políticos, sin fuertes pasiones de partido, sin una verdadera vocacion para las ajitaciones i luchas de la política, dejó pocas huellas de su primera jornada parlamentaria.

Ademas, esta jornada fué corta.

Hacia apénas un año que era diputado, cuando se le confió, en abril de 1865, la legacion chilena en el Perú.

V

Era el momento de las complicaciones diplomáticas. El desenlace de la cuestion hispano-americana se habia aplazado precariamente, pero no tardó en venir bajo la forma de un conflicto bélico.

Rotas las hostilidades entre Chile i España, nuestro representante en el Perú se vió colocado en una situacion penosa i falsa. Estaba acreditado cerca del gobierno del jeneral Pezet, enemigo solapado de nuestra causa, i miéntras tanto, el señor Santa-Maria, investido de plenos poderes del presidente de Chile, negociaba una alianza con el gobierno revolucionario del coronel Prado.

Un diplomático de ménos sagacidad, de ménos espedientes que el señor Martinez, no habria podido sostenerse en una situacion semejante.

El triunfo definitivo de la revolucion peruana vino a sacarle de ella; pero la alianza ofensiva i defensiva que surjió entre Chile i el Perú, no le trajo una situacion mucho mas cómoda. El pensamiento de esa alianza no coincidia enteramente con lo que él juzgaba la verdadera conveniencia de Chile.

Sin embargo, su habilidad i dilijencia le permitieron salir airoso. Supo ganarse toda la confianza de los nuevos gobernantes peruanos i cultivar la alianza de los dos paises en provecho, no solo de los intereses momentáneos de la guerra, sino tambien de los intereses permanentes de la paz.

Ya hemos dicho que desplegó en el desempeño de su mision una actividad escepcional: de ello dan testimonio los gruesos volúmenes que forma su correspondencia diplomática. Sus despachos dirijidos al ministerio de relaciones esteriores tenian a menudo las proporciones de un folleto. Todo lo veia, todo lo averiguaba, todo lo comunicaba. De vez en cuando, se permitia tambien hacer observaciones i dar consejos a su gobierno, con poca complacencia de los advertidos i amonestados.

Si habia en esa copiosa actividad mucho de efímero o infructuoso, habia asimismo mucho de útil e importante.

Pero lo que realza principalmente la mision diplomática del señor Martinez i honra en gran manera a su talento i elevacion de miras, fué el ajuste de dos tratados internacionales, destinados a uniformar el derecho público americano i a suprimir las aduanas entre las repúblicas aliadas.

Esos pactos merecieron en un principio el aplauso del gobierno de Chile, pero corrieron al fin la suerte que han corrido tantas otras nobles cosas bajo la influencia de una política esclava de los pequeños intereses del momento. Cuando vino el deshielo de las grandes promesas internacionales, los tratados en cuestion, que debian ser la verdadera base de la union americana, fueron a perderse en el océano de las esperanzas burladas.

VI

Al abrirse las sesiones del Congreso de 1868, el

señor Martinez, vuelto de su mision al Perú, fué a tomar su asiento de diputado por el departamento de Cauquenes.

Habia traido del estranjero la misma tristeza, el mismo descontento que dominaban, en Chile, a todos los corazones patrióticos i levantados en presencia de las decepciones de la guerra esterior.

Esa disposicion de ánimo le llevó natural e inevitablemente a formar parte del reducido grupo de la minoría parlamentaria que, desde el año anterior, habia comenzado a atacar tenazmente la política oficial, en medio del desaliento i abdicacion del espíritu público.

Puesto de combate sin estímulo i sin eco, el señor Martinez aceptó el puesto de diputado de oposicion i lo ha defendido hasta hoi con una entereza i bizarría que hacen honor a su carácter i a su talento.

Ha empleado en reivindicar los derechos políticos del departamento de Cauquenes tanto teson i enerjía, como los ajentes del Ejecutivo en atropellarlos. Perseverando el señor Martinez en su noble cuanto penoso empeño, perseverando el gobierno en su odiosa tarea, *la cuestion de Cauquenes* ha ocupado por dos años a la Cámara de diputados i no ha concluido todavía. Ella ha producido ya la caida de un gabinete, la caida de dos intendentes, la anulacion de dos elecciones.

En compensacion de esos desastres, ha dado al señor Martinez repetidas ocasiones de poner a prueba sus bellas facultades oratorias, tanto co-

mo su abnegacion en servicio de los intereses de sus comitentes.

VII

La elocuencia del señor Martinez es fácil i espedita como su intelijencia; jovial, desembarazada, sin ambajes ni solemnidades como su trato personal; diestra en razonar i argumentar; apta para sacar partido de todos los incidentes i pormenores de su asunto. No hai en ella de ordinario ni pasion, ni emocion; tampoco hai esa pasion i esa emocion de la retórica que se llaman declamacion.

El arte no enfrena su palabra, ni la sobriedad la condensa. Pero su elocucion tiene tanta claridad i viveza para contar i esponer, es siempre tan abundante, tan animada, tan segura de sí misma, que el orador se hace oir sin fatiga por mucho que hable, i logra comunicar amenidad e interes a negocios de suyo áridos i fastidiosos.

A veces, sus discursos no son mas que una charla, pero una charla interesante i amena. A veces son una arenga calurosa i elocuente, en que su palabra, aguijoneada por las necesidades de la réplica i por el vigor de la conviccion, encuentra una sobriedad, una exactitud, una enerjía de expresion irreprochables.

VIII

Representante de Cauquenes en el Congreso Constituyente de 1870, su popularidad ha pasado por la doble prueba de dos elecciones. Anulada su elec-

cion del 3 de abril por la Cámara de diputados, acaba de ser confirmada i revalidada por los electores de aquel departamento.

La popularidad es una cadena, aunque sea de oro, i por mas que el señor Martinez declare no ser hombre político, ella le retendrá en la política.

Nadie es dueño absoluto de su destino. El señor Martinez ha sido fácilmente lo que ha querido ser. No tiene igual facilidad para dejar de ser lo que es.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON EMILIO SOTOMAYOR

I

No tenemos delante de nosotros a un hombre político. El señor Sotomayor acaba de entrar en la vida pública.

La carrera de las armas es incompatible en sus primeras jornadas con la política. El soldado pertenece ante todo al estandarte, al cuartel, a la disciplina. La casaca no es traje de tribuno, de diarista, de batallador de plaza pública. Es preciso llegar a los altos grados para permitirse la vida del ciudadano.

II

El señor Sotomayor ha sido hasta hoi casi esclusivamente hombre de espada.

En 1847 entraba en el ejército como alférez de artillería. Aunque no venia de una escuela militar, no era un oficial improvisado. Habia hecho estudios

bastante considerables para contar entre nuestros oficiales facultativos.

Ha ido de prisa. En 1850 ya era teniente. En 1852 se le ascendia a capitan. En 1858 a sarjento mayor. Un año despues, en 1859, a teniente coronel. Por fin, en octubre de 1869 ha obtenido el grado de coronel. Es una buena jornada para veinte i dos años de servicios.

Hizo su primera campaña en 1851 con el ejército que marchó a detener la revolucion del norte. Ese ejército, vencedor en Petorca, iba a ser paralizado en la Serena por la tenacidad heroica de esa ciudad improvisada plaza de guerra, plaza inespugnable. El teniente Sotomayor fué herido en el asedio i ganó su grado de capitan.

En 1859 vuelve todavía al norte como comandante en jefe de la artillería del ejército que el jeneral Vidaurre lleva a toda prisa a la provincia de Coquimbo para detener al vencedor de los Loros en su marcha victoriosa. Los cañones del comandante Sotomayor sirvieron eficazmente para el buen suceso de las armas gubernativas en la dolorosa jornada de Cerro Grande. Dos bravuras se chocaron i se despedazaron allí.

El señor Sotomayor ganó en esa jornada sus charreteras de teniente coronel.

Nombrado, en junio del mismo año de 59, comandante de la brigada de artillería de Valparaiso, contribuyó poderosamente al anonadamiento casi instantáneo del motin de setiembre. Sorprendido en el templo, al lado del jeneral Vidaurre, pide i recibe de éste órden de correr en busca de tropas.

Aprovechando la confusion i el desórden del primer momento, pasa por entre los pelotones del motin, alcanza a ganar su cuartel, reune veinte i cinco hombres i cae con ellos sobre el pueblo que ya flaquea i que no tarda en ceder el campo.

Dos años mas tarde, en 1861, se le confiaba el mando de la artillería del ejército de la Alta Frontera. Entónces no se gastó en Arauco pólvora, pero se gastó, lo que vale mas, intelijencia, actividad i celo.

III

Solo en 1865 empieza la vida pública del señor Sotomayor. La guerra se acercaba i habia temores bien fundados de que el enemigo elijiese el archipiélago de Chiloé como base de sus operaciones. Era indispensable disponerse a darle una acojida estrepitosa. Se nombra intendente al señor Sotomayor, que fortifica a Ancud sin pérdida de tiempo i lo dispone a sostener el honor de nuestras armas.

El soldado no absorbió al funcionario administrativo. Promovia mejoras locales que empeñaron la gratitud de sus gobernados. La municipalidad de Ancud le daba en 1866 un voto de gracias.

En 1868 dejaba la intendencia de Chiloé i venia a dirijir nuestra escuela militar.

En 1870, el departamento de Castro le elejia su mandatario al Congreso constituyente.

IV

Tal ha sido hasta hoi la vida militar i política del

señor Sotomayor, que es sin disputa uno de nuestros jefes mas intelijentes i estudiosos.

En 1866 presentó al ministro de guerra una estensa memoria sobre la situacion i las necesidades militares del archipiélago de Chiloé, que revela un oficial competente i un escritor fácil i claro. Ya ántes, una de nuestras revistas, la *Revista de Sud-América*, habia entregado a la publicidad un trabajo suyo sobre artillería, que denotaba bien que su autor seguia el movimiento i los progresos del arma como observador competente i sagaz.

Todo esto ha contribuido a formarle una sólida reputacion militar i a conquistarle una cordial estimacion de parte de sus camaradas de fila.

V

Soldado resuelto, carácter digno, franco, amistoso, el señor Sotomayor ha sabido colocarse fuera de la lucha ardiente de los partidos. Mantiene en la Cámara una actitud independiente. Aunque forma en las filas de la mayoría, siempre tiene una opinion propia. Su voto no es de esos con que se puede contar en todo evento. Tendrá tolerancias, contemporizaciones, complacencias quizas; pero confiamos en que nunca tendrá adhesiones ciegas.

Le soplan buenos vientos.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON RAFAEL FERNANDEZ CONCHA

I

Se esperimenta cierta sorpresa cuando se ve ocupando un banco parlamentario al señor Fernandez Concha.

Quien conoce la modestia de su carácter, el completo abandono que ha hecho de las cosas de este mundo, para entregarse a la contemplacion incesante de ese mas allá luminoso que divisa el creyente con los ojos de la fé, no puede esplicarse su entrada en una asamblea política sino como un sacrificio hecho a sus creencias.

Se ha dado en llevar a la tribuna de las arengas la cuestion teolójica, en transformar los Congresos en Concilios, los lejisladores en doctores, en declarar comprometidas en las soluciones liberales relijion, Iglesia, verdad eterna, a tal punto que no es raro que un creyente fervoroso se imajine que debe correr en su ausilio hasta el seno de la Cámara de diputados.

Lamentamos esa conviccion respetando su sinceridad.

Merced a ella, se presenta a la Iglesia, a la relijion como adversarios de la libertad, hasta el punto de hacer imposible su coexistencia. Deben matarse. Es preciso ser creyente o ser liberal. Doctrina estraña que jamas ha hallado cabida en el espíritu de ningun hombre de libertad.

La libertad no es muerte. La libertad es vida, igualdad, derecho comun para todos los creyentes i todas las creencias. Cuando Iglesia i libertad están de riña, no es la libertad quien dispara primero, es la Iglesia. Miéntras la Iglesia fulmina su anatema contra la libertad, la libertad reclama para la Iglesia su derecho.

Hé ahí lo que el señor Fernandez Concha no ha comprendido, i hé ahí lo que le ha hecho abandonar su vida de oracion, de estudio, de piedad para ir a frecuentar nuestras asambleas.

II

Pero este error se esplica en él.

El señor Fernandez Concha ha llegado a la creencia por la duda. Antes de ir al campo ultramontano, ha atravesado el campo del libre pensamiento. Pero no del libre pensamiento como hoi lo entiende i lo profesa la escuela liberal, sino del libre pensamiento que mezclaba la cuestion relijiosa con la cuestion política. Cree que todavía estamos ahí. Pero el autoritarismo liberal se va como el autoritarismo conservador.

La transformacion del señor Fernandez Concha era natural. Fué siempre un místico. Siempre hubo en él algo del apóstol, del sectario, del iluminado, del santo.

Espíritu investigador, penetrante, austero, naturaleza profundamente espiritualista, espectador mas que actor de la comedia del mundo, no hallando aquí nada que le sedujera, le fascinara, le esplicara el por qué de la existencia, debia ir a buscar en otra parte que en la tierra la palabra del eterno problema. Para tal naturaleza, la incredulidad debia ser una sima; solo la creencia podia darle la luz que necesitaba. Fué creyente.

III

Abogado desde 1855, cuando apénas contaba veinte i dos años, profesor de la Universidad poco despues, el señor Fernandez Concha tenia un brillante porvenir en perspectiva. Su vida habria sido una hermosa jornada.

Pero el destino resolvió otra cosa.

El 1º de enero de 1860 tomaba las órdenes sagradas, dando al clero toda una fiesta. Adquiria un hombre intelijente, instruido, fervoroso, que era una virtud, una sinceridad, un prestijio. Hizo de él una de sus grandes esperanzas.

En 1866 se le llamaba al cargo de provisor de la arquidiócesis de Santiago, cargo que desempeña hasta ahora con una competencia incontestable.

IV

No hai en el señor Fernandez Concha ni un escritor eminente ni un orador poderoso. Pero hai en él una intelijencia sólida, una instruccion variada i abundante, un teólogo firme, un canonista distinguido, un argumentador hábil, un pensador adiestrado en la meditacion de los grandes problemas. Su fervor i su fé no escluyen en él la tolerancia. Sabe, por esperiencia propia, que pensar, creer, dudar, como dice Pascal, son cosas tan naturales en el hombre como correr en el caballo.

Se puede no creer en todo lo que el señor Fernandez Concha afirma, pero es imposible no estimar al hombre i al sacerdote: son una sinceridad.

Esperamos que el político no sea ménos digno de esa estimacion i que el roce de los hombres i de las cosas le muestre horizontes que hoi se ocultan a su mirada.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON MELCHOR DE SANTIAGO CONCHA

I

Dice la balada alemana que los muertos van de prisa. El dicho de la balada se cumple en nuestro pais. Son bien pocos los hombres que aquí presencian las transformaciones que operan dos o tres jeneraciones, tomando en ellas una parte activa.

Por eso uno se siente agradablemente sorprendido al encontrarse en 1870 con un hombre político que hace todavía la existencia de parlamento i de tribuna, despues de haber sido espectador i actor de los dias mas tormentosos de nuestra vida nacional.

El señor Concha es ese hombre. Nuestras primeras asambleas lo contaron en sus filas.

II

En 1823 regresaba de Lima, donde habia sido educado i donde habia frecuentado los libres pensadores hasta ser citado a la barra de la Inquisi-

cion, como sospechoso de darles la hospitalidad de ese hogar. Las funciones i los honores le rodearon sin tardanza. En aquel mismo año obtenia su título de abogado, era nombrado asesor del despacho de los alcaldes i elejido diputado suplente del ilustre Camilo Henriquez. Al año siguiente se le promovia al juzgado de letras de la provincia de Coquimbo, que renunciaba el mismo año por motivos que honran al hombre i al majistrado.

Un hombre acusado de homicidio estaba en la barra de su tribunal. Su delito parecia no ofrecer dudas. La conciencia legal ordenaba condenar. Pero, miéntras tanto, el acusado habia hecho a su juez revelaciones privadas que, completando su declaracion, habrian establecido su inculpabilidad. El acusado, que las habia hecho al hombre, se negó a hacerlas al juez, que se halló colocado de esta manera entre la lei que le ordenaba condenar i su conciencia que le decia absolved! Prefirió su renuncia a la condenacion, i abandonó el cargo.

Vino entónces a ocupar el puesto de asesor del Tribunal del consulado.

En 1826 el señor Concha volvia a ser elejido diputado. Entónces se dejó oir su palabra para combatir la proscripcion del jeneral O'Higgins, que reclamaba el ejecutivo, haciendo pesar sobre él el delito de alta traicion. La lei de proscripcion fué rechazada. Se salvó así el honor de la asamblea i la gratitud del pais.

Un año despues era llamado al ministerio, que solo desempeñó durante dos dias. En aquellas horas ministerios, presidentes, asambleas, constitu-

ciones pasaban en una carrera vertijinosa. Nada era estable. Nada tenia base. No habia certidumbre en el dia siguiente. Se marchaba a tientas en medio de un torbellino de ruido, de humo, de polvo, de inesperiencia, de atolondramiento, de intriga.

Era indispensable poner un término a este estado de cosas.

Se convoca el Congreso constituyente de 1828, para el cual recibe el señor Concha un doble mandato. Santiago i Santa Rosa de los Andes le elijen su diputado.

Los proyectos de constitucion llovian sobre la mesa presidencial. Entre esos proyectos se contaba uno del señor Concha, que tuvo el honor de ser adoptado como base de la discusion.

Chile tuvo su constitucion escrita; pero se habria engañado mucho quien le creyera constituido.

Terminado su mandato constituyente, el Congreso de 1828 desapareció para dar paso al Congreso ordinario de 1829. Aquí todavía el señor Concha tuvo un banco en la nueva asamblea como mandatario de Santiago. En ese mismo año se le nombraba fiscal de la Corte Suprema, i en 1830, un año despues, ministro suplente de ese tribunal.

El señor Concha, aunque liberal sincero i firme, estuvo mui léjos de asociarse a las exaltaciones de su partido. Pertenecia a los moderados. Era de la escuela de Pinto. Queria la libertad sin tumultos ni revoluciones, la libertad que discute, ilustra, ilumina, funda, no la libertad que es rayo, tea, torrente, borrasca. Sin duda debió a su templanza no

ser una de las víctimas de la reaccion conservadora. La reaccion le olvidó, pero no le persiguió.

III

Ya no le vemos reaparecer en política hasta 1858 en que Melipilla le elije su diputado.

Vencida la revolucion de 1859, su voz se levantaba para señalar la reforma de la Constitucion como el único medio de conjurar nuevas tempestades. No fué escuchado. El señor Concha hablaba como observador tranquilo i desapasionado de los sucesos a hombres que aun estaban bajo la influencia de las emociones de la lucha.

Abandonó entónces su banco parlamentario, que solo vino a ocupar transitoriamente un poco mas tarde para hacer guerra tenaz a la lei de responsabilidad civil. Encontró en este debate buenos momentos de orador. Fué activo, perseverante, infatigable para cerrar el paso a esa lei tan intempestiva como estéril.

Ya no vuelve a la Cámara hasta 1864. Su partido era poder i él era diputado de mayoría.

Como era natural, no olvida la reforma de la Constitucion. Su proyecto de reforma, vencido en 1859, reaparece en 1864.

Aunque reformador sincero i perseverante, el señor Concha está léjos de ser un reformador avanzado. Su ideal es la Constitucion de 28, como su antipatía era la Constitucion de 33, antipatía hoi bastante calmada. Deja aprisionar sin resistencia su liberalismo en los trámites mas embarazosos.

Senador desde 1867, el señor Concha ha tomado una parte considerable en la mocion de los doce, i se debe a su pluma uno de los proyectos de reforma sobre los cuales ha organizado el Senado su proyecto definitivo. Ninguno de esos proyectos se distingue por su audacia, su profundidad de miras, su lójica liberal, su ciencia del gobierno. Todos se atollan en los pequeños detalles.

Cuando se ve al señor Concha servir con su palabra, su voto, su influencia a semejante reforma, uno se estraña que haya reducido la aspiracion de la mitad de su vida a proporciones tan modestas. La cosa no valia la pena.

IV

Pero las timideces del señor Concha se esplican. Ha visto marchar con tanta lentitud nuestro progreso político, que es casi natural se sienta inclinado a acojer como una maravilla cualquier paso adelante. Despues, en sus luchas por la reforma ha habido mas de la hostilidad del vencido, que de la conciencia clara, elevada, luminosa, ámplia de la verdadera idea liberal. Su horizonte político está en pleno año 28, como el de todos los hombres de su escuela, a pesar de que no sufre el contajio de las idolatrías de su fanatismo.

V

El señor Concha es un moderado que se inclina visiblemente al entre-dos. Nunca ha formado en-

tre los impacientes ni entre los irreconciliables. En todas sus jornadas políticas ha manifestado independencia de carácter, dignidad de actitud, tranquilidad de juicio, jenerosidad de sentimientos. Fáltale sí la mirada perspicaz, ámplia del político i del hombre de Estado. De vez en cuando parece como alejado del roce de los hombres i de las cosas, tal es la abstraccion que hace en su manera de ver de las necesidades del momento.

Hai en el señor Concha un espíritu mas estudioso que observador, mas laborioso que penetrante. Nunca entra en el debate desprevenido. Sabe qué va a decir, pero pocas veces consigue proyectar una luz poderosa o hacer un efecto considerable. Aunque habla con facilidad, su frase es difusa, rara i hasta incoherente con frecuencia. Su argumentacion no apremia, no envuelve, no sacude, no desconcierta al adversario ni penetra bastante en el auditorio. Su palabra suele hallar cierta uncion, pero nunca brillo ni poder. Es un orador escuchado ante todo por la autoridad de su carácter.

La templanza i la moderacion del señor Concha han hecho de él un hombre político que cuenta con la estimacion de sus camaradas i el respeto de sus adversarios.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON JUAN NEPOMUCENO ESPEJO

I

El 10 de diciembre de 1838 entraba en Santiago un batallon de voluntarios. Era Talca que enviaba sus voluntarios para acudir en ausilio del honor de nuestras armas empeñadas en la guerra contra la Confederacion Perú-Boliviana.

En aquel batallon, al que habia acudido a alistarse una juventud entusiasta, venia un jóven subteniente de diez i seis años que no era el ménos alegre ni habria sido el ménos audaz i animoso para ir al fuego.

Ese subteniente era el señor Espejo.

Habia cambiado el colejio por el cuartel. Pero no estaba destinado a ser hombre de espada. El acontecimiento habia dispuesto las cosas de otra manera.

La victoria de Yungai, poniendo fin a la guerra, hizo innecesarios los servicios de los Voluntarios de Talca. El batallon era disuelto en abril de 1839

i el subteniente Espejo volvia a hacerse estudiante en agosto de ese mismo año.

II

Rico de alegría, de jovialidad, de esperanzas, el hombre de guerra de una hora era pobre de monedas. Un siniestro comercial habia arruinado su casa.

Para hacer frente a su campaña contra la miseria, de vez en cuando mas ruda que las campañas de las armas, trabajaba i estudiaba al mismo tiempo. Era alumno e inspector del colejio que le habia abierto la puerta de sus aulas.

Su injenio despejado i fácil le hizo notar mui pronto. El jóven estudiante no tenia mucha ciencia, pero tenia una intelijencia clara, un carácter animoso, chispa i corazon.

El señor Lastarria, ya célebre entónces, tomó bajo su proteccion al jóven estudiante.

En 1842 le llevaba a redactar las sesiones del Congreso para el *Semanario de Santiago.*

Fué ahí donde el señor Espejo hizo sus primeras armas en el diarismo. Si no se hizo un estenógrafo, indudablemente adquirió en esa tarea la espedicion del diarista.

III

El redactor de sesiones del *Semanario* no tardó en contarse entre nuestros hombres de letras.

En 1843 entraba en la Sociedad Literaria, que

presidia el señor Lastarria, i que creó el *Crepúsculo*, de que el señor Espejo fué el editor i uno de los redactores. El *Crepúsculo*, cuartel jeneral de todos los hombres de intelijencia de aquella época, hizo ruido e hizo escándalo; pues en él hallaron un eco las primeras audacias del pensamiento libre.

El señor Espejo aplaudia i animaba a los audaces.

Un año despues, en 1844, fundaba el *Siglo*, en union de don Francisco de Paula Matta i de don Santiago Urzúa. Comprometió en ese diario su intelijencia i sus economías. Pero no hizo sino pasar por él.

El *Siglo*, fundado en abril de 1844, era vendido en octubre del mismo año.

El señor Espejo no hacia, con esa venta, sino cambiar de albergue. *La Gaceta del Comercio*, diario de Valparaiso, le llama a su redaccion, en la que permanece hasta 1846.

IV

Hizo ahí su gran jornada de diarista, de tribuno, de perseguido. Su actividad no se daba reposo. El redactor de la *Gaceta* fundaba un periódico popular en 1845 i otro todavía en 1846, i hacia, tanto en ellos como en su diario, una oposicion tenaz i valiente a la política gubernativa.

La *Gaceta* no tardó en atraerse el enfado del gobierno. Diario subvencionado por él, principió por amonestarle, i como no le escuchara, le abandonó.

La *Gaceta* perdió la subvencion oficial precisamente en el mismo momento en que el señor Espejo acababa de hacerse su propietario. Pero el abandono gubernativo no fué para la *Gaceta* la muerte. Solo significó para su redactor una traslacion a Santiago i una prision de cuatro meses con el pretesto de complicidad en la imajinaria conspiracion Godoi-Vicuña. El señor Espejo apénas si conocia de nombre a sus cómplices. Se creia que hacia la política de un partido, cuando no hacia sino la política de una conviccion personal. Pero en aquellos tiempos toda independencia se espiaba pronto.

V

El señor Espejo necesitaba tomar su desquite i tomaba un noble desquite; pues, una vez libre, regresaba a Valparaiso para luchar por el triunfo de los candidatos populares que debian enviarse al Congreso de 1846.

Valparaiso era hostil al gobierno. Sintiendo el gobierno que su derrota era inminente, hizo intervenir la fuerza. El pueblo protesta i resiste. El puente de Jaime se hace el centro de la resistencia. El señor Espejo se improvisa tribuno para anatematizar la fuerza i la arbitrariedad. Una mesa le sirve de tribuna. Pero, bien pronto, aquella débil tribuna es arrojada por tierra al empuje de la caballería. El orador cae, es envuelto en el tumulto de los que fugan o de los que resisten, i se vé arrastrado a una prision.

El señor Espejo no tardó en ser encerrado en el castillo de San Antonio, donde permaneció cerca de un año sin conseguir que se terminara su proceso, a pesar de todos los animosos esfuerzos que hizo para obtener un fallo de nuestra grotesca justicia política, que tiene bastante calma para atormentar, i no ha encontrado jamas bastante probidad para absolver o bastante valor para condenar.

VI

Por fin, llega a los negocios el ministerio Vial, que concluye en pocos dias el proceso del prisionero del castillo de San Antonio.

El señor Espejo es absuelto i recobra la libertad.

El diarista redimido no tardó en ser un amigo del ministro redentor.

En marzo de 1847 venia a redactar el *Progreso*, diario que sostenia la política de ese ministro.

Cuando el señor Espejo llegó al *Progreso*, este diario se hallaba seriamente comprometido. Arrastraba una vida agonizante. El señor Espejo le devolvió la salud. Estaba a la moda, pues era el único diarista chileno que en aquel momento mantenia en la polémica cotidiana el honor de nuestra pluma. En aquel entónces se creia que solo los emigrados arjentinos tenian el secreto de la manera de arrojar cada dia algunas pájinas a la publicidad.

El señor Espejo permaneció al frente del *Progreso* hasta los primeros meses de 1849. Pero como el ministerio Vial no se atreviese a permitir, manteniéndose neutral en las elecciones de ese año, que

el diarista fuese diputado, el diarista le volvió la espalda.

VII

Fatigado de la política, el señor Espejo hizo sus maletas i se dió a la vela para California. Estábamos en los grandes dias de la fiebre aurífera.

Su viaje por aquellas rejiones está lleno de peripecias interesantes. La fortuna tuvo con él todas las volubilidades de la ola. Le sonrió, le acarició i le abandonó. Ora fué industrial, ora capitalista, ora simple obrero. Despues de tener cincuenta mil duros, aserró maderas i cavó pozos.

Pero nada abatia al señor Espejo. Llevaba alegremente sus venturas i sus desdichas, i hoi, cuando nos cuenta las unas i las otras, rie de buena gana i hace reir a sus oyentes. Sabe mirar sin miedo i sin desaliento los contrastes de la suerte.

En 1854 regresaba a Chile, siempre en busca de una fortuna. No traia de California sino tristes realidades contadas con una chispa encantadora.

VIII

Desde su regreso ha vivido consagrado a la industria, pero sin olvidar ni sus antiguos hábitos de diarista ni su interes por la idea liberal. Luchó en 1858. Volvió a luchar en 1861, colaborando en el diario la *Voz de Chile*, que se hacia el porta-estandarte de la idea radical.

En 1864 era elejido diputado por Itata i tomaba

una parte activa en los debates sobre la libertad relijiosa. Sabia vencer en aquellos momentos sus dolencias para afirmar sus convicciones.

Indudablemente que el mejor de sus discursos fué su presencia en la Cámara.

En 1870 el departamento de Cauquenes acabá de llevarle al Congreso Constituyente despues de una doble eleccion.

IX

Hai en el señor Espejo un liberal convencido, entusiasta, firme. Ha principiado a batallar por la libertad cuando la libertad era la eterna vencida. Esto debia cerrarle la puerta de las funciones, de los honores, de la fortuna; pero el señor Espejo no entiende de acomodos con la conviccion. Su intelijencia, su celebridad como diarista, su carácter franco i simpático, le colocaban en situacion de andar provechosamente la jornada de la vida; pero habia nacido para la independencia i para la lucha.

Su espíritu activo, ardoroso, intrépido se revela en su larga campaña de diarista. Era infatigable. Su pluma estuvo siempre bajo la guarda de su valor. Si nunca fué un removedor de ideas, fué mas de una vez un removedor de espíritus. Su lenguaje colorido, apremiante, enérjico producia efectos de que hoi se nos escapa la causa, en aquellas épocas apasionadas en que los debates de prensa, de tribuna, de plaza pública sembraban mas vientos que semillas de verdad.

Indudablemente el señor Espejo estaba organi-

zado para el diarismo. Tiene prontitud, chispa, audacia. Pero sus cualidades naturales no fueron fortificadas por el estudio. El diarismo principiaba entre nosotros. Puede decirse que el señor Espejo era uno de los primeros navegantes intrépidos que se lanzaban en busca de ese continente de luz desconocido. No tenia brújula ni cartas; es decir, no tenia ni maestro ni modelos. Debia ir adivinando su camino. Se mantuvo a flote.

Sus pájinas de cada dia están ya olvidadas. Se recuerda al diarista de la *Gaceta*, al diarista del *Progreso*; pero se sabe poco o nada de lo que el diarista ha dicho, creido, pensado. Nadie se da ya el trabajo de ir a hojear las colecciones de diarios arrastrados en el torbellino del olvido. Quien hojeara los diarios en que ha escrito el señor Espejo, encontraria en sus columnas una guerra enérjica a la centralizacion administrativa. El diarista no perdió nunca de vista las provincias.

El señor Espejo, que entró quizás demasiado temprano en el diarismo, ha entrado un poco tarde en el parlamento. No tiene el hábito ni el lenguaje de sus debates. Perora mas que discute, declama mas que argumenta, busca mas los efectos de frase que los efectos de lójica. Diarista u orador, el señor Espejo se complace en la improvisacion. Las somnolencias de la meditacion no cuadran a su espíritu vivo, inquieto, que en nada se detiene mucho tiempo.

X

Apesar de su larga vida de luchador, el señor

Espejo no ha suscitado en su contra odios implacables. Ha tenido choques ardientes que no han dejado huellas profundas ni en su recuerdo ni en el recuerdo de sus adversarios.

Esto se esplica bien. El señor Espejo ha sabido enlazar siempre la tolerancia con la firmeza de conviccion; no ha sido ni cólera, ni envidia, sino bondad, lijereza, alegría. Aunque de ordinario en la fila de los vencidos, nunca ha sentido el despecho de la derrota. Es un creyente, no un sectario.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON ANJEL CUSTODIO GALLO

I

Las ideas toman a menudo en el espíritu de la multitud cierta fisonomía análoga a la fisonomía moral de los hombres que las convierten en conviccion, en palabra, en acto. Ello es propio de la naturaleza humana, incapaz de apasionarse de abstracciones. Para interesarla en favor o en contra de una idea, es menester que esa idea se encarne en uno o muchos hombres, sea una personalidad. Cuando la encarnacion se ha hecho, la jeneralidad del público separa difícilmente de la idea al hombre. Siéntese de ordinario inclinada a atribuir a la una las virtudes i las flaquezas, los méritos i los defectos del otro.

Tal ha pasado con las ideas del partido radical de Chile, cuya fisonomía popular han contribuido poderosamente a producir el señor Gallo i sus hermanos, en union de los hermanos Matta.

En ese grupo de hombres distinguidos, las inte-

lijencias i los caractéres son mui diferentes entre sí; pero tienen ciertas facciones comunes que no se encuentran en el tipo jeneral de sus compatriotas. Hai en su manera de sentir, de pensar i de manifestar sus sentimientos i concepciones una franqueza, una severidad, una rijidez austera poco frecuentes en el carácter nacional. A diferencia de la mayoría de los chilenos, carecen de las esterioridades de la conciliacion, de la induljencia i de la modestia; no gustan de hacerse chiquitos, como vulgarmente se dice; ni tratan de deslizarse, en vez de ir de frente al obstáculo; ni prefieren la astucia a la agresion abierta; ni capitulan con las preocupaciones consagradas, con los abusos florecientes.

Entre nosotros suele hacerse estribar la cordura i la moderacion en quedarse a medio camino de lo verdadero, de lo bueno, de lo justo; en obligar a partir mesa i cama al bien nuevo con el mal viejo, a la reforma saludable con el hábito dañoso, a la teoría luminosa con la ciega rutina. Los hermanos Gallo i los hermanos Matta no aceptan esos términos medios absurdos; pero los rechazan con una inflexibilidad tan perentoria, con una enerjía tan implacable que su justa resistencia toma a veces formas agresivas i vejatorias.

No es, pues, estraño que las ideas del partido radical chileno, fiel reflejo de las mas sanas doctrinas liberales i de las aspiraciones patrióticas mas puras i elevadas, dieran pábulo, en un principio, a la desconfianza de los espíritus medrosos, a la ojeriza de las conciencias fáciles, a las calumnias de los embaucadores políticos. Ya se pintaba a los

hombres de ese partido como frenéticos demagogos que querian renovar entre nosotros las sangrientas escenas de la Francia de 1793; ya se les describia dominados de una intolerancia i fanatismo comparables a los que empujaron a los puritanos de la república inglesa a tan odiosas persecuciones, a tan grotescos delirios; ya se les tildaba de comunistas i niveladores, que pretendian disolver la familia, destruir la propiedad, pisotear todas las creencias queridas, todos los sentimientos respetables, todos los intereses lejítimos en que descansa la sociedad chilena.

Pero, tamañas imposturas, apadrinadas solo por la necedad i la mala fe, han caido ya en completo descrédito. El partido radical ha venido poco a poco apoderándose del respeto, de la confianza i simpatías de la opinion. Multiplicando de dia en dia el número de sus prosélitos, ha vivificado su espíritu, ensanchado sus horizontes, deshecho la atmósfera de falsas apariencias en que se hubiera querido envolverle i sufocarle.

Esa buena suerte le era debida. Partido de principios, se ha mantenido fiel a ellos en todas las evoluciones de la política, en todos los cambios de la movible escena pública. No ha antepuesto nunca el interes de su ambicion al interes de sus convicciones i de su patria.

Su conducta ha sido altamente benéfica al progreso liberal i a la rejeneracion moral de nuestros partidos.

Ella desarma a la crítica en presencia de ciertas asperezas, de ciertas exajeraciones, de ciertas vio-

lencias de carácter que se observan en algunos de los hombres sobresalientes del partido radical, que se observan especialmente en el señor Gallo.

II

El señor Gallo es altivo, porfiado, vehemente, inflamable. Posee un talento claro i alimentado de variadas lecturas, que le ha permitido comprender las mas altas cuestiones de política i organizacion social, seguir la historia de la humanidad en las ideas i en los hechos. Pero su corazon avasalla a su cabeza; la fuerza de la primera impresion le desvía de la meditacion serena; la impetuosidad de los sentimientos le arrebata la calma i equidad de ánimo. De ahí fascinaciones de criterio, agresiones de controversía, que están en la lójica de la pasion.

La esperiencia de la vida no ha entibiado el ardor de su alma, pero le ha hecho un tanto pesimista, inspirándole amargos desencantos respecto de la jeneralidad de los hombres.

Su riqueza le ha dejado descubrir entre ellos muchas bajezas e indignidades. La vehemencia i altivez de su carácter le ha traido contrariedades i enemigos.

Despues de haber pasado los primeros años de su juventud entre los esplendores i el bullicio de la vida elegante, se alejó de ella para consagrarse esclusivamente a los graves deberes del hombre i del ciudadano.

III

Don Anjel Custodio Gallo nació en Copiapó el año 1828. Educado en los colejios de Santiago, estudió las humanidades i las leyes, pero no se curó de hacerse abogado. Buscó en el estudio la ilustracion, no una profesion para vivir. Era dueño de un cuantioso patrimonio, i su familia contaba entre las mas opulentas de Chile.

IV

Apénas entrado en la juventud, tomaba un interes inmediato i activo en los negocios políticos. No tardó en llegar la crísis electoral de 1851: el señor Gallo, al par de los demas miembros de su casa, prestó al triunfo de la candidatura presidencial del señor Montt la cooperacion de su persona, de su fortuna, de sus influencias. Puso al servicio de su causa política el mismo ardor, la misma resolucion i tenacidad que acostumbra desplegar en todas sus empresas.

V

Su actividad se repartia entre la política i la vida del gran mundo. Era uno de los *leones* de Santiago, como entónces se llamaba a los dictadores de la moda, del buen gusto i de los placeres de sociedad. Habia alcanzado lo que, por aquel tiempo, constituia el *summum* de la elegancia: era comandante de uno de los batallones de la guardia nacional.

Su opulencia, sus prodigalidades, las ventajas esteriores de su persona, su carácter soberbio e imperioso, sus hábitos i maneras de hombre de mundo, le daban gran ascendiente i boga en la sociedad santiaguina.

Buscando empleo a su caudal, acometió vastas empresas industriales, que léjos de hacerle mas rico, menoscabaron su fortuna. Ellas le indujeron a viajar a Europa en 1854.

VI

A su vuelta del viejo mundo, se encontraba elejido por segunda vez diputado al Congreso nacional.

Lo habia sido por vez primera en la renovacion parlamentaria de 1852. Diputacion oficial, habia protestado de ella entónces, absteniéndose de ir a ocupar su asiento de representante en todo el trienio lejislativo.

En el nuevo período no se presentó en la Cámara de Diputados sino para defender con su palabra i su voto la lei de amnistía de 1857. Tomaba así abiertamente la actitud de oposicion, a que lo llamaba el estado de sus relaciones con el gobierno. Estas relaciones habian venido resfriándose i entorpeciéndose de tiempo atras, i llegaba el momento en que el señor Gallo debia ser uno de los adversarios mas implacables del presidente Montt.

Tal se mostró, efectivamente, en las vivas ajitaciones políticas de que fué teatro el año 1858. Elejido diputado por el departamento de Valparaiso, combatió activamente la política dominante dentro

i fuera del parlamento. Como uno de los redactores de *la Asamblea constituyente*, invitó al *meeting* del 12 de diciembre, concurrió a él, fué allí aprehendido i arrastrado a la cárcel.

Poco tiempo despues, se le hacia cambiar la prision de tierra firme por la prision flotante de la *Luisa Bragington*, que fué a arrojarlo a las costas inglesas.

VII

El partido radical recibia simultáneamente un doble bautismo: el bautismo de la persecucion en cabeza del señor Gallo i de los hermanos Matta, sus nobles compañeros de proscripcion i sufrimientos; el bautismo del fuego i de la victoria en cabeza de su hermano don Pedro Leon.

La victoria de los Loros fué militarmente un triunfo efímero; pero políticamente fué un acontecimiento de grandes consecuencias, que dió vigor, lustre i popularidad al partido naciente.

Ya hemos contado, en otras pájinas de este libro, la constitucion definitiva de ese partido en los primeros años de la administracion del señor Perez i bajo la bandera levantada en las columnas de *la Voz de Chile*.

El señor Gallo fué uno de los redactores, aunque no el mas asíduo, de aquel diario.

Escribió allí solo de tarde en tarde, no obstante que tiene muchas dotes de escritor, sostenidas por una ilustracion copiosa. Su estilo es firme, abundante i animado. Pero le falta el gusto acendrado del literato.

Su pluma como su palabra i sus esfuerzos personales han estado prontos para servir a todos los pensamientos jenerosos que han hecho palpitar el corazon de nuestro pais en el trascurso de estos últimos años. Cooperando activamente a la prosperidad de los grandes anhelos nacionales, ha cooperado a la prosperidad misma de su partido.

Por lo demas, ha llevado una vida de retiro i de estudio.

VIII

Alejado del parlamento desde 1858, ha vuelto a ocupar un asiento en el Congreso Constituyente de 1870 por los votos del departamento de Caldera.

El transcurso del tiempo no ha sido infructuoso para el orador. Son pocos los debates parlamentarios de este año en que no haya tomado parte, i a veces la parte del leon, mostrando facultades oratorias que no habrian podido presajiarse en su estreno de catorce años atras.

Hai aplomo en su actitud i en su palabra, i ese aplomo se encuentra realzado por su presencia varonil i agradable, por el buen metal de su voz, por las modulaciones espresivas que sabe comunicarle. Su elocucion es con frecuencia incorrecta i desmayada; pero tales desmayos e incorrecciones se atenúan por la enerjía i resolucion con que aborda las cuestiones mas escabrosas i personales, por la excesiva franqueza con que da a todas las cosas sus verdaderos nombres, i aun sus nombres mas crueles.

A veces, toma un tono conciliador, suave, apaci-

ble para hacer a sus adversarios los cargos mas ásperos e ingratos en un lenguaje todavía mas áspero e ingrato para los pacientes. Esto forma un contraste caprichoso, que da a la invectiva aires zumbones i festivos.

La palabra del señor Gallo carece por lo comun de toda benevolencia, i en ciertos momentos, traspasa los límites parlamentarios.

El señor Gallo examina, estudia, medita concienzudamente todas las cuestiones; lleva a los debates una buena copia de ilustraciones i datos. Sin embargo, sus discursos no siempre son de gran efecto. Les falta de ordinario un plan bastante fijo i metódico, un encadenamiento bastante estrecho en las ideas; lo que hace que la intelijencia del auditorio no vea al orador marchar en prosecucion de un término dado, seguir un itinerario conócido. Cuando esto sucede, el interes decae i la atencion se fatiga.

En toda materia hai mucho que decir para un hombre ilustrado, pero no es posible decirlo todo. El señor Gallo no se cura de escojer lo que mas le conviene decir; trata de decir lo mas posible en defensa de su opinion. De esa suerte, su discurso pierde el movimiento i la unidad.

IX

Pero, aunque el señor Gallo se prestara a modificar su elocuencia en el sentido de nuestras observaciones, no lo podria sin dejar de ser lo que es. El orador, como el escritor, refleja al hombre.

La naturaleza moral del señor Gallo, impetuosa, apasionada, inflexible, intransijente, tenaz en sus propósitos i en sus adhesiones, intolerante i desdeñosa con sus adversarios, afectuosa e induljente con sus amigos, rica de entusiasmos a pesar de su pesimismo, rica de ilusiones a pesar de sus desencantos, está toda entera en su elocuencia.

Naturalezas semejantes son siempre una gran fuerza, i son especialmente útiles a Chile en la época actual, en que el enervamiento de los espíritus i de las conciencias se pretende disfrazar con el ropaje tornasolado de la moderacion.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON LUIS COUSIÑO

I

Don Luis Cousiño tiene hoi unos treinta i seis años de edad.

Hijo de un gran capitalista, cuyo carácter jeneroso ha dejado buenos recuerdos en nuestra sociedad, i cuyas atrevidas empresas pusieron mas de una vez su fortuna al borde del abismo, recibió una educacion esmerada, que se le envió a completar en Europa.

A la muerte de su padre, obtuvo en herencia, ménos una riqueza positiva i tanjible, que la espectativa de grandes riquezas.

Esa espectativa tardó poco en ser una realidad espléndida. Los establecimientos carboníferos de Lota, entrando luego en plena produccion, hicieron millonario al señor Cousiño.

II

Hasta estos últimos años, su existencia se ha repartido principalmente entre los deslumbrantes

placeres i fantasías de la opulencia i los cuidados de sus vastas empresas industriales.

Gastando el dinero sin contarlo, ha vivido por algunos años en Europa la brillante cuanto dispendiosa vida del gran señor i del millonario.

Pero, no ha sido magnífico solo en sus gustos de ostentacion: lo ha sido tambien en obsequio de la prosperidad material de su pais.

Poseedor, junto con las minas de Lota, de la mayor parte del territorio del departamento de Lautaro, el espíritu ilustrado i jeneroso de sus especulaciones ha contribuido poderosamente a sostener la vida industrial de una de las provincias mas importantes del sur. Ha hecho allí gastos considerables en promover la colonizacion e introducir toda clase de mejoras útiles.

Elejido, en 1864, diputado por el departamento de Lautaro, cruzó, a su costa, de carreteras casi toda la estension de aquel departamento.

Nadie ignora que hoi invierte una gruesa suma de dinero en embellecer los alrededores de nuestra capital, transformando la llanura del Campo de Marte en un soberbio paseo.

III

Su cargo parlamentario de 1864 no alcanzó a interesarle vivamente en nuestros negocios políticos.

Pero, cuando estalló la malhadada guerra española, sintió todos los nobles entusiasmos del patriotismo.

Encontrábase a la sazon en Paris.

Allí concibió el pensamiento de adquirir una nave poderosa, armarla en guerra i venir a su bordo a hostilizar la flota española que infestaba las costas chilenas. Para realizar su propósito se dirijió a Lóndres en busca de un empréstito de medio millon de pesos. La desconfianza que nuestra guerra habia sembrado entre los capitales ingleses, le impidió levantar los fondos que buscaba.

Su tentativa se frustró, pero revela un carácter enérjico, emprendedor i audaz.

IV

Hoi parece tomar un interes serio en nuestra vida política.

Elejido diputado al Congreso Constituyente de 1870 por el departamento de Santiago, ha asumido en el parlamento una actitud de oposicion templada.

Su participacion abierta i activa en la union electoral del 11 de setiembre ha acabado de acentuar su actitud.

El señor Cousiño ha llevado a la realizacion de ese propósito de libertad i patriotismo una firme voluntad i un sincero anhelo de progreso político.

No es un escritor ni un orador; pero tiene una intelijencia bastante ilustrada para poder servir con discernimiento, eficacia i elevacion los intereses públicos.

Tales condiciones, unidas a su riqueza, le llaman a desempeñar un papel importante en nuestra escena política, en que la riqueza tiene ya por sí sola

una influencia tan considerable i a veces tan exajerada.

V

Por lo demas, haciéndose hombre político, el señor Cousiño no ha dejado de ser hombre de gran tono, que dicta la moda en nuestra sociedad elegante i opulenta.

Sus maneras fáciles i distinguidas, la afabilidad de su trato, su carácter digno i caballeresco sin solemnidad ni quijotería, le hacen agradable a cuantos se le acercan.

Acaso hai todavía entre nosotros quienes crean que un sabio no debe mudarse camisa todos los dias, ni un hombre grave sonreirse sino mui de tarde en tarde.

El ideal querido de tales jentes no es, por cierto, el señor Cousiño, que lleva su falta de gravedad hasta poner una flor en el ojal de su levita.

Domingo ARTEAGA ALEMPARTE

DON ALEJANDRO REYES

I

Está delante de nosotros la fisonomía quizás mas curiosa que haya pasado en este último tiempo por el escenario de nuestra política. El señor Reyes tiene aires de conquistador i hechos de recluta: remueve risas i cóleras, asombros i desdenes.

A pesar de que es un alto dignatario del Estado, pues fué ministro ayer i es hoi senador, majistrado iudicial, hombre opulento, su personalidad no puede estudiarse con entera seriedad. Scapin, Fígaro, Dulcamara, esos tipos eternos de la alegría embrollona, prometedora, ruidosa, vienen a distraernos. La risa nos da toda una fiesta en presencia de esa edad madura llena de las petulancias i de las temeridades de una juventud indiscreta. Se atreve a todo, habla de todo con una seguridad imperturbable, aunque de ordinario con una desgracia increible. Si es un millonario de las palabras, no es un millonario del injenio. Sus formas oratorias no

tienen arte ni relieve. Equivoca la vulgaridad con el buen sentido, la naturalidad con la bajeza. No hai en él ni la cólera de la pasion, ni el apreton formidable de la lójica. Es un gran hablador.

II.

Si un gran hablador es un orador, el señor Reyes ha ganado sus espuelas oratorias.

Nada nos atrevemos a afirmar.

Su talento nos deja tan perplejos como su fisonomía. Su conjunto intelectual parece revelar un hombre de intelijencia, como su conjunto físico un hombre regularmente dotado de los encantos esteriores. Pero, entrando en los detalles, la buena impresion se disipa.

Decididamente, la naturaleza no ha sido pródiga de sus dones con el señor Reyes. Le ha dado solo apariencias, ninguna realidad. Hai apariencias en su esterior, apariencias en sus cualidades intelectuales.

Buffon ha dicho: El estilo es el hombre. Podria decirse del señor Reyes: Su rostro es su intelijencia.

Su aspecto no carece de distincion i de facilidad de maneras; es un hombre de buena sociedad, un poco impertinente quizás, pero, en fin, agradable. Mas, bien observado, si es imperturbable, nace ello de que está desheredado absolutamente de tacto, de penetracion i hasta de malicia. Un hombre de

chispa reirá del señor Reyes con entera impunidad. Creerá haber asombrado, cuando no ha hecho otra cosa que divertir. Por eso quien diga de él: Hé ahí un cándido! como quien diga de él: Hé ahí un hombre hábil! ámbos tendrán razon i estarán en la verdad.

Nadie podria negar que es hábil cuando agrupa las cifras, las disciplina, las mueve a su antojo hasta hacerlas decir enormidades lejendarias, que la posteridad recojerá. Pero se dudará de su habilidad cuando se cree capaz de ofuscar a ese señor Todo el Mundo, que, segun M. de Talleyrand, tiene mas injenio que M. de Voltaire. Ministro, creia conducir la hacienda pública a la prosperidad, creia ser un gran financista, creia que habia algo de providencial en su elevacion. Nadie ha sentido en mas alto grado que el señor Reyes las fatuidades del poder.

Indudablemente tiene fe en sí mismo. Quizás es esa la única creencia que jamas ha variado en él. Fuera de ahí, nadie, ni él mismo, podria decir qué es. Ya tiene matices liberales, ya tendencias conservadoras; ya parece un revolucionario, ya un contra-revolucionario; ya libre-cambista, ya proteccionista; ya sencillamente hombre fiscal, lleno de las avideces inflexibles i casi brutales del impuesto. Pero, en realidad, no hai idea, sistema, creencia que pueda contar al señor Reyes entre sus apóstoles, ni aun entre sus sectarios. Dispensa sus homenajes a la idea, al sistema, a la creencia del momento, del papel, del teatro en que representa.

III

Ahí está su campaña de 1857. Hacia entónces sus primeras armas como adversario de la autoridad, de la que era un antiguo servidor. Durante el gobierno Búlnes, fué diarista en homenaje al ministerio Vial. Durante el gobierno Montt, fué diputado de mayoría.

La víspera de pasarse con armas i bagajes al campo de la oposicion que iniciaban los conservadores, era todavía uno de los mas asíduos en las antesalas de palacio.

Aquello fué un cambio a la vista. No debia ser el último.

Entónces, para dejar la corte i entrar en la oposicion, necesitó a lo ménos los veinte minutos de Mr. Disraeli para abandonar las filas del libre-cambio. Mas tarde no ha necesitado tanto tiempo. Ha hecho sus cambios de frente con una rapidez inverosímil.

Ahí está, siendo ministro, el tratado de comercio con el Perú. Principia defendiéndolo con tenacidad, i concluye por abandonarlo miserablemente. Ahí está despues el tratado chileno-arjentino. Principia retirando al comercio de tránsito sus franquicias tradicionales i abriendo casi de par en par las puertas a la libre importacion. ¿A dónde va, en seguida? A la idea contraria. No habrá frontera aduanera para el comercio de tránsito; habrá frontera aduanera para las importaciones.

Nada lo retiene bajo ninguna bandera. No cono-

ce la fidelidad a la bandera. Está donde lo llama su fortuna política.

En 1857, abandonaba el palacio porque creia que la casa se venia al suelo. Cuando vió que aquello no iba tan de prisa, tuvo indudablemente una profunda contrariedad. Debia estar asombrado de ser un adversario de la corte. El señor Reyes es uno de los pocos que creen todavía que la sonrisa del soberano trae fortuna i su enfado desgracia. Cuando fué un proscrito, estaba desesperado. No le consolaba ni aun la idea de que su desgracia le venia de su actitud en la Cámara de 1858, donde hizo al gobierno una oposicion tenaz i donde afirmó principios a los que mas tarde ha vuelto desdeñosamente la espalda.

Hai en el señor Reyes mucho de un Disraeli de contrabando. Tiene su egoismo i su amplitud de conciencia; pero no su talento ni su orgullo. Disraeli cambia de aliados como cambian las potencias. El señor Reyes se rinde i se arrodilla. Disraeli ha sido primer ministro. El señor Reyes nunca llegará hasta ahí, aunque se prolongue la era de los ministros increibles. No tiene bastante prestijio para presidir un gabinete honorable, i tiene bastante talento para no ponerse al frente de un gabinete de desconocidos.

IV

El señor Reyes llegó al poder bajo el ala del señor Covarrúbias. Su ministerio sorprendió a la mayoría de las jentes, empezando por el jefe del

Estado. Se le encontraba un ministro poco serio, hasta un ministro imposible.

Semejante juicio era soberanamente injusto. Pero se esplica. El señor Reyes tiene bastante talento para despertar la envidia, bastante petulancia para hacerse a veces insoportable, i no posee ninguna de las cualidades que conquistan la estimacion.

Nunca ha manifestado mas audacia que admitiendo, en 1864, la cartera de hacienda, cuando ni sospechaba la primera palabra de la ciencia, cuando estábamos en una hora llena de amenazas i de peligros, cuando la guerra estaba en la atmósfera i el déficit en nuestros cofres. Pero no se arredró. Fué el mas hábil i el mas funesto de nuestros ministros. Con frecuencia asustó a su partido, que habria aplaudido si se le arroja por la borda.

Apesar de las olas i de los vientos se mantuvo a flote. Todos sus primeros camaradas de ministerio fueron desapareciendo, ménos él. Hizo con una tranquilidad idéntica la política linfática i prometedora del ministro Covarrúbias como la política atrabiliaria i violenta del ministro Errázuriz. Nos habló con un desenfado igual de la guerra como de la paz, del poderío del pais como de su debilidad, de sus próximas victorias como de sus chascos mortificantes. Nada le desalentaba. Su audacia inagótable encontró todavia bastante fuerza para entrar en la política de diversion del ministerio Amunátegui.

Se veia en él un instrumento útil i se le conservaba a pesar de sus riesgos.

V

El señor Reyes era irreemplazable. No se encuentran a cada paso ministros que burlados un dia en sus cálculos, vuelvan al dia siguiente con una seguridad imperturbable a reclamar la confianza de la asamblea. El señor Reyes era de esos ministros. Nos traia todas las prosperidades en la cavidad de su mano: oro, escuadras, alianzas, victorias, gloria, crédito; al mismo tiempo que hacia el déficit eterno, la deuda colosal, el impuesto abrumador.

La mayoría se dejaba prender en el embrollo de las cuentas alegres. Era cuanto el señor Reyes necesitaba. Que la verdad no estuviera en sus esposiciones no significaba para el ministro un supremo inconveniente. La verdad le pareció siempre un personaje desagradable, del que se vengaba poniéndole desdeñosamente a la puerta. Tenia contra ella aires magníficos. Sufria el fuego del desmentido con el aplomo de un veterano: su voz quedaba imperturbable, impasible su rostro. Si todas las enormes novedades de la guerra no tuvieron al señor Reyes por inventor, a lo ménos lo tuvieron por pregonero. En aquellos dias fué una especie de ministro-cartel. Se complacia en las noticias de sensacion.

¿Quién no recuerda las escuadras que hacia evolucionar a la vista de su auditorio maravillado? Quién no recuerda cuando nos juraba sobre la cruz de su espada, en aquel llamamiento que hizo al patriotismo de los escudos, aun humeante Valpa-

raiso, la venganza del bombardeo? Quién no recuerda como ponia despues esas cosas a la cuenta de los entusiasmos del corazon? El señor Reyes no vacilaba en confesar que se habia puesto la cabeza en el bolsillo. Estaba dominado en aquel entónces por las ebriedades de la indignacion. Ah! si la opinion tuviera jendarmes, habria hecho prender al señor Reyes como a un mala cabeza.

VI

Pero su ebriedad de aquellos dias no era mas verdadera que su cordura de estos otros. No fué el entusiasmo lo que arrancó al señor Reyes su llamamiento, fué el miedo. Ni era el honor del pais lo que se trataba de honrar; se trataba de salvar un ministerio que se desmoronaba. La única manera de burlar la indignacion universal era hacer eco al grito de todas las almas.

VII

El señor Reyes jamas ha sentido el entusiasmo de las grandes ideas ni de los grandes deberes. Le parecen locuras o sueños. Ahí están sus ronrisas impertinentes contra la union americana. Se complace en el camino trillado i esperimenta un respeto supersticioso a la idea manoseada. Es una especie de ropavejero del pensamiento. A pesar de la vehemencia de su temperamento, es un creyente glacial. Busca los caminos fáciles i las ideas fuertes. Aun rebelde, esperimentará cierta misteriosa inclinacion al gobierno constituido. Aun vencido,

hallará respetable el hecho consumado i estará pesaroso de no acordarle su saludo. Por eso una vez que él llegó al poder, fué necesario sostener contra él una lucha de cuatro años para que se resolviera a abandonarlo. Entrando en el ministerio en 1864, solo le abandonó en 1868, despues de mortales vacilaciones. Ya se le creia un ministro eterno.

Pero no hizo sino cambiar altura por altura. Pasó del ministerio a la majistratura judicial, tras una corta jornada como jerente del Banco Garantizador.

VIII

Indudablemente debe contarse al señor Reyes entre nuestros oradores de primera fila, pero le faltarán siempre la sorpresa, la gracia, la felicidad de la espresion o de la imájen, el arranque que parte del alma, la personalidad del orador. Tiene el entusiasmo helado. No acierta a conmover. Es abundante, nada mas, aun cuando ostente pretensiones que no se justifican. Ha hablado mucho, sin alcanzar a hacer jamas un verdadero discurso. Es un conversador sin amenidad ni chispa. No tiene ni las esterioridades brillantes del artista, ni el fondo nutrido del pensador. No dejará huellas. Todo lo que se sabrá de él es que ha hablado mucho.

Intelijencia fácil i espíritu superficial, el señor Reyes no se ha detenido sériamente en cosa alguna. Sabe un poco de muchas cosas; no sabe

nada bien. Tan pronto como encuentra algunas ideas jenerales, ya se juzga espléndidamente abastecido.

En dos palabras: el señor Reyes es una mediocridad bulliciosa, adornada de muchas pequeñas habilidades.

A pesar de todo, vale mas que su reputacion.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON JOSE EUJENIO VERGARA

I

Alcibíades cortaba la cola a su perro para que Atenas hablase de él. Pues bien: está delante de nosotros un hombre que, al reves del calavera inmortal, renunciaria a tener un perro si eso habia de llamar hácia él las miradas.

El señor Vergara es un carácter profundamente modesto. Teme a la celebridad, la notoriedad le embaraza, limita su ambicion a la vida de trabajo, de estudio, de hogar. Esto parecerá estraño a quien recuerde su larga existencia de accion i de combate; pero no a quien sepa que se batia por sus camaradas de opinion i no por él. Les ayudaba a vencer sin curarse de pedir jamas nada a la victoria. Nada queria ni nada necesitaba.

II

El señor Vergara es un hijo de sus obras. Nacido en una familia sin bienes de fortuna, todo lo

debe a su intelijencia, su ciencia, su laboriosidad infatigable. Hai en él un trabajador asombroso: no conoce el cansancio. Está siempre alerta i dispuesto.

Hizo su entrada en la vida pública con el gobierno Montt, que supo hallar mas de un hombre de intelijencia. El señor Vergara no fué el ménos notable. Se reveló bien pronto jurisconsulto, orador, partidario firme.

Despues de haber pasado por la majistratura judicial i por el profesorado, vino a la administracion como sub-secretario de relaciones esteriores, donde dió pruebas de su alta competencia.

Antes de esta hora habia hecho sus armas en la prensa como redactor en jefe del *Mensajero*, diario fundado bajo el ala del gobierno. El *Mensajero* tuvo una existencia corta i oscura, a pesar de los esplendores que rodearon su cuna.

III

El puesto del señor Vergara no estaba en el diarismo. La índole de su talento, sus estudios, sus hábitos, su carácter lo llamaban al foro, donde ha adquirido una alta i universal celebridad. El señor Vergara es ante todo abogado: es abogado en el tribunal, abogado todavía en el parlamento, lo que arrebata brillo, empuje, soplo a su oratoria política.

Su versacion en los negocios corre parejas con su facilidad. Las cuestiones políticas no tienen mas secretos para él que las cuestiones legales. Por eso, ningun debate, por repentino que fuese, le ha tomado desprevenido. Ya hable improvisando o ya

despues de haber meditado, encuentra siempre la misma abundancia de palabra, la misma firmeza de argumentacion, la misma precision de ideas. Nunca dejan de acudir en su ausilio el aspecto nuevo, el argumento súbito, la maniobra oportuna que debe envolver al adversario.

Indudablemente el señor Vergara es uno de nuestros oradores mas fecundos. Miéntras ocupó un banco en la Cámara, su palabra se dejó oir siempre en todas las cuestiones trascendentales.

Es un orador que gusta de vivir en las serenas rejiones de la ciencia, pero que no se siente fuera de su campo cuando es preciso hacer de la palabra una espada de combate. Sabe luchar; eso sí que sus golpes son siempre acompasados. Las columnas de su argumentacion hacen un fuego nutrido i mortífero, pero nunca cargan a la bayoneta. Es un abogado lleno de recursos, un profesor lleno de claridad en sus esposiciones; no es un luchador. Es rio, no torrente; luz, no chispa; alumbra, ilustra, convence; no apasiona, estremece, arrastra.

IV

Cuando el gobierno de 1861 llegó a los negocios, el señor Vergara formaba en las filas de la mayoría parlamentaria, a la que acompañó en su ruda i estéril campaña contra el recienvenido. Su oposicion fué entónces moderada, discreta, razonable al mismo tiempo que resuelta i firme.

Las elecciones de 1864 renovaron su mandato; pero ya no fué el orador incansable de otras épo-

cas. Su banco estaba de ordinario vacío i su voz se dejó oir solo en momentos mui contados. El ardor i las ilusiones le habian abandonado. La vida política le pesaba como su cadena al galeote.

V

Esto es hoi bien visible. Mandatario al Congreso constituyente por el departamedto de Cauquenes, no ha aparecido una sola vez en su banco.

"Hijo de la democracia, decia últimamente en una carta de intimidad, deseo vivir i morir confundido en la multitud." Hai en estas palabras una sincera modestia. El señor Vergara tiene derecho a ser creido.

Ambicioso, ¿a dónde no habria llegado durante el gobierno Montt? Ambicioso, ¿a dónde no habria llegado todavía en estos últimos años, poniendo al servicio de su ambicion sus facultades de orador, su numerosa clientela de abogado, su intelijencia de primera línea, sus cualidades de carácter que le atraen fácilmente amistades duraderas?

I nada mas justo que esas amistades. Sobrellevando un trabajo casi abrumador, que mas de una vez ha puesto en peligro su vida, alegando, escribiendo, estudiando, meditando, no dándose reposo sino en las altas horas de la noche, el señor Vergara sabe hallar todavía tiempo que consagrar al servicio de sus amigos, que nunca acuden a él en vano. Está siempre a sus órdenes.

VI

Pero mucho dudamos que el señor Vergara con-

siga realizar sus propósitos de retiro. En vano trata de hacerse olvidar; sus amigos no quieren olvidarle. I despues, como los viejos lejionarios, tiene demasiada fidelidad al estandarte para que, llegado un momento decisivo, no se comprometa en su honor.

Volverá a la lucha, sino en busca de grados, en busca de las nobles satisfacciones del deber cumplido.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON PATRICIO LARRAIN GANDARILLAS

I

El señor Larrain Gandarillas es el primojénito de una opulenta familia. Esto esplica la alta situacion política que ocupa de largos años atras. Pertenece a esos hombres que nuestros gobiernos han acariciado siempre como elementos indispensables a la solidez de su fuerza i de su prestijio. Teniendo de su lado las grandes fortunas i los grandes apellidos, se imajinan darse un barniz de aristocracia i de lejitimidad, dorar los artesonados de su hogar.

De ahí esa lejion de grandes dignatarios del Estado que no han tenido trabajo alguno para llegar a las alturas. Van a ellas como por derecho de herencia.

¿I no somos una oligarquía?

Ni servicios ni intelijencia, dinero i abuelos es lo que abre mas rápidamente la puerta de todos los honores i de todas las prosperidades. Esto ha contribuido poderosamente para alimentar en ciertas esferas sociales un desden, mas grotesco que odioso,

por esos hijos de sus obras que pelean como buenos la batalla de la vida.

II

Aunque el señor Larrain Gandarillas es un alto dignatario de la política, pues ha ocupado casi perpétuamente durante veinte años un banco en el Senado, su influencia no se ha hecho notar en la marcha de los negocios públicos. Nunca ha subido a la tribuna ni ha tomado una parte bastante activa en nuestras luchas de partido.

Gran propietario agrícola, apasionado amigo de los viajes, a los que pide alivio para sus frecuentes enfermedades, ha dividido por mucho tiempo su existencia entre sus trabajos i sus escursiones por las grandes capitales europeas.

El señor Larrain Gandarillas tiene fisonomía, maneras, hábitos, gustos de gran señor un poco a la antigua usanza. Su vida es espléndida, pero sin ruido ni ostentacion.

III

Como toda su familia, pertenece a esa faccion del partido conservador que acampa en el atrio del templo. Por lo demas, creemos que la política no tiene sérias preocupaciones para el señor Larrain Gandarillas. No posee fuertes convicciones i ménos todavía ideas considerables. Marcha con sus camaradas políticos sin prisa, sin pasion, sin cólera. Hará lo que quiera su partido.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON FRANCISCO DE BORJA SOLAR

I

El Congreso de 1849 llevó a la vida política muchos hombres nuevos. El ministerio que le habia elejido, pretendia hacerle cuna i hogar de un nuevo partido, que reuniendo los elementos dispersos del viejo liberalismo, los elementos que se alejaban del campo conservador i los que traia a las luchas de tribuna, de prensa, de plaza pública la juventud que entraba en accion, condujera el pais en el período presidencial que se acercaba.

Pero el plan ministerial no pasó de un hermoso sueño.

El partido se mantuvo compacto, en vida, en salud, en prosperidad miéntras el poder le tuvo de su mano. Cuando cayó el ministerio de 1846, el partido no resistió mucho tiempo a los embates de la desgracia. La mayoría parlamentaria se dispersó barrida por las deserciones o por la persecucion.

Los partidos que crea el poder, pocas veces aciertan a vivir una vez que les falta su arrimo.

II

El señor Solar se contó entre los hombres que hiçieron su entrada en la vida pública por las puertas de ese Congreso. Hasta entónces habia vivido consagrado a la enseñanza i à la ciencia.

En aquel momento se hallaba al frente del Instituto Nacional, donde ha dejado buenos recuerdos.

Indudablemente ha sido uno de los rectores mas simpáticos a sus alumnos. Durante su rectorado desaparecieron casi por completo esas severidades brutales que tan triste nombradía han dado a nuestro gran establecimiento de educacion. El señor Solar comprendió que no necesitaba transformarse en ogro, que podia quedar hombre sin que nada sufrieran ni el órden ni la disciplina de sus aulas. Hasta entónces el ogro habia sido el tipo de rectores, profesores, inspectores. Fisonomías adustas, ojos airados, manos siempre dispuestas a castigar, labios siempre abiertos para amenazar i que jamas entreabria la sonrisa, era lo que el niño veia en cada uno de sus superiores tan pronto como salvaba las puertas del colejio. De esta manera una frialdad casi terrible montaba perpétuamente la guardia en las imajinaciones infantiles.

El señor Solar rompió con esa tradicion. Uniendo la bondad a la firmeza, la simpatía al respeto, supo empapar en su espíritu a la mayoría de sus subordinados. La juventud respiró, estudió i aprendió.

III

Caido el ministerio de 1846, el señor Solar fué a formar en las filas de la oposicion parlamentaria, pero sin comprometerse en sus grandes jornadas. Al contrario, mas de una vez reforzó a la minoría ministerial, que no tardaba en hacerse mayoría. Nunca fué un partidario ardiente. Político moderado i hasta tímido, sin esperiencia de los negocios, sin altas cualidades de intelijencia ni de palabra, mantuvo siempre una actitud reservada, sin relieve ni importancia.

IV

Despues de esta época, ya no le vemos aparecer en política hasta el ministerio de 1857, en que se daba al señor Solar la cartera de hacienda.

El señor Solar es un injeniero, no un economista. Tampoco es un político. Carece enteramente de ese poder de intelijencia i de carácter, de esa mirada clara i penetrante del hombre de Estado capaz de constituir la dictadura de la superioridad; i eran ministros de esa especie los que se necesitaban en aquel momento para convertir en una paz duradera el armisticio entre el gobierno i la oposicion. Su permanencia en el ministerio fué corta. No acertando a dominar, tampoco quiso ser dominado.

V

Aunque adversario del gobierno Montt, ántes

como despues de su ministerio, su hostilidad nunca salvó los límites de la moderacion. Era un descontento, no un enemigo activo, ardiente, animoso.

El gobierno de 1861 le llamó a su lado dándole en 1864 un banco en la Cámara de diputados. Poco despues le ha hecho senador i consejero de Estado.

El señor Solar es ya un alto dignatario de la política, pero nunca será un político. No tiene ni horizonte intelectual, ni ideas propias, ni ciencia de los hombres i de las cosas. Es un carácter honorable i modesto.

Justo ARTEAGA ALEMPARTE.

DON PEDRO FELIX VICUÑA

I

Nada tan árduo como resistir a la desgracia. Hombres i dioses parecen conjurarse contra el infortunio. La desgracia hace crueles a los adversarios, desdeñosos a los amigos. Caer, aun cuando sea heroicamente, nunca valdrá tanto como vencer. César ha tenido posteridad, era triunfo; Caton nó, pues era sacrificio.

De ahí la necesidad de un alma fuerte para no ser arrastrado por las tentaciones del buen suceso. El buen suceso es el Satan de los humanos. Como el Satan bíblico, tiene su montaña i sus reinos. Todo le ayuda: la franca complicidad de la turba como la tolerancia i el asombro de la inteligencia. Hai en el afortunado algo que ofusca, domina, impone, desconcierta, desarma. A su llegada se levanta clamor de protesta i de escándalo; pero la lisonja impone pronto silencio a esos estremecimientos de la conciencia ó de la envidia. Son muchos los que

escupen al pedestal del afortunado en su rabia de no haber sido los escojidos.

Para el infortunio no hai sino la posteridad.

II

Esas reflexiones nos han asaltado mas de una vez, estudiando el carácter, la vida, la obra del señor Vicuña.

Perpétuamente vencido, nada ha bastado para desalentarle. Ha sabido conservar, a pesar de las vicisitudes, la esperanza, el entusiasmo, el ardor del primer dia. Siempre se ha dormido cada noche aguardando tocar al dia siguiente la orilla deseada. Aun cuando su prevision se viera defraudada, seguia adelante. ¿No ha sido hoi? Pues será mañana.

En cada una de las numerosas pájinas que el señor Vicuña ha entregado a la publicidad, se descubre la huella de su imperturbable confianza en la victoria de sus ideas. Sus adversarios i hasta sus amigos han sonreido de su fé. Veian en esa confianza ilusiones de vencido. Nosotros no sonreimos, aplaudimos.

La incredulidad es el moho del alma. Dudar es abdicar, o es prostituirse hasta ir a saludar la fortuna que se condena en el fondo del alma.

III

El señor Vicuña ni ha abdicado, ni se ha prostituido.

Hijo de presidente, sobrino de un santo prelado, miembro de una de nuestras familias mas numero-

sas, su posicion social le destinaba a llegar rápidamente a las alturas. Le habria bastado contemporizar con el hecho consumado. No lo quiso.

Pueden ponerse en cuestion el talento del señor Vicuña, la perspicacia de su mirada política, sus facultades de hombre de Estado, nunca su constancia, que no ha conocido, durante cuarenta años, ni el desaliento ni la fatiga, tratándose de afirmar las convicciones que creia bien, prosperidad, verdad, libertad para su pais.

Hé ahí lo que bien pocos quizás han visto hasta ahora en él. De ordinario no se ha visto hasta ahora en él sino un adorador fanático de la Constitucion de 28, en la que se resume su credo liberal, que carece de ámplios horizontes i de una idea bastante precisa del progreso humano. Sus temores, sus preocupaciones, hasta sus soluciones de sus primeras horas de escritor i luchador no han dado un paso adelante. Esto le hace un poco incomprensible a las nuevas jeneraciones, que suelen mirarle con el asombro que se esperimentaria ante un resuscitado. Su liberalismo no acierta a admitir toda la libertad.

Tal le vimos aparecer en los debates de 1865. Reivindicando todas las libertades, exijiendo una atrevida reforma constitucional, se negaba a dar entrada a la libertad relijiosa. Cree que el sentimiento relijioso es una de las bases del órden social; pero olvida que ese sentimiento no se decreta i que necesita de toda su espontaneidad para ser fuerte, poderoso, fecundo. No se manda en las almas.

Esta contradiccion se esplica sin embargo en el señor Vicuña. Nacido en un hogar piadoso, se empapó desde temprano en esas intransijencias de la creencia sincera que no modifica sino un gran poder de razonamiento. La creencia es ante todo sentimiento. Dejar a la herejía que se hombree con la verdad, al falso Dios que levante altares en frente del Dios verdadero, es algo que asombra al señor Vicuña.

Todo esto contribuye a su actual aislamiento. Los hombres en cuya compañía vive no admiten su liberalismo sincero, al paso que los liberales avanzados no comprenden un liberalismo que no dispensa sus homenajes a la marcha del tiempo, las ideas, los hombres, las necesidades i los derechos de la civilizacion. Podria decirse del señor Vicuña lo que se ha dicho de los Borbones: Nada ha olvidado, ni nada ha aprendido.

IV

El señor Vicuña tiene hoi sesenta i cuatro años. Era apénas un hombre cuando ya entraba en la lucha política, fundando, en 1824, un periódico, el *Telégrafo*, i poco despues un diario, el *Mercurio*, hoi decano de nuestra prensa. Aunque comerciante, sus gustos le arrastraban hácia la política. Dejando primero las leyes por el comercio, descuidó en seguida el comercio por el periodismo.

Sus primeras relaciones contribuyeron indudablemente a fortificar los impulsos de su vocacion.

Los salones de su padre, uno de los mas altos

dignatarios del Estado, como presidente del Senado desde luego, como presidente de la república en seguida, eran por los años de 1827 a 1829 el punto de cita de las intelijencias que entónces descollaban, ya en el parlamento, ya en la prensa, ya en las letras. Fué ahí donde conoció i escuchó a Mora.

V

Pero la elevada situacion política del señor Vicuña duró poco. La revolucion de 1829 dispersó su partido i su casa.

Como era natural, cúpole una parte activa en los acontecimientos de aquella época tormentosa. A él se debió que el gobierno de Santiago pudiera oponer la espada del jeneral Freire a la espada de su feliz rival, el jeneral Prieto.

Miéntras el sur estaba en armas i la conspiracion minaba en Santiago presidente, Congreso, opinion, don Francisco Ramon Vicuña, presidente del Senado, era llamado a la presidencia de la república.

Pero no se trataba solo de gobernar; era forzoso combatir. El señor Vicuña no era soldado i se necesitaba un soldado. Comprendiéndolo, puso por condicion para tomar el mando que se le diese un jeneral a quien entregar el ejército. No podia pensarse en el jeneral Pinto, que acababa de renunciar la presidencia desesperando de vencer el torrente de los sucesos. Se pensó en el jeneral Freire. Veterano glorioso i amado del soldado, no podia oponerse un adversario mas ilustre al caudillo del sur.

Freire se encerraba en aquellos momentos en la

reserva i la indecision. La política le tenia fatigado i desencantado. Se encargó al señor Vicuña de conquistar al gobierno la espada del heroico verano.

La empresa era árdua. Freire creia en la legalidad de la revolucion. Bien lo prueba su primera palabra al señor Vicuña.—"¿Cómo quiere usted, le dijo, que vaya a combatir a un ejército que trae en una mano la espada i en la otra la Constitucion?" A pesar de esa respuesta, el señor Vicuña insiste i logra vencer las vacilaciones del jeneral. ¿Quién sabe si esas vacilaciones eran un presentimiento del porvenir? Quién sabe si no sentia en aquellos momentos el doloroso estremecimiento de la derrota i la proscripcion?

Durante esta época el señor Vicuña no mantuvo ociosa su pluma. Redactó dos periódicos: el *Censor* de 1828 i la *Lei i la Justicia.*

VI

Pero todos los esfuerzos escollaron. La espada de la revolucion pudo mas que la espada del gobierno, que amenazado por la insubordinacion i el motin, se ponia en retirada e iba a sentar sus reales en Valparaiso. Desde esta hora ya estaba perdido. Toda fuerza moral le abandonaba.

Miéntras tanto las maquinaciones de una hábil intriga adormecian al jeneral Freire i le hacian dispersar sus tropas.

Despues de Ochagavía, batalla indecisa, vino Lircai, batalla decisiva. El jeneral Freire fué completamente derrotado.

Ya no habia esfuerzo de hombre capaz de violentar los decretos de la fortuna. Era preciso resignarse.

VII

El señor Vicuña fué un vencido, pero no un desterrado. Hombre de discusion, de resistencia franca i a la luz, no se temia en él un conspirador. El destierro le reservaba para mas tarde.

En 1830 tres departamentos le elejian diputado. Permaneció bien corto tiempo en su banco parlamentario. En 1831 se le espulsaba de la asamblea en compañía de Rodriguez i de Infante. Su liberalismo i su independencia molestaban a los vencedores, cuya omnipotencia no toleraba estorbos.

El señor Vicuña se hizo entónces un emigrado en el interior. Pero seguia atentamente desde su retiro la marcha de los sucesos i volvia a tomar la pluma cada vez que la oportunidad se presentaba.

En 1835 escribia la *Paz Perpétua*, úuica protesta que se levantó contra la reeleccion del presidente Prieto. Publicaba todavía en 1837 un folleto: *Unico asilo de las repúblicas hispano-americanas*, en que trai al debate i al recuerdo de la opinion la idea de un Congreso.

Sus escritos de esa época tenian un eco considerable. Hacian meditar a unos, irritaban a otros, fortalecian a no pocos. En mas de una ocasion, la altivez de los vencedores pidió al poder la persecucion del escritor que se atrevia a importunarlos con las espinas de la verdad. Pero Portales les dejaba

impacientarse. Quién sabe si no se daba un pasatiempo con la irritacion de sus camaradas.

La revolucion de Quillota, en que el frenesí de uno de sus oficiales inmolaba a ese ministro omnipotente, sorprendió al señor Vicuña en su retiro. Habia presentido la trajedia, pero sin tomar en ella ninguna parte.

El coronel Vidaurre, apénas en armas contra el gobierno, le llama a su lado. Pero el llamamiento llegó demasiado tarde. El señor Vicuña se lisonjea con que habria evitado la muerte de Portales a encontrarse al lado del coronel rebelde.

VIII

En 1841 volvia activamente a la accion en apoyo de la candidatura del jeneral Pinto i contra la candidatura del jeneral Búlnes, que tenia de su lado el prestijio de la victoria i las protecciones del poder. Fundó entónces el *Elector* i el *Verdadero Liberal*, periódicos enteramente de circunstancias.

Su candidato desapareció en la fusion de conservadores i liberales. Búlnes fué elejido presidente.

Durante los primeros tiempos del nuevo gobierno, el señor Vicuña mantuvo una actitud reservada. Se le habian hecho promesas de una restauracion liberal. Sin poner en ellas confianza, tampoco queria dar pretesto a su retractacion procurando levantar hostilidades contra la política gubernativa. I despues, el partido liberal estaba desarmado, ora por las caricias, ora por las dádivas, ora por el desaliento; pues habia abandonado una hermosa partida renunciando a su candidato.

En esa hora era casi un árbitro. La indecision, la indisciplina, el motin reinaban en las filas de sus adversarios, que se dividian entre el ministro Tocornal, sucesor de Portales en el poder, en la omnipotencia, en el favor, i el jeneral Búlnes, sobrino del presidente Prieto, caudillo de un numeroso ejército, con el que acababa de compartir fatigas, peligros i victorias en la guerra contra Santa-Cruz. En tal situacion, habria bastado a ese partido mantenerse compacto para dictar su voluntad. Se dejó seducir.

IX

La restauracion liberal no vino. En los primeros tiempos, el gobierno Búlnes hizo una política conciliadora, pero en la que todo el favor era siempre de los conservadores.

En aquellos dias soplaban malos vientos para la libertad. La dictadura o la anarquía se dividian el imperio en la mayor parte de los Estados americanos. Los gobiernos fuertes eran los leones de la época. El presidente Búlnes queria ser reelejido i no parecia esperimentar gran repugnancia por el réjimen del sable. Educado en los campamentos, acostumbrado a la obediencia pasiva, era natural que en ciertos momentos viera en la nacion solo un gran rejimiento.

De otra parte, no hallaba en ese camino una resistencia realmente séria. La larga desgracia del partido liberal i su desbande de 1841 le habian reducido a un verdadero enervamiento. Podia hacer tempestades en un vaso de agua, mui capaces de

espantar miedos i egoismos; pero de ninguna manera entrar en lucha con alguna certidumbre de victoria. El miedo i el egoismo hábilmente esplotados permitieron presentar la reeleccion de Búlnes casi como una necesidad de salud pública.

El señor Vicuña fundó en 1845 el *Republicano*, para combatir esa reeleccion i proclamar la candidatura del jeneral Freire. Su oposicion se desenlazó en la derrota i en el destierro.

El 8 de marzo de 1846 era arrestado, conducido a Valparaiso, paseado por sus calles rodeado de guardias, i embarcado en seguida en un ponton. Poco despues hacia rumbo al Perú, donde se habia comprometido a permanecer durante un año.

Se le acusaba de complicidad en un levantamiento popular, que era, o una locura de demagogos, o una invencion de autoritarios.

Ni en el temperamento ni en los hábitos del señor Vicuña hai nada capaz de formar un conspirador ni un jefe de asonada. No tiene ni la cabeza, ni la audacia, ni la seduccion, ni la astucia, ni el arranque del hombre tenebroso o del hombre de accion.

X

Durante su destierro dió a la publicidad un folleto en que hacia a grandes rasgos la historia de la administracion Búlnes i la historia de su propia derrota. Hai en ese folleto moderacion, calma, serenidad de espíritu. No parece la obra de un vencido, ni es tampoco la obra de un alto espíritu político.

Entretuvo tambien sus fastidios de desterrado, escribiendo una serie de cartas sobre el Perú, que publicaba en 1847.

XI

Vuelto al hogar i a la patria en este mismo año, no tardaba en ser llamado a la barra del jurado, a consecuencia de una carta dirijida al jeneral Blanco desde las columnas del *Mercurio*.

Esa carta impugnaba los planes financieros del ministro Renjifo, ya muerto, i creia ver en ellos la fuente de las dificultades que en aquellos momentos rodeaban a nuestra prosperidad.

Acusaba al ministro de haber creado una riqueza ficticia abriendo camino a los negocios de bolsa, grandes improvisadores de fortuna, con el reconocimiento de una fuerte deuda pública. Señalaba en tal operacion una maniobra esclusivamente política, pues por su medio se aprisionaba a los afortunados con cadenas de oro.

Tales apreciaciones no eran injustas. Los gobiernos de reaccion no cuentan con mas sólidos apoyos que el capital que aguarda beneficios i el ejército que aguarda ascensos.

Los deudos del difunto ministro creyeron herido el honor del hombre i se apresuraron a acusar la censura. Hubo en su acusacion una susceptibilidad estremada. Nada habia en los ataques del señor Vicuña capaz de empañar la honorabilidad del señor Renjifo. Habia en ellos parcialidad, no diatriva.

Indudablemente la obra del señor Renjifo no es

irreprochable. Pero, en el entre tanto, fué él quien introdujo el órden en las finanzas i abrió los caminos de nuestra prosperidad. Hé ahí lo que el señor Vicuña no ha visto bien. Se asusta demasiado de una gran movilizacion de valores, i pensando en sus peligros, olvida que la circulacion es la riqueza. Aunque el señor Vicuña ha andado mucho en las cuestiones de crédito, no ha acertado a arrebatar a la ciencia sus secretos.

El jurado dió un veredicto absolutorio. La defensa del señor Vicuña, tenazmente hostil a las ideas del ministro, estaba llena de declaraciones que eran un homenaje al hombre.

XII

En el entre tanto, el ministerio Vial habia llegado a los negocios. Este ministerio, hostilmente acojido por los conservadores, trató de atraerse a los liberales. El señor Vicuña no fué sordo al llamado; pero, sin embargo, se mantuvo en una actitud reservada i hasta hostil a veces, porque el ministerio no se prestaba a darle ayuda en el arreglo de las cuentas que tenia atrasadas con su antecesor.

Pero el ministerio Vial cayó pronto a impulsos de una oposicion tenaz, que contaba con las complicidades del palacio.

Una nueva oposicion se organiza entónces. El señor Vicuña es uno de sus afiliados. Esa oposicion proclama en 1850 la candidatura Errázuriz, que él se apresura a sostener en el periódico la *Reforma*, que habia fundado en 1848. Mas tarde, se

plegaba a la candidatnra Cruz, que tenia las adhesiones de la masa del partido.

XIII

Estamos en 1851. El barómetro político anuncia temporal. El aluvion no tarda en descargarse.

El batallon Valdivia se subleva en Santiago en la madrugada del 20 de abril, embiste el cuartel de artillería, donde se asila i resiste la guarnicion veterana, escolla en el asalto, la oposicion queda vencida i es dispersada por el estado de sitio i por la fuga.

El señor Vicuña, que se encontraba en Valparaiso, cuenta en el número de los perseguidos; pero escapa a la prision pidiendo la hospitalidad de la bandera británica a una de sus naves de guerra, la *Meandre*, al ancla en aquellos momentos en el puerto.

Desde esta hora el hombre de discusion desaparece. Ya el señor Vicuña no cree sino en las soluciones de la espada. Es Cruz quien debe darnos esas soluciones. Va a pedírselas.

XIV

Abandonando su asilo flotante, una barca de comercio le conduce a Talcahuano, despues de una navegacion contrariada por los vientos i las olas.

Pero la casualidad le alejaba del jeneral Cruz, a quien pretendia acercarse.

Cuando el señor Vicuña desembarcaba en Talcahuano en la mañana del 8 de mayo, doce horas

ántes el jeneral Cruz habia partido con rumbo a Valparaiso.

Hé ahí una séria contrariedad para el peregrino. Si Cruz perdia el mando del ejército, perdia la intendencia de Concepcion i era detenido en Santiago, la revolucion corria riesgo de verse ahogada en su cuna. I despues, Concepcion no se ajitaba sino a impulso de su caudillo. Los móviles de su accion eran un hombre mas que un principio. Cruz en la capital era Concepcion adormecida i consternada. Pero Cruz volvió.

El señor Vicuña pasó sus primeros dias esplorando hombres i cosas.

El 17 de junio, tomando la iniciativa de un llamamiento al pueblo, promovia la fundacion de una sociedad política, que se iniciaba firmando un acta que era una franca amenaza. La revolucion hablaba como potencia.

XV

El 13 de setiembre de 1851 Concepcion se ponia en armas contra la autoridad. El movimiento se consumaba sin quemar un cartucho. El señor Vicuña se hizo intendente de la provincia, i ocupó ese puesto hasta el momento de salir a campaña el ejército revolucionario. Cruz le nombraba entónces su secretario jeneral.

Sepultada la revolucion en Loncomilla, el señor Vicuña hacia rumbo a Valparaiso, al amparo de un salvo conducto del jeneral vencedor.

La opinion no acierta a esplicarse cómo puede

llegar vencido, pero libre. Rumores siniestros se abren paso. La palabra traicion anda en el aire, i la desconfianza i la duda se reflejan de vez en cuando en los semblantes de los que se cruzan al paso del señor Vicuña.

Estas niñerías de la opinion serán eternas. Solo admite que el crímen sea bastante poderoso para impedir que se clave en su provecho la rueda de la fortuna. No recuerda que fuera del crímen, están todavía la casualidad, el número, la ciencia, los mil azares de la guerra.

XVI

Aquí puede decirse que concluye la participacion activa del señor Vicuña en la marcha política.

Fatigado de luchar sin ventura, nublado su prestijio, fué a aguardar en el retiro dias mejores. Su fortuna particular, que no contaba ménos borrascas que su fortuna públiea, tambien le reclamaba.

En estas horas de aislamiento escribió su libro: el *Porvenir del Hombre*, que resume sus opiniones sobre todos los altos problemas políticos, económicos, sociales que hoi preocupan a los pensadores.

Este libro no ha sido un acontecimiento. Vino a la publicidad en 1858 cuando los espíritus estaban absorbidos por las preocupaciones políticas. Ademas, ni en su fondo ni en su forma, habia nada capaz de hacer sensacion o de picar la curiosidad de un público ávido de novedades. El señor Vicuña se muestra en su libro, escritor lento, difuso, incorrecto, pensador débil, observador poco penetrante.

Presiente una revolucion social a la que querria dar un desenlace salvador. La empresa es noble, pero demasiado árdua.

XVII

Ya no vuelve a la política hasta 1864, en que el departamento de la Serena le elije su mandatario.

Su primer acto es pedir la reforma de la Constitucion de 33. Poco despues deposita en la mesa de la presidencia un proyecto sobre banco nacional, i otro estableciendo un gremio de minería. Mucho habria que observar a estos proyectos.

En las elecciones de 1867 tiene un nuevo mandato lejislativo. Tomó entónces la iniciativa de la derogacion de la lei que autorizaba el apremio personal. La prision por deudas fué abolida. Esta es quizás su única victoria en cuarenta años.

Hoi está en el Senado.

XVIII

La actitud del señor Vicuña en la Cámara ha sido independiente. Amigo de los gobernantes, no les ha sacrificado sus convicciones. Pero su personalidad no tiene un peso considerable. Sin cualidades de orador i sin grandes dotes de escritor, se hace escuchar poco i leer poco.

Ya no es un luchador político, es un observador que sigue con interes la marcha de los acontecimientos i aspira a darles soluciones que no hallan atmósfera. Piensa i escribe fuera del roce de los hombres i de las cosas. Acierta a decir alguna bue-

na verdad, como lo prueban sus cartas sobre la situacion de la república; pero no es sino un franco-tirador cuyos disparos ya no conmueven el campo i carecen del alcance de las armas de precision.

Hai en esta distraccion algo de injusto, pero hai tambien algo que viene del escritor.

El señor Vicuña no ha marchado. Su liberalismo i su estilo viven en pleno año 28. No ha penetrado bastante ni en el movimiento político ni en el movimiento literario. Cada época tiene sus gustos i sus maneras de ser interesada, atraida, seducida, ofuscada. Solo los grandes escritores poseen el privilejio de imponer la moda i no recibirla. El señor Vicuña no es de su estirpe. Luchador infatigable, está léjos de ser una intelijencia penetrante i audaz. No hai gracia, arte en su estilo, ni novedad en sus ideas. Navega derroteros conocidos i a veces hasta derroteros abandonados. Le faltan completamente los atrevimientos del esplorador. Esto hará que nada quede de su obra.

Los mapas como la historia solo conservan la huella de los grandes esploradores.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON SILVESTRE OCHAGAVIA

I

Nacido el año de 1820, don Silvestre Ochagavía se educó en el Instituto Nacional para la carrera del foro.

En 1846 era llamado a desempeñar el cargo de oficial mayor del ministerio de justicia, culto e instruccion pública, que sirvió hasta el año siguiente.

En 1847 el gobierno envió a Francia trece de los alumnos mas aventajados de la Escuela Militar, con el fin de que completasen sus estudios en las escuelas de aplicacion de aquel pais i se hiciesen oficiales facultativos. El señor Ochagavía, no obstante su juventud, recibió el encargo de acompañarles en su viaje para servirles de mentor oficial.

Puesto en el viejo mundo, demoró allí mas de tres años, i no perdió su tiempo. Dedicóse a estudiar los cultivos i procedimientos de la agricultura europea, que introducia mas tarde en Chile, contribuyendo en gran manera a los progresos hechos

por esa industria entre nosotros de veinte años a esta parte.

A su vuelta al pais en 1850, entraba a reemplazar momentáneamente a don Andres Bello en el puesto de oficial mayor del ministerio de relaciones esteriores.

Dos años despues,—julio de 1852,—era nombrado ministro de justicia, cnlto e instruccion pública.

Cuando entró en el gabinete, el Instituto Nacional se encontraba invadido por el clero, a quien su antecesor habia entregado la direccion de aquel establecimiento.

El señor Ochagavía se apresuró a poner término a una invasion de que el interes clerical podia sacar ventajas, pero de que la ciencia no podia recibir sino detrimento.

Consagróse, al mismo tiempo, con ardor a fomentar los intereses públicos puestos a su cuidado, en especial la instruccion del pueblo. Durante tres años fué uno de los colaboradores mas celosos e intelijentes de la obra administrativa del gobierno Montt.

Durante los mismos años habia representado al departamento de Santiago en la cámara de diputados.

En los primeros meses de 1855 se retiraba del gabinete; pero las elecciones de aquel año le mantenian en el congreso como diputado por el departamento de Talca.

En 1858 era elejido miembro del senado.

Sin embargo, en vez de ocupar desde luego su puesto de senador, partió para Europa con el en-

cargo de levantar el empréstito de siete millones de pesos que el poder lejislativo acababa de destinar a la terminacion del ferrocarril entre Valparaiso i Santiago.

El desempeño de tan grave encargo fué enteramente feliz. El empréstito anglo-chileno de 1858 es el mas ventajoso de cuantos ha contratado Chile en el estranjero.

Realizada prestamente esa operacion financiera, el señor Ochagavía no quiso darse el vano placer de exhibir ante S. M. Británica las credenciales de enviado estraordinario i ministro plenipotenciario que habia recibido al ponerse en viaje: apresuróse a volver al pais.

Cuando en 1860 la retirada del señor Urmeneta dejó vacante el puesto de primer ministro, el presidente de la república lo ofreció al señor Ochagavía. El señor Ochagavía se negó a aceptarlo.

Desde entónces, su participacion en los negocios públicos se redujo al desempeño de su cargo de senador.

Terminado su mandato lejislativo en 1866, estuvo uera del congreso durante el último trienio parlamentario.

Hoi ocupa un asiento en el Congreso Constituyente, representando al departamento de Ovalle. Su diputacion actual ha sido obra de una de esas transacciones electorales con que el ministerio Amunátegui se hacia la ilusion de poder distribuir a su sabor, en el seno del parlamento, la cantidad i la calidad de las fuerzas de los diversos partidos, llevando allí, en lugar de los mandatarios de la li-

bre voluntad de la nacion, un reflejo artificial i engañoso de las opiniones e intereses preponderantes.

II

Tal es el resúmen descarnado de la vida pública del señor Ochagavía.

Como ha podido observarse, comenzó temprano i ha recorrido de prisa la carrera de los empleos i de las dignidades políticas. Ministro de Estado, diputado, senador, ya se ha visto que habria sido tambien jefe de gabinete, si lo hubiera querido. Cuando el partido dueño del poder i de la eleccion en 1861 tuvo que renunciar, mal de su grado, a hacer presidente de la República al señor Varas, muchos de sns miembros volvieron los ojos al señor Ochagavía, i la designacion de candidato presidencial fluctuó por algun tiempo entre su nombre i el del señor Perez.

III

Esa prosperidad política, si se debe en parte a los decretos de la fortuna, se debe principalmente a los méritos reales del señor Ochagavía.

Posee una intelijencia clara i una ilustracion considerable. Sin ser precisamente literato ni escritor, sabe concebir i escribir. Sin ser orador, sabe hablar i llegar hasta la elocuencia: cuando su voz se ha levantado en las asambleas políticas, se ha hecho escuchar con atencion i respeto.

Posee, ademas, un carácter templado, circunspecto, benévolo, jeneroso, afable. La probidad, la hidalguía, la nobleza de sentimientos, la urbanidad mas intachable brillan juntamente en su persona. Tiene, en suma, una buena copia de aquellas cualidades que hacen agradable i estimable al ser humano.

IV

Pero, algunas de sus cualidades, llevadas a la exajeracion, se convierten en defectos. Su modestia raya en timidez, su moderacion en debilidad.

El señor Ochagavía carece de la audacia, del ímpetu, de la tenacidad en el propósito que son la esencia del hombre político.

En la política como en la guerra, la accion debe ir constantemente pisándole los talones a la meditacion: cuando así no sucede, "los colores nativos de la resolucion,—para hablar el lenguaje de Hamlet,—se amortiguan bajo los pálidos reflejos del pensamiento."

El hombre de Estado, cualquiera que sea su escuela, necesita ser un batallador. Conservador, tiene una plaza fuerte que defender; liberal, tiene muchas conquistas que llevar a cabo. Hai siempre para él batallas que pelear.

I el secreto de la victoria, para los jenerales como para los políticos, está ménos en un plan prudentemente combinado, largamente meditado, que en los movimientos rápidos i atrevidos. En la guerra como en la política, la audacia, el ímpetu, la

perseverancia son a menudo cordura, fuerza, buen suceso.

Hai imprudencia en volver la vista atras; hai imprudencia en detenerse a reflexionar en medio del camino. El político que tal hace, si no tiene la suerte de la mujer de Loth, se verá, a lo ménos, arrollado por los acontecimientos, que suelen andar mui de prisa. En vez de dominarlos, ellos le arrastrarán aturdido, o le postrarán en tierra.

V

Colocado por su condicion social, por sus bienes de fortuna, por sus luces i distinguidas prendas personales en la primera fila del partido creado bajo los auspicios del gobierno Montt, el señor Ochagavía no ha tomado, sin embargo, una participacion decisiva en las empresas políticas de ese partido. Antes bien, le hemos visto declinar en 1860 el honor de presidir el gabinete.

Su nombre está enlazado con el gobierno Montt, no tanto por el lado político, cuanto por el lado administrativo. Ministro de aquel gobierno en una época de cansancio i abdicacion del espíritu público, sus tres años de ministerio se señalaron casi esclusivamente por sus activos trabajos de administrador. La contratacion del empréstito de 1858 fué todavía un acto administrativo.

VI

Así se esplica que, siendo miembro conspícuo de un partido de rigurosa disciplina, de resistencia

i combate, i cumpliendo fielmente sus deberes de partidario, se haya granjeado, no obstante, la reputacion de un hombre conciliador i moderado.

Reputacion merecida, porque el señor Ochagavía es naturalmente un espíritu sereno, equitativo, amante de la concordia i de la paz.

VII

Su voz no se ha hecho oir hasta ahora en el Congreso Constituyente, donde su actitud de diputado de oposicion se ha marcado solamente por sus votos. Estos mismos votos no han acompañado siempre a la minoría para condenar la política oficial.

En cambio, delegado por el partido *nacional* para celebrar el memorable acuerdo de 11 de setiembre de 1870, acojió con júbilo i entusiasmo la union electoral nacida de ese acuerdo, i ha puesto eficaz empeño en llevarla a cabo.

El señor Ochagavía está completamente en su cuerda trabajando por esa obra de conciliacion, de patriotismo i progreso político.

Domingo ARTEAGA ALEMPARTE

perseverancia son a menudo cordura, fuerza,
suceso.

Hai imprudencia en volver la vista atr
prudencia en detenerse a reflexionar e
camino. El político que tal hace,
suerte de la mujer de Loth, se v
arrollado por los acontecimiento
dar mui de prisa. En vez de
arrastrarán aturdido, o le pos

V

Colocado por su co
nes de fortuna, por
das personales en
bajo los auspicio
Ochagavía no
cipacion deci
partido. Ar
1860 el h

Su no
no ta
adm
un

cumpliendo fielmente sus deberes de
hará granjeado, no obstante, la re
hombre conciliador i moderado.
cida, porque el señor Ochaga
su espíritu sereno, equitativo,
de la paz.

nido fielmente sus deberes de
lo, no obstante, la re
dor i moderado.
ñor Ochaga-
iativo.

ER LUIS DE ZAÑARTU

. Luis de Zañartu no tiene ya la ju-
ud de los años; pero tiene la juventud de las ilusiones.

Si ha dejado de ser, en una época mas o ménos remota, un hombre jóven, es siempre un jóven soñador.

Imajínase hombre público, personaje político.

II

Solo Dios i el mismo señor Zañartu saben cuánto ha suspirado por llegar a ponerse en escena; cuánto se ha afanado en remedar a las mariposas, revoloteando en torno de la luz que habia de consumirle.

Por fin, sus ardientes votos se vieron colmados. En 1867 encontraba asiento en el Congreso a título de diputado suplente por Valparaiso.

La diputacion del señor Zañartu fué una de las obras mas jenuinas de ese partido estrictamente oficial que cierto hombre de injenio bautizó un dia con el nombre de *gloria barata.*

III

Una vez puesto en la escena parlamentaria, no se resignó a quedarse modestamente en segundo término, entre la silenciosa comparsa de los diputados pasivos del gabinete.

Parecióle poco influir con su voto en las deliberaciones. Se imajinó que tambien podia ilustrarlas con su palabra, ilustrando juntamente su nombre en las nobilísimas batallas de la elocuencia; lo que valia tanto como matar dos pájaros de una pedrada.

Hizo al efecto laudables esfuerzos oratorios; pero no consiguió matar ningun pájaro, ni cosa parecida.

Ese estéril resultado era mui natural. El señor Zañartu no estaba preparado por ningun estudio serio para ventilar los negocios públicos. I lo que se habia olvidado de pedir al estudio, tampoco le habia caido del cielo.

IV

Si el apetito viene comiendo, la ambicion engorda prosperando, *vires crescit eundo.* El señor Zañartu no tardó en sentirse estrecho entre el Pacífico i los Andes: quiso un campo mas vasto en que pasear su importancia política.

El señor Vargas Fontecilla, a la sazon ministro del interior i relaciones esteriores, se apresuró a satisfacer el fantástico capricho de su correlijionario, nombrándole ajente de colonizacion en Europa, sin sueldo i sin facultad de contratar colonos.

La prensa periódica de entónces comparó aquella mision con los episcopados *in partibus*, que no tienen tampoco ni renta, ni feligreses. Comparacion bastante aceptable.

En desempeño de su mision, el señor Zañartu se fué al viejo mundo, paseó por él algunos meses, i se volvió a Chile tan inocente como habia salido, de todo conato de colonizacion sobre los estantes i habitantes del continente europeo.

V

Llegada la eleccion de diputados al Congreso Constituyente, el ministerio Amunátegui no se olvidó del señor Zañartu: proporcionóle acomodo como representante del departamento de Quinchao.

Se nos imajina que el señor Zañartu debió de sentirse contrariado por la ubicacion de su mandato lejislativo, que no pudo ménos de perturbar sus nociones jeográficas i obligarle a molestas indagaciones para fijar la latitud i lonjitud bajo las cuales viven sus comitentes.

Sea por esa contrariedad o por otra causa, es el caso que en el presente período lejislativo ha resistido mucho mejor que en el pasado a las tentaciones oratorias; lo que habla mui alto en elojio de

su fuerza de voluntad, i nunca podria celebrarse demasiado.

VI

Conviene, por lo demas, advertir que, si en punto a dignidades políticas, se ha alimentado solo de poéticas ilusiones, no ha olvidado por eso la prosa de la vida, ni ha dejado de recordar con el latino, si bien talvez no lo haya recordado en latin, que *sine Cerere et Baccho friget Venus.*

El señor Zañartu posee una sustanciosa prebenda, aunque no lleve el título de canónigo:—es administrador del estanco de Santiago.

VII

Los que cultivan su amistad, aseguran que en la vida privada manifiesta excelentes partidas.

Norabuena! Siempre será un consuelo para los amigos de la humanidad reconocer que el ser humano deja rara vez de presentar algun aspecto serio i respetable.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON JOSE RAMON LIRA

I

El señor Lira es una de esas fisonomías descoloridas, vagas, crepusculares, sin sangre, sin nervios, sin líneas acentuadas, que escapan de una manera desesperante a una caracterizacion bien precisa. Para valernos de un dicho vulgar, es una de esas fisonomías que no dan el cuerpo.

Hai en el señor Lira una perfecta correccion de traje, de maneras, de humor. Sonrie, promete, acaricia, se abnega con indisputable oportunidad. Solo así se esplica que haya sido durante la mayor parte de su vida un funcionario, ora judicial, ora administrativo.

II

Tanto el gobierno Montt como el gobierno Perez le han dispensado su confianza.

Ha sido sucesivamente defensor de menores, fiscal de la Corte de Apelaciones, intendente de San-

tiago, intendente de Coquimbo, intendente de Valparaiso. Estamos ciertos de que se nos escapa alguna de sus intendencias: ha tenido tantas! En agosto de 1870, era llamado al ministerio de guerra i marina. Pocos meses antes se le habian abierto las puertas del Senado.

Como se ve, el señor Lira seria ingrato quejándose de la suerte. No puede andarse mas cómodamente la jornada de la vida, cuando no se han manifestado aptitudes especiales.

III

Solo tres momentos difíciles cuenta su larga carrera: su intendencia de Santiago en 1858, su intendencia de Valparaiso en 1865, su ministerio en 1870. Pero el señor Lira ha encontrado medio de escapar a las dificultades.

Llamado a la intendencia de Santiago, como un hombre de transicion, en las horas mas difíciles del gobierno Montt, dejó hacer i dejó pasar. Intendente de Valparaiso en el momento del bloqueo i del bombardeo, pidió al telégrafo sus inspiraciones. El gobierno ordenaba i el señor Lira obedecia. No creemos que sea mas audaz en sus iniciativas como ministro.

Hasta ahora no se ha manifestado ni orador, ni administrador, ni hombre de Estado. Ha hablado poco i sus discursos breves, embarazados, sin novedad, nada revelan. Todo inclina a presumir que ha entrado en el gabinete por deferencia al jefe del Estado, que necesitaba ministros que ejecutaran pasivamente sus voluntades.

IV

El señor Lira será sin esfuerzo uno de esos ministros. Nada seria mas difícil que acertar a conocer sus opiniones. Parece pertenecer a esa escuela de moderados que llevan su prudencia hasta huir al trabajo de organizarse alguna conviccion acentuada. En todo caso, se guardará bien de ser un sectario o un mártir.

Estos serán eternamente los favoritos de todas las pequeñas prosperidades. Van tras el viento que sopla. ¿Hai naufrajio? Qué importa? Nadie se lo atribuirá, aun cuando hayan tomado parte en la maniobra, pues no han sido una iniciativa ni una personalidad. En el momento del siniestro se les dejará ganar en paz su hogar. Algun tiempo despues se les ocupará de nuevo. Hombres así hacen número, son un adorno, nunca un estorbo.

El señor Lira ha nacido funcionario i morirá funcionario.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON FRANCISCO MARIN

I

Tenemos delante de nosotros a un hombre que podria decir con buen derecho:—No cuento un solo enemigo.

Este privilejio, mui comun en los hombres imbéciles, es raro en los hombres intelijentes. Es el señor Marin uno de los poquísimos que le posee.

La cosa se esplica. Hai en él cuanto puede desarmar la enemistad, el rencor, la envidia. Es una naturaleza benévola, un corazon sin hiel, un alma en la que jamas hará nido ninguna pasion innoble.

II

Miembro de una familia célebre en los anales del patriotismo i del talento, no ha necesitado esforzarse mucho para llegar a las altas dignidades del Estado. Así las oposiciones como los gobiernos han considerado útil su concurso.

No hai en el señor Marin un hombre político, pues carece de paciencia para observar con aten-

cion, meditar con calma, escuchar lo que los otros piensan ántes que lo que dicen; ni hai tampoco en él un hombre de partido, porque, espíritu esencialmente independiente, espontáneo, no acertaria jamas a poner cadenas a su pensamiento, a disciplinarlo, a alinearlo, a someterse a los deberes de una estricta obediencia. Será siempre un francotirador.

III

Abogado en 1830, juez letrado en 1833, ni el foro ni la judicatura consiguieron fijar las preferencias del señor Marin. Sus gustos le han llevado siempre a la política. Ha vivido durante largos años en las intimidades del ensueño i de la admiracion con los conductores de la revolucion francesa, i querria ser uno de los herederos de sus nobles tradiciones.

En 1858 entraba en la Cámara de diputados e iba a sentarse en los bancos de la minoría. Entónces dejó oir mas de una vez su voz para combatir la política gubernativa. Fué un orador que sentia mas que razonaba.

Indudablemente el señor Marin es el varon bueno de que habla el retórico latino, pero le falta la ciencia de la palabra. Habiendo llegado tarde a nuestras asambleas i no contando con una vasta instruccion ni con disposiciones naturales, no ha hallado tiempo de pedir al estudio aquello que la casualidad le habia negado. Su oratoria es difusa, desordenada, nerviosa, voluble. Va i viene hasta hacerle perder con frecuencia el hilo conductor.

Retirado de la Cámara cuando la oposicion, despues de sus derrotas de 1859, se encerraba en las mudas protestas de la abstencion, reapareció por un momento en su banco para atacar tenazmente la lei de responsabilidad civil. Pronunció con este motivo discursos convencidos i ardientes.

IV

El diputado de 58 es hoi senador. Aunque amigo del gobierno durante los primeros años de su mandato, jamas ha sacrificado sus convicciones a su amistad. Siempre ha dicho lo que creia la verdad, aun a riesgo de desagradar a los oidos oficiales. Es el liberal mas sincero que hoi se sienta en el Senado. Desgraciadamente su liberalismo tiene timideces i recelos que le inclinarán a transacciones con el pasado.

V

El señor Marin nunca ejercerá una influencia considerable en nuestras asambleas como hombre de palabra, ni en nuestros negocios como hombre de ideas; pero llevará hácia donde quiera que se incline el peso de una probidad indisputable. Posee un ardiente sentimiento del deber, cualidad bien rara en esta época de realismo e improbidad, en la que se imajina que nada debe atar a los hábiles ni a los despiertos. El deber! invencion de bribones para encadenar necios.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON PEDRO LUCIO CUADRA

I

El Congreso Constituyente de 1870 no encierra solamente en su seno la flor i nata de nuestras celebridades políticas i literarias: encierra asimismo una juventud numerosa i escojida.

En medio de esa juventud, no es el que ménos descuella don Pedro Lucio Cuadra.

En la última dualidad electoral de Linares, todavía *sub lite*, el señor Cuadra figura entre los diputados del grupo de oposicion.

Esa eleccion disputada le ha llevado por primera vez a las rejiones lejislativas; pero no ha entrado en ellas como un desconocido, como un aspirante a la notoriedad pública, como una simple promesa, o una frájil esperanza.

No obstante su juventud,—pues cuenta poco mas de veinte i nueve años de edad,—ha podido presentarse en el parlamento acompañado de una envidiable reputacion lejítimamente adquirida, de convicciones políticas maduras, de excelentes ser-

vicios prestados al progreso intelectual de nuestro pais.

La ciencia, la libertad i el trabajo han consagrado su mandato lejislativo.

II

El señor Cuadra hizo sus estudios, primero en el colejio de don Rafael Minvielle, i despues en el Instituto Nacional, hasta recibirse de agrimensor e injeniero de minas, cuyos títulos obtuvo en 1864.

Mucho ántes de ese año,—en el de 1859,—se habia abierto un concurso para proveer varias plazas de ayudante de la comision encargada de levantar, bajo la sabia direccion del señor Pissis, el plano topográfico de Chile. El señor Cuadra tomó parte en el concurso i fué uno de los dos concurrentes a quienes se declaró con las aptitudes requeridas, habiéndose desechado a muchos otros.

Para desempeñar el cargo que se le adjudicó en consecuencia, tuvo que recorrer la mayor parte de nuestro territorio, i no lo recorrió infructuosamente. Desde luego, fué un auxiliar intelijente i perseverante del señor Pissis en aquel gran trabajo científico. Por otra parte, en sus numerosas escursiones, tan pintorescas como penosas, no solo aprendió a admirar la bellísima i variada naturaleza en medio de la cual vivimos: supo tambien hacer un buen acopio de observaciones i datos jeográficos.

Tales observaciones i datos, acrecentados en seguida por estudios serios, le indujeron a compo-

ner, al cabo de pocos años, un libro sobre la jeografía de Chile. Esta interesante obra, coronada por la Facultad de humanidades, es lo mas exacto i completo que hasta el dia poseemos en materia tan importante.

Profesor de mecánica de la Universidad desde que alcanzó el grado de injeniero, fué elejido, en 1868, miembro de la Facultad de ciencias físicas i matemáticas.

Si los empleos públicos i los honores oficiales no son siempre la recompensa del talento i del saber, en el presente caso lo han sido indudablemente.

III

Entre tanto, el señor Cuadra no se circunscribia a sus tareas de profesor, a sus estudios de hombre de ciencia.

De algunos años a esta parte se ha mostrado entre los primeros en ese jeneroso movimiento de la juventud ilustrada de Santiago para cooperar a la instruccion pública.

Ha sido uno de los miembros mas activos de la Sociedad de instruccion primaria i de la Comision visitadora de escuelas de esta capital; ha servido gratuitamente de profesor en las escuelas de las clases menesterosas; ha estudiado cou esmero todas las cuestiones concernientes a la educacion popular.

Ha sido, en fin, un asíduo sembrador de civilizacion.

IV

En cuanto a la política, sus convicciones no se han condensado en actos hasta su entrada en la Cámara de Diputados. Amigo sincero de la libertad, se ha dado, sin embargo, poca prisa a afiliarse en los partidos.

Su carácter suave, tranquilo i conciliador no se sentia cautivado por esas ingratas i ásperas luchas de la política militante, en que los sentimientos se hacen agrios i acerbos, en que la intelijencia se marchita i seca, de que el espíritu sale rara vez sin crueles heridas.

Dentro de la Cámara misma, se ha limitado a votar silenciosamente con la minoría en las cuestiones políticas.

No rompió su silencio sino cuando llegaron los debates del presupuesto de instruccion pública, para abogar en favor de ella con la autoridad de su esperiencia personal i con el ardor de su celo por la ilustracion del pueblo.

El mejor elojio del excelente discurso que pronunció en esa ocasion, es recordar el momentáneo triunfo obtenido por sus opiniones:—aunque a indicacion de otro diputado, la Cámara acordó aumentar en un sesenta por ciento el presupuesto de la instruccion primaria; aumento que el Senado no tardó en desechar con escarnio de nuestro nombre de nacion culta.

Hablando o escribiendo, el señor Cuadra no es

un literato, en el sentido limitado de ese calificativo: su elocucion como su estilo carecen de correccion i de artificio retórico. Pero habla i escribe bastante bien para servir eficazmente a la ciencia i la libertad.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON JUAN MORANDE

I

En 1861 hizo el señor Morandé su primera entrada en la Cámara de diputados. Fué el departamento de Quillota quien le dió su mandato, guiado en su eleccion por las indicaciones oficiales.

El señor Morandé tuvo indudablemente una alegría infinita al verse llamado a la Cámara. Bien permitió sospecharlo la carta de agradecimientos que dirijió a sus electores con tan plausible motivo. Esa carta es tambien la única produccion suya que conocemos.

II

Amigo del gobierno Montt, no ha tardado en serlo tambien del gobierno Perez, que le ha tenido un poco olvidado.

¿Recordaba su hostilidad en la comision de gobierno al aumento del sueldo presidencial?

El hecho es que solo despues de seis años de proscripcion parlamentaria, se le han abierto de nuevo las puertas de la Cámara.

Hoi es uno de nuestros constituyentes. Forma en el grupo conservador ultramontano.

Estaríamos curiosos de oir esplicar al señor Morandé de viva voz el por qué de su actual conversion.

Voto de mayoría durante su primera campaña lejislativa, no ha variado en la segunda: es todavía voto de mayoría.

III

Por lo demas, el señor Morandé es un hombre que ha pasado de los cincuenta años, que tiene una salud robusta,—revelada por una espléndida amplitud de carnes,—una hermosa casa, una hermosa fortuna, numerosas relaciones de familia i una perfecta ignorancia de los negocios públicos.

Tales cualidades le colocan con pleno derecho entre los escojidos para las diputaciones oficiales.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON FRANCISCO BAEZA

I

El señor Baeza acaba de entrar en la política. Ni sus hábitos, ni sus gustos, ni su carácter, ni su carrera se han avenido bien con las ajitaciones de la vida política. Esto esplica su larga prescindencia.

II

Hombre hermoso, elegante, asíduo en nuestros salones del gran mundo en los buenos dias de su juventud, supo, sin embargo, en medio del estrépito de las fiestas i de las locas alegrías de los veinte años, encontrar algunas horas que consagrar a su derecho, hasta adquirir su título de abogado.

No corrió mucho tiempo sin que la administracion de justicia abriera sus puertas al jóven abogado, llamándole a uno de los juzgados de letras de Santiago. Poco despues entraba en la Corte de Apelaciones.

Pero su salud sériamente quebrantada no tardaba en obligarle a ir a pedir su restablecimiento a los viajes i a la ciencia médica de las celebridades europeas.

Despues de una rápida i provechosa escursion, regresó a Chile i dijo adios a sus altas funciones judiciales.

III

Las elecciones de 1870 le han traido un mandato de diputado al Congreso constituyente.

Candidato agradable al gobierno, candidato sin resistencia en la oposicion, ha adoptado en la Cámara una actitud independiente.

No hai en el señor Baeza ni un reformador mui avanzado, ni un liberal mui ardiente; pero es indudablemente un político que aspira a la verdad i la eficacia del réjimen representativo. No ha sido de los últimos, ha sido de los primeros que tomaron parte en el acuerdo de setiembre. Miembro de la comision directiva encargada de presidir los trabajos para el nombramiento de delegados a la Convencion de enero, tomó una parte activa en sus deliberaciones i tuvo confianza en el buen suceso de la idea.

IV

No hai en el señor Baeza un luchador. Intelijencia clara, espíritu moderado, hombre cortes, nunca jugará en la política el todo por el todo. Cumplirá su deber como ciudadano, como diputado,

como hombre que sabe respetar sus convicciones i sus compromisos; pero nunca sentirá los arranques apasionados del hombre de faccion o del hombre de secta.

La palabra del señor Baeza no se ha dejado oir hasta ahora en la Cámara sino en cuestiones incidentales i durante escasos momentos. Habla con claridad, con facilidad, con órden. Nada, sin embargo, revela en él al orador. Entendemos que el señor Baeza tampoco pretende a las palmas oratorias.

Sea lo que quiera, siempre se le escuchará con atencion. Es un hombre independiente cuya opinion merece tomarse en cuenta.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON MANUEL VALDEZ VIJIL

I

El señor Valdez Vijil no tiene una fisonomía política, ni parece cuidadoso de adquirírsela.

Aunque está en su segundo mandato lejislativo, apénas si ha dejado oir su voz en debates especiales, pero sin revelar ni una alta ciencia, ni una intelijencia distinguida, ni una palabra fácil. Se ha limitado a ser un voto seguro para los distintos ministerios que han pasado por los negocios.

II

Habia derecho para aguardar mas del señor Valdez Vijil.

Enviado en otro tiempo a Europa, de cuenta del Estado, para completar su educacion científica, tal preferencia inducia a creer que estaba destinado a un puesto importante entre nuestras capacidades de primera línea. Pero nada. Su ciencia jamas

ha hecho estrépito i es hasta un poco nebulosa como su opinion política.

El señor Valdez Vijil no se ha manifestado ni un liberal, ni un conservador. Es mas bien un buen vividor político, que no turba su sueño ni pierde su apetito por descubrir los secretos del arte de conducir a las naciones. De ordinario las encuentra bien conducidas. Es un gobiernista sistemático.

III

En 1868 se le llamó a la intendencia de Santiago. Su nombramiento tuvo una acojida fría. La municipalidad, conservadora ultramontana en su mayoría, le hizo constantemente una oposicion tenaz, en la que hubo a veces mas hostilidad que justicia. Esto le obligó a afrontar muchas borrascas. Luchó contra sus adversarios con mas tenacidad que vigor. Acertó a irritarlos, nunca a desarmarlos i ménos a vencerlos. Débilmente sostenido por el ministerio, en desacuerdo con la opinion, a la que habia molestado con frecuencia, no contaba con ninguna probabilidad de triunfo.

Sus adversarios tuvieron al fin la mejor parte, i el señor Valdez Vijil abandonó la intendencia, sin que su partida provocase el pesar en el alma de sus administrados.

IV

Director, durante largos años, del cuerpo de in-

jenieros civiles, acaba de dejar ese puesto para consagrarse a sus negocios. Es dueño del privilejio de suministrar agua potable a Santiago, que no se siente mui satisfecho de sus procedimientos. Parece escrito que el señor Valdez Vijil no llegará nunca a la popularidad.

Miembro del Congreso Constituyente, su voto será siempre de la mayoría.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON PEDRO NOLASCO VIDELA

I

El señor Videla acaba de entrar en las altas funciones de la vida pública. Son las elecciones de 1870 las primeras que le han dado un banco en la Cámara de diputados.

Nunca ha sido tampoco un hombre esencialmente político.

II

Consagrado a los trabajos de la industria, solo en las horas decisivas ha tomado una parte considerable en los movimientos de opinion. Entónces ha respuesto siempre, como la mayoría de los hombres del norte, a la llamada del campo radical. Nunca se ha visto vacío su puesto en el comicio, en la asamblea electoral, en el meeting; ni nunca tampoco se le ha encontrado remiso para contribuir al progreso de las ideas i de los buenos hábitos de la vida libre. Es un radical convencido, decidido,

activo, pero que no llegará jamas a las intransijencias del sectario. Hai en el carácter del señor Videla ese fondo de bondad i de tolerancia que sabe borrar la aspereza de las convicciones sin dañar a su firmeza.

Su espíritu es práctico i su intelijencia clara. Ya ha dado de ello muestras dejando oir su voz en cuestiones especiales.

El señor Videla no es un orador, pero espone con claridad, argumenta con lójica i posee una notable facilidad de diccion. Tal se dejó apreciar, en 1870, en el debate sobre el impuesto que grava la esportacion de los cobres.

III

La causa de la reforma puede contar con el señor Videla. Será en la cámara un voto convencido e ilustrado, i fuera de la cámara un trabajador infatigable.

Tiene la independencia del carácter i de la situacion.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON EMILIO CRISOLOGO VARAS

I

Diputado suplente por Quillota, el señor Varas no ha tenido oportunidad de tomar parte en los debates de la Cámara. Una vez que esa oportunidad se le presente, parece indudable que contarémos con un orador mas. Sus ensayos en la tribuna popular son una hermosa promesa, que nada hace temer sea desmentida.

II

El señor Varas ha nacido orador. Posee una diccion fácil, correcta, abundante, briosa; una esposicion metódica; una argumentacion apremiante; un calor comunicativo; una feliz rapidez de concepcion; un dominio de sí mismo i de su tema bien poco comun a su edad. Aunque acaba de hacer sus primeras armas en los debates políticos, tiene la serenidad del veterano. Sabe afrontar a su auditorio, sabe hacerse escuchar de él, sabe ser,

oportunamente, pasion i razon, movimiento i lójica. En ciertos momentos el abogado suele adelantarse al orador político, pero un poco de vijilancia evitará esas invasiones.

Una vez que el señor Varas entre en el fuego de los debates contradictorios, donde hai polvo, ruido, tempestad, miradas que hostilizan, espectadores que murmuran, jentes que vuelven golpe por golpe, enemigos al frente, en una palabra, nos dará enteramente la medida de su talento. Es ahí donde el orador se prueba i donde el orador se acrisola.

III

Activo promotor del movimiento de reforma, el señor Varas recibia mandato del departamento de la Serena para representarle en la Convencion de los clubs reformistas.

La Convencion le nombró uno de sus secretarios. Cúpole entónces tomar una parte activa en los trabajos como en los debates de esa asamblea.

Delegado a la Convencion de enero, ha acentuado en ella sus convicciones liberales.

La reforma tiene en el señor Varas un orador elocuente i un obrero ardoroso; la nueva jeneracion que hoi entra en la vida política tiene tambien en él a uno de sus representantes mas distinguidos. Es una aurora que abre el alma a la esperanza.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON FERNANDO URIZAR GARFIAS

I

Don Fernando Urízar Garfias se encuentra en el último tercio de la vida: anda mas o ménos con el siglo, como se dice vulgarmente.

Consagrado en su primera juventud a ocupaciones mercantiles, las abandonó por los empleos públicos, en que comenzamos a verle figurar desde los primeros años del nuevo órden político levantado sobre las bayonetas de los vencedores de Lircai.

Sucesivamente tuvo colocaciones subalternas en las secretarías del Congreso i de los ministerios de Estado. Cuando, despues de un eclipse de tres años, don Diego Portales volvió a tomar las riendas del gobierno como ministro omnipotente, el señor Urízar Garfias le sirvió, por algunos meses, de oficial mayor del ministerio del interior.

De tiempo atras, habia sido uno de los amigos íntimos, de los admiradores i secuaces mas ardientes del famoso ministro. Portales no tardó en

confiarle el gobierno de la provincia de Aconcagua; puesto para el cual le recomendaba su reputacion de *hombre enérjico.*

II

Vertemos enfáticamente esa última espresion, porque la enerjía de nuestros hombres públicos se entendia entónces, se entiende acaso ahora mismo de una manera bien deplorable.

El tipo del gobernante enérjico ha sido entre nosotros el ministro Portales, que tuvo en vida i ha seguido teniendo despues de muerto numerosos imitadores. Era él sin duda un hombre de singular enerjía; pero sus irritantes arbitrariedades, sus persecuciones implacables, sus sangrientas violencias empañaron el brillo de esa eminente cualidad, envolviendo sus grandes acciones en la pesada atmósfera de grandes faltas.

Entretanto, sus imitadores se han imajinado que hacian reflejar sobre sí mismos algo de aquella adusta e imponente figura, porque remedaban a Portales en sus excesos, sin poseer ninguna de sus fuertes virtudes; porque seguian su mala política sin tener su noble cabeza, ni su noble corazon. Hoi mismo, puede contemplarse a mas de un personaje grotesco afanado en parodiarle neciamente. Creen haber alcanzado su entereza de alma con ser violentos; creen haberse levantado hasta la altura de su fecunda actividad, procediendo atropelladamente, moviéndose a tontas i a locas; creen haber emulado su férrea voluntad, afectando una descortes arrogancia.

Esta especie de imitacion, ridícula siempre, odiosa con frecuencia, es el peor azote de la política i de la literatura, e inclina a pensar que, si el mono no ha subido hasta el hombre, como pretenden algunos sabios, a lo ménos el hombre puede descender hasta el mono.

III

Colocado en la intendencia de Aconcagua, el señor Urízar Garfias tuvo luego oportunidad de probar tristemente su reputacion de hombre enérjico.

El 3 de junio de 1837 estallaba en el canton de Quillota el motin militar encabezado por el coronel Vidaurre, que tres dias despues debia tener tan desastroso desenlace.

A la primera noticia del suceso, el intendente de Aconcagua resuelve organizar una division con que acudir en ausilio de la guarnicion de Valparaiso, amenazada por los amotinados.

Desplegando rara actividad, pone a toda prisa sobre las armas cerca de mil hombres, tomados principalmente de la milicia cívica; les bautiza pomposamente con el título de *Division defensora de las leyes*, i les hace marchar en direccion a aquel puerto.

La infantería de la division acampaba, despues de su primera jornada, a corta distancia de San Felipe, cuando le llegó la noticia, en la noche del 6 de junio, de que el coronel Vidaurre habia sido derrotado en el Baron. No obstante, a la mañana siguiente, la infantería recibe órden de continuar su marcha a Valparaiso.

Los soldados acojen la órden con marcadas señales de descontento, dicen que la espedicion carece ya de objeto, piden puerta franca, desoyen la voz de sus oficiales, hieren a uno de ellos que intenta cerrarles el paso, i abandonando el sitio en que estaban alojados, se dispersan por los campos.

A la sazon, el señor Urízar Garfias se hallaba en San Felipe. Informado del hecho, reune una pequeña fuerza armada i sale en busca de los amotinados, a quienes encuentra en las goteras de la ciudad desarmados, rendidos i maniatados por la caballería de la division.

Tres horas despues, eran pasados por las armas, en la plaza de San Felipe, ocho de aquellos desgraciados. A esas ocho víctimas se agregaron en breve tres mas.

Al dar cuenta del motin i de los fusilamientos al ministro de la guerra, el señor Urízar Garfias terminaba con estas palabras:

"Estoi dispuesto a perecer una i mil veces por "conservar el órden en esta provincia, i no dejaré "de tomar cuantas providencias sean precisas para "el logro de ese gran objeto, por fuertes i terribles "que parezcan."

No queremos dudar de que fuese sincera la disposicion manifestada por el señor Urízar Garfias de *perecer una i mil veces* por la causa del órden público. Pero semejante disposicion no le justifica de haber hecho perecer, con una premura desapiadada, bajo la pérfida inspiracion de las impresiones del momento, a once hombres cuyo único delito no pasaba talvez de una atolondrada ignorancia.

La lei militar puede absolverle quizá de aquellas inmolaciones. La lei de la humanidad, la razon serena, la buena política no le absolverán jamas; i los corazones jenerosos se apartarán siempre con horror de aquel estéril hacinamiento de cadáveres.

Pero, los hombres enérjicos imperaban entónces en los negocios públicos. A la carnicería legal de San Felipe debia seguir bien pronto la ignominiosa carnicería legal de Valparaiso.

La enerjía del señor Urízar Garfias no quedó aislada, i aquella recrudescencia de patíbulos fué la condenacion mas severa de la política del ministro mártir.

IV

La mayor parte del decenio presidencial del jeneral Búlnes, el señor Urízar Garfias estuvo confinado en los empleos puramente administrativos. Jefe de la primera oficina de estadística, creada en 1843, llegó a ser mas tarde administrador de la aduana de Valparaiso, mostrándose de contínuo empleado competente i laborioso.

V

Su adhesion al ministerio Vial le permitió volver a la escena política. Fué uno de los miembros de la mayoría parlamentaria que aquel ministro se procuró en las elecciones de 1849, i de que no alcanzó a disfrutar mas que disfrutó Moises de la tierra prometida.

Diputado de oposicion por una vuelta imprevis-

ta de la rueda de la fortuna, no se distinguió en el parlamento ni como orador, ni como político.

Sus concepciones son estrechas; su palabra es lenta, fatigosa, opaca. Para dar a las unas i a la otra un valor que en realidad no tienen, afecta en su tono i en su lenguaje cierto dogmatismo imperioso i contundente, que traiciona, por otra parte, sus pretensiones favoritas de hombre enérjico, de hombre terrible.

VI

Las conspiraciones i la guerra civil, sucediendo a las luchas parlamentarias de la última época del gobierno Búlnes, le brindaron ancho campo en que justificar tales pretensiones.

Tuvo, en efecto, una parte mas o ménos directa en casi todas las empresas revolucionarias que, desde aquella época hasta 1859, dieron alimento a las esperanzas i a las ilusiones de la oposicion. Pero, en ninguna de esas numerosas oportunidades, se manifestó a la altura de sus pretensiones terribles, por mas que sus correlijionarios creyesen a pié juntillas en la eficacia de ellas, i pronunciasen misteriosamente el nombre de *don Fernando* como un auspicio seguro de victoria en sus proyectos de revolucion.

En cambio, el señor Urízar Garfias alcanzó una fortuna que no cuentan sus demas correlijionarios: conspiró por largo tiempo sin dejar de percibir enteramente su sueldo de antiguo empleado público. Fué un tremendo enemigo de la administracion

Montt; pero fué un enemigo rentado por el erario nacional.

VII

Desterrado al fin i a la postre a Mendoza, donde el espantoso terremoto de aquella ciudad le tuvo largas horas sepultado vivo bajo las ruinas, volvió a Chile al comenzar el gobierno del señor Perez.

A su vuelta a la patria, fué objeto de una ovacion popular: era el momento de la fiebre restauradora de tantos héroes i semidioses de la persecucion política que, una vez exaltados al Olimpo, han dado a la opinion tan soberanos chascos.

Su influencia en la política nueva no se hizo sentir sino por una mezquina cuestion relativa a su sueldo fiscal, que produjo la caida de un ministro de hacienda.

Nombróscle poco despues superintendente de la Cárcel Penitenciaria de Santiago, cuya renta unida a la de su jubilacion le ha proporcionado una bastante cuantiosa para domesticar su fiereza. Es en el dia un leon bien comido.

VIII

Gracias a ello, ha tratado a los facinerosos de aquel establecimiento penal con un espíritu lleno de suavidad i blandura; tratamiento un tanto diferente del que dispensó, en 1837, a los pobres amotinados aconcagüinos.

Su solicitud en favor de sus pupilos de grillete, a quienes no ha rehusado ni el dictado de hijos, le

ha inducido a aprovechar los vientos de piedad relijiosa que han soplado últimamente en las rejiones políticas: ha solicitado la cooperacion del Ilustrísimo arzobispo de Santiago para la edificacion católica de los criminales. No hai por qué desesperar de que alguno de esos perillanes, andando el tiempo, llegue a ser canonizado.

IX

Desde el entronizamiento definitivo del partido que hoi impera en el gobierno, el señor Urízar Garfias ha alternado regularmente las funciones de superintendeute de la Cárcel Penitenciaria con las de diputado al Congreso. Entre las unas funciones i las otras hai, para los diputados oficiales, una diferencia mucho menor de lo que podria imajinar se a primera vista.

Hoi mismo ocupa un asiento en el Congreso Constituyente. Su presencia en esa asamblea, formada casi totalmente de hombres de las nuevas jeneraciones, parece obra de la evocacion de un pasado implacable i sangriento.

Vana apariencia! No es sino obra de las candidaturas oficiales.

I por lo demas,—ya lo hemos dicho,—el señor Urízar Garfias es un viejo leon domesticado.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON CARLOS WALKER MARTINEZ

I

El 5 de enero de 1865 se representaba en el Teatro Municipal de Santiago un drama histórico en cuatro actos titulado *Manuel Rodriguez*. La representacion tuvo lugar en medio de una numerosa concurrencia i de muchos aplausos. El autor del drama alcanzó los honores del triunfo escénico.

El autor era un jóven poeta cuya reputacion no habia salido aun del crepúsculo de los ensayos literarios. Tal cual escrito en prosa de poco momento, algunas poesías líricas publicadas en los folletines poéticos de *la Voz de Chile*, formaban todo el caudal de sus producciones.

El autor del drama era don Cárlos Walker Martinez.

II

Tendiendo su vuelo inesperimentado a las alturas poco accesibles del arte dramático, mostraba desde temprano una impetuosidad de espíritu que

es el punto mas saliente de su intelijencia i de su carácter.

Esa impetuosidad tiene tantas ventajas como inconvenientes, i el señor Walker Martinez ha podido sentir las unas i los otros en la literatura i en la política. Ella le ha permitido hacerse aplaudir, apénas salido de la adolescencia, como autor dramático, i penetrar improvisamente en la cámara de diputados. Pero ella tambien le ha traido el ofuscamiento en literatura, el atolondramiento en política.

Su actitud parlamentaria ha sido desgraciada; su reputacion de poeta está todavía por acrisolarse.

III

La produccion literaria mas considerable del señor Walker Martinez es hasta hoi su obra de primera juventud: *Manuel Rodriguez.*

El crítico descubre allí a primera vista muchos titubeos, muchos traspiés, ignorancia de los recursos i efectos teatrales, caractéres mal dibujados, pasiones mui poco estudiadas, i hasta graves imperfecciones de estilo. Pero encuentra juntamente el jérmen de verdaderas aptitudes para la poesía i el arte dramático.

Cultivadas con esmero, esas aptitudes debieran haber dado ya frutos mas valiosos que la serie de poesías líricas i los pocos artículos de periódico publicados por el señor Walker Martinez desde 1865 hasta el dia.

Escritor en prosa, carece de estilo propio, i su

mismo estilo poético, aunque brioso i abundante, no ha adquirido todavía facciones bastante enérjicas para comunicar al poeta una fisonomía orijinal, i poderle distinguir de la turba versificadora.

IV

Aunque tuvo por padrino de sus primeros versos al diario *la Voz de Chile*; aunque la mayoría de sus compañeros de juventud i de ensayos literarios simpatizaba con el partido radical, el señor Walker Martinez ha llegado a ser un adversario exaltado de ese partido, yendo a afiliarse entre los pocos jóvenes que militan bajo la bandera ultramontana.

Cuánto hayan influido en su filiacion política sus maestros de la Compañía de Jesus, no podríamos decirlo con certeza. Lo que sí podemos asegurar es que les manifiesta un vivísimo cariño i está siempre listo a sacar la espada en honor de ellos.

V

Despues de una rápida escursion por los Estados Unidos i Europa, el señor Walker Martinez volvió a Chile tres años há, i no tardó en ser nombrado jefe de seccion del ministerio del interior.

Cuando se acercaron las elecciones de diputados al Congreso Constituyente, fué a combatir personalmente por la suya en el departamento de Vallenar. Asegúrase que el ministro Amunátegui no queria que su jefe de seccion fuera diputado pro-

pietario, sino tan solo suplente, de aquella localidad. Pero es seguro tambien que el gobernador Volados quiso otra cosa, i su voluntad fué hecha.

Despues de un acto electoral manchado por la violencia i la sangre, el señor Walker Martinez volvió a Santiago, trayendo en el bolsillo poderes de diputado por Vallenar, i en el corazon un ardiente afecto al gobernador Volados.

Apénas armado lejislador, se apresuró a renunciar su cargo de jefe de seccion, i entró a figurar como candidato para la secretaría de la Cámara de diputados.

VI

La secretaría le fué adjudicada, i desde el primer momento de su vida parlamentaria se vió colocado en una situacion singularmente espinosa. Por un lado, hombre de partido i de fuertes pasiones políticas; por el otro, depositario de la confianza de toda la asamblea, así de sus amigos como de sus adversarios.

Para sostenerse bien en situacion tan difícil era menester mucho tacto, mucha discrecion.

El señor Walker Martinez no se ha sostenido bien en ella. Debia ser calma, moderacion, tolerancia, longanimidad, compostura; ha sido repetidas veces piedra de escándalo, viento de borrasca, agresion, procacidad. En las escenas deplorablemente tempestuosas que han pasado en el seno de la Cámara, se ha levantado casi siempre su voz, no para serenar, sino para exacerbar los ánimos.

Eso ha perjudicado en gran manera a su figura

parlamentaria, que no es, por otra parte, la figura de un orador.

Ni el metal de su voz, ni su pronunciacion, ni su manera de concebir i hablar le disponen a las luchas de la elocuencia. La impetuosidad de su espíritu se aviene mal con la serenidad, la destreza, la flexibilidad de la táctica oratoria. Su palabra se atropella i enreda, su elocucion olvida hasta la sintáxis, su argumentacion carece de toda eficacia.

Hé ahí por qué decíamos al principio que el señor Walker habia encontrado en la impetuosidad de su espíritu tantos inconvenientes como ventajas. Pero el estudio i la meditacion pueden todavía modificar favorablemente las condiciones de su jóven naturaleza.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON ENRIQUE DEL SOLAR

I

Todavía otro poeta lejislador; todavía otro discípulo del colejio de San Ignacio; todavía otro pimpollo de la política ultramontana.

Don Enriqne del Solar es todo eso.

II

Diputado suplente por dos departamentos, Rancagua i Curicó, ha representado alternativamente al uno i al otro en el Congreso Constituyente.

Hasta ahora no ha sido allí mas que un voto. Aunque posee la ilustracion suficiente para ser una palabra, no parece ambicionar las palmas de la elocuencia parlamentaria, ni hai tal vez en su carácter, mas inquieto que apasionado, mas flexible que audaz, las condiciones del caso.

Por lo demas, es aun mui jóven: tiene apénas los años requeridos para ejercer los derechos de ciudadano activo.

III

Visiblemente, la literatura preocupa al señor Solar mucho mas que la política.

Hijo de la mas renombrada de nuestras poetisas, es poeta por vocacion i por herencia,

Et par droit de conquête, et par droit de naissance.

Ha compuesto ya muchos versos, no indignos de atencion; ha escrito en prosa una buena porcion de artículos literarios, no despreciables.

Intelijencia estudiosa i dilijente, si no está llamado a las glorias de Solon o de Demóstenes, puede enriquecer nuestra literatura con producciones estimables i duraderas.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON EMILIO BELLO

I

Hé aquí a un tercer poeta tan jóven como el anterior, i disfrazado como él de diputado constituyente.

Tambien como el anterior, don Emilio Bello ha cultivado las letras por vocacion i por herencia. Lleva un apellido singularmente ilustre i venerable, a que, apénas adolescente, se esforzó en rendir homenaje, publicando delicadas composiciones poéticas i escritos en prosa de un mérito superior a sus pocos años.

II

Tendria veinte escasos cuando, en 1864, el señor Tocornal, ministro de Relaciones Esteriores, le llamó al empleo de jefe de seccion de aquel departamento de Estado, en que hoi desempeña interinamente el cargo de oficial mayor.

Lanzado en la carrera de los empleos públicos ántes de haber completado sus estudios de huma-

nidades, i aquejado sin cesar por las dolencias físicas, el señor Bello no ha ocupado todavía en nuestra literatura el puesto que le prometia su precoz talento literario.

III

En la escena política, su doble carácter de funcionario i de diputado suplente por Lautaro ha sido, desde luego, poco propicio para darle uua personalidad libre i desembarazada. En seguida, sus ensayos oratorios i su actitud parlamentaria no han sido felices.

El malestar físico ha contajiado su ánimo: *mens ægrota in corpore dolenti.*

Es un cuerpo i un espíritu enfermos.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON FRANCISCO ECHEÑIQUE

I

El señor Echeñique cuenta ya siete años de servicios parlamentarios. Seria tiempo de licenciarle.

Su entrada en la Cámara fué uno de los buenos descubrimientos que hizo el ministerio que fabricó la mayoría parlamentaria de 1864.

II

Toda la vida política del señor Echeñique está en una interrupcion, que quedará lejendaria, i que le hizo por largo tiempo el leon de las jentes de buen humor i de los periodistas malignos.

Cierto dia la muchedumbre parlamentaria hizo tempestad contra un vencido que se atrevia a defender a los vencidos. En medio de la orjía de rujidos, el rujido del señor Echeñique tuvo la buena fortuna de dominar.

III

Ha descansado sobre ese arranque oratorio. Aunque todavía se molesta i hace coro a los interruptores, tiene cuidado de sustraerse a la notoriedad.

Pero si la palabra del señor Echeñique no se oye en la Cámara, es imposible no ver su cabeza. Llama la atencion entre todas por sus cabellos canos i espesos, que nacen casi en las fronteras de sus cejas boscosas. Todo anuncia que aquella selva gris ha brotado sobre una superficie de granito. Nada penetra ahí, ni nada sale de ahí.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON RAFAEL GARMENDIA

I

El señor Garmendia acaba de entrar en la Cámara, aunque vayan corridos mas de sesenta años desde que ha entrado en la vida.

Su llegada a las funciones públicas ha sido una verdadera sorpresa. Nadie sospechaba siquiera que pretendiese formar entre los conductores de naciones. Hombre fastuoso, amigo de sus comodidades, estraño a las cuestiones políticas i a la ciencia política, era natural no creer que se sintiera tentado por los cuidados, los deberes, las meditaciones, los estudios, los sinsabores del hombre público.

II

Profunda equivocacion.

El señor Garmendía no solo queria ser diputado, sino que tambien pretendia afrontar la tribuna, entrar en la ruda vida del orador parlamentario.

Pero así como el señor Todo el Mundo se habia

engañado respecto de sus aspiraciones, así él tambien estaba engañado respecto de sus fuerzas.

La elocuencia le volvió cruelmente la espalda, cuanda tuvo la mala idea de ir a llamar a su puerta.

Echemos un velo sobre el desastre.

III

Las elecciones de 1870, que han hecho diputado al señor Garmendía, le han procurado durante algunos dias una situacion espectable. Fué uno de los adversarios mas tenaces que tuvieron en Copiapó las candidaturas radicales.

Hoi ya está olvidado. No se le ve en la Cámara. Su vida política se ha apagado en su primer albor.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON SANTOS LIRA

I

Hai en nuestro pais ciertos caractéres que hacen la jornada de la vida sin atravesar sus escollos, sus precipicios, sus borrascas, sus caidas ni sus dolores. La vida es para ellos un mar sin olas.

Llegan fácilmente a todo. La fortuna, la consideracion, los honores van en su busca. Sus adversarios, si los tienen, no los odian; sus camaradas los respetan. Faltos siempre de gran talento, de grandes servicios, de fuertes convicciones, eso mismo viene en su ayuda, adormeciendo las envidias.

II

El señor Lira es uno de esos caractéres.

Siempre ha ocupado en política un puesto distinguido, sin preocuparse de hacer cosa alguna para justificar su elevacion. Se ha dejado llevar por el acontecimiento, que ya le ha conducido a las altas dignidades de la política i de la majistratura. Hoi es senador i ministro del tribunal supremo.

III

Presidente de la Cámara de diputados en 1849, se mantuvo en ese puesto hasta que la mayoría cayó en los lazos de la persecucion o en los lazos de la intriga.

La presidencia del señor Lira no ha dejado recuerdos duraderos. Era un presidente de calma llamado a conducir una asamblea en tempestad. Tenia la moderacion, pero no la enerjía.

IV

Siguiendo, aunque de léjos, la adversa suerte del partido que le habia honrado con sus votos en la Cámara, se mantuvo en una actitud de protesta silenciosa i pasiva contra el gobierno de 1851. Fué un adversario de esos que no turban el sueño.

El gobierno de 1861 le contó desde la primera hora entre sus amigos. En primera oportunidad le llevó al Senado.

V

No hai en el señor Lira ni un orador, ni un hombre político de convicciones bien conocidas. Parece que las ajitaciones de la vida pública no le tientan. Hasta ahora ha votado invariablemente con la ma-

yoría gubernativa i ha apoyado las reformas del liberalismo moderado.

Como todos los espíritus que no tienen fuertes convicciones ni apetitos de lucha, seguirá a ese partido sin preocuparse mucho de las consecuencias de sus actos.

Por lo demas, hai en el señor Lira un hombre estimable, urbano i simpático.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON IGNACIO ZENTENO

I

Nobleza obliga, dice el proverbio frances. El señor Zenteno ha honrado el proverbio.

Heredero de un nombre glorioso en la política i en la administracion, ha sabido comunicarle nuevo lustre tomando un puesto envidiable en las letras.

II

El señor Zenteno ha hecho sus primeras armas en el diarismo, que no abandonará, aun cuando se aleje de él con frecuencia. Es diarista de vocacion. Tiene el orgullo del diarismo como el soldado tiene el orgullo de su estandarte.

Hace bien. Hai mucho de hermoso en la situacion de ese luchador de todos los instantes, que, desde el fondo de su gabinete, remueve ideas, conciencias, espíritus; levanta entusiasmos, cólera alegrías, aplausos, murmullos, vociferaciones, i jidos, tempestades; hace al correr de la plum

dia por dia la historia palpitante, apasionada, colorida, viviente de los hombres i las cosas de su época, sin que la grandeza le ofusque, ni la fortuna le anonade. Nadie pelea mejor que el diarista la batalla de la vida. Es el caballero errante del siglo diez i nueve.

III

El señor Zenteno cuenta entre nuestros diaristas mas distinguidos.

Ha entrado en el diarismo un poco casualmente, pues sus estudios le llamaban al foro.

Abogado en 1855, se trasladó un año despues al norte para ejercer ahí su profesion. Pero su permanencia en el norte no fué larga. En 1856 hacia sus maletas i volvia a ganar su hogar santiaguino, despues de haber sido durante algunos meses juez de letras interino.

El foro no le tentaba. En lugar de ir a caza de la fortuna i la celebridad que suele procurar, aguardaba mui tranquilamente que vinieran en su busca. Es la verdad que se hacian esperar demasiado cuando el director del *Ferrocarril* le ofreció la redaccion de ese diario.

El señor Zenteno vacila. Hasta aquel momento jamas habia pensado en ser diarista. Ademas su bagaje de escritor no era mui abundante. Se le insta. En fin se atreve.

IV

Sus primeros artículos, desgreñados, fatigosos,

incoherentes a veces, decian bien a las claras que su autor entraba apénas en el fuego. Pero no corrió mucho tiempo sin que se operara toda una transformacion. El diarista habia despertado i daba muestras de una forma nerviosa, colorida, animada, de una notable fecundidad de polemista, de una novedad i hasta una orijinalidad de juicio, que revelaban un hombre de talento i un hombre de meditacion.

Desgraciadamente se fatigó pronto.

Despues de año i medio de lucha, se alejaba del diarismo i entraba en las funciones administrativas, como jefe de seccion del ministerio del interior.

V

Elejido diputado en las elecciones de 1861, pronto abandonaba ese puesto juzgándolo incompatible con la entera libertad de sus opiniones.

Su paso por la administracion le permitió ocupar los solaces que le dejaban sus funciones, en recopilar de una manera metódica las leyes i decretos vijentes, perdidos en la confusa batahola del boletin oficial. Gracias al señor Zenteno el boletin se ha puesto al alcance de todo el mundo.

Mientras tuvo un banco en la Cámara, su voz se levantó siempre en los debates considerables que provocaron los peligros de la América amenazada por las conspiraciones de los monarcas europeos. Pero su voz se perdió en el desierto, como tantas otras. La opinion veia i oia poco en aque-

llos momentos, i nuestros hombres de Estado se imajinaban suprimir la dificultad volviéndole la espalda.

En las elecciones de 1864, la oposicion de Valparaiso le hizo uno de sus candidatos. El señor Zenteno sostuvo activamente su candidatura, pero la victoria no coronó sus esfuerzos.

VI

Vencido, dió sin pesar sus adioses a la vida política.

En 1866 se le nombraba secretario de la legacion estraordinaria que debia representar a Chile en el Congreso americano reunido en Lima.

En 1868 se colocaba en primera fila entre los promotores del movimiento reformista.

Volviendo a la política volvió tambien un poco al diarismo. La campaña contra los acusadores de la Corte suprema contó al señor Zenteno entre sus polemistas mas ardientes i mas hábiles.

Hoi es ya el principal redactor del *Ferrocarril*.

VII

Talca le elejia en 1870 uno de sus diputados suplentes, i es en nombre de la representacion de ese departamento que ocupa un puesto en la Cámara, de una manera transitoria por desgracia.

Si no hai en el señor Zenteno un orador brioso, un orador chispa, fuego, llama, rayo, capaz de provocar la tempestad i de dominarla; hai sí en él

un orador fácil, ameno, lójico, que sabe llevar la luz a las cuestiones que debate i la conviccion al espíritu de sus oyentes.

Luchador de la pluma, el señor Zenteno no es un luchador de la palabra. Esto depende de su carácter meditabundo i concentrado, que imprime a su intelijencia todas las molicies del pensador.

El señor Zenteno es ante todo un pensador. Pensador orijinal, paradojista a veces, pero que penetra en las cuestiones i sabe encontrar su solucion. Hai en él algo todavía mas notable: tiene el valor de pensar por sí mismo i de no asustarse de su pensamiento. Es una intelijencia audaz.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON MANUEL SALUSTIO FERNANDEZ

I

Hai en el señor Fernandez un hombre de verdadera ciencia i de verdadero talento. Matemático, economista, escritor culto, claro, elegante, su variada i sólida instruccion revela en él un trabajador laborioso i concienzudo. Es digno de la reputacion que le rodea.

II

En 1850 recibia su título de agrimensor. En julio del año siguiente era nombrado profesor de matemáticas del Liceo de la Serena. Su cátedra no venia de un favor gubernativo. La habia obtenido dando sus pruebas en un concurso.

Dos años despues, en marzo de 1853, la Universidad le abria sus puertas. Entraba en la facultad de ciencias físicas i matemáticas.

Pero el profesorado no retuvo por mucho tiempo

al señor Fernandez. En noviembre de 1856 dejaba su cátedra e iba a ocupar un puesto en el ministerio del interior, como jefe de una de sus secciones. Permaneció en él hasta 1859.

Las elecciones de 1861 le llevaron a la Cámara de diputados, donde manifestó una indisputable competencia en las cuestiones económicas.

En este mismo año daba a la publicidad un notable retrato biográfico del célebre Gorbea, el organizador de los estudios matemáticos en nuestro pais. Gorbea i su obra están juzgados en el trabajo del señor Fernandez con el noble amor del discípulo i con el reconocimiento del hombre de ciencia, de progreso, de talento hácia uno de los infatigables obreros de nuestra ilustracion.

III

Todavía en octubre de 1861 era nombrado intendente del Maule, en cuyas funciones daba pruebas evidentes de su intelijencia i de su laboriosidad administrativa.

En 1864, terminado su período constitucional, hizo su renuncia, que fué admitida sin dificultad. La política gubernativa necesitaba funcionarios capaces de cumplir las órdenes del partido i no funcionarios capaces de servir los intereses jenerales.

IV

Ya no vemos aparecer al señor Fernandez en

la vida pública hasta 1867, en que el departamento de Linares le elije uno de sus diputados suplentes. La victoria legal fué suya i de sus amigos; pero el fraude oficial inventó tambien su victoria, i ésta fué la que obtuvo las consagraciones de la mayoría parlamentaria.

Felizmente el pueblo de Linares tiene buena memoria. En 1870 ha hecho por segunda vez al señor Fernandez uno de sus candidatos. Su segunda victoria no ha sido ménos incontestable que la primera, i aunque en litijio tambien, aguardamos que en esta vez el fraude no le pondrá a la puerta.

V

Si no hai en el señor Fernandez un orador, hai en él un político hábil, dilijente, ilustrado, conocedor de todas las cuestiones de política, de economía, de administracion, a las que siempre acertará a llevar la luz de un estudio detenido i de soluciones maduradas al calor de una vigorosa i fecunda meditacion. Si es una fisonomía quizás un poco descolorida, es, en compensacion, una intelijencia séria i sólida.

El señor Fernandez está de los primeros en el movimiento reformista que nos ha traido clubs, meetings, conferencias, asambleas electorales, convenciones, buenos hábitos de vida libre. Es un liberal avanzado i convencido.

Carácter modesto, espíritu moderado i práctico, temperamento tranquilo, es, sin embargo, mui ca-

paz de batirse en la vanguardia. No es un luchador brillante, pero es un propagandista activo i convencido. Posee la calma de la perseverancia. Nunca hará mucho estrépito, mas hará siempre su camino:

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON CIRIACO VALENZUELA

I

El señor Valenzuela es uno de los altos dignatarios del partido conservador.

Amigo del gobierno Montt durante sus años de cordialidad con el clero, se alejó de él tan pronto como ámbas potestades se pusieron de riña. Entre su presidente i su prelado, no vaciló: se decidió por su prelado.

II

El señor Valenzuela es un creyente sincero, pero que ha caido en el error comun a los hombres políticos de su escuela que ven la relijion en toda cuestion política. La política es para ellos católica, protestante, deista o atea, cuando en verdad no hai sino dos políticas: la buena, que consolida la prosperidad de las naciones; la mala, que las conduce a su decadencia i a su ruina.

Pero los políticos teólogos solo se preocupan de

la fé de bautismo de su política. ¿Es católica? Luego es buena.

III

Desde 1864, el señor Valenzuela ha ocupado constantemente un banco en la Cámara de diputados.

Aunque instruido e intelijente, nunca ha dejado oir su voz, ora porque la tribuna no le ha tentado, ora porque no se ha sentido capaz de sus rudas jornadas.

Gobernador de Rancagua durante largos años, si no ha despachado de su gubernatura santos al cielo, ha despachado diputados a su partido.

IV

Por lo demas, si el señor Valenzuela tiene convicciones ultramontanas, no tiene ni sus intransijencias ni sus intemperancias. Es un hombre afable, atento, tolerante i simpático.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON PEDRO PABLO OLEA

I

El señor Olea es una de las importaciones que el partido ultramontano ha hecho en la Cámara, donde ocupa un banco desde 1864. Pertenece a la vanguardia. Indudablemente es mas ultramontano que su prelado.

II

Parece que su partido contaba algo con él. A lo ménos hizo en la Cámara una entrada llena de estrépito. Su estreno fué una riña, en que no le cupo la mejor parte.

El señor Olea se proponia ser un orador. Ha hablado mucho i en muchas cuestiones; pero siempre con una desgracia increible. No tiene ni voz, ni formas, ni ideas. Su argumentacion vive en plena vulgaridad. Ora repite lo que otros han dicho, ora dice algo que no valia la pena. El debate no da en sus manos un solo paso adelante, i aunque de vez

en cuando ha pretendido tener las agresiones de la cólera, nadie se ha sentido herido: dispara balas de algodon.

Entendemos que el señor Olea va comprendiéndolo.

III

Su gran campaña parlamentaria fué la acusacion a la Corte Suprema. Estuvo con los acusadores i habló para sostener la acusacion. Su discurso fué un alegato ramplon. Ni la sinceridad de su odio a los acusadores acertó a traerle una buena inspiracion.

El señor Olea haria bien de recordar, siempre que le asalte la mala tentacion de tomar la palabra, que el silencio es de oro. I despues, guardar silencio suele ser una prueba de talento.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON VICENTE IZQUIERDO

I

El señor Izquierdo entró en política con la oposicion de 1858. Pertenecia entónces i pertenece hoi todavía al grupo del señor Santa-María. Esto manifiesta que no esperimenta los espantos del aislamiento.

II

Las elecciones de 1864 le dieron por primera vez un banco en la Cámara. Las elecciones posteriores han vuelto a renovar su mandato lejislativo.

El señor Izquierdo, aunque de tradicion conservadora, es un liberal moderado que, si no aspira a grandes reformas, aspira sí a la sinceridad del réjimen representativo, a la eficacia de la justicia i el derecho.

III

Hoi forma en las filas de las opiniones del acuerdo de setiembre, de que fué uno de los cooperadores.

Miembro de la junta provisional encargada de realizar los propósitos de ese acuerdo, coadyuvó a ello con actividad i decision. La junta central nombrada por la Convencion de enero le cuenta entre sus miembros, i estamos seguros que no será de los ménos dilijentes.

Hai en el señor Izquierdo un servidor firme, constante, desprendido de sus convicciones. No llevará a los negocios públicos la ciencia del hombre político, pero llevará sí la resolucion i la entereza del buen ciudadano.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON ANTONIO SUBERCASSEAUX

I

El señor Subercasseaux es un heredero opulento que hace de la política uno de sus pasatiempos. Se nos imajina que va a la Cámara como va al teatro, al paseo, a las carreras, a las partidas de caza.

II

Es el departamento de Constitucion quien le ha elejido su mandatario a la Cámara de 1870. En la Cámara de 1867 habia ocupado tambien un banco como diputado suplente por Cauquénes.

Parece que no hai en el señor Subercasseaux la madera de que se hacen los hombres políticos. Aunque como los soldados de Napoleon tenga el derecho de llevar en su mochila el baston de mariscal, dudamos que se afane en llegar a las altas dignidades que se conquistan en las rudas jornadas de la tribuna i del gobierno. Ni es una intelijencia, ni es una ciencia, ni es una palabra.

Si la política tradicional continúa dueño del imperio, despues de ser diputado por algunos años mas, llegará al Senado i quizás al consejo de Estado.

III

El señor Subercasseaux no ha dejado oir su palabra en la Cámara sino rara vez i sobre todo para permitirse interrupciones infantiles, que no se han distinguido por su injenio ni por su oportunidad. Pertenece a los silenciosos impresionables.

Como todos los herederos opulentos, ha ido a mirar un poco las grandes capitales europeas.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON DOMINGO FERNANDEZ CONCHA

I

El señor Fernandez Concha es uno de nuestros banqueros mas intelijentes, activos i emprendedores. Ha llegado a ser una de las eminencias del capital, apénas tocando en la edad en que la mayoría de los hijos de sus obras, que han tenido buen número en la lotería de la suerte, divisan las costas de la prosperidad.

Pero esto se esplica. El señor Fernandez Concha no pertenece a los opulentos del ahorro i de la paciencia, sino a esos opulentos del talento i de la audacia, que hacen su fortuna llevando sus escudos a cuanto puede desarrollar la industria, el crédito, la circulacion, el cambio.

II

Es en 1870 cuando el señor Fernandez Concha ha llegado por primera vez a la Cámara i podríamos añadir que a la política. No es un hombre po-

lítico sino en cuanto es un hombre rico. Tiene demasiados negocios propios para pensar mucho en los negocios de todo el mundo.

Jóven, alejado de la lucha ardiente de los partidos, formando en la Cámara entre los silenciosos, sus opiniones políticas carecen hasta ahora de una firme acentuacion, a pesar de haber votado siempre con el ministerio.

¿Es un liberal conservador, o es un conservador liberal?

Por el momento vive en buenos términos con las dos escuelas. Ni la reforma le espanta, ni sus embarazos le irritan. Deja hacer.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON NICOLAS NOVOA

I

Aunque mui jóven todavía, el señor Novoa está ya en su segundo mandato lejislativo.

En 1867 era elejido diputado por su propio esfuerzo i llegaba a la Cámara un poco apesar del ministerio.

En 1870, no obstante las protecciones de la autoridad, su eleccion se halla en litijio. Es un candidato a quien las simpatías del poder no han traido fortuna.

II

Su actitud política, indecisa por un momento en 1867, es hoi francamente gubernativa. Es un diputado de mayoría.

Despierto, alegre, simpático, amistoso, todavía

en esa edad en que la vida es una fiesta, esto hace quizás que el señor Novoa no tome bastante a lo serio los deberes de la política. Gusta mas de reir que de meditar. Habria sido una fortuna para él entrar un poco mas tarde en escena.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON DIEGO TAGLE

El señor Tagle es un opulento vecino de Santiago, un antiguo empleado de hacienda, un diputado casi perpétuo i un consejero de Estado.

Adversario rentado del gobierno Montt, ha sido un amigo decidido del gobierno Perez.

Pero no haya temor: ni pone ni quita rei.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON EULOJIO ALLENDES

Durante dos lejislaturas ha ocupado el señor Allendes un banco en la Cámara de diputados, pero apénas ha hablado i no ha hecho hablar de él absolutamente.

El señor Allendes no es un hombre político. Ni su carácter, ni sus estudios,—es un matemático estimable,—ni sus gustos le han destinado para adquirir una influencia cualquiera en la marcha de los negocios públicos. Todo su papel se ha reducido a ser un partidario firme de la política gubernativa.

Pertenece a los moderados de la mayoría. Nunca se le ha visto asociarse a sus cóleras ni tomar parte en sus tempestades. Esto prueba buen sentido i urbanidad.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON FRANCISCO DE BORJAS LARRAIN

El señor Larrain está en su tercer mandato lejislativo. Ha observado siempre en la Cámara una actitud discreta i moderada.

Miembro del grupo conservador-ultramontano, no manifiesta ni sus impaciencias ni sus cóleras. Sirve a sus ideas sin hacer ruido.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON OSVALDO RENJIFO

El señor Renjifo es un jóven abogado que acaba de entrar en la política. Es diputado de mayoría i funcionario administrativo.

Hombre estudioso i de intelijencia clara, ha desempeñado bien la secretaría de la intendencia de Colchagua i desempeña bien hoi todavía la secretaría de la intendencia de Santiago.

La instruccion primaria cuenta en el señor Renjifo uno de sus buenos servidores. Desgraciadamente no es de esperar que la reforma pueda contarle tambien entre los suyos.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON CLAUDIO MACKENNA

El señor Mackenna es uno de nuestros diputados mas hermosos. Amable, discreto, de maneras distinguidas, de aire simpático, vive en cordiales relaciones con todos los grupos de la Cámara. En 1870 ha recibido su tercer mandato lejislativo.

Aunque candidato patrocinado, o cuando ménos agradable, el señor Mackenna ha sabido conservar siempre la libertad de su voto. Es un amigo independiente de la política gubernativa. La reforma le verá mas de una vez a su lado.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON MIGUEL ZUMARAN

I

Los grandes electores de 1864 trajeron a la Cámara al señor Zumaran, que hasta entónces nada habia dado que decir de sí en política. Parece que el gobierno Perez no se ha sentido disgustado del descubrimiento. En 1867 i en 1870 ha hecho renovar el mandato parlamentario del señor Zumaran, que es uno de sus votos firmes.

II

Hé ahí lo único que se sabe de él con certeza. Sus ideas políticas como sus talentos políticos son un secreto entre Dios i él.

Aunque ha tomado varias veces la palabra, su eco es tan débil, su diccion tan embarazada, sus discursos han sido tan cortos, que apénas hemos podido entender que pensaba como el ministerio.

III

El señor Zumaran es abogado. No es raro que haya llegado a una corte de justicia. Tiene hoi un interinato de fiscal: tendrá una efectividad.

Pertenece a esos hombres que van fácilmente a la prosperidad. No ser nada es con frecuencia una dichosa cualidad para serlo todo.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON FRANCISCO PRADO ALDUNATE

I

La oposicion de 1851 tuvo un activo soldado en el señor Prado Aldunate. Fué conspirador i revolucionario en su servicio. Visitó entónces las cárceles, los campos de batalla i la tierra estranjera, donde encontró mas prosperidades que en la tierra natal.

Miéntras la proscripcion era ruina para tantos otros, para él era opulencia.

II

Esto hizo que no se diese prisa para regresar a su hogar, cuyas puertas le franqueaba la amnistía.

No volvió a Chile sino cuando sus camaradas, vencidos de la víspera, eran los imprevistos vencedores del dia siguiente.

Vino a formar entre los partidarios del gobierno Perez, que le llevaba a la Cámara en 1867, gracias a una eleccion que no honra la sinceridad

liberal del gobernante ni la sinceridad liberal del protejido. Fué en ese año uno de los diputados duales del departamento de Linares.

Parece que las dualidades persiguen al señor Prado Aldunate. En 1870 ha sido por segunda vez diputado dual i diputado por Linares.

III

Hasta hace poco tiempo, el señor Prado Aldunate contaba entre los liberales de vieja estirpe que rodean al gobierno Perez; pero hoi es un convertido a la conservacion i al ultramontanismo. Está entre los ajitadores de la faccion conservadora que se reune en el atrio del templo.

Su conversion hace sonreir. Tiene sus puntas de cómico encontrar al señor Prado Aldunate oficiando como levita. ¿La ambicion herida estará destinada a hacer ultramontanos?

IV

La figura política del señor Prado Aldunate carece de relieve. Hombre inquieto, removedor, despierto, tiene cierta reputacion de habilidad para andar entre bastidores.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON MANUEL AMUNÁTEGUI

I

Desde 1864 tiene el señor Amunátegui un banco en la Cámara de diputados. A pesar de eso, sus mandantes no han oido hablar hasta ahora de su mandatario. El señor Amunátegui es un voto, no es una palabra, aunque lleva un apellido bien conocido en la tribuna i en las letras.

Hasta hoi no ha sido sino un abogado sin celebridad, un profesor modesto, un funcionario que no forma en las primeras filas.

Indudablemente el señor Amunátegui es un hombre instruido, conoce bien sus humanidades i su derecho; pero carece de valor o carece de piernas para asaltar la tribuna o las letras.

II

Candidato patrocinado, diputado de mayoría, ha votado invariablemente con todos los ministerios

que se han sucedido hasta hoi. Nada permite presumir que no haga lo mismo en adelante. Irá a donde vaya su hermano. Puede decirse que don Miguel Luis Amunátegui es dos votos, i piensa, opina, habla por dos.

Sin embargo, don Manuel Amunátegui es uno de los diputados mas notables del peloton de los silenciosos. Sabrá siempre qué vota i por qué vota.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON BELISARIO PRATS

I

Vamos a ocuparnos de un alto dignatario del Estado, que ha hecho a rienda suelta la jornada de los honores i de las funciones lucrativas. El señor Prats es hoi diputado, juez, ministro.

II

Tambien es cierto que necesitaba apresurarse.

Hasta 1861, el señor Prats no habia sido nada, ni nadie habria sospechado las prosperidades que le aguardaban.

Abogado sin celebridad, intelijencia de segundo órden, instruccion escasa, vivia alejado de la política, en la que no tomaba otra parte que la de uno de esos espectadores que rien mas que aplauden, i que lo observan todo con la pereza de la indiferencia.

III

Fué el presidente Perez quien le puso en escena, nombrándole en primera oportunidad juez del crímen de Santiago.

El nombramiento del señor Prats produjo cierta alarma. No se admitia fácilmente su competencia sobre la palabra de un decreto gubernativo.

No pasó mucho tiempo sin que se le llevara a la Corte de Apelaciones de la Serena, i se le trasladara poco despues a la Corte de Apelaciones de Santiago. No podia irse mas de prisa.

Como juez del crímen, el señor Prats rompió con la tradicion de nuestra majistratura. Se manifestó un juez atento, discreto, accesible. Podia llamarse sin temor ni embarazo a la puerta de su juzgado. Esta conducta atrajo al juez muchas simpatías, i en nada dañó a la recta aplicacion de la lei.

Es ya tiempo de comprender que el juez no debe ser un ogro, la justicia un espanto, ni los juzgados un sitio siniestro, en que se sienten los primeros hielos de la prision i las primeras angustias del patíbulo.

IV

En 1870, el señor Prats era elejido diputado. Hasta entónces ningun departamento habia hecho acuerdo de darle su mandato. Pertenecia a los recien venidos.

Su actitud en la Cámara fué la de un diputado de mayoría, que no tiene prisa de reñir con nadie ni parece dispuesto a abdicar la independencia de su juicio. No era ni un conservador, ni un liberal; era un presidencial.

V

Al cabo de dos meses de lucha i de agonía, el ministerio Amunátegui cae, i se llama al señor Prats para que organice un nuevo ministerio.

El 2 de agosto de 1870 es investido ministro del interior i de relaciones esteriores.

Aquello fué toda una sorpresa. El señor Prats no era orador, hombre político ni jefe de ningun grupo parlamentario. No tenia otro título que su parentesco i sus intimidades de confidente con el jefe del Estado.

La sorpresa de la primera hora se hizo pronto reserva i hostilidad. El ministerio no tenia otro apoyo que el capricho presidencial i las adhesiones de ordenanza de los gobiernistas sistemáticos.

Pero eso no bastaba.

El ministerio se echa entónces en brazos de los conservadores. La maniobra no revela jenio.

VI

La lucha se compromete de nuevo. El señor Prats no ha manifestado en ella ninguna notable cualidad de carácter ni de intelijencia. Habla poco i habla mal. Carece de voz, de ideas, de frase, i

se ve siempre obligado a entregar los debates considerables, ora a su segundo, el ministro Altamirano, que es todavía un bisoño; ora a los oradores de la mayoría, que hacen las veces de ministros sin cartera.

El señor Prats no ha acertado a justificar su elevacion. Pasa casi desapercibido para amigos i adversarios. Si se le escucha, es para conocer el pensamiento presidencial. Es un ministro eco.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON LUIS MARTINIANO RODRIGUEZ

I

Los meetings, las conferencias, las asambleas, los banquetes provocados por la ajitacion reformista, han dado la oportunidad de revelarse a algunos jóvenes talentos, que ya son una esperanza i no tardarán en ser una fuerza para las ideas liberales.

II

Entre esos jóvenes talentos se cuenta de los primeros el señor Rodriguez.

Si aun no es un maestro de la palabra, un gran luchador de la tribuna, una elocuencia, es ya un partidario resuelto i ardoroso.

El Club de la Reforma ha escuchado mas de una vez su palabra convencida, i sus discursos en las conferencias sobre la libertad relijiosa i sobre la libertad electoral han fijado la atencion i merecido justos aplausos.

Mandatario de San Cárlos, se ha manifestado un diputado estudioso, investigador, implacable para perseguir i condenar los abusos administrativos.

III

Hai en el señor Rodriguez estimables cualidades de hombre de palabra: tiene facilidad de diccion, una figura interesante, una voz agradable. Necesita sí familiarizarse un poco mas con las cuestiones políticas. Entónces ensanchará su horizonte intelectual, comunicará a sus ideas claridad i precision, dará vida, movimiento, relieve, gracia a su frase hoi opaca i desmayada.

La reforma tiene en el señor Rodriguez un voto i una palabra.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON RAMON BARROS LUCO

I

Las fascinaciones del poder hacen héroes i hacen necios. Los héroes juegan el todo por el todo: o César o nada! dicen. Los necios solo piden al poder alguna de sus migajas. Bástales ser criados de César.

Mirar al soberano, escucharle, saber a qué huele, alcanzar de él una sonrisa o un amable tiron de orejas, es para ellos la felicidad suprema. Han escalado el séptimo cielo.

Esta es una debilidad grotesca, bufona i triste a la vez.

II

Parece que el señor Barros Luco padece un poco de ella.

Hallándose colocado en una situacion independiente, nada ha escusado, sin embargo, para llegar a las funciones administrativas. La librea ofi-

cial turbaba su sueño. El dia que la obtuvo debió ser para él toda una fiesta.

Veamos como ha ido a su conquista. Indudablemente se ha impuesto mas trabajo que el que otros se darian por conquistar un imperio.

III

En 1853 se habia promovido en la prensa un debate interesante sobre las ventajas del empréstito negociado en Lóndres para la construccion de ferrocarriles. Los adversarios de la administracion atacaban el empréstito. El señor Barros Luco fué a pedir hospitalidad a las columnas del *Ferrocarril* para defenderlo. Sus artículos llamaron la atencion en las rejiones oficiales. Era un voluntario inesperado. Casi se le decretan las espuelas de economista.

En muestra de reconocimiento se le llevó a la Cámara de 1861, donde se manifestó un firme diputado ministerial.

IV

Cuando, algunos meses despues, el gobierno fué renovado, el señor Barros Luco permaneció fiel a sus inclinaciones ministeriales. Fué un voto seguro, así para el ministerio Alcalde como para el ministerio Tocornal.

Una renovacion de su mandato lejislativo en 1864, i el señor Barros Luco era dichoso.

Pero el ministerio Tocornal le olvidó. No tuvo

para él la memoria del corazon. Ademas habia un enjambre de antiguos camaradas a quienes colocar.

Hubo entónces un momento en que el señor Barros Luco se sintió con tentaciones de volver al hogar de los vencidos. Apretó los dientes, censuró, amenazó.

Su descontento duró poco. Antes de mucho tiempo, si no tenia un banco en la Cámara, tenia entrada, asiento i favor en los salones presidenciales.

V

El favor dió frutos. De improviso el diputado en disponibilidad es nombrado jefe de seccion del ministerio del interior.

Ya ha llegado a los empleos. Pero no es esto solo: va a tener un rápido ascenso. Con no poca sorpresa de las jentes, cuando el señor Amunátegui se retira de la sub-secretaría del interior, viene a sucederle el señor Barros Luco.

Desde este momento los honores han llovido sobre su cabeza. En 1867 era elejido diputado, ha vuelto a serlo en 1870, a pesar de sus pretendidos mandantes, i no hai comision especial en que no se le dé cabida. Los maliciosos rien. Por nuestra parte, esperimentamos un verdadero asombro al observar la variedad i la riqueza de conocimientos con que el gobierno adorna por decreto al señor Barros Luco.

VI

Si realmente los posee, se guarda bien de revelarlos. Ni en sus escritos, ni en sus discursos se ve o se presiente siquiera un talento o una ciencia *di primo cartelo*. Todo en él es discutible como un problema. Tiene sí una cualidad recomendable: hablar corto i escribir corto.

Por lo demas, es un voto seguro para el gobierno hasta el 18 de setiembre de 1871. Despues, la victoria dirá.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON JOSE TOCORNAL

I

El partido conservador ha llevado algunos hombres nuevos a la Cámara de 1870. El señor Tocornal es uno de ellos. Es un conservador de conviccion i de tradicion.

II

El señor Tocornal ha venido a la asamblea con un mandato en litijio por el departamento de Linares, i sin tener precedentes brillantes ni ruidosos. Su nombre no ha resonado hasta ahora ni en el foro, ni en las letras, ni en la política. Tampoco parece destinado a hacer estrépito en el porvenir. Aunque intelijente e instruido, no hai en el señor Tocornal un hombre de primera fila.

III

Su actitud en la Cámara es moderada. Cuando

ha hecho oir su voz en defensa del partido conservador,—que intenta poner en buenos términos con la libertad i el progreso,—se ha manifestado atento, discreto, tranquilo, hombre de discusion i no de tempestad.

Pero no hai en el señor Tocornal un orador. Su voz es débil, su argumentacion escasa i sin novedad, su actitud embarazada. Hablará con discrecion i hasta con talento, pero no acertará a hablar con elocuencia.

IV

El partido del señor Tocornal no perderá terreno por su culpa ni lo ganará por su esfuerzo.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON RAMON ESCOBAR

I

El ministerio Amunátegui tuvo algunos curiosos protejidos. Nadie les conocia la víspera de acordarles la investidura parlamentaria. Nadie les conoce bien todavía.

De ese número es el señor Escobar, mandatario de los Anjeles.

II

¿Quién es el señor Escobar?

Varias veces ha procurado dársenos a conocer tomando la palabra en la Cámara; pero sus estrenos oratorios han sido desgraciados. No hai ninguna revelacion bajo sus frases contrahechas, bajo su lenguaje vulgar, bajo su figura i sus maneras sin gracia ni distincion. Las hadas no han rodeado la cuna del señor Escobar.

Ha hecho mal queriendo apoyar al ministerio con su elocuencia. Procederia mucho mas juiciosamente, limitándose a darle el apoyo de su voto. Si así no se llega a los astros, se llega al presupuesto.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON GABRIEL VIDAL

I

El nombre del señor Vidal ha tenido cierto eco en las elecciones de 1870. Alcalde de la municipalidad de Curicó, se le señala como el alma de todas las intrigas que ahí produjeron la victoria de los candidatos oficiales, en cuyo número se contaba.

Hoi es uno de los mandatarios de Curicó a la Cámara constituyente.

II

Aunque abogado, el señor Vidal no ocupa una situacion considerable en el foro. Parece destinado a no ser otra cosa que una celebridad departamental.

En la Cámara es uno de tantos diputados de mayoría.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON ALVARO COVARRUBIAS

I

La historia contempla melancólicamente los fugaces cuanto maravillosos esplendores de los antiguos imperios del Asia, tan pronto levantados como destruidos. Contrístase el ánimo observando la instabilidad de aquella grandiosa escena de la fortuna i del poder.

Aunque en un teatro infinitamente mas pequeño, esperimentamos nosotros un sentimiento parecido al considerar la fortuna política del señor Covarrúbias, tan rápida en surjir i crecer como en desmoronarse.

Destituido de altos antecedentes políticos, fué hecho de improviso jefe del gabinete, i se vió colocado en presencia de una crísis internacional de las mas graves.

A los pocos meses, sin embargo, su conducta era aplaudida en plena Cámara de diputados por sus adversarios mismos. Cooperaba eficazmente, en seguida, a la reunion de un Congreso americano.

Antes de un año, daba feliz solucion a las dificultades diplomáticas que amenazaban la paz esterior de Chile. I cuando, no obstante esa solùcion inconsistente, vino la guerra, su popularidad, en vez de eclipsarse, brilló con nuevos resplandores. Su nombre era enlazado con el de la patria i victoreado por la nacion entera. Jamas ministro de Estado chileno alcanzó mayor prestijio, despertó mas vivos entusiasmos, escuchó aplausos mas unánimes.

Pero, seis meses despues, aquel prestijio estaba desvanecido, aquellos entusiasmos se habian convertido en decepciones, aquellos aplausos habian sido reemplazados por las censuras de la opinion i por los epigramas del patriotismo burlado.

El señor Covarrúbias descendia del ministerio, al cabo de tres años, como los aerólitos descienden a la tierra: globos de luz por un momento, cuerpos opacos al momento siguiente.

Despues de su ministerio continuó, a la verdad, avanzando en su rápida carrera de majistrado judicial i obteniendo altas dignidades políticas: hoi es vocal de la Corte Suprema, consejero de Estado, presidente de la Cámara de Senadores, i figura entre los candidatos posibles del partido gobiernista a la presidencia de la República.

Alcanzará talvez esa suprema dignidad oficial; pero ya no volverá a ser lo que fué en los últimos meses de 1865. Aquella auréola popular se eclipsó para siempre; aquella vision de gloria se disipó como la vana imájen de un sueño.

Los gobiernos pueden dar muchos honores; solo

las grandes dotes del espíritu, las grandes virtudes del carácter pueden dar ese honor imperecedero que consiste en el amor, el respeto i la admiracion de un pueblo.

II

Los que en 1849 asistian a las sesiones de la Cámara de diputados, pudieron ver de contínuo, en el asiento de secretario, a un jóven de presencia aventajada, de aire modesto i reservado, de modales poco flexibles, de voz plateada i un tanto solemne. Era don Alvaro Covarrúbias.

Sin investir el carácter de diputado, habia sido elejido secretario de la Cámara por la mayoría de oposicion. En medio de aquella tempestuosa asamblea, desempeñó un papel mudo i pasivo. La condicion de su puesto i su estrema juventud no le daban lugar a formarse una personalidad política, aunque sus simpatías le llevasen al lado de los adversarios del gobierno.

Cuando la oposicion revolucionaria sucedió a la oposicion legal, el señor Covarrúbias se asiló en los estudios i trabajos del foro. Recibióse de abogado, i en los primeros años del gobierno Montt ejerció el cargo de relator de una de las Cortes de justicia de Santiago.

III

La carrera política del señor Covarrúbias principia con el movimiento de oposicion de 1857, de

donde nacieron la lei de amnistía i la crísis ministerial de aquel mismo año.

En la coalicion formada contra el presidente Montt por los vencedores i los vencidos de 1851, el señor Covarrúbias ocupó un lugar bastante espectable para verse a punto de ser ministro de Estado. Antes de llegarse a combinar el gabinete que puso fin a aquella crísis, su nombre habia figurado en otra combinacion ministerial, malograda, segun cuentan, por la actitud exijente que tomó él mismo para con el jefe del Estado.

La tregua que el nuevo gabinete produjo, fué de corta duracion, i las hostilidades volvieron a romperse entre la oposicion i el gobierno. El combate se trabó desde luego en la prensa i se continuó alrededor de las urnas electorales de 1858.

El señor Covarrúbias fué uno de los pocos candidatos de oposicion vencedores, entrando en el Congreso como diputado por Rancagua. Hizo con lucimiento sus primeras armas en las luchas del parlamento.

IV

Su figura arrogante aunque sin animacion ni movimiento, cierta marcialidad de su apostura, la sonoridad de su voz predisponen favorablemente a su auditorio. Tiene, en seguida, una palabra suelta i aficionada a las pompas del lenguaje; espone i argumenta con claridad, no obstante su falta de concision; i no pierde las oportunidades de lanzar-

se en ciertas declamaciones que muchas jentes toman por argumentos de peso.

Con tales condiciones oratorias, hablando poco i a tiempo, pudo hacer su estreno parlamentario sin descubrir los puntos débiles de su armadura.

Porque, en realidad, tiene muchos puntos débiles.

Su educacion, casi esclusivamente forense, no ha abierto a su intelijencia esos anchos i variados horizontes que pocos hombres descubren sino despues de serios estudios literarios, de lecturas detenidas, de largas meditaciones. No es un hombre de letras, ni tampoco un publicista profundo.

Por otra parte, falta a su talento bastante rapidez, bastante ajilidad para hacer las marchas forzadas del pensamiento, i dar caza a las ideas a traves de llanos, montes, desfiladeros i precipicios. Es un espíritu difícil de plegarse, escaso de músculos i coyunturas.

V

La guerra civil de 1859 se sustituyó a los combates parlamentarios, i el señor Covarrúbias fué ahuyentado de su banco de lejislador por las facultades estraordinarias de que el ejecutivo se hizo investir.

Obligado a ocultarse i andar a salto de mata, probó un poco el oficio de conspirador i recibió el bautismo de la persecucion política.

Con la administracion Perez llegó, para los per-

seguidos de la administracion anterior, la hora de las recompensas.

El señor Covarrúbias no tardó en recibir la suya: fué llamado a un sillon vacante de la Corte de Apelaciones de Santiago.

Pero no debia quedarse allí mucho tiempo.

VI

Vino el año 1864, vino la noticia de la ocupacion española de Chincha, conmoviéronse hondamente los ánimos, el señor Tocornal abandonó el puesto de primer ministro, i el señor Covarrúbias subió a ocuparlo.

El momento era difícil para el nuevo ministro de relaciones esteriores, solicitado en diversos i aun opuestos sentidos por los votos de la opinion, por la diplomacia española, por la diplomacia peruana; al mismo tiempo que tenia delante una situacion internacional equívoca, oscura, deleznable.

A su entrada en el gabinete, el público le habia acojido sin hostilidad, pero tambien sin entusiasmo. Juzgábale un ministro efímero.

Fué, pues, un golpe de teatro el efecto que produjo, en la Cámara de diputados, la lectura de la correspondencia diplomática que, en sus dos primeros meses de ministerio, habia sostenido con el representante de España. La dignidad nacional, los intereses americanos habian sido defendidos vigorosa i hábilmente por el nuevo ministro. Sus adversarios, prontos a censurar ántes de la lectura, se apresuraron a aplaudir.

Un nuevo golpe de teatro daba poco despues, yendo a rogar al presidente de la Corte Suprema que se encargase de representar a Chile en el congreso internacional de Lima. El paso era a propósito para hacer brillar su magnanimidad política.

Aquel congreso no pudo dar una solucion conveniente al conflicto peruano-español, ni imprimir a sus tareas, desempeñadas bajo la presion de ese conflicto, eficacia i trascendencia.

El conflicto peruano-español se desenlanzó sin el concurso de los plenipotenciarios americanos; se desenlazó deplorablemente para el honor del Perú i para el interes de Chile.

Nuestro pais quedó envuelto en las reclamaciones del ministro de España, que acabaron por ponernos entre la espada i la pared, entre una humillacion i un *casus belli.*

El señor Covarrúbias tuvo todavía otro golpe de teatro. El arreglo diplomático conocido con el nombre de Covarrúbias-Tavira, libertó a Chile de la guerra i de la humillacion.

Desgraciadamente, el resultado de ese arreglo no fué mas duradero que una ilusion teatral.

VII

El almirante Pareja cambió completamente la escena, presentándose en la rada de Valparaiso armado de amenazas i de cañones.—"Quemad pólvora en honor de España, o preparáos a que yo la

queme en daño de Chile," dijo a los gobernantes chilenos.

Los gobernantes rechazaron tan humillante exijencia i lanzaron al pais en la guerra. El pais, en verdad, no pedia otra cosa.

Cediendo a los votos de la opinion i hablando a nuestros enemigos un lenguaje digno, entero, varonil, el ministro de relaciones esteriores vió subir su prestijio hasta los astros.

Llamado a informar a las naciones estranjeras de la guerra emprendida, la presentó como una cuestion que afectaba inmediatamente los mas grandes intereses de la América española, i dió a entender que su último desenlace debia perseguirse en el mar de las Antillas, donde Cuba i Puerto-Rico hacian sonar todavía las cadenas del coloniaje español.

Ese documento, cuyo nombre de *Contramanifiesto* no pronuncian hoi los chilenos sin sonreir maliciosa o amargamente, atizó entónces su entusiasmo, embriagándoles de promesas deslumbradoras.

El Contramanifiesto fué seguido de cerca por la gloriosa aventura del Papudo, i esta como aquel aprovecharon a la popularidad del señor Covarrúbias.

VIII

Pero aquellos felices principios no correspondieron a la marcha ulterior de la guerra. Sucedieron esos largos meses de espectativa, de ansiedad, de impaciencia públicas, cuyo término habia de

ser un solemne chasco; sucedió el eterno buscar elementos bélicos, el eterno anunciar la próxima llegada de naves formidables, el eterno prometer i el eterno no cumplir de los gobernantes. Bombardeado Valparaiso por la flota española, las promesas oficiales no hicieron sino reavivarse mezcladas de juramentos de venganza; pero no llegó por eso el cumplimiento de las unas o de los otros.

Al fin i al cabo, el pais comenzó a fatigarse, el egoismo a tomar la delantera, el patriotismo a desesperar. La guerra se convirtió en una mala comedia, cuya accion se arrastró lánguidamente por muchos meses hasta aburrir a los espectadores. El teatro quedó desierto ántes de que la farsa llegara a su desenlace.

Los directores de la fiesta achacaron al pais un resultado que el pais les achacaba a ellos mismos; como el autor silbado de Breton que, esplicando el fracaso de su comedia, decia:

> Yo echo la culpa a los cómicos,
> I ellos me la echan a mí.

Pretendióse, en efecto, esplicar por la impotencia o mala voluntad de la nacion para hacer la guerra, lo que habia sido el fruto, primero de la impotencia de los gobernantes mismos, i en seguida de su propia mala voluntad para la empresa.

Si en un principio aceptaron ellos lealmente el pensamiento de la guerra, no supieron nunca servirlo con acierto i enerjía. I cuando los intereses de la política interior se reanimaron ante la eleccion presidencial, en vez de servirlo, se sirvieron

maliciosamente de él para conservar su predominio político. En nombre de la guerra fué reelejido el presidente Perez; en nombre de la guerra triunfaron las candidaturas oficiales en las elecciones parlamentarias de 1867; en nombre de la guerra se declaró malos chilenos a los que censuraban la conducta del gobierno.

IX

El señor Covarrúbias, solidario de tan triste política, pudo con ella hacer bien a su partido, pero ciertamente no se lo hizo a su nombre, cuanto ménos a su pais.

Su pais i su nombre habrian ganado mas, si se hubiese retirado del gabinete en los primeros meses de la guerra esterior.

Asiéndose tenazmente del ministerio, no logró sino matar las últimas ilusiones de sus admiradores i asistir a los funerales de su prestijio.

Durante tres años de ejercicio del poder público, se mostró uu ministro laborioso, pero no un gran político. Allí mas que en ninguna otra parte, pudo sentir los efectos de la poca flexibilidad de su carácter, de la poca ajilidad de su intelijencia. Sin ser un hombre enérjico, no es tampoco un hombre sagaz; sin ser una cabeza poderosa, no posee tampoco ese talento sutil que se adapta bien a todas las exijencias de la política. Hai en su espíritu falta de iniciativa, de prontitud, de insinuacion.

Si no llevó de la Moneda a su hogar tantos enemigos como su colega de gabinete don Federico

Errázuriz, tampoco llevó los amigos ardientes i decididos que este último supo adquirir. Es que el arte de ganar amigos se parece mucho a la torpeza de concitarse enemigos, i para lo uno como para lo otro es menester cierta impetuosidad de pasiones de que carece el señor Covarrúbias. Puede quizá odiar profundamente; no sabe amar con intensidad.

X

Saliendo del gabinete, fué a tomar su antiguo asiento de majistrado judicial i su flamante sillon de senador, que se habia preparado él mismo en las elecciones de 1867.

Promovido mas tarde a la Corte Suprema, ocupa al presente, como juez del primer tribunal de la nacion, como presidente del Senado, como miembro del consejo de Estado, una alta situacion oficial, que le da títulos para figurar en la lista de candidatos del partido gobiernista a la presidencia de la república.

En cambio, su nombre fué borrado, tiempo há, de la lista de los hombres populares, i su carrera pública ha quedado como un ejemplo elocuente de las efímeras glorias i de los crueles desengaños que produce una mala política.

La política a que ha servido el señor Covarrúbias, es tanto peor cuanto que, privada de toda seriedad en los buenos propósitos i de toda audacia en las malas acciones, ha hecho de su reinado un

carnaval i de sus hombres de Estado una comparsa de polichinelas.

Así se esplica que el presidente Perez haya gastado muchas reputaciones i no haya creado ninguna.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON JUAN DE DIOS ARLEGUI

I

Hai ciertas bellezas femeninas que ganan con ser contempladas de cerca, como otras, por el contrario, con serlo a la distancia. Las unas tienen los delicados toques de la miniatura, al paso que las otras parecen creadas a la manera que se pintan los telones de teatro.

Algo semejante sucede con la fisonomía moral de los hombres. A la de muchos aprovecha, a la de algunos daña la lejanía.

El señor Arlegui es de estos últimos.

Observado de léjos, se presenta como una persona ceremoniosa, adusta, poco accesible. La altiva dignidad de su carácter, fácil de impacientarse, sus hábitos de hombre profundamente culto, el esmero elegante de su traje, i hasta la urbanidad estricta de sus modales contribuyen a la primera impresion de la perspectiva.

Pero cuando se le observa de cerca, esa impresion se modifica de la manera mas favorable. Descúbre-

se una naturaleza aristocrática, en el mejor sentido de la espresion; una naturaleza dotada de sentimientos vehementes, delicados, jenerosos, de un carácter independiente, leal i recto, de una intelijencia activa, firme, metódica, concienzuda hasta la minuciosidad, afanosa de perfeccion en lo grande i en lo pequeño.

Moral, intelectual i aun esteriormente, es un hombre escrupuloso: tiene los escrúpulos del honor, los escrúpulos del arte, i tambien los escrúpulos del bien parecer.

Con ménos escrúpulos honorables, con una probidad ménos acendrada, con un sentimiento ménos profundo del deber, habria tenido ménos que sufrir i mas que granjear en política. Pero ha preferido siempre su conviccion a su conveniencia, i durante veinte años de participacion en el movimiento de nuestra vida pública, apénas ha dejado de ser, a cortísimos intervalos, un político de oposicion. Los sinsabores i persecuciones políticas le han visitado con mucho mas asiduidad que los honores políticos.

Su eleccion de diputado suplente por Freirina al Congreso constituyente de 1870 es su primer mandato lejislativo, i todavía no le ha dado ocasion de penetrar en las rejiones parlamentarias.

II

En 1849, el señor Arlegui contaba poco mas de veinte años de edad i acababa de entrar en el foro. Era el momento de la fiebre de inmigracion produ-

cida por el descubrimiento aurífero de California. Pobres i ricos, nobles i plebeyos, viejos i jóvenes, todos querian ir allá a recojer oro. Los que no iban se consagraban a escribir comedias sobre California, i si evitaban los huracanes del océano, no se sustraian de la tempestad de los silbidos.

El novel abogado sufrió el contajio de la epidemia reinante. No escribió comedias para ser silbadas; pero se embarcó en un viejo cascaron con destino a California, abandonando un empleo subalterno que desempeñaba en la factoría del estanco de Valparaiso i comprometiendo en la espedicion un pequeño capital. Las malas condiciones de la embarcacion se tradujeron mui luego en desastres. Para escapar del naufrajio, los navegantes tuvieron que echar al agua su cargamento i sus ropas, i llegaron a San Francisco hambrientos, desnudos i destituidos de recursos pecuniarios.

En situacion tan desamparada, el señor Arlegui tuvo que hacer lo que hicienon tantos chilenos en aquella rejion de oro i de miseria: buscó en las ocupaciones mas humildes el pan cuotidiano, hasta que pudo restituirse a su patria.

En medio de esas penalidades, hai un pormenor que refleja cierta faccion mui marcada de su carácter. Al cabo de su trajediosa navegacion, se habia encontrado en San Francisco sin mas camisa que la puesta i sin dinero con que comprar otra. Para conjurar tal amenaza contra la limpieza, se quitaba todos los dias la camisa i la lavaba por sus propias manos.

III

Despues de haber esperimentado las contrariedades de las olas i de la pobreza, el señor Arlegui volvió a Chile para soportar las contrariedades de la política. Afiliado en la oposicion, trabajó activamente por los intereses de su partido, fué perseguido i preso en la crísis revolucionaria de 1851.

Cuando hubo pasado la tormenta, se consagró a ejercer en Valparaiso su profesion de abogado. Su habilidad forense, su talento distinguido, su ilustracion, su integridad le dieron poco a poco la numerosa clientela, la consideracion pública i la honrosa notoriedad de que goza hasta el dia en el vecino puerto.

Despues de largos años de sopor, la ajitacion política revivió en 1858 i fué a distraer al señor Arlegui de los tranquilos i provechosos trabajos de su bufete. Empeñado en la lucha electoral de aquel año, que dió el triunfo a la oposicion de Valparaiso, ocupó un asiento en la nueva municipalidad.

Pero apénas tuvo tiempo de ejercer su cargo concejil. Sobrevino en breve la guerra civil, i aunque él no tomó una parte mui considerable en las maquinaciones revolucionarias, sintió sus peores consecuencias. Redújosele a prision, confinósele a la provincia de Colchagua, i cuando estalló en Valparaiso el motin que trajo la muerte del jeneral Vidaurre, se le volvió a aprehender en Santiago, adonde le habian llamado momentáneamente cuidados domésticos.

IV

Por fin, en 1862 parecia llegado el tiempo en que su estrella política brillara con luces mas benignas.

La administracion Perez principiaba a sonreir a los vencidos de los últimos diez años i enviaba al jeneral Aldunate a tomar el mando de la provincia de Valparaiso.

Para aceptar la intendencia el benemérito jeneral exijió que se le diese un secretario de toda su confianza, i obtuvo del señor Arlegui que se resolviese a serlo. El señor Arlegui desempeñó por algunos meses un puesto tan subalterno como la secretaría, posponiendo sus intereses personales i aun su amor propio a lo que juzgaba su deber político.

Poco despues era nombrado comandante de uno de los batallones de la guardia nacional, i en las elecciones de 1864, volvia a tener cabida en el municipio.

Pero sus buenas relaciones con la política oficial no tardaron en enfriarse i romperse.

Era ya uno de los corifeos de la oposicion radical de Valparaiso cuando llegaron las elecciones de 1866, en que combatió activamente contra la reeleccion del presidente Perez.

En las elecciones del año siguiente veia fracasar su candidatura de diputado por Valparaiso.

Mas feliz en las de 1870, alcanzó un doble triunfo: fué elejido diputado en Freirina, municipal en

Valparaiso, donde sus compañeros de candidatura i de causa no alcanzaron igual suerte.

V

Miembro del municipio o simple vecino de aquella importante ciudad, el señor Arlegui ha dado repetidas pruebas de un interes eficaz e intelijente en obsequio del bien comun.

Amigo fiel i desinteresado de la libertad, sabe comprenderla i amarla. Si ha padecido mas que brillado por ella, es que le han faltado las ocasiones de aparecer en la grande escena de la política.

Por lo demas, tiene las mejores dotes de hombre de Estado i de parlamento. Es un carácter circunspecto, moderado, digno; piensa con elevacion i equidad; habla con soltura, correccion, elegancia i firmeza.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON MIGUEL ELIZALDE

I

Don Miguel Elizalde, jóven todavía por su edad, es mucho mas jóven por su carácter. Posee aun la juventud de los años, pero posee sobre todo aquella juventud del alma que la pérfida carrera del tiempo no marchita ni arrebata.

Tiene esa lozanía de sentimientos afectuosos, esa jovial franqueza, esa facilidad de trato, esa igualdad de humor, i ese humor siempre obsequioso i benévolo que hacen decir de un hombre, por mas que haya dejado de ser jóven:—"Es un buen muchacho!"

I no es tal porque cuente entre los hijos de la dicha. Hijo de sus obras, se ha creado, por su talento i por su constancia infatigable para el trabajo, una alta situacion forense; ha hecho con ánimo entero las rudas jornadas de la vida. Si hoi se ve asediado de clientes, ha debido de verse en otro tiempo asediado de contrariedades, amarguras i conflictos, como la mayor parte de los hombres la-

boriosos que no tienen por tutor a la buena fortuna.

Pero las injurias de la suerte no han conseguido romper ese trasparente cristal que, semejante a un invernadero, parece protejer a algunos caractéres contra el hielo i el granizo de la existencia humana.

A traves de las vicisitudes e inclemencias de la vida, el señor Elizalde ha conservado la belleza primaveral de su carácter.

Es cierto que hasta ahora ha sido apénas hombre político.

II

Abogado desde dieziocho años atras, desempeñó interinamente, en los primeros tiempos de la administracion Montt, el cargo de relator de una Corte de justicia de Santiago.

Al cabo de algun tiempo, se trasladó a San Felipe en calidad de secretario del intendente de Aconcagua señor Tocornal, i continuó sirviendo la secretaría hasta la revolucion que estalló en aquella ciudad en 1859.

Vuelto a Santiago, se consagró al ejercicio de su profesion forense, i en pocos años la fortuna sonrió a sus tareas, procurándole un buen crédito profesional i una numerosa clientela. Hoi es uno de los abogados mas frecuentados por los litigantes i mas estimados del público.

Favor merecido, porque el señor Elizalde reune a la habilibad i competencia del abogado una rara i paciente laboriosidad, de que da testimonio

el libro utilísimo que acaba de dar a luz bajo el título de *Concordancias de los artículos del Código civil chileno entre sí i con los artículos del Código frances.*

III

Si bien consecuente con sus primeras simpatías políticas, no ha tomado un interes activo en los negocios públicos hasta las elecciones del 3 de abril de 1870.

En ellas fué elejido diputado suplente por Putaendo, segun los votos de los electores a quienes permitió sufragar en aquel departamento la violencia brutal de los amigos del gobierno. Anulada esa eleccion i repetida, salió elejido diputado propietario por el mismo departamento.

En el primer año de su mandato lejislativo, el señor Elizalde no se ha hecho notar ni por su asistencia asidua a las sesiones, ni por discursos considerables.

Sin duda, sus premiosas atenciones forenses le han alejado del recinto i de los debates del parlamento, donde sus antecedentes i aptitudes le llaman a ser, no solo un voto ilustrado e independiente, sino tambien una palabra adiestrada en los torneos cuotidianos del foro.

Su mandato lejislativo, sn talento i su reputacion le imponen deberes políticos que esperamos verle cumplir con mas puntualidad que hasta ahora.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON RAMON CERDA

I

Don Ramon Cerda acaba de entrar en la escena política. Ocupa un asiento en el Congreso Constituyente como diputado por Petorca; mandato tenazmente disputado i confirmado al fin por un acto de probidad política tan honroso como escepcional.

II

Antes de su investidura lejislativa, el señor Cerda no habia sido estraño a las ajitaciones de la vida pública. Habia intervenido en ellas cediendo a los movimientos de su propio carácter, inquieto i vehemente, i a las tradiciones de su familia, jenuinamente montt-varistas.

Por lo demas, habia dejado correr sus dias entre los placeres de la juventud elegante i opulenta de nuestra capital, i los trabajos forenses, en los cuales tenia por mentor i compañero a su padre, es-

perto veterano del foro i de la majistratura judicial.

III

Colocado en su asiento de constituyente, ha dejado oir una palabra fácil, abundante, segura, discreta; ha sabido respetar las conveniencias i aprovechar los recursos de la táctica parlamentaria; ha discurrido bien i hablado oportunamente.

Aunque ha pasado ya de la primera juventud, el señor Cerda es todavía bastante jóven para sentir todo el calor de las convicciones jenerosas. Tiene al mismo tiempo bastante intelijencia para servirlas eficazmente. No quedará perdido en el vulgo anónimo de los constituyentes de 1870.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON NICOMEDES C. OSSA

I

No sin razon se ha dicho que Chile es un pais esencialmente conservador. Para apreciar la exactitud de tal aserto, basta considerar lo que acostumbra llamarse entre nosotros utopias, exajeraciones, delirios políticos. El credo de muchos rojos chilenos apénas alcanza al credo de los liberales de medio color de otros pueblos ménos conservadores.

Esa atmósfera nacional de conservacion, i en particular una de sus consecuencias mas inmediatas,—la adhesion ciega a las tradicciones de familia,—es lo único que puede esplicar satisfactoriamente por qué don Nicomedes Ossa es conservador i ultramontano.

En sí mismo no tiene el señor Ossa ni las cualidades ni los defectos necesarios para ser lo uno o lo otro.

Carácter inflamable, poco disciplinado i mui

propenso a las aventuras; intelijencia despierta, dilijente, emprendedora i un tanto escéptica, carece de una piedad relijiosa bastante exaltada para ser un buen ultramontano, i de un miedo a lo nuevo bastante vivo para ser un buen conservador.

II

Pero es hijo de uno de los prohombres del peluconismo, millonario por añadidura, i siguiendo las huellas paternas, ha pasado por todas las vicisitudes de aquel viejo partido en ruinas.

En 1851, mui jóven todavía, trabajó por el triunfo de la candidatura presidencial del señor Montt. En 1857 se levantó contra el gobierno de aquel presidente. En 1858, entró en la Cámara de diputados para combatirlo. En 1859 sufrió sus persecuciones.

Cuando vino la presidencia del señor Perez i se formó entre liberales i pelucones esa sociedad esplotadora del poder que dirije hasta hoi nuestros negocios públicos, el señor Ossa tomó acciones en ella, i desde 1864, ha recibido puntualmente cada tres años un mandato lejislativo, a guisa de dividendos.

Desde entónces hasta el dia, ha sido miembro de la Cámara de diputados, en que ahora representa al departamento de Rancagua, verdadero Capitolio del partido clerical.

III

El señor Ossa no ha recibido el don de la elocuencia. Habla mui de tarde en tarde, i habla de contínuo *ab irato*. Es un orador en ebullicion.

En cambio, ha figurado de años atras i figura al presente entre los laboriosos e intelijentes miembros de la comision de hacienda de aquella Cámara, cuyos informes se distinguen siempre por el espíritu de investigacion, la competencia i el acierto.

En el último año lejislativo, el señor Ossa ha adquirido un justo título al aplauso público con su indicacion para aumentar el presupuesto de la instruccion primaria.

IV

Por lo demas, comparte sus tareas políticas con sus negocios de crédito. Es uno de los banqueros de Santiago, i entre la jente de bolsa, es tenido por un hombre hábil.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON JOSE RAMON SANCHEZ

I

Antiguo i opulento comerciante de Valparaiso, carácter digno i circunspecto, don José Ramon Sanchez es en aquel departamento una influencia política de consideracion.

Esta influencia ha sido por mucho tiempo favorable a los intereses de la administracion actual. Pero en el dia el señor Sanchez ne se muestra satisfecho con la política dominante, sin que por eso se haya abanderizado en la oposicion.

Conserva su independencia i sabe usar de ella.

II

Candidato de diputado por Valparaiso en las elecciones de 1864, su candidatura, ménos feliz que las de sus compañeros de lista i de opinion, no alcanzó la victoria.

Solo tres años mas tarde, en 1867, obtuvo el mandato lejislativo de aquel departamento.

Este mandato le ha sido renovado el 3 de abril de 1870 bajo los auspicios mas lisonjeros. Fué simultáneamente candidato del partido de oposicion i del gobiernista, i rindiendo homenaje a la candidatura popular, se apresuró a aceptarla de preferencia a la otra.

III

Aunque no es orador, el señor Sanchez acertó a defender vigorosamente los intereses económicos de nuestro pais, cuando el desahucio del tratado de comercio entre Chile i la República Arjentina vino atolondradamente a lastimarlos i ponerlos en conflicto. El discurso que leyó entónces en la Cámara de diputados, contribuyó en gran manera a ilustrar la cuestion i a edificar el juicio público, si bien no edificó los votos de un proselitismo ciego, a cuyas complacencias hubo de dar en rostro poco despues el gobierno mismo, triunfante ante el escrutinio parlamentario, pero derrotado ante la opinion i el interes del pais.

El señor Sanchez no ha hablado, ni hablará probablemente, sino en debates de su especial competencia. Pero es, en el Congreso constituyente, un espíritu prudente e ilustrado, una conviccion sinceramente liberal, un voto independiente, un carácter superior a muchas preocupaciones i a muchas mezquindades.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON ~~BENITO~~ Rafael WORMALD

El señor Wormald es un médico estimable. El capricho gubernativo ha hecho de él un diputado por los Anjeles.

Pero el capricho gubernativo sabia bien lo que se hacia. El señor Wormald vota invariablemente con la mayoría.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON RAFAEL LARRAIN MOXO

I

En el alto mundo europeo, sobre todo en el alto mundo ingles, se encuentra a la mayoría de los opulentos llevando sus escudos a cuanto puede fomentar la riqueza i la prosperidad de la nacion. Ahí el capital tiene espíritu público, comprende la estrecha solidariedad que existe entre todos los intereses, sabe que no hai base para el crédito donde la tierra no produce, la industria no prospera, el comercio no vende.

Hé ahí lo que algunos de nuestros capitalistas empiezan tambien a comprender.

El señor Larrain Moxó es uno de ellos.

Gran capitalista i gran propietario, no hai institucion de crédito que no le cuente entre sus accionistas, ni hai progreso en los procedimientos agrícolas que no sea de los primeros en introducir en sus heredades.

II

El señor Larrain Moxó es el primojénito de una antigua e ilustre familia.

Nació en aquella época en que la fortuna dispensaba de todo. Entónces un primojénito podia ser impunemente un bárbaro. Eso le daba en cierto modo importancia, como a los señores feudales no saber firmarse.

Pero el señor Larrain Moxó fué una escepcion. Dotado de una clara intelijencia, ha sabido ser un opulento ilustrado.

III

Esto parecia destinarle a representar un papel considerable en la vida pública del pais. Pero su mala salud, que le ha obligado a llevar constantemente la existencia vagamunda del viajero, no le ha permitido tener una actitud bien acentuada en el movimiento de los negocios públicos.

Aparece, sin embargo, como uno de los altos dignatarios del partido conservador.

Indudablemente el señor Larrain Moxó es un conservador, pero no de esa escuela que se encierra en una negacion tenaz del desarrollo social, sino de esa otra que sabe empapar su vieja tradicion en una buena cantidad de ideas i de aspiraciones liberales. Si no siente sed de reformas, tampoco siente espanto a las reformas.

IV

De largos años atras ocupa el señor Larrain Moxó un puesto en nuestras asambleas. Mas de una vez ha sido presidente del Senado, dando pruebas de que no ignora el secreto de dirijir un parlamento.

V

Cuando el partido conservador se alejó del gobierno Montt, que rehusaba admitir sus consejos o sus órdenes, el señor Larrain Moxó se alejó con él. Tras una corta lucha, volvió a entregarse a su vida de viajero.

Político en cuartel hasta 1861, se contó desde la primera hora entre los amigos del gobierno Perez, i contribuyó activamente a alejarlo de los nacionales. Sus salones fueron el punto de cita donde liberales i conservadores satisfechos negociaban la alianza que estrechó i fortificó la coalicion gubernativa, que domina hasta hoi.

Se nos imajina que el señor Larrain Moxó no debe hallarse a estas horas mui satisfecho de su obra Ni él ni sus mas distinguidos colaboradores forman hoi en las filas de esa coalicion.

En 1868 condenaba i combatia con su actitud i con su voto en el Senado la política de intransijencia i de desquite, que perseguia desatentada la ruina de la Corte Suprema.

Presidente entónces del Senado, a cuya barra

fueron arrastrados los ministros del alto tribunal, el señor Larrain Moxó supo cumplir noblemente con los deberes que le imponia su doble i difícil papel de juez i de conductor de una asamblea: fué moderado, enérjico i equitativo.

VI

Esto irritó contra él a los conservadores. Desde entónces hai nubes en sus relaciones.

Creemos difícil que esas nubes se disipen. Los conservadores que hoi dan aire, vida, accion al partido son rectilíneos como la lójica e implacables como la intolerancia, al paso que el señor Larrain Moxó, participando mucho de sus preocupaciones, sufriendo la presion del hábito, de las tradiciones, de las ideas recibidas, jamas se dejará dominar por las inspiraciones de la intransijencia ni de la cólera. Será siempre un conservador moderado.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON MIGUEL BARROS MORAN

I

Shakespeare ha dicho de la mujer que es voluble como la ola. El dicho de Shakespeare podria aplicarse con mucho mas exactitud a la amistad política. En política, los camaradas de la víspera son con frecuencia los adversarios implacables del dia siguiente.

Ahí está, sin ir mas léjos, el señor Barros Moran. Amigo del gobierno Montt en los primeros año sde su predominio, concluyó por ser uno de sus adversarios mas tenaces.

II

El señor Barros Moran pertenece a los conservadores que abandonaron a ese gobierno en 1857, i que hoi todavía nada quieren olvidar.

Alejado entónces de las funciones públicas, no volvió a ellas hasta 1864.

III

Diputado durante seis años, no ha dejado pasar ninguna oportunidad de hacer la apoteósis de su partido i de fulminar la política de sus amigos de otro tiempo. ¿No quema algunas veces lo que adoraba?

Hombre afable, simpático, moderado en su trato personal, un no sé qué se apoderaba del señor Barros Moran cuando ocupaba su banco parlamentario en la Cámara de diputados. Cualquier ataque al partido conservador le hacia saltar irritado. El mismo efecto le producia cualquier ataque a la mayoría. Atacar a la mayoría i atacar a la Cámara era para él una cosa idéntica.

Esto dió cierta orijinalidad a su fisonomía parlamentaria. Tomaba aires de paladin, sin tener ni el poder de palabra ni el poder de voz que el papel reclama.

IV

En 1870 se le ha llevado al Senado, donde ya no tendrá necesidad de volver por el prestijio de su partido, que ahí nadie ataca; ni por la respetabilidad de la mayoría, que es omnipotente.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON JOSE RAFAEL ECHEVERRIA

Partidario del gobierno Montt, que le dió durante varias lejislaturas un puesto en la Cámara de diputados, el señor Echeverría ha vivido siempre alejado del torbellino de los partidos.

El gobierno Perez, despues de haberle olvidado durante largos años, acaba de llamarle al Senado i de nombrarle uno de sus consejeros de Estado.

En el Senado como en el consejo, el señor Echeverría tendrá la independencia de sus opiniones.

No hai en él ni un liberal avanzado, ni un conservador tenaz. Aspira a una política de tolerancia, de progreso i de prudencia.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON ENRIQUE COOD

I

La fisonomía del señor Cood se sustrae tenazmente a una caracterizacion precisa. Es imposible acertar a descubrir cuáles son sus verdaderas preferencias políticas. No seria raro que él mismo lo ignorase.

Diputado desde 1864, ha votado así con la mayoría como con la minoría; pero jamas ha seguido a aquella en sus vértigos i a veces ha acompañado a ésta en sus derrotas. Es una independencia incontrastable.

Por otra parte, la política ni preocupa ni apasiona al señor Cood. Asiste a sus luchas con una indiferencia i una tranquilidad dignas de su flema británica. Cuando el debate parlamentario se encrespa, el viento sopla récio, la tempestad se desencadena, es frecuente verle recostado sobre su banco i sin tomar otra parte en la borrasca que escuchar sus rujidos.

II

Esto no le ha impedido, sin embargo, emprender en 1870 una ruda i ardiente campaña electoral.

El teatro de la lucha fué el departamento de Melipilla.

Como la autoridad viera que el señor Cood i su competidor no le eran hostiles, puso en cuartel su intervencion.

Los esfuerzos del señor Cood fueron coronados por la victoria, despues de una jornada que recuerda las escentricidades i los esplendores de los candidatos ingleses.

III

El señor Cood vino, en 1850, a estudiar su derecho en nuestra Universidad. Bien pronto el Instituto le hacia uno de sus profesores.

Algun tiempo despues el profesor se hacia abogado, entraba en la administracion como subsecretario de relaciones esteriores i adquiria una situacion considerable en el foro.

Hoi es una notabilidad forense i una fortuna considerable.

Hai en el señor Cood un hombre de bufete i un hombre de negocios. Conoce bien su código,—del que es profesor,—i no conoce ménos bien la ciencia de hacer fortuna i de gastarla jenerosamente.

IV

Mas de una vez se ha señalado al señor Cood como un ministro en candelero. Dudamos mucho que llegue a los negocios siempre que no tome servicio en un partido.

En paises como los nuestros, la independencia trae el aislamiento. Los partidos quieren que se les obedezca.

V

No hai en el señor Cood un orador político. Su palabra es lenta, embarazada, sin novedad ni relieve. Jamas ha hecho un discurso ni siente el deseo de hacerlo. Cuando habla es para pedir una esplicacion, para hacer una observacion oportuna, para precisar el debate o para fundar su voto. I todo esto lo hace sin pretensiones i a toda prisa.

Ingles por su oríjen, por su carácter, por su temperamento, por su educacion, recuerda, sin duda, que el tiempo es dinero.

Ha aprovechado bien el suyo. Hoi es diputado, miembro de la Universidad, profesor, propietario opulento, abogado con una numerosa clientela.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON JUAN DE DIOS CORREA DE SAA

I

El señor Correa de Saa es uno de los pocos representantes que aun quedan al antiguo partido conservador.

Su cuantiosa fortuna le procura una alta situacion política i le coloca entre esos hombres cuyo enfado turba la tranquilidad del gobernante, i cuya adhesion se juzga una certeza de buen suceso.

II

Fué el señor Correa de Saa quien tomó en el Senado la iniciativa de la amnistía de 1857, que sacudiendo el espíritu del pais, provocó la caida de un ministerio, produjo la ajitacion de 1858, la revolucion de 1859, la transformacion de 1861.

III

Alejado de la vida pública durante los últimos años del gobierno Montt, ha seguido, con mas o ménos alternativas, la política del gobierno Perez.

Hoi preside casi constantemente el Senado. Es quizás su miembro mas antiguo.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON JOSE MIGUEL ARISTEGUI

El señor Arístegui es uno de los príncipes de la Iglesia chilena.

Aunque en el Senado, porque así lo que ha querido la voluntad gubernativa, está mui léjos de pertenecer a esa faccion de nuestro clero que se siente absorbida por las preocupaciones políticas.

Sacerdote de una virtud incontestable, huirá siempre del estrépito de la vida pública.

A pesar de ser hoi senador i consejero de Estado, no tiene una fisonomía política.

Justo ARTEAGA ALEMPARTE

DON DIEGO BARROS ARANA

I

La curiosidad, segun el Génesis, perdió a la primera mujer. No obstante ese mal precedente, la curiosidad es una buena cosa i merece haber sido llamada madre de la ciencia. Es ella, ausiliada de la perseverancia i del talento, la que forma al bibliófilo, al erudito, al investigador histórico.

En testimonio de lo cual, hé aquí al señor Barros Arana, investigador histórico, erudito, bibliófilo de primera fuerza, en quien la curiosidad constituye una de las propensiones mas tenaces de su espíritu.

I la curiosidad no así como quiera, sino en toda su plenitud, en toda su vehemencia infantil, con todos sus deseos irresistibles, con todas sus malas tentaciones, con todas sus miradas indiscretas.

El señor Barros Arana es curioso como un niño, i tiene, ademas, muchas flaquezas de niño que

perjudican a la entereza, elevacion i equidad de su carácter.

Pero tiene juntamente un entendimiento claro, una intelijencia activa, una memoria privilejiada, profundo amor al estudio, singular dedicacion a las tareas mentales.

Su figura política es estrecha i opaca. Su figura literaria ocupa un lugar considerable i honroso en nuestros progresos intelectuales.

II

Nacido en 1830 i educado en el Instituto Nacional, don Diego Barros Arana no alcanzó a concluir los estudios forenses, a que se habia dedicado i de que le apartó su familia por consejo de los médicos. Su delicada salud inspiraba sérias aprehensiones, al paso que el caudal paterno le dispensaba de labrarse una profesion de que vivir.

Cediendo a sus aficiones mas pronunciadas, se consagró a las letras i, en particular, a los estudios históricos.

Despues de haberse ejercitado en hacer traducciones del frances, dió a luz, en 1850, un libro destinado a narrar las hostilidades i devastaciones con que el feroz Benavides prolongó en tierra firme la guerra de nuestra independencia.

El libro revelaba las sérias investigaciones que habia emprendido su jóven autor sobre la historia nacional, e ilustraba abundantemente uno de los capítulos de ella mas sangrientos i ménos conocidos; pero, en cuanto al arte de la composicion i al

estilo, era un ensayo poco feliz. Se divisaba ya allí al investigador sagaz i paciente, no se columbraba todavía al escritor.

De esa obra de primera juventud a su *Vida de Hernando de Magallanes*, publicada catorce años despues, hai un rápido progreso, no solo en la ciencia i criterio del historiador, sino en las condiciones literarias de sus escritos. Su estilo no ha llegado a ser elegante, ameno, ni pintoresco; no ha alcanzado tampoco una correccion indisputable; pero ahora camina con naturalidad i soltura; ha perdido lo que tenia de fatigoso, conservando su severidad; es claro i preciso, sin pretensiones como sin afectacion, i se encuentra sostenido por la acertada disposicion i enlace de las diversas partes de su asunto.

III

Lanzado en la carrera de las letras, el señor Barros Arana se entregó a ellas en cuerpo i alma, poniendo a su servicio un ardor i actividad que no se han amortiguado hasta ahora.

Daba a luz, en 1851, un prolijo estudio biográfico del jeneral Freire; prestaba en seguida una copiosa colaboracion a la Galería Nacional de celebridades chilenas; fundaba en 1853 una revista literaria con el título de *el Museo;* i de las demas revistas publicadas en estos últimos veinte años, son pocas las que no han recibido de su pluma algun continjente.

De 1854 a 1858 dió a luz en cuatro volúmenes su

obra mas considerable, la *Historia de la Independencia de Chile.* Este libro, lectura ingrata por la aridez de sus prolijas narraciones, se recomienda por el gran caudal de noticias que encierra, recojidas no solo de los documentos impresos i manuscritos, sino tambien de boca de los actores que a la sazon sobrevivian al drama de nuestra emancipacion. Recomiéndase todavía por el amor a la verdad i el imparcial criterio que han presidido de ordinario a las investigaciones del historiador. Todo el que quiera estudiar nuestra historia, no puede dispensarse de acudir a un libro que, si se lee a veces con fatiga, se lee siempre con provecho. Como crónica i repertorio de informaciones históricas, es una obra capital de nuestra literatura.

En 1855, el señor Barros Arana fué elejido miembro de la facultad de humanidades i filosofía de la Universidad, i desde entónces hasta el dia, en que ocupa el puesto de decano de la misma facultad, se ha mostrado uno de los pocos miembros activos i laboriosos de ese numeroso cuerpo de sabios ignorados i olvidados. La memoria histórica anual de 1856 es debida a su pluma i tiene por título i por tema: *las Campañas de Chiloé.*

IV

Miéntras los pelucones sonrieron al gobierno Montt, el señor Barros Arana, cuya familia era adicta a ese gobierno, siguió distraidamente la marcha de los negocios públicos. Pero, cuando los pelucones riñeron con la administracion, tomó un

vivo interes en la política i una parte considerable en la direccion de dos diarios, *el Pais* i *la Actualidad*, que sucesivamente sirvieron a la oposicion de órgano en la prensa.

Ni su carácter, falto de vuelo i amplitud, ni sus condiciones de escritor, ni su desapego de las altas cuestiones políticas le permitian ser un diarista distinguido. En efecto, no llegó a serlo nunca, aunque escribió muchos artículos. Su fuerte en esta materia es el artículo agresivo i burlon, la polémica personal, hiriente, sangrienta, en que sobresale ménos por la delicadeza i el injenio que por la malignidad de sus tiros.

Cuando en los últimos dias de 1858 vino el estado de sitio, se vió obligado a ocultarse, i poco despues abandonó el pais.

V

Durante su ausencia de Chile, recorrió sucesivamente la República Arjentina, el Uruguay, el Brasil, i las principales naciones de Europa, visitando por dondequiera los archivos i bibliotecas, recojiendo en todas partes libros, documentos, informes preciosos para la historia de nuestro pais i del resto de América.

Logró así enriquecer cuantiosamente su biblioteca, hasta hacerla una de las mas útiles e interesantes al historiador chileno i americano.

VI

En 1863 la administracion Perez le puso al frente del Instituto Nacional, donde permanece hasta hoi. Desde sus primeros pasos de rector del Instituto, el señor Barros Arana desplegó un celo infatigable por la mejora de los estudios. Reformó acertadamente las tareas del profesorado; cambió, jeneralmente con ventaja, muchos testos de enseñanza; ensanchó la esfera de la instruccion secundaria.

Hai, por cierto, mucho que discutir i algo que censurar en las innovaciones i en la conducta del actual rector del Instituto, como, por ejemplo, el plan de estudios i el sistema de exámenes que ha introducido en ese establecimiento i que ha contribuido a propagar en los liceos provinciales. Pero hai un buen número de reformas i actos suyos que están fuera de toda censura i discusion, i que han ejercido o deben pronto ejercer una influencia benéfica en nuestros adelantamientos intelectuales.

Al mismo tiempo que prestaba una dedicacion intelijente i asídua a la direccion del Instituto, se ocupaba en componer numerosos libros destinados a la enseñanza. El mas notable de entre ellos es, sin duda, su *Compendio de la Historia de América*, obra única en su clase i escrita con abundante conocimiento de los historiadores primitivos i de las demas fuentes históricas; lo que hace de él un guia precioso para los que emprenden el estudio de la historia americana.

No es posible hablar con igual elojio de sus lecciones de retórica i poética, de las cuales lo ménos malo que puede decirse es que no predican con el ejemplo.

El sentimiento de la belleza literaria es casi nulo en el señor Barros Arana; sus grandes entusiasmos, sus nobles arrebatos, sus visiones tan vagas como luminosas, sus voces llenas de misterio i encanto, sus sacudimientos, sus fiebres, sus delirios no pueden hallar cabida en un espíritu frio, metódico, escudriñador, curioso de saber, ajeno de sentir e imajinar. No hai en ese maestro de bellas letras ni la majia de la palabra, ni el poder de la fantasía, ni la viveza de los afectos profundos.

VII

Absorbido mas i mas por sus preocupaciones de rector i de literato, el señor Barros Arana se ha ido alejando de la política, a la que manifiesta retraimiento i desden.

En los primeros años del gobierno Perez publicaba una revista semanal, política i literaria, de corta vida:—*el Correo del Domingo*. Muerta esa revista, su carácter de partidario de la política dominante no se ha dejado sentir sino por sus íntimas relaciones con los hombres del gobierno, i por dos diputaciones oficiales a que no parece haber dado gran precio.

Diputado al Congreso de 1867, ha vuelto a serlo al Congreso constituyente de 1870. En el primer año de su nuevo mandato lejislativo se ha absteni-

do de concurrir a las sesiones; en los tres años anteriores no se habia distinguido tampoco por su asistencia asídua, ni habia tomado parte en otros debates que los concernientes al presupuesto de instruccion pública.

Habla con facilidad i lucidez, pero no es un orador, por mas que sea un conversador agradable. Le falta ímpetu, animacion, colorido, i sobre todo, una atencion bastante séria i sostenida a los negocios políticos.

Su actitud en el Congreso constituyente, si llega a incorporarse en él, será equívoca i embarazosa. Adversario de las ideas ultramontanas, que ha hostilizado mas de una vez en el terreno de la instruccion pública, tendrá que hacer buenas migas con ellas en las rejiones parlamentarias, traicionando sus convicciones, o servir lealmente a sus convicciones, traicionando los intereses de la alianza de su partido con el ultramontanismo; lo que no es de esperarse.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON ABDON CIFUENTES

I

Don Zorobabel Rodriguez, de quien ya hemos hablado, don Abdon Cifuentes, de quien vamos a hablar, son los dos niños mimados del partido ultramontano. Aquel es su primera pluma en la prensa diaria, estotro es su primera palabra en el parlamento.

Se comprende que el uno i el otro sean festejados, celebrados, admirados calorosamente por un partido tan escaso de ilustraciones e intelijencias. El adajio lo advierte: *en el pais de los ciegos*, etc.

Pero, aun fuera del adajio i del partido ultramontano, los señores Cifuentes i Rodriguez se habrian hecho notar siempre por su talento i por sus aptitudes literarias.

Ni son esos los únicos puntos de contacto entre los dos.

Como el señor Rodriguez, el señor Cifuentes nació en una familia de cortos haberes, i se ha labra-

do por su propio esfuerzo, luchando contra las asperezas del camino de la vida, una profesion, un nombre, una notoriedad política.

Ambos hicieron su estreno de diaristas en un mismo diario, oscuro i efímero.

Ambos han tenido parte en la redaccion de *el Independiente*, primero como ausiliares, despues como jefes.

En medio de esos puntos de contacto, hai entre ellos mas de una diferencia.

La hai, desde luego, en el carácter respectivo de su ultramontanismo. Pascal clasificaba a los judíos del tiempo de Cristo en dos categorías:—los judíos espirituales i los judíos carnales. Aprovechando esa clasificacion, podria decirse que el señor Rodriguez es un ultramontano carnal, miéntras que el señor Cifuentes es un ultramontano espiritual.

Otra diferencia considerable. El señor Rodriguez no ha alcanzado la fama de diarista sino despues de pruebas largas i decisivas. Sin pasar por tales pruebas, el señor Cifuentes ha alcanzado la fama de orador, concedida por sus correlijionarios con toda la precipitacion de una amistad complaciente.

II

El señor Cifuentes nació en San Felipe, unos treinta i cinco años atras. Hizo en el Instituto Nacional sus estudios de abogado, i se recibió de tal

en 1858, sin que nunca haya ejercido activamente su profesion.

Antes de entrar en el foro, ya se habia consagrado a la enseñanza. Profesó la historia en varios colejios particulares de Santiago, hasta llegar a profesarla en el Instituto mismo, donde entendemos que retiene su cátedra aunque no la desempeña en el dia.

Los que han tenido ocasion de asistir a sus lecciones, aseguran que es nn profesor excelente. Los que han podido observarle de cerca, le dicen profundamente versado en la historia nacional.

Pero su ciencia histórica no se ha revelado hasta ahora por escritos de importancia.

Fuera de unos cuantos artículos literarios, publicados de tarde en tarde, el señor Cifuentes no ha ejercitado su pluma sino en las tareas del escritor político.

III

El Bien Público, de que hemos hablado en otra pájina, fué el punto de partida de su carrera de diarista. Sus artículos no llamaron la atencion pública, ni vivieron mas que el diario en que se publicaban.

En cambio, uno de ellos fué objeto de una acusacion ante el jurado, entablada por uno de esos aventureros de la publicidad a quien habia tratado severamente. Aquel juicio de imprenta, en que el señor Cifuentes se presentó a defender su propio escrito, le dió oportunidad de mostrar, por medio

de una elocuente i hábil defensa, sus aptitudes de orador.

Cuando se creó *el Independiente*, tuvo desde luego en su redaccion un puesto secundario, que cambió mas tarde por el de redactor principal.

Como tal escribió por mucho tiempo, sin llegar a establecer sólidamente su reputacion de diarista. Escritor correcto i elegante, carece de rapidez, fascinacion i vigor, por mas que, siguiendo la escuela de M. Luis Veuillot, el energúmeno ultramontano de la prensa francesa, no economice la invectiva, el sarcasmo, las violencias de estilo.

En julio de 1867 pasaba de la redaccion de *el Independiente* a la subsecretaría de relaciones esteriores, puesto que conserva hasta el dia.

IV

Pocos meses ántes habia sido elejido diputado por Rancagua, i no tardó en asumir en la Cámara la actitud de un paladin de la causa conservadora i ultramontana.

El señor Cifuentes ha hablado de tiempo en tiempo; pero cada vez que lo ha hecho, ha tratado visiblemente de pronunciar un discurso de sensacion, i no se ha lanzado a la arena de los debates sino despues de haber ejercitado sus fuerzas, untado de aceite sus miembros, tomado todas las precauciones de un gladiador.

Parece no poseer la facultad de improvisar. El principal mérito de sus discursos está en su buena forma literaria, en sus golpes retóricos, en sus

agresiones de lenguaje premeditadas. En cuanto a su dialéctica, es a menudo poco eficaz, i la historia misma, de que es profesor i de que suele sacar sus argumentos, recibe de su elocuencia fuertes torniscones.

Su semblante pálido i rubio, escaso de encarnadura i de sangre, la uncion declamatoria de su voz, la exajeracion de sus ademanes, comunican a su palabra un sabor de oratoria sagrada mui pronunciado.

Sus correlijionarios se estasian oyéndole. Su último discurso, a propósito de los veinte mil pesos de subvencion a los obispos chilenos para ir a Roma, fué calificado desde Paris por M. Luis Veuillot de un acontecimiento; lo que manifiesta que, en punto a acontecimientos, M. Veuillot es un lince.

V

Comprometida sériamente su salud, el señor Cifuentes tuvo que abandonar, en los últimos dias de 1869, su banco parlamentario, su puesto de oficial mayor del departamento de relaciones esteriores, i el pais mismo.

A su partida, fué objeto de los adioses mas sentidos i lisonjeros de sus amigos ultramontanos.

Hoi acaba de volver a Chile, despues de una escursion de salud por el viejo mundo.

Su asiento de diputado al Congreso constituyente por el departamento de Rancagua, vacío durante el último año lejislativo, será ocupado en el presente para honra i provecho de su partido, pero nó, desgraciadamente, de nuestro progreso liberal.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON MANUEL BEAUCHEF

No hai en el señor Beauchef un hombre político ni un hombre de partido. Diputado a casi todas las lejislaturas que se sucedieron durante el gobierno Montt, diputado todavía durante las primeras lejislaturas del gobierno Perez, senador hoi, ha votado siempre con la mayoría gubernativa.

La política no atrae al señor Beauchef. Está satisfecho con que haya paz.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON JOVINO NOVOA

I

El señor Montt acababa de bajar de la presidencia de la República. El señor Perez se encontraba en la luna de miel presidencial. Dos preocupaciones esclusivas absorbian la actividad de liberales i pelucones, de los viejos i nuevos adversarios de la administracion que habia concluido: por un lado, festejar, lisonjear, hacer la corte al presidente Perez; por el otro, vilipendear al ex-presidente Montt i sus amigos. Era de moda arrojar flores a los piés del primero e ignominioso lodo a la cara de los segundos.

La denominacion de *montt-varismo*, aplicada al sistema político de la administracion cesante, alcanzó entónces su mayor boga. La enseña de combate era el grito de *guerra a los montt-varistas*, que ocupaban todavía importantes posiciones en el terreno oficial, i a quienes su correlijionario el nuevo presidente aun no habia vuelto resueltamente las espaldas.

Esta circunstancia, unida a la innoble disposicion del vulgo para perseguir a los caidos, esplican el chaparron de denuestos, vituperios i ultrajes que se hacia llover sobre los montt-varistas.

El blanco predilecto de las injurias era don Jovino Novoa, último ministro de hacienda del presidente Montt, e intendente de Valparaiso durante la crísis revolucionaria de 1859.

El carácter del señor Novoa i las condiciones bajo cuya influencia tomó parte en el gobierno de la república, bastan para comprender la animadversion que provocó entre sus enemigos políticos.

II

El señor Novoa posee un carácter franco, resuelto, cortante, falto de insinuacion hasta ser seco, mal dispuesto a la conciliacion i a los términos medios. Implacable con sus adversarios políticos, frio con los indiferentes, tiene para sus amigos i su causa una adhesion capaz de grandes sacrificios.

La severidad natural de su espíritu no pudo atenuarse ni por su educacion, esclusivamente forense, ni por sus tareas de majistrado judicial, que consumieron la mejor parte de su juventud.

Apénas habia entrado en su mayor edad, fué nombrado, en los últimos años de la administracion Bulnes, juez de letras de San Fernando. Desempeñó este cargo judicial unos cuatro años, al cabo de los cuales era promovido al juzgado del crímen de Valparaiso.

Señalóse pronto, en su nueva majistratura, por el talento i la competencia.

Sus distinguidas dotes forenses decidieron a varias casas de comercio de Valparaiso a asegurarle una fuerte renta anual, para que tomara a su cuidado la defensa de las lítis judiciales en que tenian interes.

El señor Novoa dejó de ser juez para ser abogado.

III

Miéntras tanto, la política habia comenzado a ajitarse, i se acercaban las elecciones de 1858.

El señor Novoa llevó a ellas una decision ardiente i activa por la política que entónces imperaba en el gobierno.

Poco tiempo despues, recibia el nombramiento de intendente de Valparaiso.

La tarea que se le confiaba era mui importante, sin duda; pero era todavía mas delicada, mas árdua, mas penosa.

La tempestad revolucionaria comenzaba a rujir, i no era Valparaiso donde ménos se temian i debian hacerse sentir sus estragos. Los enemigos del gobierno contaban, en nuestra primera ciudad mercantil i marítima, con la mayoría de la opinion pública i con preciosas facilidades para obtener elementos de guerra.

En tal estado de cosas, la mision del intendente de Valparaiso era ménos gobernar que reprimir, era ménos protejer a los ciudadanos que

armarse contra una parte de ellos, era ménos proveer al bien comun que combatir a los que amenazaban el órden establecido.

Dolorosa mision, ciertamente.

El señor Novoa la aceptó con entereza, la cumplió enérjicamente, i asumió las pesadas responsabilidades que ella trae consigo.

En las circunstancias en que se halló colocado, nada mas fácil que cometer abusos e injusticias irritantes, como nada mas difícil que dejar de cometerlos. Por sereno i equitativo que sea, el espíritu resiste mui rara vez al contajio de la pasion, de la cólera, del encono; por moderado i escrupuloso que sea, mui rara vez se detiene ante los excesos de poder.

El intendente de Valparaiso no resistió a ese contajio, ni se detuvo ante esos excesos; sirvió inflexiblemente al interes supremo del gobierno i de su partido, que se cifraba en sufocar la insurreccion a cualquier precio.

IV

Sufocada como lo fué, el señor Novoa era llamado, en breve, al cargo de ministro de hacienda.

En este puesto público encontró una situacion mas cómoda que la que habia tenido en la intendencia de Valparaiso, sin ser por eso enteramente cómoda.

La revolucion de 1859 habia hecho subir los gastos públicos a cerca de dos millones sobre las entradas del erario. Siguiendo estas últimas en su

natural aumento e introduciendo en el servicio administrativo una economía severa, era posible, al cabo de cierto tiempo, cubrir con los recursos ordinarios aquel exceso de gastos, a que desde luego habia debido subvenir una parte del empréstito de 1858, destinado a la construccion de ferrocarriles.

La economía severa se puso en obra con vigor i persistencia, pero el aumento natural de las entradas iba a verse contrariado por una crísis comercial de las mas desastrosas.

V

Cuando llegó el año de 1861, la crísis comercial estaba en toda su fuerza; el pánico i las liquidaciones trájicas devastaban las fortunas, ahuyentaban el capital, paralizaban todos los resortes de nuestro movimiento económico.

Al mismo tiempo, la prensa de oposicion volvia a dar señales de vida i hacia atmósfera a la acusacion que se dirijia al gobierno, de haber dilapidado el empréstito de 1858, distrayéndolo de su objeto i empleándolo en reprimir el levantamiento revolucionario de 1859. La acusacion tuvo eco en la Cámara de diputados, adonde la llevó uno de sus miembros sin apadrinarla.

El ministro de hacienda se apresuró a manifestar la inversion dada al empréstito, sosteniendo que no se habia tenido necesidad de echar mano de él para atender a los gastos de la guerra civil. Habia, en verdad, algo mas de un millon de pesos del empréstito en las tesorerías del Estado distin-

tas de la oficina encargada de administrarlo; pero habian entrado i permanecian allí como un depósito.

Tales esplicaciones no eran sinceras, i esta falta de sinceridad nacia ménos de una razon de política interna, que de ciertas seguridades ofrecidas a los ajentes del empréstito en Lóndres sobre la estricta aplicacion de los fondos al objeto con que se habian levantado. Temíase que la declaracion oficial de haberse empleado una parte de ellos en objetos diferentes, aunque hubiera sido de un modo provisorio, hiciese bajar la cotizacion de los bonos del empréstito i dañase a los ajentes de Lóndres, tenedores de una buena parte de esas obligaciones.

Por lo demas, era evidente que si el gobierno se habia creido con facultad de prestar a particulares, como lo habia hecho, una cantidad considerable de los dineros del empréstito, i si esa facultad no le era disputada, ella parecia autorizarle para confiar a las arcas públicas, a título de depósito o de préstamo, otra cantidad inferior de los mismos dineros.

VI

Sea como quiera, la discusion de este asunto se prolongó, en la prensa i en el parlamento, mas allá de la presidencia del señor Montt, i dió pié a los enemigos del presidente i del ministro para redoblar su grita contra las dilapidaciones de la hacienda nacional.

Sin embargo, ninguna dilapidacion se habia

puesto en transparencia, i el hecho mismo de haberse invertido caudales públicos en objetos diversos del que les correspondia, estuvo léjos de alcanzar una demostracion incuestionable en medio de la imperfeccion de nuestra contabilidad fiscal, en medio de las equívocas partidas de aparato que complican los balances de las cuentas de inversion.

Siete años despues, un hecho idéntico i mas evidente debia consumarse en mayor escala por obra o con la aprobacion de los mismos que, siete años ántes, lo anatematizaban chispeantes de indignacion. Una porcion no despreciable de los millones destinados a la guerra contra España, ha sido devorada por la sima insondable de las obras fiscales de Valparaiso i de la cuestion araucana. Ironías de la fortuna política, i sobre todo de la mala política, siempre consecuente consigo misma, por inconsecuentes que sean sus secuaces.

VII

El señor Novoa abandonó la Moneda junto con el presidente Montt, i fué a ocupar en el Congreso su asiento de diputado por Valparaiso, para continuar manteniendo sus afirmaciones ministeriales respecto del empréstito de 1858.

Desinteresado personalmente en la cuestion, puesto que él no habia intervenido en la distribucion de los caudales, obedecia ante todo a un hermoso sentimiento de lealtad con su partido.

En los repetidos debates que provocó ese negocio, manifestó una clara intelijencia de las cuestio-

nes financieras, i así entónces como en muchas otras discusiones de importancia, ha desplegado facultades de orador que le colocan entre nuestras notoriedades parlamentarias.

Las elecciones de 1864 le dieron entrada en el Congreso como diputado por el Parral.

En las de 1867 figuró en la dualidad electoral de Linares, hasta que su mandato fué anulado junto con el de sus competidores.

En las del 3 de abril último, ha vuelto a figurar en la nueva dualidad electoral de aquel departamento, i su diputacion se encuentra todavía en litijio.

VIII

La elocuencia del señor Novoa carece de toda amenidad literaria, de toda exornacion retórica. Es descarnada i severa.

La fuerza i atractivo que no obstante posee, se deben desde luego al aplomo de su palabra, fácil i segura, aunque no siempre correcta. Débense, en seguida, a la ajilidad de su dialéctica, a su argumentacion fecunda en grandes i pequeños espedientes, a la entereza i habilidad con que aborda las cuestiones mas delicadas.

IX

Durante el decenio del presidente actual, el señor Novoa ha vivido en la oposicion i ha vivido fiel a los intereses de su partido.

Ello no le ha impedido reconocer las nuevas circunstancias i necesidades del pais, ni cooperar con su palabra i sus actos al progreso liberal, ni captarse la cordial estima de sus mas nobles adversarios de otro tiempo, a cuyo lado combate en el dia.

X

El señor Novoa es uno de los abogados mas conspícuos del foro de Santiago.

Como tal, fué uno de los dos elocuentes defensores de la Corte Suprema de Justicia, cuando en 1868 se la llevó a la barra del Senado.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON ALBERTO BLEST GANA

I

Diez i seis a diez i ocho años atras, se hacia distinguir, en los salones elegantes de Santiago, un jóven de continente seguro i un tanto marcial, de modales correctos i desembarazados, que bailaba a la perfeccion, que sabia conversar amenamente con las mujeres i discretamente con los hombres.

Era don Alberto Blest Gana. No hacia mucho tiempo que habia vuelto de Francia, adonde le habia enviado el gobierno de Chile, en union de algunos de sus compañeros de la Escuela Militar, para completar sus estudios profesionales, donde se habia hecho un buen oficial de estado mayor.

II

Pero la carrera militar no tuvo incentivos para su ambicion. La abandonó pronto i fué a ocupar

un puesto de jefe de seccion en el ministerio de guerra.

En ese puesto se estacionó muchos años, lo que se esplica fácilmente dentro de las tristes condiciones a que está sujeto entre nosotros el ascenso de los empleados civiles. Por una parte, no tomaba gran interes en la política militante, i por la otra, su intelijencia, espedicion i laboriosidad le hacian un empleado precioso en aquella oficina de Estado.

Por fin, la administracion Perez se acordó de él i le envió a gobernar la provincia de Colchagua.

Despues de una intendencia dilatada i poco memorable por sus actos, recibia en noviembre de 1866 las credenciales de encargado de negocios de Chile en los Estados Unidos.

Esta mision diplomática fué de corta duracion i de escaso provecho para nuestros intereses internacionales. Antes de un año, el señor Blest Gana recibia órden de trasladarse a Lóndres con el carácter de enviado estraordinario i ministro plenipotenciario cerca de S. M. Británica.

En igual carácter representa hoi en dia a nuestro pais ante los gobiernos británico i frances.

Su acto de mas trascendencia en ese puesto no ha sido hasta ahora un acto diplomático, sino una operacion financiera:—la contratacion del último empréstito anglo-chileno para la construccion del ferrocarril de Chillan a Talcahuano. Esta transaccion se ha estimado jeneralmente desventajosa, pero ha sido aprobada por el gobierno, i la responsabilidad del ajente ha quedado cubierta.

III

El señor Blest Gana es diputado por San Fernando al Congreso constituyente. Pero no habiendo podido todavía ocupar su asiento parlamentario, ni tomado ántes en el movimiento político otra participacion activa que la que le cupo miéntras fué intendente de Colchagua, su vida pública carece de importancia.

Por mas que se encuentre revestido de una alta dignidad oficial, nos habríamos creido dispensados de hacer figurar su nombre en estas pájinas, si no tuviera títulos mas duraderos i lejítimos a la notoriedad i consideracion pública.

IV

El señor Blest Gana tiene conquistado para su nombre un lugar envidiable en la historia de las letras chilenas.

Dotado de un feliz talento de escritor i observador, de una rara facilidad de composicion i redaccion, de un estilo espontáneo, abundante, animado, rico de colores, sazonado por las jovialidades de un escepticismo amable i por las discreciones de un injenio delicado, ha ejercitado activamente esas dotes para aclimatar en nuestra literatura el jénero novelesco.

Sus esfuerzos no han sido estériles. Gracias a ellos, tenemos novelas que se leen con interes, que se releen con estima, que reflejan nuestros hábitos,

nuestras costumbres, nuestras preocupaciones, nuestro modo de ser nacional, al mismo tiempo que ponen en juego ese conjunto de caractéres, de pasiones e intereses humanos que no pertenece esclusivamente a tal o cual nacion, que es la patria de todas las almas.

V

En efecto, hai de ordinario reunidos en los romances del señor Blest Gana un estudio acertado del corazon i de sus innumerables resortes, i una gran observacion de nuestra sociedad. No es, por cierto, la fidelidad lo que falta a sus pinturas: ántes bien, la copia suele ser tan puntual que el pintor se convierte en fotógrafo. Los cuadros se trasladan, a veces, de la realidad al libro sin pasar por el crisol del ideal. Esta falta de idealizacion artística, si los hace ganar en exactitud material, si los hace groseramente verdaderos, les quita aquella delicadeza, aquella amenidad, aquellas luces i fulgores con que la poesía transfigura la verdad en belleza.

El arte supremo consiste, no en copiar la naturaleza con los sentidos, sino en copiarla con la fantasía, i el mejor artista no es el mas exacto, sino el mas patético.

VI

Por lo demas, el señor Blest Gana nació escritor i novelista, i lo ha sido a despecho de las contrariedades que ha tenido que sufrir su vocacion,

Desde luego, era a propósito para matarla la aridez de su educacion militar, que no le preparaba de modo alguno para los trabajos de la literatura amena, i cuya influencia se deja sentir en las imperfecciones de estilo de sus obras, en su escaso conocimiento de los secretos de la composicion literaria. En seguida, nuestro novelista tenia que escribir para un público que lee poco, que desdeña las producciones nacionales, que prefiere una mala traduccion de un mal libro frances a un buen libro orijinal de un autor chileno. Por último, no podia, en tales condiciones, hacer de las letras una profesion, sino tan solo cultivarlas a hurtadillas i por pasatiempo, buscando en otras tareas los medios de subsistir. I miéntras tanto, ellas son como la mujer a quien amamos sériamente: exijen un culto incesante, esclusivo, cordial; es preciso adorarlas en todo momento, es preciso adorarlas en espíritu i en verdad.

No obstante esas contrariedades, el señor Blest Gana es uno de nuestros escritores mas fecundos. La enumeracion completa de sus producciones no seria una tarea corta. Para no recordar sino sus novelas mas conocidas o mas aplaudidas, citarémos, siguiendo el órden de su aparicion, *la Fascinacion*, *Engaños i Desengaños*, *Juan de Aria*, *el Primer Amor*, *la Aritmética en el Amor* (coronada por la Universidad, aunque está léjos de ser la mejor), *Martin Rivas*, i *el Ideal de un Calavera*. A esas novelas debe agregarse un buen número de artículos de costumbres i de crítica social, en que el escritor festivo i humorista, el observador atento,

curioso i burlon no desdicen del distinguido romancista.

VII

La actividad literaria del señor Blest Gana comenzó con su primera juventud, se sostuvo por mas de diez años, i hoi parece embargada por sus deberes i preocupaciones oficiales.

Pero, confiamos en que los empleos i dignidades públicas no le hayan arrebatado para siempre a las letras, que si no le brindan coronas de oro, le han ofrecido ya i continurán ofreciéndole hermosas coronas de laurel.

I en buena cuenta, por mas que digan los positivistas, el oro se gasta, pero el laurel no se marchita en las sienes del talento.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

DON JUAN AGUSTIN PALAZUELOS

I

Anuladas i repetidas las elecciones de Cauquenes del 3 de abril de 1870, don Juan Agustin Palazuelos fué elejido diputado suplente por aquel departamento, i en ausencia de uno de los propietarios, ha ocupado un asiento parlamentario durante los últimos meses del primer año del Congreso constituyente.

Mui jóven todavía, el señor Palazuelos se ha distinguido de tiempo atras por su adhesion absoluta, franca i ardiente a los hombres i a las ideas del partido radical, en cuyos actos ha tomado parte sin reserva cada vez que se le ha presentado la ocasion.

Cuando, al comenzar nuestra guerra con España, el señor Matta aceptó una mision diplomática a Colombia, pidió por secretario al señor Palazuelos, que en efecto le acompañó en calidad de tal.

Fuera de esa peregrinacion i de su reciente mandato lejislativo, no ha ejercido ningun cargo público, ni ha puesto mucho empeño en ejercer su misma profesion de abogado.

II

No le han faltado por eso las oportunidades de manifestar la rara entereza i resolucion de su carácter, combinadas con cierta agresion burlona. En sus palabras como en sus actos, dice i hace cuanto le dicta la inspiracion de su espontaneidad, sin curarse de nadie ni de nada, suceda lo que quiera.

Naturalezas semejantes no están llamadas a prosperar en nuestro pais: ahuyentan a los egoistas, escandalizan a los circunspectos, hacen temblar a los tímidos.

Ello no impide que sean una fuerza, sobretodo si se hallan sostenidas por una intelijencia viva i despierta como la del señor Palazuelos.

El señor Palazuelos no escojerá siempre los medios mas seguros i fáciles para hacer triunfar su causa; pero la servirá siempre con valor i enerjía.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON RICARDO CLARO I CRUZ.

I

Veinte i tantos años atras, era costumbre solemnizar el aniversario de setiembre con fiestas literarias, en que nuestros jóvenes talentos pronunciaban alocuciones o recitaban poesías en conmemoracion de las glorias de la patria.

Recordamos, aunque vagamente, haber oido hablar, en una de esas nobles fiestas, a don Ricardo Claro. Era entónces mui jóven, nosotros éramos niños, i la impresion que nos hizo su discurso, probablemente se pareceria poco a la que recibiéramos hoi, si hoi volviéramos a oirlo. En medio de la indecision de recuerdos lejanos, nuestro espíritu conserva, no obstante, algunos ecos de su palabra, i nos la pinta cargada de colores, ardiente, altisonante, llena de osadías filosóficas i de oscuridades metafísicas.

Habia en aquella jóven intelijencia vuelo i penetracion, independencia de criterio, una facilidad

locuaz, al mismo tiempo que grandes nebulosidades de espresion i mucha vaguedad en los contornos de las ideas.

Esas cualidades i esos defectos primitivos, fomentadas las unas i amortiguados los otros por estudios serios, complicados los unos i las otras con un largo ejercicio de la profesion forense, vinieron a caracterizar, muchos años mas tarde, la elocuencia parlamentaria del señor Claro.

II

Habiéndose hecho abogado i formado por el matrimonio una nueva familia, fué a establecer su hogar en Concepcion, donde debia encontrar las numerosas relaciones de su familia materna, una de las mas antiguas i respetables de aquella provincia.

Consagróse allí a las tareas de la abogacía, i llegó a adquirir una clientela i una reputacion forense igualmente envidiables. Su habilidad profesional era realzada por el brillo de su elocuencia.

Hasta 1864 no habia desempeñado en la escena política un papel importante; pero, ántes de ese año, ya habia conseguido influencia i popularidad entre la juventud de Concepcion, ya era allí uno de los corifeos de la opinion liberal.

III

Cuando llegaron las elecciones de 1864, fué elejido diputado por Concepcion, i no se presentó en

el Congreso como un desconocido. Traia consigo una intelijencia e ilustracion notorias, traia convicciones formadas, que se daban la mano con las ideas del nuevo partido radical.

Tardó poco en figurar decidida i conspicuamente en las filas de ese partido.

Poco tardó tambien en producir un escándalo real o aparente, entre la jente piadosa e ignorante, i entre los esplotadores de la ignorancia i piedad relijiosa, con su mocion lejislativa para establecer el matrimonio civil. Se creia o se finjia creer que el proyecto amenazaba la santidad de la familia, comprometia los fundamentos de nuestro estado social. Se le presentaba como un ejemplo edificante de las tendencias inmorales i dañinas del radicalismo.

Miéntras tanto, es la verdad que la idea del matrimonio civil no pertenece esencialmente a los políticos radicales, entre quienes hai algunos que la rechazan; ni, convertida en lei, puede inferir detrimento a las bases en que descansa la organizacion de la sociedad chilena, desde que no escluye el matrimonio relijioso.

Ella constituye un hecho legal en paises que no están gobernados por el radicalismo, i si llegara a establecerse entre nosotros junto con el rejistro civil, la filiacion de las personas alcanzaria una autenticidad de que hoi carece, las odiosas formalidades impuestas a los matrimonios entre disidentes no tendrian razon de ser, i se pondria término a esos conflictos dolorosos entre la conciencia i el

afecto, entre el deber i la ternura de las almas altivas i severas.

IV

En los últimos meses de 1866, la guerra esterior, emprendida un año ántes, comenzaba a burlar las espectativas públicas i las promesas oficiales. La minoría de la Cámara de diputados pidió entónces al gabinete cuentas de la suerte de la guerra i de la honra de Chile.

Los ardientes i largos debates que surjieron a este propósito, contaron al señor Claro entre los oradores mas activos de la minoría.

Ellos debian renovarse, bajo diversas formas, en la Cámara de 1867, a que le enviaron los sufrajios del departamento de Rere.

En el primer año de su segundo mandato lejislativo, el señor Claro no desmintió el ardor, eficacia i persistencia de su palabra para combatir la p olítica oficial. Pero en los dos años siguientes su banco parlamentario se vió amenudo vacío: las exijencias de su profesion i de su hogar le retenian en Concepeion.

Las elecciones de 1870 le han llevado por tercera vez a la Cámara de diputados, aunque envuelto en la dualidad electoral de Rere, todavía por ventilarse.

V

La elocuencia del señor Claro se distingue por la elevacion filosófica de sus pensamientos, por la su-

tileza de su argumentacion, i principalmente por su abundancia inagotable. Esta abundancia, llevada al exceso, hace daño al efecto oratorio.

Su elocucion corre fácil, segura, sin tropiezos ni desmayos, no obstante ciertos vicios de pronunciacion; pero por eso mismo cae pronto en la monotonía, carece de variedad i relieve, apaga el interes, amortigua la atencion de los oyentes, deja sin acentuacion, cuando no ahoga en sus propios raudales, muchos raciocinios vigorosos, muchas observaciones nuevas i felices, muchos rasgos de elocuencia superiores, de que el señor Claro abunda en sus discursos. Se da poca o ninguna prisa por concluir. No toma en cuenta el *semper ad eventum festinat* de Horacio.

Hai volómenes de poesías que, reducidos a la mitad, serian incomparablemente mas hermosos. Algo semejante sucede con los discursos del señor Claro, como con los de otros oradores distinguidos de nuestro parlamento.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON MANUEL CAMILO VIAL

I

La vida pública de don Manuel Camilo Vial abraza un período de mas de cuarenta años.

Fué miembro de la Gran Convencion constituyente de 1833 i figuró en las demas asambleas lejislativas de la administracion Prieto, donde su talento, su ilustracion i su fácil palabra le señalaron un lugar distinguido.

Deudo inmediato de aquel presidente, ligado por estrechos vínculos de parentesco al ministro de hacienda don Manuel Renjifo, se mostró adicto a la política pelucona i a los intereses de un gobierno en que otras personas de su numerosa familia ocupaban así mismo puestos encumbrados.

En las primeras elecciones parlamentarias del gobierno del jeneral Bulnes, tambien su pariente cercano, volvió a tener asiento en la Cámara de diputados.

A principios de 1844, abandonaba su banco le-

jislativo para ir a servir la legacion de Chile en el Perú. Esta mision diplomática duró solo un año.

El de 1846, se veia elevado a la dignidad de senador; lo que da la medida de la importancia política que a la sazon alcanzaba.

Su carrera pública debia tocar en breve la cima.

II

Reelejido el presidente Bulnes, comenzó su nuevo quinquenio presidencial por un cambio de gabinete i elijió al señor Vial su primer ministro.

Como primer ministro, el señor Vial tenia a su cargo dos departamentos de Estado: el del interior i el de relaciones esteriores. Asumió ademas, en calidad de ministro interino, la direccion del departamento de hacienda, i su interinidad se prolongó tanto como su ejercicio del poder público. El fallecimiento del jeneral Borgoño entregó, a poco andar, el ministerio de guerra i marina a un militar sin valimiento ni color políticos, miéntras que el ministro de justicia, culto e instruccion pública don Salvador Sanfuentes era un carácter modesto, blando, deferente.

Ese conjunto de circunstancias daba al jefe del gabinete, en los consejos de gobierno, una influencia mayor de la que naturalmente le correspondia, contrapesada tan solo por el espíritu vivo, suspicaz i reservado del presidente Bulnes.

El señor Vial acometió con ardor sus multiplicadas tareas administrativas, desplegando en ellas gran laboriosidad i un anhelo de mejoras siempre

activo, aunque no siempre bastante discreto. Fácil seria señalar en sus actos i proyectos mas de una medida inconsulta, mas de una idea errónea; pero no seria mas difícil reconocer muchas reformas acertadas, muchos pensamientos, nuevos a la sazon, en que él tomó una iniciativa atrevida, i que, convertidos mas tarde en hechos, han contribuido poderosamente al progreso de la administracion pública.

III

En el terreno político, procuró crearse un círculo de hombres adictos, desviándose de los que hasta entónces habian influido en la marcha del gobierno. Llamó a su lado muchos jóvenes talentos, i para halagarlos, tomó ciertos aires liberales.

Sin embargo, su política, por mas atenuada que se presentase en las formas i accidentes, era en el fondo la política pelucona, la política autoritaria. Rompiendo con los prohombres del peluconismo, no rompia con las tradiciones de ese partido.

De ahí su debilidad, de ahí su derrota.

El grueso del partido conservador se puso en campaña contra el ministro Vial, cuyo carácter chocaba a la gravedad i circunspeccion peluconas, i daba inagotable tema de censuras a la prensa de cposicion. Fué aquella una verdadera guerra intestina, pues luchaban pelucones contra pelucones. La victoria debia ser del mayor número, i el mayor número estaba con la oposicion.

Así es que el ministerio, triunfante en las elec-

ciones de 1849 i dueño de una fuerte mayoría parlamentaria, tenia, no obstante, que retirarse en junio de aquel mismo año. La causa ocasional de su caida fué un motivo sin importancia o un acto de delicadeza del primer ministro; pero la causa orijinaria estaba en la condicion de un gabinete pelucon combatido por la jeneralidad de los pelucones. Nada lo manifestó con mas evidencia que la suerte de aquella mayoría parlamentaria, diezmada por las deserciones i reducida a minoría ántes de un año.

Es que ella habia sido elejida por la voluntad e interes oficiales, ántes que por una opinion falta de poder e iniciativa, acostumbrada por largos años de oligarquía conservadora a la tutela de la autoridad.

Afortunadamente, entre los diputados elejidos bajo los auspicios del ministerio Viel, habia caractéres, talentos i convicciones que no pertenecian a las ideas peluconas, que alimentaban un nuevo espíritu político, aspiraciones de libertad mas o ménos completas i definidas. Tales elementos, trasplantados a la oposicion, hallaron un campo de accion mucho mas libre, i dieron impulso al movimiento de opinion que dura todavía entre nosotros.

Perturbado por la guerra civil, entorpecido por la represion, amortiguado por los desfallecimientos del ánimo público, desviado de su curso natural por las ambiciones ilejítimas i por las traiciones de los especuladores políticos, ese movimiento no se ha apagado, ni puede apagarse. Tarde o tem-

prano, pacífica o violentamente, debe conducirnos a la destruccion de un réjimen de arbitrariedad hipócrita o franca, pero siempre de innoble superchería, para poner en su lugar el verdadero gobierno de la opinion, basado en la libertad i en la honradez política.

IV

El señor Vial pasó del ministerio a la oposicion; pero no fué sino corto tiempo el jefe aparente de ella.

Faltaba a su carácter la fuerza i prestijio necesarios para dirijir un partido de oposicion. Luego, la revolucion armada tardó poco en dar la supremacía a los hombres de accion i de espada.

Si acompañó a los revolucionarios con sus votos secretos, si quizá intervino tambien en maquinaciones ocultas contra el órden establecido, no tomó ninguna parte ostensible en la guerra civil de 1851.

Sufrió, sin embargo, las consecuencias de la derrota de su partido: tuvo su pequeño lote de persecucion.

Restablecida la calma política, se encerró en el desempeño de su cargo de fiscal de la Corte Suprema de Justicia, puesto que conserva hasta ahora, i en que habia ido a caer, como en mullido lecho, al descender del gabinete.

V

Con la administracion Perez, volvió a encontrar en las rejiones del gobierno aire respirable para sus pulmones.

Durante esa administracion ha figurado en la fusion liberal-conservadora, de que el presidente Perez ha sacado sus ajentes i servidores.

Desde 1864 ha recuperado su asiento en el Senado,es miembro del consejo de Estado, i hoi acaba de presidir al vano aparato de la convencion que ha proclamado a don Federico Errázuriz candidato a la presidencia de la República.

No obstante el favor oficial, su estrella política no ha recuperado el brillo que despidió en otro tiempo. Su espíritu escaso de enerjía i persistencia le ha dejado servir dócilmente a ambiciones i propósitos ajenos, que no se hermanan con la gloria ni el bien estar de nuestro pais.

Despues de haber sido jeneral, se ha sometido a la obediencia pasiva del soldado.

Hai fortunas políticas que se asemejan a la suerte de una antigua espada de Toledo convertida en asador.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON FRANCISCO PUELMA

I

La figura política de don Francisco Puelma se destacaba, unos diez i seis años há, de aquel grupo de ilustrada juventud en que el presidente Montt i su primer ministro Varas fueron a buscar prosélitos ardientes para su sistema político i ausiliares intelijentes para su obra administrativa.

Encontraron lo uno i lo otro en el señor Puelma, i no tardaron en hacerle intendente, sacándole de los trabajos industriales a que le habian llevado sus primeros estudios i su aficion a las minas.

Despues de haber gobernado sucesivamente dos de nuestras provincias del sur, tuvo entrada en la Cámara de diputados de 1858 i volvió a tenerla en la de 1861. En ambos períodos lejislativos desempeñó, ademas, el cargo de secretario de la Cámara,

Hombre de administracion i hombre de parlamento, el señor Puelma no ha sido inferior a los deberes del puesto que ocupaba.

Tiene, desde luego, un entendimiento despejado, un espíritu dilijente, un criterio penetrante i audaz, gran espontaneidad de pensamiento i de palabra.

VI

En seguida, su carácter combina caprichosamente la firmeza con la violencia, la franqueza con la circunspeccion, la perseverancia con el atrevimiento, la tenácidad con la impaciencia, lo que comunica á su naturaleza moral una fisonomía mas fácil de contemplarse que de describirse.

Pero lo que sobresale en medio de todo esto es una rara fuerza de voluntad, que parece el reflejo de su vigoroso organismo físico.

Un solo hecho basta a pintarla.

El señor Puelma era ya hombre político, habia sido dos veces intendente, diputado al Congreso otras tantas, cuando tomó la resolucion de hacerse abogado. Para llevarla a cabo, tenia que rasurar una larga serie de exámenes, pues sus estudios de colejial se habian concentrado en las ciencias físicas i matemáticas. No se arredró por eso. Púsose a la obra, sometióse a un examen como cualquier estudiante, i le rindió una a una, to-

das las pruebas requeridas, obtuvo uno tras otro los grados universitarios, hasta que vió abrírsele las puertas del foro.

Una vez abogado, hubo menester de poco trabajo para adquirir la confianza de los litigantes. Pero la fortuna le sonrió al mismo tiempo por otro camino mas corto, i no necesitando de su bufete para vivir, cerró su bufete.

IV

Miéntras tanto, el señor Puelma habia estado léjos del Congreso durante dos períodos lejislativos, de 1864 a 1869.

Cuando se acercaron las elecciones del 3 de abril de 1870, tomó una parte mui activa en la ajitacion electoral de la oposicion, llegando a ser elejido diputado por San Carlos al Congreso constituyente.

Este triunfo de la opinion independiente fué uno de los mas desagradables al ministerio. I a fe que con razon. El señor Puelma es un adversario bien molesto.

V

Frecuente en el uso de la palabra, dice todo su pensamiento sin reticencias, circunloquios, miramientos ni atenuaciones.

Ni se cura mas de su elocucion: no hai en sus discursos ni galas de retórica, ni esmero literario, ni artificios de lenguaje. Va derecho a su objeto, i habla con suprema naturalidad.

Probablemente, nunca saldrá de sus labios una oracion ordenada segun los preceptos de la oratoria; pero salen a menudo ideas nuevas, ilustraciones oportunas, argumentos felices.

Cuando el señor Puelma se dispone a hablar, sus adversarios esperimentan cierta inquietud, cierto malestar. Sus amigos no se sienten tampoco tranquilos.

Es que su misma espontaneidad de palabra, estimulada por el ímpetu i vigor de su carácter, suele hacerle demasiado agresivo a pesar suyo. Nada querria ménos que ser tal; si de algo se preocupa, es de no serlo él mismo en su discurso, es todavía de que no lo sean sus amigos. Tiene el candor de la agresion.

Se engañaria mucho quien, por eso, le creyera un ánimo implacable i rencoroso. Es un espíritu ardiente, apasionado, lleno de adhesion a los hombres e intereses de su partido; pero no le empaña el moho de los odios inveterados i profundos.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON MARCOS MATURAÑA

El señor Maturana es un valiente soldado, no es un hombre político.

Hoi es senador, despues de haber sido ministro de guerra i marina en 1863 i diputado en 1864.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

DON MARIANO SANCHEZ [illegible]

I

Nacido en 1810, abogado de [illegible]
riano Sánchez Fontevilla la [illegible]
mino del hombre público.

Aunque ha vivido [illegible]
ta años, ya cuenta de [illegible]
ocupado, desde [illegible]
puestos oficiales.

Secretario, en 1843, de [illegible]
agua, en 1850, de [illegible]
le confiaba el [illegible]
esta última posición [illegible]
tendente de Aguas [illegible]

En junio de 1867 [illegible]
negocios en Colombia [illegible]
misión de las [illegible]
sición del Ecuador [illegible]

DON MARIANO SANCHEZ FONTECILLA

I

Nacido en 1840, abogado desde 1859, don Mariano Sanchez Fontecilla ha hecho de prisa el camino del hombre público.

Aunque ha vivido hasta ahora poco mas de treinta años, ya cuenta dos mandatos lejislativos i ha ocupado, durante la administracion actual, muchos puestos oficiales.

Secretario, en 1862, de la intendencia de Aconcagua, en 1863, de la intendencia de Atacama, se le confiaba al año siguiente el gobierno interino de esta última provincia. En 1865 era nombrado intendente de Llanquihue.

En junio de 1867 era acreditado encargado de negocios en Colombia, para desempeñar una comision de las mas delicadas:—concurrir a la adquisicion del formidable ariete *Dunderberg*, aprove-

chando un pacto internacional secreto que el gobierno de Chile debia repudiar mas tarde. La compra del *Dunderberg* quedó sin efecto, despues de haber preocupado largos meses al pais i al gobierno, i el señor Sanchez Fontecilla se volvió a Chile de la mitad del camino.

Pero, recibia mui luego una segunda investidura diplomática con las credenciales de encargado de negocios en los Estados Unidos. Permaneció poco tiempo allí, i despues de una breve escursion por Europa, vino a recuperar su puesto de diputado en el Congreso de 1869.

Representaba entónces al departamento de Petorca.

En las elecciones de 1870, obtuvo la representacion de los departamentos de Llanquihue i Osorno, donde parece que contaba numerosos amigos desde sus dias de intendente. Pero, si su eleccion no fué obra de las influencias del gabinete, tampoco fué una victoria de la oposicion.

II

Hasta ese momento, el viento del favor oficial habia soplado constantemente a su fortuna política.

No obstante, el señor Sanchez Fontecilla, que nunca fué un ajente obsequioso, sumiso i pasivo de los intereses del gobierno, ha tomado, en el último año lejislativo, una actitud que les es adversa. Ha ido a ocupar un lugar en el grupo parlamentario del nuevo partido *progresista* que, concurriendo a la

union electoral del 11 de setiembre, se ha incorporado virtualmente en la oposicion.

III

Espíritu flemático, tolerante, moderado, no parece sentir el apetito de las luchas oratorias. Su voz no se ha levantado sino incidentalmente en los debates de la Cámara.

Pero la honorabilidad de su carácter, su ilustrada inteligencia i su posicion social dan a su cooperacion política la importancia de una conviccion seria i de una voluntad independiente.

DON MANUEL ARTEAGA ALEMPARTE

DON TADEO REYES

I

Don Tadeo Reyes es, en pelli[illegible]
gado. Ha entrado, poco tiempo ha, [illegible]
en la escena pública vestido d[illegible]
tiago.

Es verdad que antes de [illegible]
mero interinamente i [illegible]
municipal, i despues en propie[illegible]
putado suplente por el [illegible]
Pero, sea de orden a la [illegible]
jislativo, sea despues de [illegible]
bien lo uno i lo otro, no [illegible]
Cámara de diputados a [illegible]
siones en que pudo ha[illegible]

Elejido diputado propie[illegible]
Congreso constituyente, [illegible]
tomar asiento entre los [illegible]
blica.

DON TADEO REYES

I

Don Tadeo Reyes es, en política, un recien llegado. Ha entrado, poco tiempo há, i se mantiene en la escena pública vestido de intendente de Santiago.

Es verdad que ántes de ocupar ese puesto,—primero interinamente i a título de primer alcalde municipal, i despues en propiedad,—habia sido diputado suplente por el departamento de Lautaro. Pero, sea desden a la suplencia de su mandato lejislativo, sea desapego de los negocios políticos, o bien lo uno i lo otro, no se habia incorporado en la Cámara de diputados a pesar de las numerosas ocasiones en que pudo hacerlo.

Elejido diputado propietario por Valdivia al Congreso constituyente, se ha resuelto por fin a tomar asiento entre los lejisladores de la República.

II

El señor Reyes parece animado de un espíritu ajeno de las fuertes pasiones del prosélito, equitativo, ilustrado, avenible, conciliador. Pero juntamente parece dispuesto a servir con docilidad a las exijencias de la política dominante. Si no hará el mal de propio motivo, tampoco tendrá la enerjía de resistirle. Así lo indican sus votos de diputado i algunos de sus actos de intendente.

III

En las funciones peculiares a su carácter de primer edil de Santiago, desplega un celo mui activo por los progresos de nuestra hermosa capital.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON ABRAHAN KÖNIG

I

El señor König es natural de la provincia de Chiloé i no ha pasado todavía los límites de la primera juventud. Sin embargo, ya figura entre los miembros del foro de Santiago i, en el Congreso constituyente, representa al departamento de Ancud como diputado suplente.

Algunas cortas ausencias de su colega propietario de diputacion, el señor Matta, le han llevado a ocupar momentáneamente el puesto parlamentario que dejaba vacío el ilustre poeta. Pero, la modestia de su carácter, la timidez propia de los pocos años, la condicion transitoria de sus funciones lejislativas no le han permitido ser en la Cámara mas que un voto adicto a la causa de la oposicion.

II

Ello no obsta a que el señor König posea el don del bien hablar. En mas de una ocasion pública ha hablado con felicidad i lucimiento.

Posee tambien la facultad del escritor. Miéntras seguia sus estudios forenses, se ocupaba en los mas rudos trabajos de la prensa periódica: en redactar para uno de los diarios de Santiago las reseñas parlamentarias. En seguida, ha dado a luz una pequeña novela, digna de atencion, i acaba de publicar, con motivo de la candidatura Urmeneta, un folleto que acusa sus rápidos progresos en el arte de pensar i de escribir.

Hai en el espíritu del señor König la semilla de un porvenir honroso i brillante.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

DON PEDRO PABLO ORTIZ

I

El señor Ortiz es un antiguo soldado de la prensa periódica que no ha llegado a ser jeneral, i un flamante orador parlamentario que no llegará probablemente a los grados superiores.

Escritor, no tiene ninguna felicidad de estilo. Hombre de tribuna, carece de un órgano vocal bastante espedito, de una elocucion bastante buena, de una situacion política bastante independiente.

Ello no quita que sea una intelijencia estudiosa i activa, cuyas producciones han alcanzado alguna vez las sonrisas de la fortuna, i cuyos esfuerzos en obsequio de la instruccion popular son mui laudables.

II

La vocacion, como el hado de los antiguos, suele guiar a los dóciles i empujar a los renitentes.

Cediendo a la suya, el señor Ortiz abandonaba ántes de la edad de veinte años, sus estudios forenses, i cambiaba los claustros del Instituto Nacional por el modesto empleo de corrector de pruebas en la oficina de *el Mercurio* de Valparaiso.

Promovido en breve al puesto de redactor de noticias locales, o *cronista*, como se dice entre nosotros, continuó sirviendo con su pluma a ese diario mientras permaneció en Valparaiso.

En los últimos dias de 1853, se embarcaba con destino a los Estados Unidos, para seguir todavía desde allí prestando a *el Mercurio* la colaboracion de corresponsal.

Por entónces, ya habia tomado algun interes en los negocios de la instruccion pública. Visitador de las escuelas municipales de Valparaiso, habia mostrado una intelijente solicitud por el mejoramiento de ellas.

III

Establecido en Nueva York, escribió a *el Mercurio* correspondencias durante cinco años, i en 1855, compuso una memoria sobre el mejor plan de inmigracion i distribucion de tierras en la República Arjentina. Esta memoria fué hasta las orillas del Paraná a tomar parte en un concurso abierto sobre la materia por el gobierno de aquella república, i obtuvo el primero de los premios ofrecidos.

En 1859 publicaba un tratado popular de física, redactado sobre las obras semejantes que circulan

profusamente en la gloriosa patria de la instruccion pública.

En 1865 daba a luz un libro sobre educacion popular, apénas conocido entre nosotros, aunque destinado a nosotros i recomendado desde luego por el interes de su asunto.

IV

Entre tanto, la pobreza i las enfermedades perseguian al señor Ortiz en el estranjero. Oficial de las legaciones chilenas de Méjico i de Washington, la posesion transitoria de empleos subalternos no habia contribuido mui eficazmente al alivio de su situacion personal.

Pobre i enfermo volvia a Chile a tiempo que los amigos del gobierno fundaban el diario *la República*. Aceptó la modesta colocacion que se le ofrecia en la redaccion del nuevo diario.

Mas de una vez ha defendido desde las columnas de *la República* la política oficial; pero no le acompañaban la conviccion ni el entusiasmo del prosélito, la fuerza del polemista, ni la gracia del escritor.

Su actividad intelectual se ha empleado con mas ardor, con mas espontaneidad i provecho, alistándose en la gloriosa cruzada emprendida contra la ignorancia por la juventud de Santiago. El señor Ortiz tiene el honor de contarse entre los voluntarios mas activos i perseverantes de la instrucion popular.

V

Hoi ocupa el puesto de traductor en el departamento de relaciones esteriores, i es diputado suplente por Chillan al Congreso constituyente.

La ausencia de uno de sus colegas de diputacion propietarios le dió acceso a los últimos debates del año pasado.

Terciando en ellos para sostener los intereses del gobierno, no pudo prestarles ni el brillo de la elocuencia, ni la autoridad de una opinion exenta de las influencias oficiales.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

CONCLUSION

I

El lector que haya seguido hasta el fin las pájinas anteriores, ha visto pasar por delante de su espíritu las figuras de ciento nueve de los constituyentes chilenos de 1870. Las unas han desfilado a toda prisa, las otras lentamente. Estas se han acercado al observador lo bastante para ser examinadas en sus detalles; aquellas se han mostrado en una fugaz lejanía, presentando tan solo las vagas formas del boceto. Ello no ha nacido del capricho del escritor, sino de la importancia relativa del personaje.

Bosquejadas o retratadas, esas ciento nueve figuras no alcanzan a la cifra total de los miembros del Congreso. El cuerpo activo i la reserva de nuestra milicia parlamentaria, es decir los lejisladores propietarios i suplentes, llegan entre senadores i diputados al número de ciento ochenta i seis, deducidas las duplicaciones de mandato e inclusas las dualidades pendientes de Linares i Rere.

Entre los setenta i siete individuos de ambas Cámaras que no ha tocado nuestra pluma, se cuentan hombres que han adquirido en la industria o en el ejercicio de las profesiones liberales notoriedad, nombradía, riqueza, como se cuentan otros que no son en el parlamento mas que un voto dócil i una adhesion oscura. Los segundos por la opacidad de su carácter, los primeros por la condicion subsidiaria de su mandato lejislativo o su retraimiento de los negocios políticos, no parecen llamados a ser, en el seno del Congreso constituyente, luz, influencia, palabra, iniciativa, actividad.

Las fuerzas vivas de ese Congreso se concentran en los personajes que hemos sometido a la contemplacion de nuestros lectores.

II

Si la variedad es el primer requisito de la amenidad literaria, el interes de un libro se sostiene difícilmente sin la unidad de su asunto.

La variedad del nuestro está naturalmente en su materia misma, en la multiplicada diversidad de fisonomías intelectuales, de caractéres, pasiones e intereses que se reflejan en sus pájinas.

Su unidad es ménos evidente, pero no por eso es ménos real,

III

Ella está, desde luego, en el estudio de la personalidad humana, siempre nuevo, siempre inagota-

ble, siempre lleno de atractivos. Nada de lo que es humano, nos es indiferente. El cómico latino que lo decia, muchos siglos há, en un verso inmortal, formulaba tambien una verdad inmortal.

El mejor interes del hombre es el hombre mismo. Este interes se hace mas vivo miéntras mas considerable es la cantidad de intelijencia i voluntad, de luz i fuerza que hai en el ser humano. Este interes gana en nobleza, elevacion i utilidad, a medida que el observador se desprende de todo sentimiento mezquino e injusto para buscar en el fondo de las almas, no lo que quisiera encontrar la envidia, el rencor, el afecto, la conveniencia del momento, sino lo que hai real i verdaderamente.

A juzgar por las apariencias, se creeria que existe entre nosotros un respeto supersticioso a la personalidad de los hombres. Salvo ciertos políticos a quienes la pasion de partido pone en la picota de la difamacion, o rompe el incensario en las narices, es poco frecuente hallar en letras de molde noticias i apreciaciones sobre nuestros hombres públicos. Ello se esplica por el carácter nacional, cauteloso i falto de espansion.

Pero ello no impide que la maledicencia a media voz, la calumnia del corrillo, la pérfida confidencia de la conversacion familiar, la lijereza de la charla irresponsable se ceben en las reputaciones, las desfiguren, las manchen, las desgarren i pisoteen.

Si esto es inicuo, cuando no es infame, pocas tareas mas provechosas i necesarias a una democracia, a un gobierno de opinion, que estudiar las ideas i sentimientos, las cualidades i defectos, las

excelencias i flaquezas de los hombres que dirijen o aspiran a dirijir los destinos del Estado.

IV

Tal es el estudio que encierra este libro, comenzado algunos meses atras, terminado hoi con la misma equidad de ánimo, con la misma serenidad de criterio, con el mismo anhelo de verdad i justicia que fué comenzado.

Nuestras convicciones liberales son bastante profundas para ser bastante tranquilas. No nos hemos sentido ofuscados por el amor ni por el odio al recorrer, con nuestro pensamiento i nuestra pluma, la vida de tantos adversarios i de tantos amigos de la gran causa política a que servimos; al descubrir, en los antecedentes, propósitos o acciones de los unos i de los otros, los obstáculos opuestos a la preponderancia de la libertad, los elementos eficaces con que la libertad cuenta para alcanzar la supremacía.

Bajo este aspecto, el presente libro es la historia de nuestros partidos i vicisitudes políticas durante treinta i tantos años, contada por muchos de los hombres que han concurrido a las venturas i calamidades de Chile.

Ahí está la mas fuerte unidad de estas pájinas.

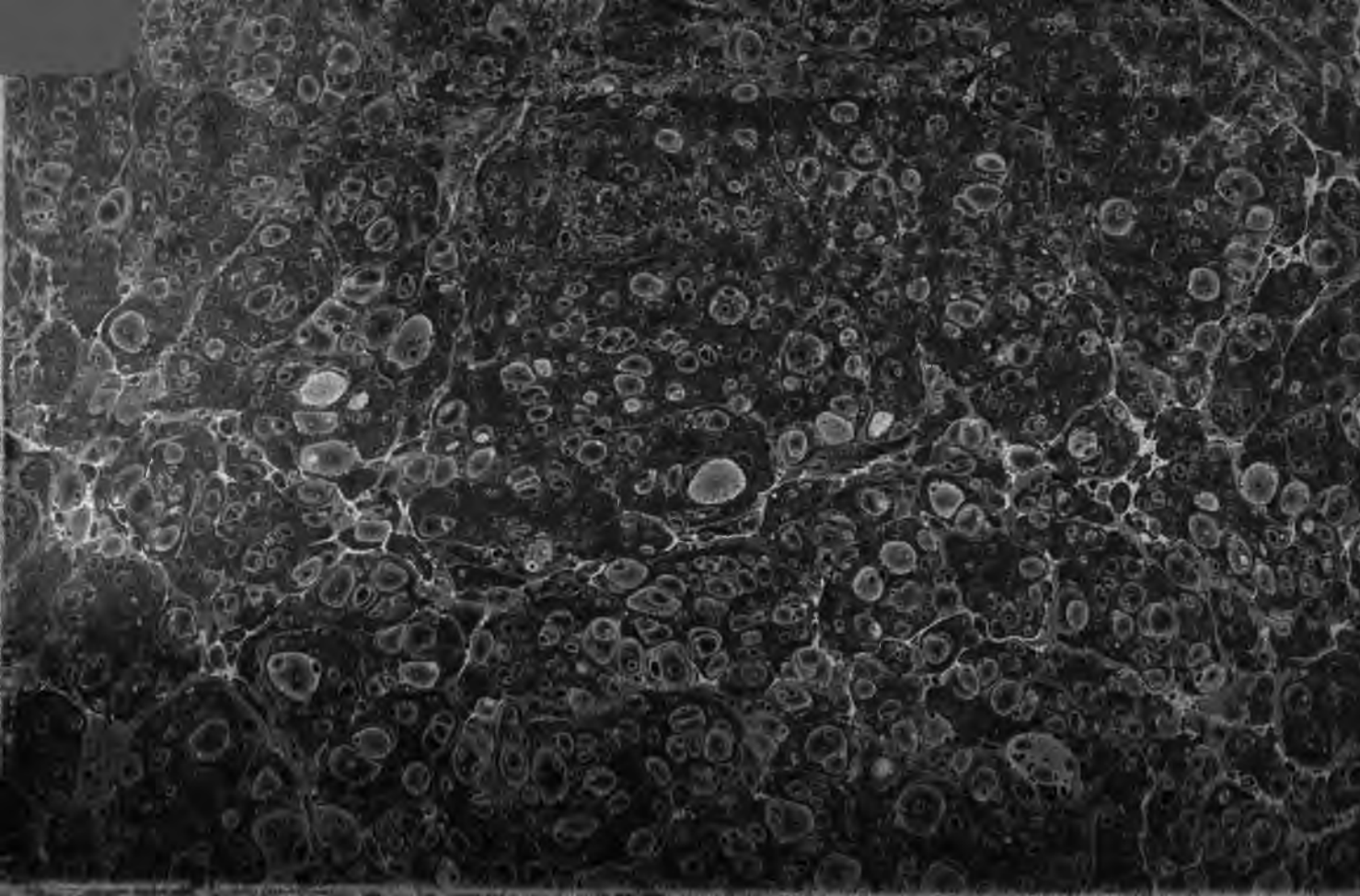
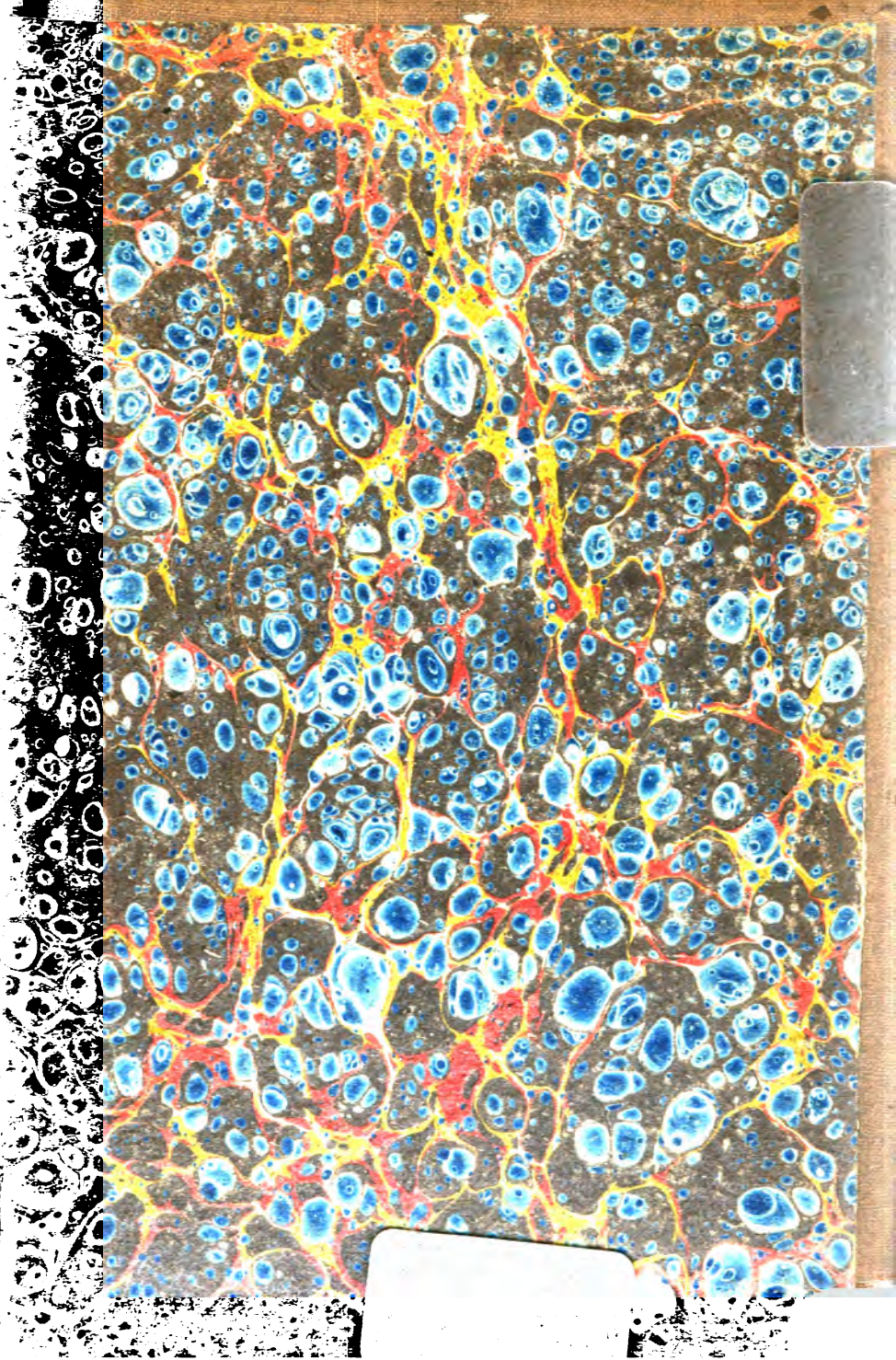
ÍNDICE

	PÁJS.
INTRODUCCION	3
Don Domingo Santa María	13
" José Victorino Lastarria	37
" Jerónimo Urmeneta	73
" Manuel Antonio Matta	81
" Maximiano Errázuriz	93
" Miguel Luis Amunátegui	97
" Marcial González	119
" Manuel Benjifo	127
" Camilo Cobo	133
" Francisco Echáurren	139
" Aníbal Pinto	147
" Francisco Vargas Fontecilla	153
" Manuel J. Irarrázabal	165
" Zorobabel Rodriguez	177
" Guillermo Matta	185
" Federico Errázuriz	195
" José Manuel Balmaceda	216
" Cornelio Saavedra	223
" Ambrosio Montt	231
" Joaquin Blest Gana	241
" Aniceto Vergara Albano	251
" Miguel Echeñique	259
" Isidoro Errázuriz	267

		PÁJS.
Don	Pedro Leon Gallo	277
"	Vicente Sanfuentes	285
"	Antonio Varas	289
"	Melchor Concha i Toro	309
"	Joaquin Lira	317
"	Vicente Reyes	321
"	José Besa	329
"	Enrique Tocornal	333
"	Marcial Martinez	337
"	Emilio Sotomayor	347
"	Rafael Fernandez Concha	351
"	Melchor de Santiago Concha	355
"	Juan Nepomuceno Espejo	361
"	Anjel Custodio Gallo	371
"	Luis Cousiño	381
"	Alejandro Reyes	385
"	José Eujenio Vergara	395
"	Patricio Larrain Gandarillas	401
"	Francisco de Borja Solar	403
"	Pedro Félix Vicuña	407
"	Silvestre Ochagavía	425
"	Javier Luis de Zañartu	433
"	José Ramon Lira	437
"	Francisco Martin	442
"	Pedro Luis Cuadra	445
"	Juan Morandé	451
"	Francisco Baeza.	453
"	Manuel Valdes Vijil	457
"	Pedro Nolasco Videla	461
"	Emilio Crisólogo Varas	463
"	Fernando Urizar Garfias	465
"	Carlos Walker Martinez	473
"	Enrique del Solar	479
"	Emilio Bello	481
"	Francisco Echeñique	483
"	Rafael Garmendia	485
"	Santos Lira	487

		PÁJS.
Don	Ignacio Zenteno	491
"	Manuel Salustio Fernandez	497
"	Ciriaco Valenzuela	501
"	Pedro Pablo Olea	503
"	Vicente Izquierdo	505
"	Antonio Subercasseaux	507
"	Domingo Fernandez Concha	509
"	Nicolas Novoa	511
"	Diego Tagle	513
"	Eulojio Allendes	515
"	Francisco de Borja Larrain	517
"	Osvaldo Renjifo	519
"	Claudio Mackenna	521
"	Miguel Zumaran	523
"	Francisco Prado Aldunate	525
"	Manuel Amunátegui	527
"	Belisario Prats	529
"	Luis Martiniano Rodriguez	533
"	Ramon Barros Luco	535
"	José Tocornal	539
"	Ramon Escobar	541
"	Gabriel Vidal	543
"	Alvaro Covarrúbias	545
"	Juan de Dios Arlegui	557
"	Miguel Elizalde	563
"	Ramon Cerda	567
"	Nicomedes C. Ossa	569
"	José Ramon Sanchez	573
"	Rafael Wormald	575
"	Rafael Larrain Moxó	577
"	Miguel Barros Moran	581
"	José Rafael Echeverría	583
"	Enrique Cood	585
"	Juan de Dios Correa de Saa	589
"	José Miguel Aristegui	591
"	Diego Barros Arana	593
"	Abdon Cifuentes	601

		PÁJS.
"	Manuel Beauchef	607
"	Jovino Novoa	609
"	Alberto Blest Gana	619
"	Juan Agustin Palazuelos	625
"	Ricardo Claro i Cruz	628
"	Manuel Camilo Vial	633
"	Francisco Puelma	639
"	Márcos Maturañá	643
"	Mariano Sanchez Fontecilla	645
"	Tadeo Reyes	649
"	Abrahan König	651
"	Pedro Pablo Ortiz	653
CONCLUSION		657

ERRATAS NOTABLES

PAJ.	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
191,	6	*En 1851*	*En 1861*
236,	21 i 22	*la una intelijencia tan distinguida i cultivada como del señor Montt*	*una intelijencia tan distinguida i cultivada como la del señor Montt*
323,	1.ª	*Luis XIV*	*Luis XIII.*
575,	epígrafe	*Don Benito Wormald*	*Don Rafael Wormald*